



Teju Cole

# Ciudad abierta

TRADUCCIÓN DE MARCELO COHEN

Lectulandia

Julius, un joven psiquiatra nigeriano residente en un hospital neoyorquino, deambula por las calles de Manhattan. Caminar sin rumbo se convierte en una necesidad que le libera de las constricciones de su trabajo, y que le brinda además la oportunidad de liberar su mente en un devaneo entre la literatura, el arte o la música, sus relaciones, su historia y su presente. En sus paseos explora cada rincón de la ciudad. Pero Julius no sólo recorre un espacio físico, sino también aquél otro en el que se entretajan otras muchas voces que le interpelan. Conducidos por una voz que nos envuelve, nos veremos deslumbrados por una novela bellísima. *Ciudad abierta* es el descubrimiento luminoso de una voz tan original y sutil como extraordinaria.

**Lectulandia**

Teju Cole

# **Ciudad abierta**

ePUB r1.1

Yorik 02.07.14

Título original: *Open city*  
Teju Cole, 2011  
Traducción: Marcelo Cohen

Editor digital: Yorik  
Corrección de erratas: bookanero  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Karen  
y para Wah-Ming y Beth*

PRIMERA PARTE

LA MUERTE ES UNA  
PERFECCIÓN DEL OJO

## UNO

Y así, cuando el otoño pasado empecé a dar largos paseos vespertinos, Morning Heights me pareció un lugar cómodo desde donde internarme en la ciudad. El sendero que baja desde la catedral de St. John the Divine y cruza Morningside Park está a sólo quince minutos de Central Park. En la otra dirección, hacia el oeste, hay diez minutos hasta Sakura Park, y doblando desde allí hacia el norte se va a Harlem a lo largo del Hudson, aunque el tráfico impide oír el río que corre al otro lado de los árboles. Estos paseos, contrapunto a mis ajetreados días en el hospital, se dilataban constantemente y, como cada vez se extendían más, a menudo me encontraba muy lejos de casa bien avanzada la noche y por fuerza tenía que volver en metro. De este modo, al comienzo del último año de mi beca de psiquiatría, Nueva York fue tramándose en mi vida a ritmo de caminata.

No mucho antes de que empezaran los vagabundeos, yo había caído en el hábito de observar desde mi apartamento a las aves migratorias, y ahora me pregunto si no había un vínculo entre ambas costumbres. Las tardes que volvía del hospital con tiempo, solía mirar por la ventana, como quien busca augurios, esperando ver el milagro de la migración natural. Siempre que divisaba una formación de gansos surcando el cielo me preguntaba cómo se vería nuestra vida desde su perspectiva e imaginaba que, si se hubieran permitido especular algo semejante, tal vez los rascacielos les habrían parecido abetos apretados en un bosque. Muchas veces al otear el cielo no veía más que lluvia, o la estela tenue de un avión como una bisectriz en la ventana, y una parte de mí dudaba de que esas aves, con sus alas y cuellos oscuros, sus cuerpos pálidos y sus corazoncitos incansables, existieran de verdad. Me dejaban tan pasmado que cuando no estaban allí yo no podía confiar en el recuerdo.

De vez en cuando volaban palomas, o bien gorriones, oropéndolas, tanagras o vencejos, aunque era imposible reconocer pájaros en aquellas motas minúsculas, solitarias y normalmente incoloras que burbujeaban en el cielo. Mientras esperaba a los raros escuadrones de gansos, a veces escuchaba la radio. En general evitaba las emisoras de Estados Unidos, que para mi gusto tenían demasiada publicidad — Beethoven seguido de equipos de esquí, Wagner después de un queso artesanal— y sintonizaba en internet emisoras de Canadá, Alemania u Holanda. Y aunque a menudo no entendía a los presentadores, dada mi defectuosa comprensión de sus idiomas, las programaciones siempre coincidían muy exactamente con mi ánimo vespertino. Mucha música me resultaba familiar, ávido oyente de radios clásicas como había sido yo por más de catorce años, pero parte de ella era nueva. También había inusitados momentos de asombro, como la primera vez que oí, en una emisora

que emitía desde Hamburgo, una pieza cautivadora para contratenor y orquesta de Shchedrin (o tal vez fuera de Ysaÿe) que hasta el día de hoy he sido incapaz de identificar.

Me gustaba el murmullo de los locutores, el sonido sereno que llegaba desde miles de kilómetros de distancia. Bajando el volumen de los altavoces del ordenador, miraba afuera, acurrucado en el solaz que ofrecían las voces, y no me costaba comparar mi situación en un apartamento exiguo con la del presentador o la presentadora en su cabina radiofónica en lo que debía ser la medianoche de algún lugar de Europa. Todavía hoy en mi mente aquellas voces incorpóreas están conectadas con la aparición de los gansos que emigran. No es que en realidad haya alcanzado a ver las migraciones más de tres o cuatro veces en total: lo que veía la mayoría de las tardes eran los colores crepusculares del cielo, sus azules de pólvora, sus rubores sucios, sus óxidos, todos los cuales paulatinamente dejaban paso a la sombra profunda. Cuando se hacía de noche tomaba un libro y leía a la luz de una vieja lámpara de mesa que había rescatado de uno de los contenedores de la universidad; la bola de vidrio que encapuchaba la lamparilla teñía de una luz verdosa mis manos, el libro, el deslucido tapizado del sofá. A veces incluso leía en voz alta, y al hacerlo notaba lo extrañamente que mi voz se mezclaba con el murmullo de los locutores radiofónicos franceses, alemanes u holandeses, o con la fina textura de los violines de las orquestas, todo esto intensificado por el hecho de que, cualquiera que fuese el libro que estaba leyendo, probablemente había sido traducido de alguna lengua europea. Aquel verano yo erraba de libro en libro: *La cámara lúcida* de Barthes, los *Telegramas del alma* de Peter Altenberg, *El último amigo* de Tahar Ben Jelloun entre otros.

En medio de esa fuga sonora me acordaba de san Agustín asombrado ante san Ambrosio, quien parece que había descubierto una manera de leer sin pronunciar las palabras. La verdad, es muy extraño —se me ocurre ahora, como se me ocurrió entonces— que podamos comprender las palabras sin decirlas. Para Agustín, el peso y la vida interior de las frases se experimentaba mejor en voz alta, pero desde entonces nuestra idea de la lectura ha cambiado mucho. Hace demasiado tiempo que se nos enseña que la visión de un hombre hablando consigo mismo es un signo de excentricidad o de locura, hemos perdido totalmente el hábito de oír nuestras voces, como no sea en una conversación o protegida por una multitud vociferante. Pero un libro es una sugerencia de conversar: una persona le habla a otra, y en ese intercambio el sonido audible es o debería ser natural. Así que yo leía en voz alta, teniéndome como público, y daba voz a las palabras de otro.

Como fuese, esas inusuales horas nocturnas pasaban fácilmente y con frecuencia me quedaba dormido en el sofá, y sólo mucho más tarde me arrastraba hasta la cama, por lo general alrededor de medianoche. Luego, después de lo que siempre me

parecían meros minutos de sueño, el despertador de mi móvil, que estaba programado con un bizarro arreglo de *O Tannenbaum* para una suerte de marimba, me despertaba de un brinco. En los primeros momentos de conciencia, en el resplandor súbito de la luz matinal, mi mente se perseguía a sí misma recordando fragmentos de sueños o pasajes del libro que había estado leyendo antes de dormirme. Para romper la monotonía de esas veladas empecé a hacer caminatas dos o tres días laborables, después del trabajo, y al menos uno los fines de semana.

Al principio las calles me parecían una estridencia incesante, un estremecimiento después de la concentración y la relativa tranquilidad de la jornada, como si algo hubiera destrozado la calma de una capilla privada con el estrépito de un televisor. Urdía mi camino entre muchedumbres de compradores y trabajadores, obras viales y cláxones de taxi. Caminar por zonas concurridas de la ciudad significaba poner los ojos en más personas, en cientos, miles incluso, que las que yo estaba acostumbrado a ver durante un día, pero el impacto de esas caras no aliviaba en absoluto mi sensación de aislamiento sino que más bien la intensificaba. También empecé a estar más cansado después de iniciar las caminatas: era un agotamiento diferente de cualquiera que hubiese conocido desde los primeros meses de prácticas de residencia, tres años antes. Una noche sencillamente seguí andando más y más, sin parar, hasta la calle Houston, una distancia de unos diez kilómetros, y en un estado de fatiga desorientada me encontré pugnando por mantenerme en pie. Esa noche volví a casa en metro y, en vez de dormirme enseguida, estuve tendido en la cama, demasiado exhausto para liberarme de la vigilia, repasando a oscuras los numerosos incidentes y visiones que había tenido mientras vagaba, disponiendo cada encuentro como un niño que juega con bloques de madera, tratando de dilucidar dónde encajaban, cuál era el sitio de cada uno. Cada barrio de la ciudad parecía de una sustancia distinta, cada uno tenía una presión atmosférica diferente, su propia carga psicológica: las luces brillantes y las tiendas cerradas, los edificios de viviendas y los hoteles de lujo, las escaleras de incendio y los parques. La fútil tarea de ordenamiento se prolongaba hasta que las formas empezaban a ensamblarse y adoptar formas abstractas sin relación con la ciudad real, y sólo entonces el frenesí de mi mente mostraba cierta piedad, y se aquietaba, y dejaba paso a un sueño sin sueños.

Las caminatas satisfacían una necesidad: eran un desahogo respecto de la estrecha regulación del medio mental del trabajo y, no bien descubrí su calidad terapéutica, se volvieron cosa normal y olvidé cómo había sido la vida antes de empezar a andar. El trabajo era un régimen de perfección y competencia, ninguna de las cuales permitía improvisaciones ni toleraba errores. Por interesante que fuese mi proyecto de investigación —llevaba a cabo un estudio clínico de trastornos afectivos en personas mayores—, el grado de detalle que demandaba era de una complejidad que excedía todo lo que había hecho hasta entonces. De modo que las calles constituían una

bienvenida réplica a las horas de trabajo. Ninguna decisión —dónde doblar a la izquierda, cuánto quedarse absorto frente a un edificio abandonado, ver el sol poniéndose en Nueva Jersey o bajar por la penumbra del East Side mirando hacia Queens— tenía consecuencias, y por esto mismo cada una era un recordatorio de libertad. Recorría las manzanas de la ciudad como si las midiera a zancadas, y en mi avance sin rumbo las estaciones de metro oficiaban de motivos recurrentes. Ver grandes masas de gente corriendo hacia cámaras subterráneas siempre me resultaba extraño, y sentía que la raza humana entera, llevada por el contrarreflejo de una pulsión de muerte, se precipitaba en catacumbas móviles. Por encima del suelo yo estaba con otros miles, cada uno en soledad, pero en el metro, apretado contra extraños, empujándolos y empujado por ellos en disputas por espacio y por aire, todos poniendo en escena traumas inconfesados, la soledad se intensificaba.

Un domingo de noviembre por la mañana, tras un recorrido por las calles relativamente tranquilas del Upper West Side, llegué a la amplia, soleada plaza de Columbus Circle. Últimamente la zona había cambiado. Se había vuelto más comercial y turística gracias al par de edificios que había erigido la empresa Time Warner. Construidos a gran velocidad, los edificios acababan de inaugurarse y estaban llenos de tiendas de camisas a medida, trajes de diseño, joyas, utensilios para cocina sibarita, accesorios de cuero hechos a mano y artículos decorativos importados. En los pisos superiores, algunos de los restaurantes más caros de la ciudad ofrecían trufas, caviar, ternera Kobe y costosos «menús de degustación». Sobre los restaurantes había algunos de los apartamentos de alquiler más caros de Manhattan. Una o dos veces yo había entrado por curiosidad en los comercios de la planta baja, pero el precio de los artículos, y lo que percibía como una atmósfera en general esnob, me habían disuadido de volver hasta aquella mañana de domingo.

Era el día del maratón de Nueva York. Yo no lo sabía. Me desconcertó ver que frente a las torres de cristal la plaza redonda desbordaba de gente, una multitud enorme, expectante, que se apretaba cerca de la meta de la carrera. Desde la plaza, bordeando la calle, la muchedumbre también se prolongaba hacia el este. Más cerca del oeste había una carpa donde dos hombres afinaban sus guitarras, llamando y respondiendo cada uno a las plateadas notas del instrumento amplificado del otro. Estandartes, letreros, pósters, banderas e insignias de todo tipo flameaban al viento, y algunos policías montados en caballos con anteojeras regulaban la multitud acordonando la zona, silbando y gesticulando. Los policías llevaban uniforme azul oscuro y gafas negras. La multitud vestía de colores brillantes y el reflejo del sol en tanta tela sintética verde, roja, amarilla y blanca hería los ojos. Para escapar del bullicio, que al parecer iba en aumento, decidí entrar en el centro comercial. Aparte de los locales de Hugo Boss y Armani, en la segunda planta había una librería. Tal

vez allí dentro, pensé, pudiera encontrar cierto silencio y tomar una taza de café antes de volver a casa. Pero en la entrada se agolpaba parte de la multitud que había rebasado la calle y los cordones impedían entrar en la torre.

Cambié de idea y resolví visitar entonces a un viejo profesor mío que vivía en un apartamento de Central Park South, a menos de diez minutos a pie. A sus ochenta y nueve años, el profesor Saito era la persona más anciana que yo conocía. Me había cobijado bajo su ala cuando yo cursaba el penúltimo año en Maxwell. Por entonces él ya era emérito, aunque continuaba yendo al campus todos los días. Algo que debió de ver en mí le hizo pensar que confiarme su selecto tema de estudio (literatura inglesa temprana) no sería un desperdicio. En este sentido yo fui un fiasco, pero, puesto que él tenía buen corazón, me invitó, aun después de que yo no lograse una nota decente en su seminario de literatura inglesa anterior a Shakespeare, a reunimos varias veces en su despacho. Como poco tiempo atrás se había instalado allí una ruidosa máquina de café, tomábamos unas tazas y conversábamos: sobre interpretaciones del *Beowulf*, y más tarde sobre los clásicos, la tarea interminable del erudito, las variadas consolaciones de la academia y los estudios del profesor antes de la Segunda Guerra Mundial. Este tema era tan absolutamente lejano a mi experiencia que acaso era el que más me interesaba. La guerra había estallado justo cuando él estaba a punto de doctorarse en filosofía, y había tenido que dejar Inglaterra para volver junto a su familia, en el noroeste del Pacífico. Con ellos, poco después, iría a parar al campo de internamiento de Minidoka, en Idaho.

En esas conversaciones, tal como las recuerdo ahora, solía ser él quien hablaba. Yo aprendí a su lado el arte de escuchar y adquirí la capacidad de deducir una historia de lo que se omitía. Aunque rara vez el profesor Saito me contaba algo de su familia, me habló de su vida como erudito y de cómo había respondido a cuestiones importantes de su época. En la década de 1970 había hecho una traducción anotada de *Pedro el labrador* que le había deparado su éxito académico más notable. Cuando lo mencionaba era con una curiosa mezcla de orgullo y decepción. Solía aludir a otro proyecto grande (no decía sobre qué) que no había completado nunca. También hablaba de política en el departamento. Me acuerdo de que una tarde se sumió en reminiscencias de una antigua colega cuyo nombre para mí no significaba nada y hoy no podría repetir. En la época de los derechos civiles aquella mujer se había hecho famosa por su activismo y había alcanzado, por un momento, tal celebridad en el campus que sus clases de literatura se llenaban. El profesor Saito la describió como una individualidad inteligente y sensible, con la cual sin embargo él nunca había podido concordar. Sentía por ella admiración y disgusto. Me desconcierta esto, recuerdo que dijo: era una buena estudiosa, y estaba del lado justo en las luchas del momento, pero en persona yo simplemente no la soportaba. Era hiriente y egoísta, que en paz descansa. Pero aquí no puedes decir una palabra en contra de ella. La

siguen considerando una santa.

Una vez nos hubimos hecho amigos, me propuse ver al profesor Saito dos o tres veces cada semestre y en mis dos últimos años en Maxwell esos encuentros se convirtieron en mojones que yo guardaba en el corazón. Llegué a ver su figura como la de un abuelo completamente diferente de los míos (de los cuales había conocido sólo a uno). Pensaba que tenía más cosas en común con él que con los familiares que me había dado el azar. Después de graduarme, cuando me marché primero a hacer mi trabajo de investigación en Cold Spring Harbor, luego al colegio de medicina de Madison, perdimos el contacto. Intercambiamos una o dos cartas, pero en ese medio casi no era posible mantener las mismas conversaciones, ya que la sustancia de nuestra interacción no era ponernos al día ni intercambiar noticias. Pero cuando volví a la ciudad para hacer la residencia hospitalaria lo vi varias veces. La primera, totalmente casual —aunque sucedió un día en que había estado pensando en él—, fue en la puerta de una tienda de comestibles no lejos de Central Park South, adonde él había ido a caminar ayudado por una asistente. Más tarde me presenté en su apartamento sin anunciarme, como él me había invitado a que hiciera, y descubrí que seguía manteniendo la política de puerta franca que había observado en su despacho del *college*. Ahora la máquina de café de aquella oficina yacía en desuso en un rincón de la sala. El profesor Saito me dijo que tenía cáncer de próstata. No lo extenuaba del todo, pero no iba más al campus y había empezado a recibir en su casa. El intercambio social se le había reducido en una medida que debía de dolerle: el número de visitantes que se alegraba de ver había ido cayendo sin cesar, y ahora la mayoría de las visitas eran enfermeras o terapeutas a domicilio.

Saludé al portero en el vestíbulo oscuro, de techo bajo, y subí en el ascensor al tercer piso. Cuando entré en el piso el profesor Saito me llamó. Estaba sentado al fondo de la sala, cerca de las grandes ventanas, y me indicó que ocupara la silla que había enfrente de él. Tenía la vista débil pero el oído tan fino como en nuestro primer encuentro, cuando apenas había cumplido setenta y siete. Ahora, ovillado en un sillón amplio y mullido, envuelto en mantas, parecía una de esas personas que se sumergen en la segunda infancia. Sólo que no era en absoluto el caso: como el oído, Saito mantenía la mente aguda y, cuando sonrió, las arrugas se extendieron por toda la cara hasta surcar la piel de la frente, fina como papel. En aquella habitación, donde siempre parecía fluir una amable y fresca luz boreal, estaba rodeado del arte de toda una vida de coleccionista. Media docena de máscaras polinesias, dispuestas por encima de su cabeza, formaban un gran halo oscuro. En uno de los rincones se alzaba la figura de un ancestro papuano, de tamaño natural, con dientes de madera tallados uno por uno y una falda de hierba que apenas escondía un pene erecto. Una vez el profesor Saito había dicho: adoro los monstruos imaginarios, pero los reales me aterrorizan.

Por las ventanas que ocupaban todo aquel lado de la sala se veía la calle umbría. Más allá estaba el parque, demarcado por un viejo muro de piedra. Acababa de sentarme cuando desde la calle llegó un clamor: me incorporé de inmediato y abajo vi a un hombre corriendo en solitario por el pasillo que había creado el gentío. Llevaba una camiseta dorada y guantes negros que no sé cómo le llegaban hasta el codo, como una dama en traje de fiesta, y, alentado por las ovaciones, estaba esprintando con una energía renovada. Con ese vigor corría hacia la carpa de los músicos, hacia la multitud ferviente, hacia la línea de llegada y el sol.

Ven, siéntate, siéntate. Tosiendo, el profesor Saito señalaba la silla. Cuéntame cómo te va, yo he estado enfermo, ¿sabes?, la semana pasada fue muy mala, pero ahora me encuentro mejor. A mi edad uno se enferma mucho. Cuéntame, ¿y tú cómo estás, cómo estás? Fuera el ruido volvió a arreciar y luego amainó. Vi el trazo raudo de dos corredores, dos negros. Kenianos, supuse. Cada año es lo mismo, y ya son casi quince, dijo el profesor Saito. Si el día del maratón tengo que salir, uso la salida de atrás. Pero yo ya no salgo mucho, no con eso pegado, prendido a mí como la cola a un perro. Mientras yo me sentaba, señaló la bolsa transparente que colgaba de una pequeña varilla de metal. Estaba llena de orina, y un tubo de plástico la conectaba con algún punto oculto bajo las mantas. Ayer me trajeron caquis, unos caquis preciosos, firmes. ¿Quieres unos? De veras, ¡tienes que probarlos! ¡Mary! Por el pasillo apareció la enfermera, una mujer del Santa Lucía de edad mediana, alta, fornida, que yo había conocido en otras visitas. Mary, por favor, ¿le traerías unos caquis a nuestro huésped? Cuando la mujer entró en la cocina, Saito dijo: Últimamente me cuesta un poco masticar, Julius, así que algo tan sabroso y accesible como un caqui es perfecto. Pero ya basta. ¿Tú cómo estás? ¿Cómo va tu trabajo?

Mi presencia le daba energías. Le conté algo sobre los paseos, y me pidió que le contara más, pero yo no estaba en entera posesión de lo que intentaba decir sobre el territorio solitario que había estado atravesando mi mente. Así que le conté uno de mis últimos casos. Había tenido que atender a una familia de cristianos conservadores, pentecostales, que me había derivado un pediatra del hospital. Al hijo de trece años, hijo único, iban a someterlo a un tratamiento de leucemia que entrañaba un serio riesgo de esterilidad. El pediatra les aconsejaba que hicieran congelar y almacenar algo de semen del muchacho, de modo que cuando llegase a adulto y se casase pudiese inseminar a su mujer artificialmente y tuviera hijos propios. Si bien los padres aceptaban la idea de guardar esperma, y no tenían nada contra la inseminación artificial, se oponían resueltamente, por razones religiosas, a permitir que su hijo se masturbara. Para este rompecabezas no había solución quirúrgica directa. La familia estaba en crisis. Consultaron conmigo, y tras unas pocas sesiones y mucho rezar, decidieron arriesgarse a no tener nietos. Sencillamente no podían dejar que su hijo cometiera lo que llamaban pecado de onanismo.

El profesor Saito meneó la cabeza, y noté que había disfrutado con la historia, que el cariz raro y desdichado de la misma lo había divertido (y turbado) tanto como a mí. La gente elige, dijo, la gente elige, y elige en nombre de los otros. Y fuera del trabajo, ¿qué? ¿Qué estás leyendo? Sobre todo revistas médicas, dije, y también muchas cosas interesantes que empiezo y por alguna razón soy incapaz de acabar. No bien compro un libro nuevo, me está reprochando que lo deje sin leer. Yo tampoco leo mucho, dijo él, con los ojos como los tengo, pero ya había almacenado bastante aquí. Se señaló la cabeza. En realidad estoy lleno. Nos reímos, y justo entonces Mary entró con los caquis en un plato de porcelana. Comí la mitad de uno, era un poco demasiado dulce. Comí la otra mitad y le di las gracias.

Durante la guerra, dijo él, confié muchos poemas a mi memoria. Supongo que hoy en las escuelas ya no existen esas esperanzas. Cuando estaba en Maxwell presencié el cambio, la poca preparación de este tipo que tenían las nuevas generaciones. Para esos jóvenes, memorizar era una diversión agradable, parte de una asignatura específica; para sus mayores, treinta o cuarenta años antes, había habido un vínculo fuerte con la vida de los poemas, que venía de haber memorizado varios. Ya antes de entrar en una clase universitaria de literatura inglesa, los de primer año tenían una relación con un corpus de poesía. A mí, en los cuarenta, la capacidad de memorizar me era muy útil: recurría a ella porque no estaba seguro de que volviera a ver mis libros, y además en el campo no había gran cosa que hacer. Lo que estaba pasando nos desorientaba mucho, nosotros éramos estadounidenses, siempre nos habíamos considerado estadounidenses, no japoneses. Hubo un tiempo largo de espera confusa, más dura para los padres, pienso, que para los niños, y en ese tiempo de espera yo me llené la cabeza de trocitos del *Preludio* y sonetos de Shakespeare y largos pasajes de Yeats. Ahora ya no recuerdo las palabras exactas de ninguno, ha pasado demasiado tiempo, pero lo único que necesito es el medio que los poemas crean. Apenas uno o dos versos, como un anzuelo —hizo un ademán—, uno o dos, bastan para engancharlo todo, lo que el poema dice, lo que significa. Del anzuelo se prende todo. «En la estación de verano, cuando el sol era tibio, yo llevaba un manto como si fuese un pastor». ¿Lo reconoces? Supongo que ya nadie memoriza nada. Para nosotros era parte de una disciplina, como el buen violinista debe saberse de memoria las partitas de Bach o las sonatas de Beethoven. En Peterhouse yo tenía de tutor a Chadwick, un hombre de Aberdeen. Un gran erudito, lo había formado el propio Skeat. ¿Nunca te hablé de Chadwick? Un gruñón sin remedio, pero fue el primero que me enseñó a valorar la memoria, a pensarla como música mental, una partitura para yambos y troqueos.

Las reminiscencias alejaban al profesor Saito del día a día, de las mantas y la bolsa de orina. Otra vez era fines de los años treinta y él volvía a estar en Cambridge respirando el aire húmedo de los pantanos, gozando de la serenidad de su erudición

joven. A veces daba la impresión de hablar sobre todo para sí mismo, pero de pronto hacía una pregunta directa y yo, interrumpido en mi pequeño séquito de pensamientos, vacilaba buscando una respuesta. Reanudábamos la vieja relación de alumno y maestro, y él continuaba sin detenerse, sin importarle si yo acertaba con la respuesta o no, si tomaba a Chaucer por Langland o Langland por Chaucer. Enseguida había pasado una hora, y él preguntaba si por ese día podíamos dejarlo allí. Yo prometía volver pronto.

Cuando salí a Central Park South el viento se había vuelto más frío, el aire más diáfano y el clamor de la multitud era fuerte y sostenido. Un gran caudal de corredores en la recta final se dirigía hacia la meta. Como la calle 59 estaba acordonada, fui hasta la 57 y subí hasta encontrar Broadway. La estación de Columbus Circle estaba congestionada, así que caminé hasta el Lincoln Center para coger el metro hacia el norte en la parada siguiente. En la calle 62 alcancé a un hombrecito de patillas canosas que llevaba un bolso de plástico con marca, renqueaba a causa de unas piernas algo combadas y estaba visiblemente exhausto. Vestía *shorts* y leotardos negros y una chaqueta de lanilla azul de manga larga. Por las facciones supuse que era mexicano o centroamericano. Durante un rato anduvimos en silencio, no juntos intencionalmente, pero casualmente nos movíamos al mismo paso y en la misma dirección. Al fin le pregunté si acababa de terminar la carrera y, como asintió sonriendo, lo felicité. Pero, me puse a pensar, después de 42 kilómetros y 195 metros el hombre sencillamente había recogido el bolso y se iba a su casa. No había amigos ni familia que le celebrasen el logro. Entonces me compadecí. Volví a dirigirme a él para desviar estos pensamientos privados y le pregunté si había sido una buena carrera. Sí, dijo, una buena carrera, las condiciones para correr eran buenas, no hacía demasiado calor. Tenía una cara agradable pero curtida y acaso entre cuarenta y cinco y cincuenta años. Caminamos juntos un poco más, dos o tres manzanas, puntuando los silencios con frases sobre el clima y las multitudes.

En la esquina de enfrente de la Ópera me despedí de él y aceleré el paso. Mientras me alejaba rápidamente imaginé la silueta renqueante menguando, aquella figura enjuta que era la imagen de una victoria sólo evidente para sí misma. De chico yo tuve problemas bronquiales y nunca he sido corredor, pero instintivamente comprendo la exultación que suelen sentir los maratonistas en el kilómetro cuarenta, tan cerca de la meta. Más misterioso me resulta qué mantiene a esa gente en marcha durante los kilómetros veintinueve, treinta y dos, treinta y seis. A esas alturas las piernas ya deben de estar rígidas por la acumulación de acetona y la acidosis debe de amenazar con sofocar la voluntad y hacer que el cuerpo diga basta. El primer hombre que corrió un maratón murió de fatiga al instante, y no sorprende: es un acto de extrema resistencia humana, y todavía notable aunque lo lleve a cabo mucha gente. Así pues, girándome a mirar a mi ex compañero, y pensando en el desplome de

Filípides, vi la situación con más claridad. Era de mí, tan solitario como él, de quien había que compadecerse, pues había aprovechado menos la mañana.

Pronto llegué a la gran tienda de Tower Records de la esquina de la 66, y me sorprendió ver letreros anunciando que tanto el local como la empresa que lo sostiene iban a cesar la actividad. Yo había estado en la tienda muchas veces, probablemente había gastado cientos de dólares en música y me pareció correcto, aunque sólo fuera en honor a los viejos tiempos, hacerle una visita más antes de que cerrara las puertas para siempre. Entré, acicateado también por la promesa de una rebaja drástica de los precios de todos los artículos, aunque no tenía ganas de comprar nada en particular. La escalera mecánica me llevó a la segunda planta, donde la sección clásica, más concurrida que de costumbre, parecía enteramente incautada por hombres maduros y ancianos de chaqueta raída. Revisaban expositores de cd con una paciencia de rumiantes y, mientras que algunos llevaban cestas rojas de compras donde dejaban caer lo que elegían, otros apretaban los brillantes estuches de plástico contra el pecho. En el estéreo de la tienda sonaba Purcell, un himno apasionado que reconocí de inmediato como una de las odas para el aniversario de la reina María. A mí la música que se oía por los altavoces de las tiendas generalmente me disgustaba, fuera cual fuese. Estropeaba el placer de pensar en otra música. Las tiendas de discos, pensaba, debían ser espacios de silencio: más que en cualquier otro sitio, allí la mente necesitaba claridad. Esa vez, sin embargo, puesto que había reconocido la pieza y puesto que era una pieza muy querida, no me importó.

El siguiente disco que sonó, aunque totalmente diferente del anterior, también lo reconocí enseguida: el primer movimiento de *Das Lied von der Erde*, un tardío ciclo de canciones de Mahler en forma de sinfonía. Reanudé mi búsqueda. Me moví de una sección a otra, de reediciones de las sinfonías de Shostakovich interpretadas por olvidadísimas orquestas regionales a recitales de Chopin por lozanos concursantes del certamen Van Cliburn, pensando que las rebajas no eran suficientemente interesantes, perdiendo cualquier interés real en comprar, aclimatándome al fin a la música que sonaba por encima de mí y entrando en los extraños matices de su mundo. Sucedió de forma subliminal, pero al poco rato esa música me había cautivado y bien habría podido, por lo que me concernía, estar envuelto en una oscuridad privada. En ese trance seguí moviéndome de hilera en hilera de discos compactos, volviendo con los pulgares los estuches de plástico, las revistas y las partituras mientras escuchaba cómo un movimiento de *chinoiserie* vienesa sucedía a otro. Al oír la voz de Christa Ludwig en el segundo, una canción sobre la soledad del otoño, reconocí la famosa grabación dirigida por Otto Klemperer en 1964. Esa conciencia acarreó otra: que lo único que yo tenía que hacer era tomarme mi tiempo y esperar el centro emocional de la obra, que Mahler había situado en el último movimiento de la sinfonía. Me senté en uno de los duros bancos que había cerca de las salidas de audio, me sumí en el

ensueño y seguí a Mahler a través de la ebriedad, el deseo, la pompa, la juventud (y su languidecimiento) y la belleza (y su languidecimiento). Entonces venía el movimiento final, «Der Abschied», el Adiós, en el que Mahler, donde normalmente indicaba el tempo, había escrito «*schwer*», difícil.

El canto de los pájaros y la belleza, los lamentos y arrebatos de los movimientos anteriores: todo había sido suplantado por un ánimo diferente, un ánimo más fuerte, más seguro. Era como si, de improviso, las luces me hubieran dado en los ojos y deslumbrado. Sencillamente no se podía entrar del todo en la música, no en ese espacio público. Dejé en la mesa más cercana la pequeña pila de discos que tenía en la mano y me fui. Logré subir al metro hacia el Uptown justo cuando se estaban cerrando las puertas. Para entonces el gentío de la maratón había empezado a menguar. Me senté y me recliné. El motivo de cinco notas de «Der Abschied» continuó en el punto en donde yo había huido, con tanta claridad que me parecía estar escuchándolo en la tienda. Percibía la madera de los clarinetes, la resina de los violines y las violas, las vibraciones de los tímpanos y la armonía que los mantenía unidos y los guiaba inacabablemente por la línea musical. Tenía la memoria abrumada. La canción me siguió a casa.

La música de Mahler se apoderó de mis actividades durante todo el día siguiente. Hasta en los detalles más ordinarios del hospital, el centelleo de las puertas de cristal a la entrada del bloque Milstein, las mesas de exploración y las camillas rodantes de la planta baja, las pilas de historias clínicas del departamento de psiquiatría, la luz de las ventanas de la cafetería y los remates de los edificios del Uptown, que desde aquella altura parecían hundidos, había una intensidad nueva, como si la precisión de la textura orquestal se hubiera transferido al mundo de las cosas visibles y cada detalle se hubiera vuelto significativo. Un paciente se había sentado frente a mí con las piernas cruzadas, y su pie derecho alzado, que se contraía en el lustroso zapato negro, también parecía parte de aquel intrincado mundo musical.

Cuando salí del Presbiteriano de Columbia el sol se estaba poniendo y daba al cielo un aspecto metálico. Bajé en el metro hasta la calle 125 y camino a mi barrio, sintiéndome mucho menos rendido que la mayoría de los lunes, me desvié para dar un paseo por Harlem. Vi la actividad vivaz de los vendedores callejeros: ropas senegalesas, dvd piratas, puestos de la Nación Islámica. Había libros autoeditados, *dashikis*, carteles por la liberación de los negros, haces de incienso, frasquitos de perfume y de aceite de esencias, *djembes*, y pequeños *tchotchkes* africanos para turistas. En uno se exponían fotos ampliadas de linchamientos de afroamericanos a comienzos del siglo xx. A la vuelta de la esquina de la avenida St. Nicholas los choferes de coches de alquiler de lujo, a la espera de algún viaje fuera de horario, se reunían a fumar cigarrillos y charlar. Algunos jóvenes vestidos con sudadera con capucha, ciudadanos de una economía informal, hacían circular mensajes y sobrecitos

de plástico montando una coreografía opaca para todos salvo para ellos. Un viejo de rostro ceniciento y bulbosos ojos amarillentos me saludó alzando la cabeza al pasar, y yo (que por un momento pensé que debía de conocerlo, o que lo había conocido algún día, o que lo había visto antes, aunque luego descarté rápidamente estas ideas una a una, y al fin temí que la velocidad de las disociaciones mentales pudiera hacerme tropezar), le devolví el silencioso saludo. Me volví para ver cómo su cogulla negra se fundía con un umbral en sombras. En la noche de Harlem no hay blancos.

En la tienda de comestibles compré pan, huevos y cerveza, y en la puerta de al lado, un local jamaicano, curry de cordero, plátanos, arroz y guisantes para llevarme a casa. Enfrente del colmado había un Blockbuster y, aunque nunca había alquilado nada allí, me asombró que un cartel anunciara que ellos también iban a cerrar. Que Blockbuster no se las arreglase en una zona llena de estudiantes y familias significaba que el modelo de empresa tenía un fallo fatal, que los esfuerzos desesperados que habían hecho últimamente, como bajar los precios de alquiler, lanzar un bombardeo publicitario y abolir las multas por retraso, habían llegado tarde. Me acordé de Tower Records, una conexión que no pude evitar, dado que ambas compañías habían dominado sus respectivas industrias durante mucho tiempo. No es que esas empresas nacionales sin rostro me dieran pena, en absoluto. Habían cosechado los beneficios y el renombre destruyendo pequeños negocios locales más antiguos. Pero me impresionó no sólo la desaparición de unos hitos de mi paisaje mental, sino la velocidad y la impavidez con que el mercado se tragaba incluso las empresas más dúctiles. Ya previamente, negocios que unos años antes parecían indestructibles se habían desvanecido, al parecer, en el lapso de pocas semanas. Cualquiera que fuese su papel, pasaba a otras manos, manos que por breve tiempo se sentirían invencibles y a su hora serían derrotadas por cambios imprevistos. A estos sobrevivientes también les llegaría el olvido.

Cuando me acercaba con las bolsas a mi edificio vi a alguien que conocía: era el hombre que vivía en el apartamento contiguo al mío. Llegamos a la puerta al mismo tiempo y él me la mantuvo abierta. No lo conocía bien, de hecho casi no lo conocía, y me costó un momento recordar cómo se llamaba. Tenía poco más de cincuenta años y se había mudado allí hacía un año. Me vino el nombre a la cabeza: Seth.

Yo había hablado un momento con Seth y su mujer, Carla, poco después de que se instalaran, pero desde entonces casi nunca. Él era un asistente social retirado que, siguiendo un sueño de toda la vida, había vuelto al bachillerato para obtener un segundo título, en Lenguas Románicas. Lo veía una vez por mes, nada más, a la puerta del edificio o cerca de los buzones. Carla, con quien me había encontrado sólo un par de veces, también estaba jubilada: había sido directora de escuela en Brooklyn y todavía tenía una casa allí. Una vez que con mi amiga Nadège nos habíamos tomado un día libre juntos, Seth había llamado a la puerta para preguntarme si estaba

tocando la guitarra. Como le dije que no sabía tocar me explicó que a menudo él estaba en casa por las tardes y a veces el volumen de mis altavoces (serán los altavoces, pues, dijo, aunque suenan como música en vivo) le molestaba. Pero, añadió con sincero calor en la voz, los fines de semana siempre salían de la ciudad y, si nosotros queríamos, desde los viernes por la tarde éramos libres de hacer ruido. A mí la cosa me supo mal y me disculpé. Desde entonces había hecho un esfuerzo consciente por no perturbarlo, y el tema no había vuelto a mencionarse.

Seth mantuvo la puerta abierta. También él había hecho compras y llevaba bolsas de plástico. Está haciendo frío, dijo. Tenía la nariz y las orejas rosadas y le lagrimeaban los ojos. Sí, es verdad que hace frío, pensé en coger un taxi en la 125. Él asintió y estuvimos un rato en silencio. Llegó el ascensor y subimos. Bajamos en el séptimo piso y mientras avanzábamos por el pasillo, con un rumor de bolsas, le pregunté si los fines de semana seguían yéndose afuera. Ah, sí, todos los fines de semana, pero ahora soy yo solo, Julius. Carla murió en junio, dijo. Tuvo un infarto.

Quedé estupefacto unos instantes, como si me hubieran contado algo imposible. Lo siento, dije. Él ladeó la cabeza y seguimos andando. Le pregunté si había podido tomarse unos días en el colegio. No, dijo él, seguí yendo como siempre. Le puse la mano en el hombro, por un momento, y repetí que lo sentía mucho y él me lo agradeció. Tener que tratar con mi tardía conmoción por lo que para él era un suceso mucho más personal, pero mucho más viejo, parecía causarle un vago embarazo. Tintinearón las llaves, él entró en el apartamento veintiuno y yo en el veintidós. Cerré la puerta y oí que también se cerraba la suya. No encendí la luz. En la habitación de al lado había muerto una mujer, había muerto al otro lado de la pared, y yo ni me había enterado. No me había enterado en las semanas en que el marido estaba de duelo, ni cuando lo saludaba con la cabeza y auriculares en los oídos, ni cuando doblaba mi ropa en la lavandería del edificio mientras él usaba la máquina. No lo conocía tanto como para preguntarle cómo estaba Carla y no había notado la ausencia de ella. Esto era lo peor. No había notado ni su ausencia ni el cambio —tenía que haber habido un cambio— en el ánimo de él. Ya no era posible, ni siquiera ahora, llamar a su puerta y abrazarlo, o tener una conversación larga. Habría sido una farsa de intimidad.

Al cabo encendí la luz y avancé por mi apartamento. Imaginé a Seth peleando con su tarea de francés y de español, conjugando verbos, bregando con traducciones, memorizando listas de vocabulario, haciendo ejercicios de redacción. Mientras ordenaba las compras procuré recordar cuándo exactamente había llamado a la puerta para preguntarme si tocaba la guitarra. Al fin me conformé calculando que había sido antes y no después de la muerte de la mujer. Esto me dio cierto alivio, que casi en el acto fue desplazado por la vergüenza. Pero incluso ese sentimiento se fue aplacando, demasiado rápido, ahora que lo pienso.

## DOS

Unas noches más tarde estaba hablando por teléfono con Nadège cuando oí ruidos a lo lejos, unos ruidos casi imperceptibles al comienzo, que sin embargo en pocos segundos se acercaron y se intensificaron. Una sola voz gritaba, una voz de mujer, y una multitud respondía. Después de que esto pasara varias veces, me di cuenta de que la multitud era fundamental o enteramente femenina. Varios silbidos atravesaban el aire, pero incluso antes de abrir la ventana advertí que no eran festivos. Era algo más serio. Sonaban tambores y, a medida que la manifestación se acercaba, el tono de los tambores se volvía cada vez más marcial (me vino a la mente una partida de caza haciendo salir conejos de las madrigueras). Era tarde, más de las diez. Al otro lado de la calle varios vecinos se habían asomado a las ventanas y todos estirábamos la cabeza hacia la avenida Ámsterdam. La voz que guiaba se hizo aún más fuerte, pero las palabras no se resolvían en ningún significado y la masa que marchaba hacia nosotros seguía envuelta en la oscuridad. Luego, cuando pasó bajo las farolas, toda formada por mujeres jóvenes, las consignas se aclararon: «Tenemos el poder», exclamaba la voz solitaria. «La calle es nuestra, recuperemos la noche», respondían las otras.

El grupo, de unas cuantas docenas pero muy apretado, pasó bajo mi ventana. Desde una altura de varios pisos miré las caras que se iluminaban y apagaban al atravesar los halos de luz de las farolas. «Ni los cuerpos de las mujeres, ni las vidas de las mujeres: no nos van a dominar». Cerré la ventana. Fuera estaba apenas más fresco que en el apartamento. Al atardecer yo había caminado por Riverside Park de ida y vuelta entre la 116 y la 90. Aún no hacía frío y en todo el paseo por el parque —mientras miraba a los perros y sus amos, todos los cuales parecían converger en los senderos por donde iba yo, una corriente inagotable de pit bulls, terriers, alsacianos, bracos de Weimar, chuchos— no había dejado de preguntarme por qué seguía haciendo tanto calor a mitad de noviembre.

Cuando subía la colina hacia mi casa, justo en el cruce con la 121, vi a mi amigo. Vivía a sólo unas manzanas y había estado comprando comida. Lo saludé y hablamos un momento. Era un joven profesor del departamento de Ciencias de la Tierra y ya había recorrido cuatro de los siete años del incierto viaje hacia la titularidad. Le interesaban muchas más cosas que lo que sugería su especialidad profesional y en eso se basaba en parte nuestra amistad: tenía opiniones firmes sobre libros y películas, opiniones a veces contrarias a las mías, y había vivido dos años en París, donde había adquirido un gusto por filósofos en boga como Badiou y Serres. Además era un voraz jugador de ajedrez y padre afectuoso de una niña de nueve años que en general vivía

con la madre en Staten Island. Los dos lamentábamos que las exigencias del trabajo nos impidieran pasar juntos todo el tiempo que habríamos querido.

A mi amigo le apasionaba especialmente el jazz. De la mayoría de los nombres y estilos en que se deleitaba yo tenía poca idea (al parecer hay un sinnúmero de grandes músicos de los sesenta y setenta de apellido Jones). Pero, aun desde mi distancia ignorante, percibía la agudeza de su oído. Él solía decirme que un día iba a sentarse al piano y mostrarme los mecanismos del jazz, y que cuando al fin entendiese qué era una *blue note* y qué era el swing se abrirían los cielos y se produciría una transformación en mi vida. Yo le creía bastante y de vez en cuando hasta me preguntaba, preocupado, por qué carecía yo aparentemente de un vínculo emotivo fuerte con ese estilo musical tan estadounidense. Con demasiada frecuencia me sonaba meramente dulce, incluso empalagoso, y sobre todo me desagradaba como música de fondo. Mientras mi amigo y yo hablábamos, un indigente cantaba en la acera de enfrente y con las ráfagas de viento nos llegaban jirones de voz.

Estos pensamientos placenteros quedaron interrumpidos por un presagio de la conversación que esa noche tendría con Nadège. Y qué raro fue, horas más tarde, oír la tensa voz de ella en contrapunto con las de las manifestantes de abajo. Se había ido a vivir a San Francisco hacía unas semanas y habíamos dicho que nos esforzaríamos por mantener las cosas a distancia, pero no lo habíamos dicho en serio.

Intenté imaginármela en la muchedumbre pero no me vino a la mente ninguna imagen, ni pude representarme el rostro como si hubiera estado conmigo. Pronto, cuando la marcha fluyó hacia Morningside Park entre silbatos y banderas, las voces de las manifestantes se desvanecieron. El redoble marcial del tambor continuó un rato, con su secuela de taquicardia, y luego también se apagó y ya no oí nada más que la voz disminuida del otro lado de la línea. Era dolorosa esa ruptura, pero a ninguno de los dos le sorprendía.

La noche siguiente, en el metro, vi a un lisiado que recorría los vagones arrastrando la pierna rota. Impostaba la voz aflautándola para que el cuerpo pareciera más frágil. El número no me gustó y me negué a darle dinero. Minutos después, al bajarme, vi a un ciego. El largo bastón blanco acababa en una pelota de tenis, y el hombre barría con él un arco limitado delante de sus pies, y otro al costado y, como iba demasiado al borde y corría el riesgo de caer del andén (me pareció a mí), me acerqué a preguntarle si necesitaba ayuda. Oh, no, dijo, no. Estoy esperando el tren, gracias. Lo dejé y fui hasta la salida. Me azoró ver, justo en ese momento, otro ciego, que también llevaba un largo bastón blanco con una pelota de tenis y, delante de mí, subía la escalera hacia la luz.

Se me ocurrió que ciertas cosas que estaba viendo a mi alrededor estaban bajo la égida de Obatala, el demiurgo al que Olodumare había encargado que crease a los

humanos con arcilla. Obatala hizo las cosas bien hasta que empezó a beber. De tanto beber se emborrachó y empezó a modelar seres humanos defectuosos. Los yorubas creen que en ese estado de ebriedad hizo a los enanos, los tullidos, los que carecen de algún miembro y los abrumados por enfermedades que debilitan. Olodumare tuvo que reclamar el papel que había delegado y acabar él mismo la creación de la humanidad, pero ello explica que los que sufren de dolencias físicas se identifiquen como adoradores de Obatala. Es un tipo interesante de relación con un dios, no de afecto o alabanza sino de antagonismo. La forma de adorar a Obatala es acusarlo: él los ha hecho como son. Visten de blanco, que es el color del dios y el del vino de palma con que se emborrachaba.

Hacía meses que no iba al cine. Hacia las diez entré en una librería de una de las cadenas famosas, para hacer tiempo hasta que empezara la película, y me acordé de un libro que llevaba meses queriendo leer: una biografía histórica que había escrito una de mis pacientes. Lo encontré enseguida —*El monstruo de Nueva Ámsterdam*— y me instalé a leerlo entre las estanterías más tranquilas. V., profesora adjunta de la Universidad de Nueva York y miembro de la tribu de los delaware, había basado el libro en la defensa de su tesis doctoral para Columbia. Era el primer estudio abarcador de Cornelis van Tienhoven. En el siglo XVII Van Tienhoven había sido notorio como primer *schout* de Nueva Ámsterdam, funcionario con poderes oficiales para imponer la ley entre los colonos holandeses de la isla de Manhattan. Había llegado en 1633, como secretario para la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, pero, a medida que ascendía en la escala social, se había dado a conocer por sus muchos actos brutales, entre ellos, sobre todo, el ataque que había dirigido para asesinar a los indios canarsie de Long Island, del cual había regresado con las cabezas de las víctimas en picas. Van Tienhoven también había estado a la cabeza de una partida que había masacrado a más de cien miembros inocentes de la tribu hackensack. Leer el libro de V. resultaba un tanto sombrío. Estaba lleno de hechos violentos y en las notas finales reproducía registros relevantes del siglo XVII. Estos textos, escritos en un lenguaje piadoso y sereno, presentaban el asesinato en masa como poco más que un lamentable efecto secundario de la colonización del país. En su paciente narración de los crímenes, *El monstruo de Nueva Ámsterdam* era como esas biografías de Pol Pot, Hitler o Stalin que casi siempre hacen fortuna en las listas de *bestsellers*. Un adhesivo en la cubierta del ejemplar que yo tenía en las manos indicaba que el libro era candidato al Premio Nacional del Círculo de la Crítica. Los untuosos comentarios de las solapas, a cargo de historiadores estadounidenses de primer orden, lo elogiaban por arrojar luz a un capítulo olvidado de la historia colonial. De tanto en tanto, durante los dos años anteriores, leyendo el periódico, yo me había encontrado con algún aspecto de esta aclamación crítica, y por eso había oído el nombre de V. y tenía alguna conciencia de su éxito profesional antes de que se

convirtiera en paciente mía.

Cuando a principios del año pasado empecé a tratarla a causa de una depresión, me sorprendieron su carácter tímido y su cuerpo menudo. Era un poco mayor que yo, aunque parecía mucho más joven, y estaba trabajando en un proyecto nuevo que, tal como lo explicaba, venía a ampliar los estudios sobre los encuentros del siglo xvii entre los grupos nativos del nordeste —los delaware y los iroqueses en particular— y los colonos europeos. La depresión de V. se debía en parte a la carga emocional de esos estudios, que, como los describió una vez, se parecían tanto a mirar la otra orilla de un río en un día de lluvia intensa, que nunca podía saber a ciencia cierta si la actividad de enfrente tenía algo que ver con ella ni, en definitiva, si había allí alguna actividad. Aunque su biografía de Van Tienhoven estaba destinada a un público amplio, incluía un completo aparato erudito y evidenciaba mucha de la distancia emocional típica de los estudios universitarios. Pero hablando con V. también quedaba claro que los horrores que los norteamericanos nativos habían tenido que padecer a manos de los colonos blancos, los horrores que en su opinión seguían padeciendo, la afectaban profundamente en un plano personal.

No puedo fingir que no afecta mi vida, me dijo una vez; es mi vida. Es difícil vivir en un país que ha borrado tu pasado. Calló, y en el silencio se hizo más profunda la sensación que sus palabras habían creado —me acuerdo de que experimenté un cambio sutil en la presión del aire de la habitación—, de modo que no sólo oíamos las idas y venidas más allá de la puerta de mi despacho. Ella había cerrado los ojos, como si por un momento se hubiese dormido. Pero luego continuó, y advertí un temblor en los párpados cerrados. Casi no hay norteamericanos nativos en Nueva York, y muy pocos en todo el nordeste. No está bien que a la gente no le aterrorice esto, porque es algo aterrador que le pasó a una población muy grande. Y no es historia; está aquí, o al menos está conmigo. Se detuvo, y entonces abrió los ojos, y al recordar aquello en la librería, sentado en la alfombra entre los altos estantes, recordé la curiosa serenidad que había aquella tarde en el rostro de V., donde el único signo físico de congoja eran los ojos llenos de lágrimas. Me levanté, fui hasta el mostrador y pagué el libro. Aunque sabía que no iba a tener tiempo de leerlo entero, quería pensar más en lo que ella había escrito, y también esperaba que, en los momentos en que se apartaba del registro histórico riguroso y delataba cierto análisis subjetivo, me revelara algo más sobre su estado psicológico.

Después de pagar caminé las cuatro manzanas hasta el cine en una noche que, me acuerdo, era templada. Me acompañaba esa preocupación recurrente por lo cálida que seguía siendo la estación. Aunque en el momento más álgido de las estaciones frías yo lo pasaba mal, había aceptado que tenían algo de justo, que en la cosas había un orden natural. La ausencia de ese orden, la injustificada ausencia de frío, me afectaba como una incomodidad repentina. Me molestaba la idea de que el clima estuviese

cambiando patentemente, aun si no había pruebas de que la calidez de ese otoño en particular no se debiese a una variación perfectamente normal en unas pautas con una duración de siglos. Pero yo ya no era tan escéptico como había sido antes sobre el calentamiento global, aunque aún no tolerase la tendencia de algunos a precipitarse en conclusiones basadas en evidencias anecdóticas: el calentamiento global era un hecho, pero ello no explicaba por qué hacía calor un día determinado. Asociar con demasiada ligereza ambas cosas era una indolencia del pensamiento, una invasión de la política en boga en lo que debía ser el recinto acorazado de la ciencia.

Con todo, vista la insistencia de mis pensamientos en el hecho de que a mitad de noviembre no hubiera tenido ocasión de ponerme el abrigo, me preguntaba si yo no era ya uno de esos que interpretaban de más. En parte, porque sospechaba que cierto humor social impulsaba cada vez a más personas al juicio instantáneo y la opinión apresurada, a un espíritu anticientífico, y me parecía que al viejo problema de la incompetencia matemática masiva se estaba sumando una incapacidad más general para evaluar pruebas. Era una oportunidad de negocios rápidos para los especialistas en prometer soluciones inmediatas: políticos o sacerdotes de diversas religiones. En particular, muy rentable para los que desearan aglutinar gente en torno a una causa. Cuál fuese la causa daba casi lo mismo. Lo único que importaba era la militancia.

En la taquilla del cine había un grupo atípico, pero yo no había esperado otra cosa porque la película empezaba tarde, transcurría en África y no tenía nombres rutilantes de Hollywood. En la cola había jóvenes, muchos de ellos negros y vestidos con ropa de moda. También había asiáticos, latinos, neoyorquinos inmigrantes, neoyorquinos de origen étnico indeterminado. El público de la última película que yo había visto en el mismo cine, meses antes, había constado casi enteramente de blancos de pelo blanco, muchos menos espectadores que los que asistían ahora. En la gran cueva del cine me senté solo. No, no exactamente solo: en compañía de otros cientos, pero para mí todos extraños. Se apagaron las luces y, cuando me arrellanaba en la butaca, cuando ya empezaba la película, me llamó la atención alguien sentado en un extremo de mi fila: un anciano dormido que, con la cabeza hacia atrás y la boca abierta, más que dormido parecía muerto. No se movió ni cuando la película empezó.

La alegre música de los créditos era del período correcto pero no de la parte de África que correspondía: ¿qué tenía que ver Mali con Kenia? No obstante, yo había ido preparado para que algunas cosas de la película me gustaran, y esperaba que otras me molestasen. De una que había visto el año anterior, sobre los crímenes de las grandes empresas farmacéuticas en África Oriental había salido con un sentimiento de frustración, no por el argumento, que era verosímil, sino por su fidelidad al tópico del blanco bueno en el continente. África siempre estaba a la espera, sustrato para la voluntad del hombre blanco, telón de fondo para sus actividades. De modo que, mientras aguardaba para asistir a esta otra película, *El último rey de Escocia*, yo

estaba preparado para enfadarme de nuevo. Estaba preparado para ver a un hombre blanco, en su país un don nadie, que pensaba, como de costumbre, que la salvación de África dependía de él. El rey a quien se refería el título era Idi Amin Dada, dictador de Uganda en la década de 1970. Condecorarse con títulos espurios era uno de sus numerosos pasatiempos menos macabros.

Podría decirse que yo conocía bien a Idi Amin porque había sido parte indeleble de la mitología de mi infancia. Recordaba cuántas horas había pasado en casa de mis primos viendo una película titulada *Triunfo y caída de Idi Amin*. Allí no se escatimaban detalles para presentar la crueldad, la demencia y la mera exaltación de aquel hombre. Por entonces yo tendría siete u ocho años, y las imágenes de gente acribillada y embutida en maleteros de coches, o decapitada y almacenada en frigoríficos, se me habían quedado grabadas. Eran auténticamente estremecedoras porque, al contrario que en las sangrientas películas estadounidenses de guerra de las que yo también disfrutaba en las largas vacaciones de la escuela, las víctimas de *Triunfo y caída*, con sus trajes safari, su pelo afro y sus frentes brillantes, se parecían a nuestros padres y nuestros tíos. Las ciudades en donde se representaba aquel desastre eran como la nuestra y los coches tiroteados eran los mismos modelos que veíamos a nuestro alrededor. Pero nosotros disfrutábamos de la impresión, de ese realismo poderoso y estilizado, y siempre que no teníamos nada que hacer volvíamos a ver la película.

En general, *El último rey de Escocia* evitaba una imaginería tan sangrienta. En cambio se concentraba en la relación entre Idi Amin y el escocés Nicholas Garrigan, inocente por poco tiempo, a quien el dictador había presionado para que se convirtiera en su médico personal. Era la historia de un hombre en el cual los rasgos clásicos del dictador habían tomado la forma más extrema. En su extrovertida demencia —mezcla de ira, miedo, inseguridad y deslumbrante encanto—, Idi Amin mató a trescientos mil ugandeses durante su gobierno, expulsó de Uganda a la numerosa comunidad de origen indio, destruyó la economía nacional y se ganó la reputación de ser una de las manchas más grotescas de la historia reciente de África.

Mientras miraba la película me acordé de un incómodo encuentro que pocos años antes, una noche, había tenido en una opulenta casa de un suburbio de Madison. Por entonces yo estudiaba medicina y el anfitrión, un cirujano indio, nos había invitado a su casa a mí y a un grupo de mis compañeros. Después de la cena, el doctor Gupta nos había guiado a una de las tres suntuosas salas de estar, donde siguió llenándonos las copas de champán. Nos contó que Idi Amin había expulsado a toda su familia de las casas y tierras que tenían en Uganda. Ahora me va bien, dijo, Estados Unidos nos ha posibilitado una vida a mí, mi mujer y mis hijos. Mi hija se va a graduar en ingeniería por el MIT y el menor está en Yale. Pero, si tengo que ser franco, todavía siento rabia. Perdimos mucho, nos robaron a mano armada, y cuando pienso en los

africanos... —y sé que en Estados Unidos se supone que uno no debe hablar así—, cuando pienso en los africanos me dan ganas de escupir.

El rencor me dejó atónito. Inevitablemente sentí que en parte aquel encono se dirigía a mí, que era, aparte de él mismo, el único africano de la sala. Nada importaba el detalle de que yo fuese de origen nigeriano, porque el doctor Gupta había hablado de los africanos en general, eludiendo lo específico. Pero ahora, mirando la película, vi que el propio Idi Amin daba fiestas maravillosas, contaba chistes realmente graciosos y hablaba con elocuencia sobre la necesidad de la autodeterminación africana. Aquellos matices de la personalidad del dictador, tal como aparecían en la película, indudablemente habían dejado un mal sabor de boca a mi anfitrión de Madison.

Yo deseaba creer que las cosas no eran tan malas como parecían. Ésa era la parte de mí que quería que la distrajesen, que prefería no enfrentarse con el horror. Pero no hubo satisfacción: como suele ocurrir, las cosas acabaron mal. Como Coetzee en *Elizabeth Costello*, me pregunté qué sentido tenía entrar en esos recovecos del corazón humano. ¿Por qué mostrar la tortura? ¿No bastaba con que a uno le contaran, en detalle impreciso, que sucedían infamias? Tanto si se trata de la historia de Idi Amin o de Cornelis van Tienhoven, deseamos que nos lo ahorren. Es un deseo común, y necio: nadie puede ahorrárselo. Los hijitos de Idi Amin se llamaban MacKenzie y Campbell —MacKenzie era epiléptico— y esos niños ugando-escoceses quedaron atrapados en la pesadilla del padre, y en la negligencia de Obatala.

Salí del cine a medianoche, el aire era tibio. Llevaba conmigo el libro de V., pero después de lo que acababa de ver supe que tendría que dejarlo de lado por un tiempo. En la estación de metro, casi vacía, una familia de los suburbios esperaba el tren. Sentada a mi lado en el banco había una niña de trece años. Su hermano de diez vino a reunirse con ella. Desde allí no podían oírlos los padres, que, salvo por una o dos miradas indiferentes en dirección a nosotros, estaban absortos en su propia conversación. Eh, señor, dijo la niña volviéndose hacia mí, ¿qué pasa? Hizo gestos con los dedos, y ella y el hermano se echaron a reír. El chico llevaba un sombrero de labriego chino de imitación. Antes de sentarse a mi lado habían estado estirándose los ojos y parodiando reverencias exageradas. Ahora se volvieron los dos hacia mí. ¿Es usted un gánster, señor? ¿Es un gánster? Hicieron gestos de pistolero disparando, o de lo que ellos creían que eran gestos de pistolero. Yo los miraba. Era medianoche y no tenía ganas de dar clases públicas. Es negro, dijo la niña, pero no va vestido de gánster. Qué te apuestas a que es gánster, dijo el hermano; qué te apuestas. Oiga, señor, ¿es gánster? Durante varios minutos siguieron disparándome con los dedos. A veinte metros de distancia, abstraídos, los padres seguían hablando entre sí.

Pensé en irme a casa a pie, una caminata de una hora, pero llegó el tren. En ese

instante tuve una iluminación fugaz, un sentimiento de que, si mi oma (como acostumbro llamar a mi abuela materna) estaba todavía en este mundo, si estaba en un algún hogar de ancianos de Bruselas, tenía que verme otra vez, o yo tenía que hacer el esfuerzo de verla. Acaso verme fuese para ella una especie de bendición tardía. No tenía la menor idea de cómo podía llegar realmente a localizarla, pero la posibilidad me pareció repentinamente tan real como la promesa de reunimos mientras apretaba el paso por el andén para subir a un vagón lejano.

## TRES

Una tarde de densa lluvia en que las hojas de los gingkos se amontonaban en la acera, como miles de criaturitas amarillas recién caídas del cielo, hasta alcanzar los tobillos, salí a hacer una caminata. En aquella época, cuando no tenía pacientes y pasaba todo el tiempo trabajando con un profesor, el doctor Martindale, en un artículo para publicar. Nuestro estudio había dado con hallazgos como para entusiasmarse de veras: habíamos conseguido mostrar que en las personas de edad existía una fuerte correlación entre los infartos y la depresión. Pero, como en el último momento habíamos sabido que poco antes otro laboratorio acababa de llegar a conclusiones similares usando un protocolo de investigación diferente, la redacción del artículo se había complicado. El doctor Martindale estaba cerca de jubilarse y el grueso de la reescritura había recaído en mí, lo mismo que todo nuevo ensayo que hubiera que llevar a cabo en el laboratorio. En esto último no era muy cuidadoso, y dos veces se me habían roto ampollas y había tenido que empezar de nuevo. A eso me había dedicado durante tres arduas semanas. Luego, en tres días de trabajo intenso, había hecho la mayor parte de la reescritura, de modo que habíamos enviado el artículo y ahora esperábamos que las revistas especializadas nos respondieran. Salí, paraguas en mano, con la idea de atravesar tal vez Central Park hacia la zona que queda al sur, y cuando entraba en el parque me encontré pensando de nuevo en mi abuela.

Mi madre y yo nos habíamos distanciado cuando yo tenía diecisiete años, justo antes de que yo me marchase a Estados Unidos. Yo tiendo a relacionarlo con el alejamiento entre ella y su madre. Podrían haber discutido por motivos tan primarios como los que nos separaron a mi madre y a mí. Mi madre se había ido de Alemania en la década de 1970 y no había vuelto nunca. Sin embargo en los últimos años yo había pensado más a menudo en mi abuela. Por lo general me demoraba en una visita que nos había hecho en Nigeria desde Bélgica, adonde se había trasladado poco después de que muriese mi abuelo. Mi madre la había pintado como una persona difícil, de mente estrecha, y el retrato era inexacto: no tenía nada que ver con mi oma y mucho que ver con el resentimiento. Cuando la visité yo tenía once años, y había visto que mis padres apenas la toleraban (mi padre se aliaba con mi madre). También había comprendido que parte de lo que yo era venía de ella, y sobre esta base se había establecido una especie de solidaridad. Una vez, hacia el final de la visita, según recuerdo, toda la familia hizo una excursión al país Yoruba. El viaje en coche no nos llevó a más de unas horas de Lagos. Visitamos el palacio de los Deja en Akure y el de Ooni en Ife, ambos inmensos y tradicionales complejos reales de ladrillos de barro, decorados con grandes columnas de madera grabada con aspectos de la cosmología

yoruba: el mundo de los vivos, el mundo de los muertos, el mundo de los no nacidos. Mi madre, que tenía un interés profundo por el arte, nos explicaba la iconografía a mi abuela y a mí. Mi padre vagaba por ahí un poco aburrido.

Habíamos viajado muchas horas por caminos enfangados, magullados, a través de un paisaje ondulante unas veces mustio, otras tupidamente boscoso. Paramos en las fuentes termales de Ikogosi y fuimos a los monolitos sagrados de la Roca de Olumo en Abeokuta, dentro y debajo de la cual se había refugiado el pueblo egba durante las guerras intestinas del siglo XIX. Mis padres subieron a la roca con un guía mientras mi abuela y yo esperábamos al pie. Desde donde estábamos yo veía a mis padres subiendo por la ladera escarpada, deteniéndose en cuevas o salientes cuando el guía les señalaba hitos históricos o religiosos, reanudando luego una ascensión que a nosotros, desde abajo, nos parecía especialmente peligrosa. Aquel día yo había atesorado el silencio compartido con mi oma (la mano de ella en mi hombro, masajeándolo); mis padres habían estado arriba una hora, y en esa hora nosotros habíamos comulgado casi sin palabras, tan sólo esperando, sensibles al rumor del viento en los árboles cercanos, mirando a las lagartijas escabullirse entre pequeñas formaciones rocosas que emergían de la tierra como huevos prehistóricos, escuchando el tamborileo de las motos en el caminito que había a unos doscientos metros. Al bajar, jadeantes, enrojecidos, encantados, mi madre y mi padre habían hablado maravillas de la experiencia. De la nuestra, Oma y yo no habíamos podido decir nada porque había sido sin palabras.

Después, una vez pasadas las pocas semanas de la visita, mis padres no habían hablado mucho de oma. La comunicación entre ella y mi madre había vuelto a interrumpirse, y era como si nunca hubiese ido a Nigeria: el afecto sereno, confuso, que mostraba por mí se había desvanecido en el pasado. Hasta donde yo sabía, había regresado a Bélgica. Y era en Bélgica donde me la imaginaba ahora, aunque no podía asegurar que aún estuviese viva. En la época de la visita a Nigeria, yo había tenido la esperanza de que su relación con la familia se normalizara. Pero no fue así, y lo que presumo es que poco antes de que oma se marchase hubo una gran discusión con mi madre. De modo que la única persona capaz de decirme su paradero actual, de decirme si había paradero actual, era la persona a quien no podía preguntárselo.

Entré en el parque en la calle 72 y caminé hacia el sur por Sheep Meadow. Se había levantado viento y un aguacero caía en el suelo anegado en finas, incesantes agujas, oscureciendo los tilos, olmos y manzanos silvestres. La lluvia era tan intensa que me nublaba la vista, un fenómeno que yo antes sólo había notado en las tormentas de nieve, cuando, al borrar las señales más obvias de los tiempos, una ventisca le impedía a uno adivinar en qué siglo estaba. El torrente había envuelto el parque en

una atmósfera primordial, como si se acercara el diluvio del fin de mundo, y Manhattan aparecía como debió de ser en 1920 o, si uno estaba bastante lejos de los edificios más altos, mucho tiempo antes.

La aglomeración de taxis en Central Park South y la Quinta Avenida rompió la ilusión. Después de caminar otro cuarto de hora, ya totalmente calado, me paré bajo la cornisa de un edificio de la 53. Al volverme vi que estaba en la puerta del Museo de Arte Popular Americano. Como no lo había visitado nunca, entré.

Los artefactos expuestos, la mayoría de los siglos XVIII y XIX —veletas, ornamentos, edredones, pinturas— evocaban tanto la vida rural del nuevo país estadounidense como las tradiciones semirrecordadas de los viejos países europeos. Era el arte de un país con una aristocracia pero sin un patronazgo cortesano: un arte sencillo, franco y rudimentario. En el descanso del primer tramo de escaleras vi un retrato al óleo de una joven con un almidonado vestido rojo y un gato en brazos. Por debajo de la silla asomaba un perro. Los detalles eran empalagosos, pero no lograban debilitar la fuerza y la belleza del cuadro.

Los artistas que presentaba el museo, casi en todos los casos, trabajaban fuera de la tradición elitista. Si bien carecían de adiestramiento formal, ponían el alma en las obras. Cuando llegué a la tercera planta, la sensación de haberme sumido en el pasado se hizo completa. En medio de la galería se extendía una hilera de delgadas columnas blancas y los suelos eran de cerezo lustrado. Ambos elementos eran ecos de la arquitectura colonial de Nueva Inglaterra y las Colonias Centrales.

En aquella sala, como en la inmediatamente inferior, había una exposición dedicada a los cuadros de John Brewster. Hijo de un médico de Nueva Inglaterra del mismo nombre, tenía una aptitud modesta, pero las dimensiones de la exposición evidenciaban que había sido un artista muy requerido. En la galería había silencio y calma y, descontando al guardia de pie en un rincón, la única persona era yo, lo que acentuaba la sensación de quietud que me infundían casi todos los retratos. Parte del efecto lo causaba sin duda la inmovilidad de los retratados, y parte la paleta sobria de cada panel, pero había algo más, algo más difícil de definir: un aire de hermetismo. Cada retrato era un mundo sellado, visible desde fuera pero imposible de penetrar. Sucedió sobre todo con los muchos retratos de niños que había pintado Brewster, todos ellos dueños de sí a pesar de sus cuerpos infantiles, y aunque a menudo había elementos caprichosos en el atuendo, los rostros, sin excepción, eran serios, más serios aún que los de los adultos, una gravedad totalmente desproporcionada para sus tiernas edades. Cada niño estaba de pie en una pose que parecía de muñeco y sólo la incisiva mirada les daba vida. El efecto era inquietante. La clave, como descubrí, era que John Brewster era completamente sordo, y lo mismo ocurría con muchos de los niños que había retratado. Algunos eran alumnos del Asilo de Connecticut para la Educación e Instrucción de Personas Sordas y Mudas, que había sido fundado en

1817 como primer colegio para sordos del país. Brewster fue aceptado durante tres años como alumno adulto y precisamente mientras él estuvo allí se desarrolló lo que sería conocido como Lengua de Signos Norteamericana.

Mientras contemplaba aquel mundo silencioso pensé en las muchas ideas románticas que se asocian a la ceguera. Los nombres de Milton, Blind Lemmon Jefferson, Borges o Ray Charles evocan la idea de una sensibilidad y un genio poco corrientes. Se cree que perder la vista física es ganar una segunda visión. Se cierra una puerta y otra mayor se abre. Muchos creen que la ceguera de Homero es una suerte de conducto espiritual, un atajo a los dones de la memoria y la profecía. Cuando yo era chico, en Lagos había un bardo ciego y vagabundo, un hombre a quien se reverenciaba mucho por sus dotes espirituales. Cada persona que lo oía entonar sus canciones sentía que, escuchándolo, en cierto modo tocaba lo numinoso, o lo numinoso le tocaba. Una vez, en un mercado repleto de Ojuelegba, a comienzos de los ochenta, yo lo vi. Estaba muy lejos, pero recuerdo (o creo recordar) los grandes ojos amarillos, el gris calcificado de las pupilas, el semblante aterrador y el amplio manto sucio que llevaba. Cantaba con una voz plañidera y aguda, en un yoruba hondo y proverbial que me resultaba imposible seguir. Más tarde imaginé que había visto a su alrededor una especie de aura, una distancia espiritual que movía a todos sus oyentes a abrir el monedero y dejar algo en el cuenco que llevaba el niño que lo asistía.

Tal es el relato en torno a la ceguera. No pasa lo mismo con la sordera, que, como en el caso de un tío abuelo mío, a menudo se ve como un mero infortunio. A muchos sordos, se me ocurrió entonces, los trataban como si fuesen retrasados mentales, e incluso la palabra «sordomudo», lejos de ser la simple descripción de una afección física, tenía un sentido peyorativo.

Frente a los retratos de Brewster, con la mente en calma, los vi como constancias de una transacción silenciosa entre el artista y el tema. Un pincel mojado, al depositar la pintura en la madera o la tela, casi no emite sonido, y qué inmensa y palpable es la paz en los grandes artistas de la quietud: Vermeer, Chardin, Hammershøi. Solo en la galería pensé que el silencio se ahondaba cuando el mundo privado del artista era de una quietud total. A diferencia de aquellos otros artistas, Brewster no había comunicado el silencio de su mundo recurriendo a miradas indirectas o claroscuros. Sin embargo, los rostros, bien iluminados y frontales, estaban en calma.

Fui hasta la ventana de aquel tercer piso y miré afuera. El aire había virado del gris al azul oscuro y la tarde se había vuelto anochecer. Una imagen me atrajo de nuevo hacia dentro, la imagen de un niño que sujetaba a un pájaro con una cinta azul. Como de costumbre en Brewster, los colores tenues dominaban la paleta, y las únicas excepciones eran el azul eléctrico de la cinta, que cruzaba la superficie de la pintura como un rayo, y los zapatos negros del niño, más negros y profundos que casi

cualquier otra cosa de la galería. El pájaro representaba el alma del muchacho, lo mismo que en el retrato de Manuel Osorio Manrique de Zúñiga, el desdichado niño de tres años que pintó Goya. El niño del cuadro de Brewster miraba desde 1805 con una expresión serena y etérea. Al contrario que otros niños retratados por el pintor, él tenía el oído intacto. ¿Era esa pintura un talismán contra la muerte? En aquel entonces uno de cada tres jóvenes moría antes de los veinte años. ¿Era un deseo mágico que el chico sujetase la vida como sujetaba el cordel? Francis O. Watts, el chico de esa pintura, consiguió vivir. A los quince entró en Harvard, se hizo abogado, se casó con Caroline Goddard, que como él era de Kennebunkport, Maine, y llegó a ser el primer presidente de la Asociación Cristiana de Jóvenes, la YMCA. Murió en 1860, cincuenta y cinco años después de que Brewster pintara el retrato. Pero en el momento en que se pintó aquel cuadro, y por lo tanto para todos los tiempos, es un pequeño que sostiene un pájaro con una cinta azul y viste una camisa blanca con un volante de encaje cuidadosamente representado.

Brewster, nacido unos diez años antes de la Declaración de la Independencia, hizo una vida de artista ambulante que lo llevó de Maine a la Connecticut natal y al este de Nueva York. Cuando murió tenía casi noventa años. El medio de elite federalista en que se había formado le dio acceso a patronos ricos y serios (sus propios ancestros habían llegado en 1620 en el *Mayflower*), pero la sordera lo marginó y sus pinturas están imbuidas de lo que ese largo silencio le había enseñado: concentración, suspensión del tiempo, un ingenio cauteloso. En una pintura titulada *One Shoe Off* [Sin un zapato], que me cautivó desde que me detuve a mirarla, el primoroso lazo del zapato derecho de una pequeña parecía replicar los asteriscos del dibujo del suelo. Con una mano sujetaba el otro zapato, y alrededor del talón y los dedos del pie izquierdo descalzo se advertían algunos *pentimenti* rojos. La expresión de la niña, por lo demás tan segura de sí como todos los niños de Brewster, retaba al espectador a divertirse.

Absorto en el mundo de aquellas imágenes perdí la noción del tiempo, como si entre ellas y yo el tiempo se las hubiese arreglado para desvanecerse, así que cuando apareció el guardia para decirme que el museo iba a cerrar, ya había olvidado cómo se hablaba y me limité a mirarlo. Cuando al fin bajé la escalera y salí a la calle, me sentí como si hubiese regresado a la tierra desde una gran distancia.

El tráfico de la Sexta Avenida, donde los gladiadores de la hora punta tanteaban sus límites recíprocamente, contrastaba violentamente con lo que yo acababa de ver. Había empezado a llover otra vez, ahora en grandes torrentes de espejos que barrían los lados lisos de los edificios de cristal, y tardé un rato en encontrar un taxi. Cuando al fin conseguí parar uno, una mujer se me cruzó de golpe, me dijo que tenía prisa y que si no me importaba que se subiese ella. Sí, dije yo casi a gritos (el sonido de mi voz me sorprendió). Me importaba. Llevaba diez minutos bajo la lluvia y no me

sentía inclinado a ser caballero. Me subí al coche y casi al instante el chofer dijo: ¿Adónde? Debió de parecer que estaba perdido. Intentaba recordar la dirección de mi casa. El paraguas plegado chorreaba agua en la alfombrilla y yo pensaba en el retrato de Brewster de la adolescente Sarah Prince sentada al pianoforte, un instrumento que ni el artista ni la modelo habrían oído: el instrumento más silencioso del mundo. Me la imaginé a ella pasando la mano por las teclas pero negándose a apretarlas. Cuando la dirección volvió a infiltrarse en mi cabeza, se la di al chofer y le dije: ¿Y qué tal vamos, hermano? El hombre se crispó y me miró por el espejo.

No es bueno, no es nada bueno, ¿sabes?, que te subas al coche sin saludar, muy mal hecho. ¿No ves que yo también soy africano? ¿Por qué haces esto? Me seguía mirando por el espejo. Estaba confundido, dije yo. Lo siento, pero tenía la mente en otra parte, no se ofenda usted, eh, hermano, ¿cómo estás? Sin responder, él miró la calle. Yo no lo sentía en absoluto. No estaba de humor para aguantar reclamaciones. El coche estaba en silencio y, mientras corríamos por el West Side hacia arriba a lo largo del Hudson, río y cielo eran una sola lámina de bruma oscura y el horizonte había desaparecido. Salimos de la vía rápida y en el cruce de Broadway con la 97 quedamos atascados. El chofer puso la radio y sintonizó un programa de entrevistas: la gente discutía a gritos sobre cosas que me resbalaban. Me desbordaba la cólera, me desquiciaba la cólera de un reposo hecho trizas. Por fin se aligeró el tráfico, pero la radio seguía tronando bobadas. El chofer me llevó a una dirección equivocada, a varias manzanas de mi apartamento. Le pedí que corrigiese el error pero él dejó el coche al ralentí, apagó el taxímetro y dijo: No, esto es lo que hay. Le pagué, añadiendo la propina estándar, y eché a andar hacia mi casa bajo la lluvia.

## CUATRO

Al día siguiente, al pasar de nuevo por Sheep Meadow cuando me dirigía a una lectura de poesía en el Y de la calle 92 dando un inmenso rodeo, noté las masas de hojas que agonizaban en colores brillantes y oí a los gorriones de cuello blanco alternar gorjeo y atención entre el follaje. Había llovido más temprano y las nubes fragmentadas, ligeras, se consumían unas en otras. Un enjambre de abejas suspendido sobre el seto de boj me recordó ciertos epítetos yorubas para Olodumare, la divinidad suprema: el que transforma la sangre en niños; el que se sienta en el cielo como una nube de abejas.

A causa de la lluvia muchos habían renunciado al deporte habitual después del trabajo y el parque estaba casi vacío. Me adentré en una cavidad formada por dos grandes rocas para sentarme, como si me guiara una mano invisible, en un montón de grava. Me estiré y, apoyando la cabeza en una de las rocas, puse la mejilla contra la superficie áspera y húmeda. Para cualquiera que me mirase de lejos debía de ser una figura absurda. Las abejas suspendidas sobre el boj se alzaron como una sola nube y desaparecieron dentro de un árbol. Al cabo de unos minutos se normalizó mi respiración y cesó el oleaje en el tórax. Me levanté despacio y traté de limpiarme la ropa, sacudí el polvo y las hojas de hierba que se habían pegado a mis pantalones y el jersey y me froté las palmas para borrar manchas. En el cielo apenas quedaba luz y sólo se veía un hilo de azul filtrándose entre los edificios del oeste.

Sentí un cambio en la distante conmoción de la ciudad, en el fin del día: la gente regresaba a casa o empezaba el turno de noche, los preparativos para la cena en miles de cocinas de restaurante y las suaves luces amarillas que ahora iluminaban las ventanas de los pisos. Apresurándome a dejar el parque, crucé la Quinta Avenida, Madison y Park y doblé hacia arriba por Lexington, hacia la sala donde, una vez nos hubimos sentado todos, presentaron al poeta. Era polaco, vestía de marrón y gris y, aunque era joven, tenía el pelo como una brillante aureola blanca. Se acercó al atril en medio de aplausos y dijo: Esta noche no quiero hablar de poesía. Si se le permite la licencia a un poeta, quiero hablar de la persecución. ¿Qué podemos entender de las raíces de la persecución, en particular cuando el objeto es una tribu, una raza o un grupo cultural? Empezaré con una historia. Hablaba un inglés fluido, pero el acento espeso, las vocales alargadas y las erres fuertes le daban un matiz de titubeo, como si antes de decir cada frase la tradujera mentalmente. Alzó la vista a la sala llena, mirando a todos y a nadie en particular, y cuando las luces rebotaron en las gafas pareció que llevara un gran parche blanco en cada ojo.

Más tarde, esa misma semana, al final de un día difícil en la unidad de pacientes internos, un día en que, hipersensible a la luz blanca del hospital, el papeleo y la charla banal me habían irritado más que de costumbre, otra vez se apoderó de mí el abatimiento, esta vez más sostenido. Los programas de práctica en psiquiatría tienen fama de ser menos brutales que otros programas de residencia —y yo lo había corroborado— pero el trabajo tiene sus propios retos peculiares. A veces los psiquiatras acusan la falta de soluciones claras de que disponen los cirujanos o los patólogos, y la permanente exigencia de encontrar la disposición mental y el equilibrio emocional necesarios para sentarse con los pacientes puede volverse fatigosa. Lo único, cuando lo repaso todo, que avivaba las largas horas de visita en la consulta era la confianza que tenían en mí esos pacientes, su desvalimiento, su esperanza de que yo los ayudase a mejorar.

Como fuera, al contrario que en mis primeros tiempos en el hospital yo ya no pasaba mucho tiempo pensando en los pacientes. En general no pensaba en cada uno hasta el encuentro siguiente y a menudo, cuando hacía la ronda, para recordar incluso lo más básico de un caso particular necesitaba la historia clínica. En este sentido, que pensase en M. fuera del complejo médico era una excepción; como V., estaba entre los raros pacientes cuyos problemas yo no relegaba al fondo de la mente cuando salía a la calle. M. era un hombre de treinta y dos años, recién divorciado y propenso a desvariar. En las semanas malas, la medicación parecía no servir de casi nada.

Cuando empecé a cruzar Broadway había en el aire un atisbo de invierno, que por un instante retuvieron los ojos amarillos de los coches agazapados en hileras frente al semáforo en rojo. Los edificios del complejo se alzaban hombro con hombro contra un cielo de carbonilla y a mi alrededor la gente llevaba chaquetas acolchadas y gorros de lana. Entré en el metro de la 168 y cogí un tren atestado hacia el sur. Iba tan absorto en repasar la consulta de esa tarde con M. que cuando el tren llegó a la 116 no hice más que mirar cómo las puertas se abrían y unos segundos después se cerraban. El vagón dejó atrás mi parada y momentáneamente intenté concebir qué había pasado. No me había dormido. Mi inmovilidad, decidí al fin, había sido intencional, si no consciente. Esto se confirmó en la siguiente parada, cuando, en vez de bajarme, me quedé allí con la sensación de estar observándome, atento a qué sucedía a continuación. Parecía que todo el mundo en el vagón iba de negro o gris oscuro. Una mujer insólitamente alta, de más de un metro ochenta, llevaba una chaqueta negra sobre una larga falda negra plisada y botas negras hasta las rodillas, y el juego de profundidades en las capas de su ropa me trajo a la memoria los virtuosos fragmentos de negro sobre negro en algunas pinturas de Velázquez. El negro de las ropas de la mujer abrumaba, casi, el rostro pálido y picado. Nadie en ese metro hablaba con nadie. Era como si todos prestáramos mucha atención al traqueteo de las ruedas en los rieles. La luz era débil. Entonces comprendí que ya no estaba yendo directamente

a casa.

En la 92 hice transbordo para tomar el expreso 2, que, dio la casualidad, llegaba al andén justo en ese momento. El vagón estaba muy bien iluminado. El hombre que iba sentado frente a mí llevaba una cazadora color calabaza, y a su lado había una mujer con cazadora celeste de esquí y guantes a rayas. En este tren algunos hablaban entre sí, de manera ni expresiva ni estridente, pero lo suficiente para resaltar en mi pensamiento lo lúgubre que había sido el anterior. Tal vez la iluminación animara a la gente a abrirse. A mi derecha iba sentado un hombre con toda la atención puesta en *Kindred*, de Octavia Butler, y a su derecha otro de pelo color óxido que, inclinado hacia adelante, leía *The Wall Street Journal*. Tenía una expresión natural de loco, lo cual le daba un aspecto de gárgola, pero cuando se enderezó vi que tenía un hermoso perfil. En la 42 subió un hombre de traje de raya diplomática con un volumen titulado *You've GOT to Read this Book!* [¡Tienes que leer este libro!]. Lo llevaba abierto, pero después de situarse de pie entre los asientos clavó la mirada en el suelo. Allí la dejó largo rato. Mantenía el libro abierto pero no leía nada. Al fin lo cerró sobre un punto antes de bajarse en Fulton Street. En Wall Street subió al tren más gente, con toda probabilidad ejecutivos del mundo financiero, pero no se bajó nadie. Cuando las puertas iban a cerrarse, me levanté y me escabullí del vagón. Las puertas se cerraron a mis espaldas y, con aquel surtido de tipos urbanos ensimismados girando todavía en la mente, me encontré en el andén solo.

Subí en la escalera mecánica y, al salir al entresuelo, vi que el techo —alto, blanco, que consistía en una sucesión de bóvedas— aparecía lentamente ante mis ojos, como si fuera una cúpula abatible cerrándose. Yo nunca había estado en aquella estación, y me sorprendió que fuese tan elaborada porque había supuesto que todas las estaciones del bajo Manhattan serían austeras y descuidadas, que apenas consistirían en túneles de azulejos y salidas estrechas. Por un momento sospeché que el magnífico vestíbulo que Wall Street me abría ahora era un trampantojo. A lo largo del mismo había dos hileras de columnas y puertas de cristal en cada punta. El cristal, el predominio del blanco en la escala cromática, así como la variedad de palmeras en tiestos al pie de las columnas le daban un aire de atrio o de invernadero, pero la división tripartita del espacio, con el corredor central más ancho que los dos laterales, recordaba más bien a una catedral. Esta impresión se acentuaba debido a las bóvedas, y lo que me vino a la mente fue el gótico florido de Inglaterra tal como lo ejemplifican la abadía de Bath o la catedral de Winchester en cuyas bóvedas se dispersan las partes superiores de los pilares y las columnatas. No es que la estación replicara el encaje de piedra de esas iglesias. Más bien evocaba el efecto por medio de una superficie de finos cuadros o una trama, un gigantesco arreglo de plástico blanco.

Mientras caminaba por aquel espacio, mi percepción de la magnificencia, aunque

no del tamaño, cambió rápidamente. Las columnas bien podían estar forjadas con sillas de plástico recicladas y el techo cuidadosamente construido con bloques de Lego. Las solitarias palmeras en macetas y los pocos grupos de personas que ahora veía sentados bajo la nave de la derecha no hicieron sino acentuar esa impresión. En aquel lado habían instalado unas mesitas redondas y sentados a ellas unos hombres jugaban al backgammon. Era un vestíbulo desnudo y, debido al aislamiento, estaba lleno de ecos de las pocas voces presentes. La escena, imaginé, sería muy distinta en medio de un día de trabajo. Pero entonces, al anochecer, en la nave de la derecha había cinco pares de jugadores, todos ellos negros. Al otro lado, en el otro corredor, sólo había dos, ambos blancos, jugando al ajedrez. Pasé entre los jugadores de backgammon, la mayoría de los cuales parecían de edad mediana, y las lánguidas caras concentradas y la lentitud de los movimientos no contribuyeron en absoluto a corregir la impresión de estar entre maniquíes de tamaño natural. Cuando volví a la nave central, que estaba casi libre de presencia humana, se le cayó el maletín, con gran estrépito, a un hombre solitario que apuraba el paso hacia la escalera mecánica. Se arrodilló y se puso a recoger cosas. La desmesurada gabardina color ratón quedó desplegada a su alrededor como un vestido victoriano.

Salí por las puertas que daban a la misma Wall Street. Fuera la gente andaba hablando por el móvil, presumiblemente rumbo a sus casas, pero no oí ruido de tráfico. La razón se manifestó enseguida cuando vi las vallas que habían puesto en ambos extremos de la calle, bien por seguridad o a causa de alguna obra en construcción. Desde la esquina de William Street donde me encontraba hasta Broadway, a una distancia de varias manzanas, toda Wall Street estaba cerrada al tránsito de vehículos y transformada en área peatonal, así que lo que se oía eran las voces humanas y el golpeteo de los tacones en el pavimento. Eché a andar hacia el oeste. La gente compraba comida a un vendedor de falafel que había aparcado la furgoneta en la esquina o caminaba sola, en pareja o en grupos de tres. Vi mujeres negras con trajes de chaqueta grises y jóvenes indoamericanos bien afeitados. Poco después del Federal Hall pasé junto a la fachada de vidrio del New York Sports Club. Unos metros arriba, contra el cristal que dejaba ver un interior muy iluminado, había una fila de bicicletas estáticas, todas ocupadas por hombres y mujeres en ropa de *lycra* que pedaleaban en silencio mirando pasar a los peatones en el ocaso. Cerca de la esquina de Nassau, un hombre con bufanda y sombrero de fieltro, de pie ante un caballete, pintaba la Bolsa en grisalla sobre una gran tela. A sus pies había una pila de pinturas acabadas, también de grisalla, del mismo edificio visto desde diversos ángulos. Por un momento lo miré trabajar: cargaba el pincel y con gestos cuidadosos daba relieve a los acantos de las seis enormes columnas corintias de la Bolsa. El edificio en sí —que, siguiendo la mirada de él, escruté ahora con mayor atención— estaba iluminado desde abajo por una hilera de focos amarillos, y con esa iluminación

parecía levitar.

Reanudando la marcha, pasé por Broad Street y por New Street, donde noté que había otro club deportivo, este llamado Equinox, desde el cual otra fila de ciclistas miraba la calle, y llegué a Broadway, en donde terminaba Wall Street. En la intersección de ambas se alzaba la fachada oriental de la iglesia de la Trinidad. Por un momento la reaparición del tráfico me dejó perplejo. Crucé Broadway hacia la puerta de la iglesia, tal vez con la idea inconsciente de entrar a rezar por M. Ya llevaba un buen tiempo enfermo pero, después de que a comienzos de año se divorciara, bruscamente había empeorado mucho. Ahora el delirio lo dominaba del todo, y cuando hablaba era con tal congoja que entonaba pesadamente las frases y parecían expulsarse una a otra de las atribuladas cavernas de su mente.

No la culpo, me había dicho aquel día, cualquier mujer haría lo mismo, el que lo estropeó fui yo. Tendría que haber sido más cuidadoso. A mí ya no me resulta divertido, pero puedo imaginar que a otros sí, puedo imaginarme que a la gente le divierte mi sufrimiento. Yo hago un esfuerzo por ellos, pero a ellos mi sufrimiento les divierte. Sin embargo tengo que ser responsable, más disciplina, más y más disciplina, y si hubiese hecho el intento todavía estaría casado. No es que le eche la culpa, ni a ella ni a nadie más, que hagan lo que les dé la gana, pero yo tengo que ser responsable del mundo y ninguno de ellos sabe lo que es eso. Mire, si no organizo las cosas como corresponde se va a destruir todo. ¿Comprende? No digo que yo sea Dios, pero sé lo que es llevar el mundo en los hombros. Me siento como el crío aquel que paró la inundación poniendo el dedo en la represa, lo que hago es una cosa de nada pero exige mucha concentración. De esto depende todo, no puedo ni explicárselo bien, y me gustaría no llevar semejante carga, una carga que se parece mucho a la de Dios pero ha recaído en alguien, no sé si entiende el problema, doctor, que no tiene los poderes de Dios.

La puerta delantera de la iglesia estaba cerrada. Bordeé toda la reja, primero hacia el norte y luego, como no encontré una entrada, hacia el sur. Circundando la iglesia había un gran camposanto con lápidas blancas, otras negras y algunos monumentos, entre los cuales destacaba el de Alexander Hamilton: AL PATRIOTA DE INTEGRIDAD INCORRUPTIBLE, EL SOLDADO DE PROBADO VALOR, EL ESTADISTA DE SABIDURÍA CONSUMADA, CUYO TALENTO Y VIRTUDES SERÁN ADMIRADOS PARA SIEMPRE. Figuraban la fecha de la inscripción, 12 de julio de 1804, y la edad del difunto, cuarenta y siete años. Hamilton, que en realidad tenía cuarenta y nueve cuando murió del único tiro que recibió en el duelo con Burr, no era la única persona famosa sepultada en el cementerio de la Trinidad. Entre las lápidas también estaban las que conmemoraban a John Jacob Astor, Robert Fulton y el abolicionista John Templeton Strong, cuyas memorias de la vida en la ciudad a fines del siglo XIX yo había visto una vez en los estantes de mi amiga. Y luego había muchas mujeres de los pocos siglos transcurridos

desde que los europeos llegaron al Hudson y se establecieron en esta isla, mujeres llamadas Eliza, Elizabeth, Elisabeth. Algunas habían muerto ancianas, muchas otras habían muerto jóvenes, a menudo dando a luz, o aun antes, de enfermedades de la infancia. Había muchas tumbas de niños.

Doblando por Rector Street me encontré con Trinity Place, donde un viejo muro encerraba la iglesia, el aire era frío y olía a mar. La iglesia de la Trinidad, Trinity Church, se había constituido en los últimos años del siglo XVII: con las bendiciones de su congregación habían zarpado a sus derroteros marinos en general y balleneros en particular. Era la misma iglesia adonde regresaban, si habían sido bendecidos con un viaje seguro y próspero, a dar las gracias por esas mercedes. Uno de los muchos privilegios que se le concedían a Trinity en aquellos años era el pleno derecho sobre cualquier resto de naufragio o ballena varada en la isla de Manhattan. La iglesia estaba cerca del agua. El agua se cernía en todas las direcciones salvo el norte. Di una vuelta buscando una entrada, con el pensamiento en las aguas cercanas. Más tarde encontraría la historia que cuenta en su cuaderno de notas el colono holandés Antony de Hooges:

El 29 de marzo de este año de 1647 apareció ante nosotros, aquí en la colonia, un pez cuyo tamaño estimamos considerable. Vino de abajo y pasó a cierta distancia hasta las sirtes y hacia el anochecer regresó, y frente a nosotros se sumergió otra vez. Era de un blanco de nieve, sin aletas, de cuerpo redondo y soplabla agua por la cabeza, como hacen las ballenas o los atunes. Nos pareció muy extraño, porque hay muchas sirtes entre nosotros y Manhattan, y también porque era tan blanco como la nieve, algo que ninguno de nosotros ha visto nunca, sobre todo era extraño porque cubrió una distancia de veinte millas de agua dulce, en contraste con el agua salada que es su elemento. Pero es cierto aunque yo y casi todos los habitantes lo observamos con gran asombro. La misma noche que este pez apareció ante nosotros por primera vez, oímos los primeros truenos y relámpagos del año.

Fort Orange, desde donde De Hooges escribió este informe, era la colonia que más tarde se convertiría en Albany, después de que los británicos se apoderaran de las posesiones holandesas de esta región del mundo. En abril del mismo año De Hooges registró un nuevo avistamiento de una gran criatura marina. También en 1647 otro escritor, el viajero Adriaen van der Donk, informó de que había visto dos, además de una ballena blanca, Hudson arriba, en la zona de Troy. A esta última se le había sacado el aceite, escribió Van der Donk, dejando que el cadáver se pudriese en la playa. Para los holandeses, con todo, la visión de una ballena en aguas interiores era un portento poderoso, y es típica la asociación que hace de Hooges entre la presencia de ballenas y los cambios de tiempo dramáticos. El avistamiento era más ominoso de lo habitual porque el animal descrito era aparentemente albino.

No es probable que haya habido en el siglo XVII un residente holandés de Nueva Ámsterdam y los establecimientos comerciales de más arriba del Hudson que no tuviera conciencia de las numerosas ballenas que varaban allá en las playas de sus Países Bajos. En 1598, el cachalote de dieciséis metros de largo que había encallado en las arenas de Berckhey, cerca de La Haya, había tardado cuatro días en morir y, en

aquel lapso y durante las semanas siguientes, había entrado en la leyenda de una nación que estaba en los comienzos de su historia moderna. La ballena de Berckhey había sido conmemorada en grabados, asimilada como objeto de valor comercial y, una vez agotado esto, tomada como curiosidad científica. Sobre todo, había sido interpretada como un mensaje de las profundidades. Para las gentes de entonces no había sido en absoluto complicado establecer un vínculo entre el monstruo agonizante y las atrocidades que las odiadas tropas españolas habían cometido en agosto del mismo año en el principado de Cleves. Entre mediados del siglo XVI y fines del XVII, al menos cuarenta ballenas habían varado en las costas de Flandes y los Países Bajos del Norte. Los holandeses, que por entonces no sólo trataban de definir su nueva república, sino también de consolidar su dominio de Nueva Ámsterdam y otras posesiones de ultramar, no dejaban nunca de tener presente el significado espiritual de la ballena.

Unos doscientos años después, cuando un joven de la zona de Fort Orange bajó el Hudson para establecerse en Manhattan, decidió que la obra magna que iba a escribir sería sobre el Leviatán albino. Aquel joven, que durante un tiempo fue parroquiano de Trinity Church, tituló el libro *La ballena*; el subtítulo, *Moby Dick*, fue añadido sólo después de la primera edición. La misma Trinity Church ahora acababa de dejarme a mí en el vivaz aire marino sin darme sitio donde rezar. En todas las puertas había cadenas y yo no encontraba forma de entrar ni nadie que me ayudase. Así que, acunado por el aire del mar, decidí hacer mi camino desde allí hasta el borde de la isla. Iba a estar muy bien, pensé, demorarme un rato en la orilla.

Cuando crucé la calle y entré en el angosto callejón de enfrente, fue como si el mundo entero se hubiese disipado. Me reconfortó extrañamente encontrarme tan solo en el corazón de la ciudad. El callejón, ruta preferida de nadie hacia ningún destino, era todo muros de ladrillo y puertas cerradas sobre los cuales las sombras caían con una seca concisión de grabado. Delante de mí había un gran edificio negro. La superficie de su torre, visible a medias, era opaca, de un negro absorbente como el de la ropa, y a causa de la angulosa geometría parecía una sombra autónoma o una silueta de cartón. Avancé por el callejón bajo unos andamios y desde Thames Street, después de cruzar Greenwich, llegué a Albany, desde donde vi la torre más claramente, aunque todavía a cierta distancia. Estaba completamente cubierta de una densa malla negra. En la confluencia de aquel callejón angosto y tranquilo con Washington, vi a mi derecha, aproximadamente a una manzana hacia el norte, un gran espacio vacío. De inmediato pensé en lo evidente, pero con igual rapidez deseché la idea.

Poco después estaba en la autovía del West Side. Era el único peatón en el cruce.

Las luces traseras de los coches huían de sus reflejos hacia los puentes de salida, y a la derecha había un paso peatonal elevado que conectaba un edificio, no con otros, sino con el suelo. Y otra vez el espacio vacío que, ahora lo veía y tuve que admitir, eran las obvias ruinas del World Trade Center. El lugar se había vuelto una metonimia del desastre: me acordé de que una vez un turista me había preguntado cómo llegar al 11-S: no al lugar de los acontecimientos del 11-S sino al 11-S mismo, la fecha petrificada en los escombros. Me acerqué. Aparte del vallado de madera y alambre, nada pregonaba su significación. Al otro lado de la autovía empezaba una tranquila calle residencial llamada South End, en cuya esquina había un restaurante. Tenía letreros de neón (recuerdo el neón pero el nombre del restaurante lo olvidé) y, atisbando por la puerta de vidrio, vi que estaba prácticamente vacío. Me dio la impresión de que los pocos parroquianos eran todos hombres, y la mayoría estaban solos. Entré, me senté en la barra y le pedí a la camarera una cerveza.

La había bebido y pagado cuando un hombre se sentó a mi lado. ¿No me reconoces?, dijo alzando las cejas. Me fijé en ti en el museo, hará una semana, el Museo de Arte Popular. Mi rostro debía de expresar confusión, porque añadió: Yo soy guardia allí, y es a ti a quien vi, ¿no? Aunque el recuerdo era tenue, asentí. Él dijo: Supe que te había reconocido. Nos dimos la mano y se presentó como Kenneth. Era de piel oscura, calvo, con una amplia frente lisa y un bigotito fino muy bien recortado. Como tenía un torso poderoso pero piernas flacas, parecía el Pnin de Nabokov redivivo. Calculé que rondaría los cuarenta. Hablamos de nimiedades, pero pronto él se enfrascó en un monólogo, saltando de un tema a otro con un acento del Caribe. Era de Barbuda, dijo, y le sorprendió que yo hubiese oído hablar del país.

Estos norteamericanos lo único que conocen es lo que tienen delante de las narices, dijo. En fin, yo estoy esperando a unos amigos, está bien este sitio, ¿no? Ah, ¿tú no habías estado nunca? Negué con la cabeza. Me preguntó de dónde era, qué hacía. Hablaba deprisa, gárrulamente. En Colorado, una vez, tuve un compañero de piso nigeriano. Se llamaba Yemi. Yoruba. Eso creo, y a mí me interesa de veras la cultura africana. ¿Tú eres yoruba? A esas alturas Kenneth me había empezado a cansar y me entraron ganas de irme. Pensé en el taxista que me había llevado a casa desde el Museo de Arte Popular: Oye, ¿no ves que soy africano como tú? Kenneth estaba reivindicando lo mismo.

Antes yo vivía en Littleton, pero estudiaba en Denver, grado de asociado en la universidad. Conoces Littleton, ¿no? Yo acababa de llegar cuando fue la masacre. Terrible. Lo mismo pasó con Nueva York; llegué en julio del 2001. Cosa de locos, ¿verdad? Totalmente de locos, ¡así que ya estoy pensando a quién prevenir en la próxima ciudad adonde vaya! Hombre... el puesto en el museo está bien, ¿sabes?, de momento es algo, pero realmente lo que yo quiero hacer... Aunque Kenneth seguía hablando, rápida, automáticamente, los ojos tostados no se movían. Entonces se me

ocurrió que esos ojos estaban haciendo una pregunta. Una pregunta sexual. Le expliqué que tenía que encontrarme con una amiga. Me disculpé por no llevar tarjeta encima y le dije algo, como que pronto visitaría el museo otra vez. Salí del restaurante y retrocedí hacia el South End. El agua no estaba lejos y puse rumbo a la orilla. Sentí pena por Kenneth y su parloteo desesperado.

No había isla más extraña que ésta, pensé mirando el mar, esta isla vuelta sobre sí misma, donde el agua había sido proscrita. La costa era un caparazón permeable sólo en ciertos puntos escogidos. ¿Dónde era posible tener una sensación auténtica de ribera en esta ciudad? Todo estaba edificado, en cemento y piedra, y los millones que vivían en el pequeño interior tenían escasa conciencia de lo que fluía a su alrededor. El agua era una suerte de secreto embarazoso, la hija no querida, descuidada, mientras que con los parques todo era mimo, babeo y uso exagerado. Me detuve en el paseo para mirar el agua y la noche impávida. Estaba todo en silencio y desde la costa de Jersey las luces llamaban. Un par de corredores se acercaron como velas y pasaron de largo. A lo largo del South End, frente al agua, había hileras de edificios de casas señoriales, tiendecitas y una pequeña glorieta circular ahogada en arbustos y parras. Allá delante, en el Hudson, sonaba un levísimo eco de los viejos barcos balleneros, las ballenas y las generaciones de neoyorquinos que habían ido a ese paseo a mirar cómo fluían en la ciudad riqueza y dolor, o simplemente a ver la luz jugando en el agua. Cada uno de aquellos momentos pasados estaba presente ahora como un rastro. Desde donde yo me había parado, la estatua de la Libertad era una verde mota fluorescente contra el cielo, y más allá estaba Ellis Island, foco de tantos mitos, pero construida demasiado tarde para los primeros africanos —que de todos modos no eran inmigrantes— y cerrada demasiado pronto para que pudiera significar algo para africanos posteriores como Kenneth, el taxista o yo.

Ellis Island era un símbolo sobre todo para los refugiados europeos. Los negros, «nosotros los negros», habíamos entrado por puertos más duros: esto sólo podía admitirlo ahora que estaba menos impaciente, era lo que el taxista había querido decir. Éste era el reconocimiento que, a su brusca manera, quería de cada «hermano» que encontraba. Escuchando el aliento del agua caminé por el paseo hacia el norte. Dos hombres mayores con chándal brillante, absortos en una conversación, venían hacia mí arrastrando los pies. ¿Por qué sentí de repente que eran visitantes del otro lado del tiempo? Por un momento los miré a los ojos, pero no vi ninguna señal más que la brecha habitual entre jóvenes y viejos. Unos pasos hacia el norte el paseo se hacía más ancho, terminaba la hilera de casonas y vi el atrio acristalado del World Financial Center, con ese surtido de enormes plantas de interior que le daban el aspecto de un acuario descomunal. Justo enfrente del edificio había una pequeña cala tranquila donde se mecían suavemente varios veleros, uno de ellos con un emblema de la Escuela de Vela de Manhattan. Bajé unos escalones de madera y caminé por el

muelle junto a los barcos, y más allá hasta la parte donde había agua a los dos lados. A la izquierda tenía el río, a la derecha la cala y, mirando a la izquierda, posé la mirada en el agua negra, las luces dispersas de Hoboken, la ciudad de Jersey y por encima de ellas el cielo negro. Me llegó a los oídos la suave ondulación del agua y de esos murmullos surgió la voz de M.

Cómo puedo ser tan estúpido, mujer turca americana, amante turca. Yo siempre le dije que tenía un negocio en Ankara, cosa que era cierta, pero nunca supo nada de mis otros negocios, y a esta otra le daba todos los meses trescientos dólares, era un buen arreglo, pienso, o mejor dicho pensaba. Pensaba. Qué va. No pensaba. Un día escribió pidiendo más... Las mujeres están locas, doctor, más locas que yo... Quería quinientos. ¿Se figura usted? Quinientos cada mes, y en eso mi mujer dice: Vaya, carta de Turquía, a ver, veamos quién le escribe a mi marido. Allí se acabó todo. Cuando llego a casa me estaba esperando con la carta en una mano y un palo en la otra. ¿Cómo voy a culparla? Yo estaba pensando con la..., no sé con qué estaba pensando, con los cojones. No pensaba. Todo lo bueno lo volví malo. Depecioné a Dios.

Le lagrimeaban los ojos. Ya había contado la historia antes, y había llorado antes, pero cada vez era como si no lo hubiera hecho jamás. Experimentaba el dolor de nuevo y todas las veces lo dramatizaba. Y, como un pensamiento lleva a otro, allí de pie frente al río yo mismo sentí una punzada imprevista, una urgencia y una pena repentinas, pero la figura en la que pensaba se alejó rápidamente al vuelo. Aunque sólo habían pasado unas semanas, el tiempo había empezado a insensibilizar la herida. Estaba haciendo frío, pero decidí quedarme un poco más. Qué fácil habría sido allí, pensé, deslizarme despacio en el agua y hundirme hasta el fondo. Arrodillándome, acaricié el Hudson con las yemas de los dedos. Estaba helado. Allí estábamos todos, ignorando el agua, prestando la menor atención posible al par de eternidades negras entre las cuales mediaba nuestra pequeña luz. Y de nuestra deuda, pensé, con esa luz, ¿qué? Nos debemos la vida a nosotros mismos. Esto, de lo cual tanto hablamos los médicos a nuestros pacientes, sobre lo cual puede decirse tan poco de razonable, se repliega y también nos interroga a nosotros. Me sequé la mano y me eché aliento en los dedos para calentarlos.

Arriba, en el paseo, dos chicos al final de la adolescencia, con tablas de *skate*, eran las únicas personas a distancia de grito. Estaban enfrascados en su deporte. Uno de ellos saltaba sin cesar de una rampa baja, despegando y aterrizando con clacs estruendosos, mientras el otro corría al lado en otra tabla, con una cámara de vídeo que mantenía bien abajo, casi al nivel de los tobillos, y una lámpara que proyectaba un haz. Un encargado de seguridad pasó en un carrito a motor y les advirtió que no saltaran. Ellos escucharon con respeto y pareció que se disciplinaban. Pero en cuanto el hombre se alejó empezaron a saltar de nuevo.

A distancia del agua, en la plaza posterior del World Financial Center, había un breve espacio semicontenido que consistía en una fuente, macetas con cañas y dos muros de mármol, uno más alto que el otro. Los dos estaban inscritos y en el más bajo había una placa: A LA MEMORIA DE LOS MIEMBROS DEL DEPARTAMENTO DE POLICÍA QUE PERDIERON LA VIDA SIRVIENDO AL PUEBLO DE LA CIUDAD DE NUEVA YORK. En el otro muro había una lista con docenas de nombres. Arriba de todo estaba la primera entrada: AGENTE JAMES CAHILL, 29 DE SEPTIEMBRE DE 1854. Así seguía a lo largo de los años, entrada tras entrada, grado, nombre, fecha de muerte: en el otoño de 2001 se advertía la esperada, desoladora concentración, y luego unos pocos más muertos en los años siguientes. Debajo había una vasta, vacía cara de mármol pulido esperando a aquellos que, entre los vivos, morirían de uniforme, y a los aún por nacer que se hicieran policías y muriesen haciendo esa tarea.

Al otro lado de la plaza, más allá de la autovía del West Side, los altos edificios del distrito financiero se alineaban en un perímetro invisible como animales que, pugnando por espacio al borde de un lago, se cuidaban de no caer al agua. El perímetro marcaba el enorme terreno de construcción. Fui hasta un segundo paso elevado, el que una vez había comunicado el World Financial Center con los edificios que se alzaban en el solar. Hasta ese momento había sido un caminante solitario, pero entonces del World Financial Center empezó a salir gente en tropel, hombres y mujeres de traje oscuro, entre ellos un grupo de jóvenes profesionales japoneses que se apresuraron a adelantarme seguidos de la rápida corriente de su conversación. Por encima de ellos, por tercera vez en el anochecer, vi las luces de un establecimiento de gimnasia con sus hileras de bicicletas, que en este caso daban al terreno de construcción. Me pregunté qué les pasaba por la cabeza a esos deportistas mientras se esforzaban en pedalear mirando allí. Al subir al paso elevado pude compartir con ellos lo que veían: una larga rampa en descenso y tres o cuatro tractores dispersos que, disminuidos por la magnitud del hoyo, parecían de juguete. Un poco por debajo del nivel de la calle distinguí el súbito verde metálico de los vagones de un raudo metro, expuesto a los elementos allí donde atravesaba el solar, vena lívida en el cuello del 11-S. Más allá del solar estaba el edificio envuelto en una malla negra que yo había visto antes, misterioso y severo como un obelisco.

El paso elevado estaba repleto. En las vigas había coloridos anuncios de varios sitios turísticos del sur de Manhattan, MUESTRA A TUS HIJOS DÓNDE DESEMBARCABAN LOS EXTRANJEROS, decía el de Ellis Island. El Museo de las Finanzas Estadounidenses se promocionaba con las palabras VUELVE A VIVIR EL DÍA EN QUE EL SEGUNDERO DE AMÉRICA SE DETUVO. El del Museo Policial, en el mismo espíritu de chistes desagradables, invitaba al público a visitar al primer abastecedor de celdas de la ciudad. A mi alrededor los empleados seguían en marcha, con los hombros alzados, la cabeza gacha, todos de negro y gris. Me sentí en evidencia, el único en la multitud del

paso elevado que se paraba a mirar el solar. Todos los demás iban en línea recta, y nada los separaba, nada nos separaba, de los que el día del desastre habían trabajado a sólo unos metros, al otro lado de la calle. Después de bajar la escalera a Vesey Street, quedamos flanqueados por alambradas, acorralados «como animales» tambaleándose rumbo al matadero. Pero ¿por qué estaba permitido tratar así a los animales? Las molestas preguntas de Elizabeth Costello surgían en los lugares más imprevistos.

Pero la atrocidad no es nada nuevo, ni para los humanos ni para los animales. La única diferencia estriba en que hoy está incomparablemente bien organizada; se lleva a cabo mediante corrales, trenes de carga, libros de asiento, alambre de espino, campos de trabajo, gas. Y la última aportación, la ausencia de cuerpos. El día en que el segundero de Estados Unidos se detuvo no hubo cuerpos visibles salvo los que caían. Aunque alrededor de la costa herida de nuestra ciudad medraron historias comerciales de todo tipo, se prohibió la representación visual de los cadáveres. Avancé por el corral con los empleados.

No era la primera vez que se borraba el solar. Antes de que se construyeran las torres, esa parte de la ciudad había estado atravesada por una bulliciosa red de callecitas. Robinson Street, Laurens Street, College Place: en los años sesenta todas habían sido obliteradas para hacer lugar a los edificios del World Trade Center y ahora nadie las recordaba. También había desaparecido el viejo mercado de Washington, los muelles activos, las pescaderas, el enclave de cristianos sirios que se habían establecido allí a fines del siglo XIX. Se había empujado a sirios, libaneses y otras gentes de Levante al otro lado del río, a Brooklyn, donde habían arraigado en Atlantic Avenue y Brooklyn Heights. Y antes, ¿qué? ¿Qué sendas de los lenapes había enterradas bajo los escombros? El solar era un palimpsesto, como la ciudad toda: escrito, borrado, reescrito. Allí había habido comunidades antes aun de que Colón izara las velas, antes de que Verrazano anclara sus naves en los estrechos o Estêvao Gómez, portugués mercader de esclavos negros, remontara la corriente del Hudson; allí habían vivido seres humanos, construido casas y peleado con los vecinos mucho antes de que los holandeses viesen en las magníficas pieles y la madera de la isla y su tranquila bahía una oportunidad para hacer negocios. Generaciones enteras se precipitaron por el ojo de la aguja y yo, parte de la multitud todavía legible, entré en el metro. Quería encontrar la línea que me conectaba con mi propia parte de esas historias. En algún lugar al borde del agua, agarrado a lo que sabía de la vida, con un chasquido agudo, había vuelto a asomar el niño.

## CINCO

Fue el verano anterior, el día que fuimos de excursión a Queens con una organización de la iglesia de Nadège llamada los Acogedores, cuando vi por primera vez el vínculo entre ella y una chica a la que yo había conocido tiempo atrás. Como esa chica había estado más de veinticinco años oculta en mi memoria, recordarla de pronto y vincularla enseguida con Nadège fue una sacudida. Inconscientemente yo debía de llevar varios días rondando la idea, pero ver el vínculo resolvió el problema. A Nadège nunca le hablé de la otra chica, cuyo nombre había olvidado, cuya cara se había desdibujado en mi memoria, y de quien sólo conservaba la imagen de un renqueo. No había nada de engaño en eso: todos los amantes viven del conocimiento parcial.

El problema de la muchacha era mucho peor que el de Nadège. La polio le había dejado el pie izquierdo como un muñón retorcido que arrastraba al andar. Siempre llevaba en el brazo izquierdo la muleta articulada de acero que usaba como apoyo. Cada vez que la miraba cruzar el terreno de mi escuela yo temía que los chicos se burlasen: ése era mi instinto primario, un instinto galante, protector. Estábamos en la misma clase, pero ahora casi no recuerdo qué dijimos las tres o cuatro veces que nos hablamos. A mí me gustaba su capacidad de estar a gusto consigo misma y que, una vez se sentaba, no se diferenciase de los otros niños, y que, de hecho, hubiera en ella una brillantez fuera de lo corriente. De haberse quedado, podría haber sido la mejor de la clase, pero los padres la llevaron a otro colegio. Después de aquellas primeras dos semanas no volví a verla nunca. Y sólo cuando Nadège bajó del autobús el día de la excursión de los Acogedores vi la semejanza, un eco que era como el eco de Elías en Juan el Bautista, dos individuos distantes en el tiempo vibrando en una frecuencia singular, sólo entonces recordé que cuando esa chica y yo teníamos ocho o nueve años yo había imaginado una vida futura con ella, por primera vez en mi vida había pensado algo así, y por supuesto sin la menor idea de lo que podía suponer.

Me había visto como hombre adulto, protegiéndola como se protegería una mascota, teniendo con ella muchos hijos, pero nunca pensaba en tenerla como amiga. Creo que entonces ni siquiera disponía de ese concepto. Yo no compadecía a Nadège como a esa chica. Mero indicio visual, en el caso de Nadège la cojera apenas se notaba y no significaba para ella un gran impedimento; acaso le ofendiese un poco la vanidad, pero eso era todo. A veces, decía, cuando usaba zapatos adaptados ni siquiera la advertía. Era un problema de cadera, y para corregírselo la habían operado al final de la adolescencia, pero entonces ya era demasiado tarde. Aunque habrían debido hacerlo mucho antes, al menos el procedimiento la había librado del dolor

crónico.

Cuando me contó esto, con la cabeza apoyada en mi hombro, estábamos volviendo a Harlem por el puente de Triborough. A mí se me había dispersado el pensamiento: pensaba en ella, en la otra muchacha y en el joven con el que esa tarde había tenido una larga conversación. Había ido a la excursión de los Acogedores invitado por Nadège, ella me la había mencionado y me había parecido una buena manera de conocerla mejor. Cada dos meses la iglesia organizaba visitas a un centro de detención de Queens donde se retenía a inmigrantes indocumentados. Mostré interés y, cuando ella me pidió que el domingo siguiente la acompañara, acepté. Me encontré con ella y el resto del grupo, una mezcla de tipos del mundo de los derechos humanos y señoras de iglesia, en el sótano de la catedral. El cura, que daba la bendición, no llevaba zapatos, una práctica que había adoptado durante largos años de servicio en una parroquia rural del Orinoco. Nadège dijo que al principio lo había hecho por solidaridad con los campesinos de su grey, pero que en Nueva York había seguido descalzo para recordarse y recordar a los otros los apuros de aquella gente. Le pregunté si era marxista, pero no lo sabía. El cura descalzo no fue con nosotros a Queens. El día que fui, la mayoría en el grupo eran mujeres, muchas con la expresión beatífica, levemente fuera de foco que uno encuentra en los benefactores. El autocar alquilado tomó la misma ruta que se hace desde la parte superior de Manhattan para ir al aeropuerto de La Guardia y estuvimos en la carretera una hora, con tráfico lento, hasta llegar a South Jamaica.

Estábamos a comienzos del verano pero la vista era lúgubre, un paisaje de cercas de alambre, coches aparcados y materiales de construcción en desuso. Cuando llegamos a una zona de aspecto industrial, a algo más de un kilómetro del aeropuerto, la hierba brotaba a los lados de la carretera, envolviendo tuberías expuestas, y edificios que parecían prefabricados, revestidos de aluminio como para fundirlos con la fealdad del entorno. Yo ya tenía que haber visto, en anteriores viajes al aeropuerto, esas construcciones al fondo de una extensión de asfalto, las más grandes de las cuales servían de hangares o talleres de reparación. Pero si las había visto, con la misma rapidez las había olvidado; y se diría que las habían diseñado para pasar inadvertidas. Lo mismo ocurría con el centro de detención; una larga caja de metal gris, un edificio de una sola planta, subalquilada a la Wackenhut, una empresa privada, bajo la jurisdicción del Departamento de Seguridad Interior. Nos detuvimos en un inmenso aparcamiento detrás de aquel edificio.

Fue entonces cuando advertí el andar irregular de Nadège. En cierto sentido era la primera vez que la veía realmente: la luz declinante de la tarde, el paisaje ruin de alambradas y cemento agrietado, el autobús como un animal descansando, el modo en que ella movía el cuerpo compensando una malformación. Frente al edificio de metal encontramos una multitud haciendo cola. La gente llevaba bolsas de plástico y

cajas, y hacia el comienzo de la fila un guardia de seguridad le explicaba a voz en cuello a una pareja, que sin duda no hablaba nada de inglés, que el horario de visita aún no había empezado, que faltaban diez minutos. El guardia hacía gran alarde de exasperación y la pareja parecía tan a la defensiva como insatisfecha. El grupo de Acogedores se puso en la cola, que parecía integrada por inmigrantes recientes: africanos, latinos, europeos del Este, asiáticos. Gente, en otras palabras, que habría tenido motivos para visitar a alguien en un centro de detención. Un hombre maduro gritaba en polaco por un móvil. Soplaban un viento fresco y pronto empezó a hacer frío. Durante veinticinco minutos la cola no se movió. Luego, cuando nos dieron paso de uno en uno, avanzamos, mostramos los carnets de identidad, pasamos por detectores de metal y fuimos admitidos en una sala de espera. Salvo los Acogedores, al parecer todos estaban ahí para ver a familiares. Los agentes de seguridad — individuos voluminosos, aburridos, de maneras bruscas que no fingían ni una pizca hacer su trabajo a gusto— llevaban a los visitantes de doce en doce, a través de puertas blindadas, para realizar visitas de cuarenta y cinco minutos. La mayoría de los que esperaban turno miraban al vacío en silencio. Ninguno leía. La sala de espera, un purgatorio, no tenía ventanas y estaba demasiado iluminada mediante unos tubos fluorescentes que daban la sensación de sorber el poco aire que quedaba. Me imaginé el sol poniéndose sobre el páramo de cemento.

Nadège había entrado. Ya había estado allí varias veces y veía regularmente a dos reclusos, un hombre y una mujer. Había preguntado por los dos dando sus nombres. Yo entré con el grupo siguiente a ver a los reclusos que nos adjudicaron los funcionarios. La sala de encuentro era tosca, como uno esperaba: una estrecha fila de compartimientos divididos por una plancha de plexiglás, sillas a ambos lados y perforaciones a la altura del rostro. El hombre sentado frente a mí tenía una amplia sonrisa blanca. Era joven y, como todos los demás reclusos, estaba vestido con un mono anaranjado. Me presenté, él sonrió de inmediato y le pregunté si venía de Africa. Era uno de los hombres más guapos e impresionantes que yo había visto en mi vida. Tenía los pómulos delicados, la piel oscura y tersa, y el blanco de los ojos tan claro como los dientes.

Lo primero que me preguntó, consciente tal vez de que yo estaba con los Acogedores, fue si era cristiano. Titubeé un instante y le dije que suponía que sí. Vaya, dijo él, me alegro porque yo también soy cristiano; creo en Jesús. Entonces ¿rezará usted por mí? Le dije que sí y empecé por preguntarle cómo estaban las cosas en el centro de detención. No tan mal, no tan mal como podrían estar. Pero yo estoy cansado, quiero que me liberen. Hace más de dos años que estoy aquí. Veintiséis meses. Ahora me van a mandar de vuelta, pero no hay fecha, sólo esta espera que no termina.

Aunque no hablaba con demasiada tristeza, yo advertía perfectamente la

decepción. Por cansado de esperar que estuviese, no podía reprimir la sonrisa generosa. En cada frase suya había cierta serenidad, y se puso a hablar muy deprisa de cómo había ido a dar en esa gran caja metálica de Queens. Yo lo alentaba, le pedía que aclarase detalles, prestaba, tanto como podía, un oído comprensivo a una historia que él se había visto forzado a callar durante mucho tiempo. Era un hombre bien educado, no había vacilaciones en su inglés y yo lo dejé hablar sin interrumpirlo. Bajó un poco la voz, se inclinó hacia el vidrio y dijo que en su infancia América había sido un nombre nunca muy lejano. Tanto en la escuela como en casa le habían enseñado que entre Liberia y América había una relación especial, parecida a la que hay entre un tío y su sobrino favorito. Hasta en los nombres había una semejanza: Liberia, América; siete letras cada una, cuatro de ellas compartidas. América se había instalado en sus sueños, había sido el centro absoluto de sus sueños, y cuando al empezar la guerra todo había empezado a desmoronarse, él no había dudado de que los estadounidenses fueran a resolver las cosas. Pero no había sido así, los estadounidenses habían sido reacios a ayudar, por motivos propios.

Se llamaba Saidu, dijo. En 1994 habían bombardeado y arrasado su escuela, cercana al hotel Old Ducor. Un año después su hermana había muerto de diabetes, una enfermedad que en tiempos de paz no la habría matado. El padre, que los había abandonado en 1985, seguía desaparecido y la madre, que comerciaba con alguna cosa en el mercado, no tenía nada que vender. Saidu se había deslizado en las sombras de la guerra. Muchas veces lo habían obligado a buscar agua para el FPNL (el Frente Patriótico Nacional de Liberia), desbrozar sendas o sacar cadáveres de la calle. Se había acostumbrado a los gritos de alarma y las humaredas repentinas, había aprendido a esconderse cuando aparecían reclutadores de cualquiera de los dos bandos. Abordaban a su madre y ella les decía que tenía anemia de células falciformes y estaba en los estertores de la muerte.

La madre y la hermana habían muerto en la segunda guerra, asesinadas por hombres de Charles Taylor. Dos días después esos hombres habían vuelto y lo habían conducido a las afueras de Monrovia. Él se había llevado una maleta. Primero había pensado que iban a hacerlo pelear, pero le habían dado un machete y le habían puesto a trabajar con otros cuarenta o cincuenta en una granja de caucho. En el campamento había visto a un compañero suyo, un muchacho que había sido el mejor futbolista del colegio: le habían cortado la mano derecha por la muñeca y ésta había cicatrizado en un muñón. Otros habían muerto, él había visto los cadáveres. Pero ver aquel muñón había sido decisivo, sólo entonces se había dado cuenta de que no tenía alternativa.

Esa noche metió en una raída mochila las botas de fútbol, dos camisas y todo su dinero, unos seiscientos dólares liberianos. En el fondo de la mochila puso la partida de nacimiento de su madre. El resto de lo que llevaba en la maleta lo había tirado a una zanja, y la maleta, al matorral. Él no tenía partida de nacimiento, por eso había

cogido la de la madre. Había huido de la granja y solo, a oscuras, había caminado hasta Monrovia. Como no podía volver a su casa, había ido a las carbonizadas ruinas de su colegio, cerca del hotel Old Ducor, y despejado un lugar allí. Había pensado que si lograba dormirse a lo mejor se moría. Era una idea nueva para él y le había hecho bien. Lo había ayudado a dormir.

Me sobresaltó un golpe repentino en el plexiglás. Un guardia de la empresa Wackenhut se me había acercado por detrás y, absorto como estaba, yo había dado un respingo y se me había caído el sombrero. El guardia dijo: Tíos, tenéis treinta minutos. Desde el otro lado del panel Saidu levantó la vista, sonrió y le dio las gracias. Luego bajó de nuevo la voz, se inclinó hacia adelante y siguió hablando aún más rápido, como si ahora las palabras fluyeran libremente de un acuífero de su memoria que había estado obturado.

Aquella noche había dormido a la brisa de una ventana abierta hasta que lo había despertado un siseo. Había abierto los ojos, sin mover el cuerpo, y en la oscuridad de carbón, en la otra punta de la larga sala, había visto una pequeña serpiente blanca. Tenso, se había preguntado si el animal lo habría visto, pero la serpiente había seguido moviéndose como si buscara algo. Entonces había entrado una ráfaga y Saidu se había dado cuenta de que en realidad la «serpiente» eran las páginas de un libro abierto que el viento estaba agitando. El recuerdo de esa aparición perduraba, dijo, porque entonces y más tarde se había preguntado muchas veces si era una suerte de augurio. Había pasado todo el día siguiente en el colegio, ocultándose, y al anochecer se había dormido. También esa noche lo había acompañado el aleteo del libro en la oscuridad, y él, a medias despierto, miraba alzarse y caer las páginas, viendo a veces un libro, a veces una serpiente. Al día siguiente unos soldados nigerianos de la CEDEAO que pasaban por allí le habían dado arroz hervido. Fingiendo ser retrasado, había conseguido que lo llevaran en su camión blindado hasta Gbarnga, en el norte del país. Luego había ido a pie hasta Guinea, un viaje de muchos días, alternando el calzado entre las sandalias y las botas de fútbol. Ambas le habían provocado ampollas, pero en sitios diferentes. Cuando arreciaba la sed, bebía agua de los charcos. Tenía hambre pero procuraba olvidarlo. Ahora no recordaba cómo había recorrido los ciento treinta kilómetros hasta un pueblo del interior de Guinea, ni cómo había acabado llegando a Bamako en el asiento de atrás de la moto de un granjero.

A esas alturas tenía la idea fija de ir a Estados Unidos. En Bamako, incapaz de hablar bambara ni francés, escabulléndose en la estación de autobuses, comiendo sobras, había dormido bajo los puestos del mercado. A veces soñaba que lo atacaban hienas. En un sueño, su compañero de colegio se le acercaba con la mano cercenada sangrando. En otros aparecían su madre, su tía y su hermana apretándose alrededor del puesto de mercado, las tres sangrando.

¿Cuánto tiempo había pasado? No estaba seguro. Quizá seis meses, quizá un poco

menos. Finalmente se había hecho amigo de un camionero malí que le daba comida a cambio de que le lavara el camión. Ese hombre le había presentado a otro, un mauritano de ojos castaño claro. El mauritano le había preguntado adonde quería ir, y Saidu había dicho que a Estados Unidos, y si transportaba hachís, a lo que Saidu había contestado que no, ni un poco. El mauritano había aceptado llevarlo hasta Tánger. El día de la partida Saidu llevaba una camisa nueva que le había regalado el chofer malí. El camión iba repleto de senegaleses, nigerianos y malíes, y todos habían pagado menos él. Durante el día hacía un calor tremendo y por la noche helaba, y el agua de los bidones se racionaba al extremo. Naturalmente yo me pregunté, mientras Saidu contaba esta historia, si le creía o no, si no era más probable que hubiera sido soldado. Al fin y al cabo había tenido meses para adornar los detalles, para perfeccionar la aseveración de ser un refugiado inocente.

En Tánger, dijo, había notado que los africanos negros circulaban bajo constante vigilancia policial. Un grupo grande, hombres sobre todo, la mayoría jóvenes, tenía un campamento cerca del mar y él se les había unido. Se defendían del viento frío del mar envolviéndose en mantas. Un hombre sentado junto a Saidu le contó que era de Accra y le dijo que era más seguro hacer el viaje a través de Ceuta. Entrando en Ceuta has entrado en España, dijo el hombre, mañana iremos. Al día siguiente un grupo de unos quince hombres fue en una furgoneta a un pueblo de Marruecos, y de allí andando hasta la frontera con Ceuta. El cerco estaba muy iluminado y el hombre de Accra los había guiado hasta donde topaba con el mar. La semana pasada aquí mataron a uno, había dicho, pero no creo que debamos temer nada, Dios está con nosotros. Había un bote esperando, con un barquero marroquí. Tras rezar tomados de las manos subieron a bordo, y el barquero remó por los bajos. Sin que los detectaran durante los diez minutos del viaje, habían llegado a Ceuta, rodado a tierra y corrido a dispersarse entre las cañas. Ceuta, como había dicho el ghanés, era España. Los nuevos inmigrantes se habían dispersado en todas direcciones.

Al cabo de tres semanas Saidu había entrado en la España peninsular por Algeciras, en un ferry, y sin que le pidieran papeles. Se había abierto camino por el sur del país mendigando en plazas, haciendo cola en cocinas de sopa. Dos veces había robado carteras en esquinas concurridas, y arrojado los carnets de identidad y las tarjetas de crédito para quedarse sólo con el dinero, y me dijo que aquél era el único delito que había cometido nunca. Después de atravesar todo el sur de España había llegado a la frontera portuguesa y proseguido la marcha hasta Lisboa, que era triste y fría, pero también impresionante. Y sólo en Lisboa las pesadillas habían cesado. Allí había conocido a africanos y trabajado primero como ayudante de un carnicero y luego en una peluquería.

Habían sido los dos años más largos de su vida. Dormía en un living con otros diez africanos. Tres eran muchachas, y los hombres se turnaban para estar con ellas y

les pagaban, pero Saidu no las tocaba porque lo que había reunido ya casi le alcanzaba para el pasaporte y el billete. Si esperaba un mes más, le costaría cien euros menos, pero él no podía esperar: tenía la opción de ahorrarse dinero volando a La Guardia y le había preguntado a la agente de viajes si estaba segura de que La Guardia también era Norteamérica. Ella se había quedado mirándolo, y él había sacudido la cabeza y comprado de todos modos un billete a JFK, nada más que para estar seguro. En el pasaporte, que le había hecho un mozambiqueño, había insistido en usar su nombre verdadero, Saidu Caspar Mohammed, pero el hombre había tenido que inventar la fecha de nacimiento porque Saidu no la sabía. El pasaporte, de Cabo Verde, le había llegado un martes y el viernes estaba en el aire.

El viaje había acabado en la terminal 4 del JFK. En la aduana lo habían detenido. En la mesa que aquel día lo separaba del oficial, dijo Saidu, había un bolso de plástico con sus posesiones, la mayor parte ropa, y la partida de nacimiento de su madre. Le habían puesto una etiqueta. Al otro lado del tabique se alzaron voces. Entonces el oficial lo había mirado, leído las notas de su colega y meneado la cabeza, y se había puesto a escribir. Luego habían entrado dos mujeres que olían a lejía. Una de ellas era una norteamericana negra. Lo habían hecho levantarse y le habían sujetado las dos muñecas con un brazalete de goma. El brazalete le cortaba la piel, y la norteamericana negra lo había empujado. ¿Había tenido miedo? No, no había tenido miedo. No había pensado que aquello tardaría en resolverse. Tenía sed, y después de horas de encierro en el avión sencillamente necesitaba estar al aire libre y oler Estados Unidos. Necesitaba comer, y darse un baño, y una oportunidad de trabajar, tal vez como peluquero al comienzo, más tarde en otra cosa. Iría a Florida, a lo mejor, porque era un nombre que siempre le había gustado. Lo habían hecho avanzar, como si estuviesen guiando a un ciego, y al cruzar el tabique había visto en el otro compartimento, de donde llegaban las voces, hombres de uniforme, blancos y negros, con pistolas enfundadas a la cintura.

Me trajeron aquí, dijo, y fin de la historia. Aquí he estado desde entonces. Sólo he salido tres veces, cuando me llevaron al tribunal. El abogado que me asignaron dijo que antes del 11-S podría haber tenido una posibilidad. Pero está bien, yo estoy bien. Aquí la comida es mala, no sabe a nada, pero dan mucha. Una cosa que echo de menos es el sabor del estofado de cacahuete. ¿Lo conoce? Los otros detenidos están bien, son buena gente. Luego, bajando la voz: Los guardias a veces son duros. A veces son duros. No hay nada que hacer, uno aprende a no meterse en problemas. Mire, yo aquí soy el menor de todos. Y luego en voz un poco más alta: Nos dejan hacer gimnasia y hay televisión por cable. A veces miramos fútbol, a veces baloncesto, la mayoría preferimos el fútbol. La liga italiana. La liga inglesa.

El oficial de seguridad había vuelto dándole golpecitos a su reloj. Se había terminado la visita. Puse la mano contra el plexiglás y Saidu hizo lo mismo. Yo no

quiero volver a ninguna parte, dijo. Quiero quedarme en este país. Quiero estar en Estados Unidos y trabajar. Pedí asilo pero no me lo dieron. Ahora me devolverán a mi puerto de partida, que es Lisboa. Cuando me levanté para irme, se quedó sentado y dijo: Si no me deportan, vuelva a visitarme.

Dije que sí, pero nunca lo hice.

Ese día, durante el regreso a Manhattan le conté la historia a Nadège. Tal vez ella se enamoró de la idea de mí que presenté en el relato. Yo era el oyente, el africano compasivo que prestaba atención a los detalles de la vida y la lucha de otro. Yo mismo me había enamorado de esa idea de mí.

Más tarde, cuando terminó la relación, irrumpió de sopetón el viejo tópico: nos habíamos «ido alejando». Ella tenía su lista de quejas, pero a mí me parecían mezquinas y a ninguna le había encontrado sentido ni relación con mi vida. Pero sí me pregunté, en las semanas siguientes, si no había pasado algo por alto, una porción del fracaso de la que pudiera ser responsable.

A comienzos de diciembre conocí a un haitiano en las catacumbas de la estación de Pensilvania. Yo estaba en ese pasaje con una larga hilera de tiendas de cara a los viajeros de suburbios y las puertas de partida del ferrocarril de Long Island. Había parado en un quiosco de periódicos a comprar una guía de Bruselas, porque me estaba preguntando si no debía pasar las vacaciones allí. No sé por qué esa tarde me detuve en uno de los locales de limpiabotas. Este asunto siempre me ha costado manejarlo y, aun en las raras ocasiones en que deseé que me cepillaran y lustraran los zapatos, cierto espíritu igualitario me disuadió de hacerlo: me sentía ridículo sentado en esas sillas elevadas con una persona de rodillas ante mí. A menudo me he dicho que no es el tipo de relación que me gusta tener con los otros.

Pero esa vez me detuve y, mirando el interior iluminado, los espejos y las copetudas butacas tapizadas de vinilo, pensé en una peluquería desierta. Un negro de edad en quien no había reparado se puso en pie, hizo un ademán de saludo y dijo: Entre, entre usted, que se los voy a dejar relucientes. Negué con la cabeza y alcé una mano para declinar la invitación pero, como no quería decepcionarlo, cedí. Entré, subí a uno de los taburetes de apoyo del fondo de la tienda y me senté en el bufonesco trono rojo. El aire olía a una mezcla de limón y trementina. El hombre tenía el pelo blanco y crespo, lo mismo que las patillas, y llevaba un delantal sucio a rayas azules y blancas. Costaba imaginar la edad: ya no era joven, pero sí enérgico. Un betunero, no un limpiabotas: el término antiguo le caía mejor. Dijo: Usted tranquilo, yo se los voy a dejar más negros que la noche. Y por primera vez, con esa peculiar sensación de metamorfosis que uno experimenta cuando al despertarse de una siesta descubre que se ha puesto el sol, capté un tenue vestigio de francés caribeño en su clara, serena voz de barítono. Me llamo Pierre, dijo. Tras colocarme

los pies en un par de pedestales de latón y doblarme las bocamangas de los pantalones, untó un trapo en una lata de pomada y se puso a lustrar el desvaído color de mis zapatos. A través del cuero suave del empeine sentí la presión de aquellos dedos firmes.

Yo no siempre he sido betunero, ¿sabe? Esto es un signo de los tiempos. Empecé como peluquero, y eso fui en esta ciudad muchos años. Viéndome ahora no lo diría usted, pero conocía todos los estilos de moda y a cada dama le hacía el adecuado. Vine de Haití, en la época en que ahí las cosas se pusieron tan feas, cuando mataban a tanta gente, negros, blancos. Una masacre interminable, había cadáveres en la calle; a mi primo, el hijo de la hermana de mi mamá, lo asesinaron, a él y a toda su familia. Tuvimos que largarnos porque el futuro era incierto. Nos habrían puesto en el punto de mira, eso es casi seguro, y quién sabe qué habría pasado. Como la cosa iba a peor, la mujer del señor Bérard, que tenía parientes aquí, dijo: Ya basta, tenemos que irnos a Nueva York. Así que nos vinimos, el señor Bérard, la señora Bérard, mi hermana Rosalie, yo y muchos más. Rosalie estaba en el servicio conmigo, en la misma casa.

Pierre hizo una pausa. Entró otro cliente, un hombre de negocios de calvicie incipiente y traje oscuro de calle, y, como de la nada, un retraído joven apareció para atenderlo. El hombre de negocios resollaba. Pierre le echó una mirada a su colega. Tendrás que llamar a Rahul por el programa de la semana que viene. Yo mañana tengo día libre y no puedo. Luego me frotó los zapatos con un paño seco y cogió un cepillo de treinta centímetros.

El oficio de peluquero lo aprendí aquí. Entonces vivíamos en Mott Street, cerca de la esquina con Hester. Cantidad de irlandeses en ese barrio, italianos también, eso después, y negros, todos trabajando en el servicio. En esa época las casas eran más grandes y la gente necesitaba criados. Y es cierto que algunos trabajan en condiciones terribles. Yo lo sé bien, condiciones inhumanas. Pero dependía de la familia con que uno estaba. La muerte del señor Bérard fue como la muerte de mi propio hermano. Él no lo habría dicho así, claro, pero me enseñó a leer y escribir. A veces era frío, pero también tenía su corazón, y le agradezco a Dios que me salvase de injusticias más irremediables. Nos llegaban noticias espantosas de allá, cuánta gente habían ejecutado Boukman y su ejército, y sabíamos que era una suerte haber escapado. El terror de Bonaparte y el terror de Boukman: para los que los sufrieron no hay diferencia.

Cuando murió el señor Bérard yo habría podido marcharme, pero me tuve que quedar en mi puesto porque la señora Bérard me necesitaba. Ellos estaban más arriba, nosotros más abajo, pero en verdad era una familia, y el apóstol describe cómo en la familia de Dios cada parte juega un papel. La cabeza no es más grande que el pie. Ésa es la verdad. Por la buena merced de la señora Bérard yo aprendí el oficio de peluquero, como ya le he contado, y entré en las casas y los salones de muchas

mujeres notables de esta ciudad, tantas que perdí la cuenta, y a cambio de mi trabajo recibí dinero. A veces iba a trabajar lejos, como a Bronck's River, y nadie me molestaba. Así fue como reuní lo suficiente para comprar la libertad de mi hermana Rosalie, y poco después ella se casó y el Cielo la bendijo con una niña hermosa. La llamamos Euphemia. Al cabo de un tiempo llegué a ahorrar bastante dinero para comprar incluso mi libertad, pero preferí ser libre dentro de esa casa y esa familia a ser libre fuera. Servir a la señora Bérard era servir a Dios. Esto no cambió porque en aquellos años yo conociera a mi amada mujer Juliette, bendito sea su recuerdo. Yo quería ser paciente. Veo por su cara que a usted le cuesta, digo, a un joven como usted, le cuesta entender estas cosas. Cuando la señora Bérard murió, yo tenía cuarenta y nueve años y la lloré como había llorado a su marido, pero esa vez busqué la libertad afuera.

Como hombre libre me casé con Juliette, y la gracia de Dios fue más grande en nuestras vidas. Ella había venido de Haití cuando las luchas, como nosotros, y yo compré su libertad antes que la mía. Nuestra vida en común tuvo momentos de aprietos y momentos de abundancia, y por intercesión de la santísima Virgen servimos de todas las formas a nuestro alcance a aquellos que tenían menos que nosotros. Los más difíciles fueron los años de la fiebre amarilla. Cayó sobre nosotros como una plaga, y fueron muchos los que murieron en esta ciudad. Mi propia hermana sucumbió, mi querida Rosalie, y nosotros recibimos a Euphemia en nuestro hogar como si fuera hija nuestra. Aunque yo no soy médico y no sé nada de medicinas, en aquellos años cuidamos a los enfermos con toda nuestra voluntad. Cuando pasó lo peor, Juliette y yo abrimos nuestra escuela para niños negros en San Vicente de Paula, en Canal, allá abajo donde ahora están los chinos. Muchos de esos pequeños eran huérfanos, pero con un oficio aprendido y la merced del Señor pudieron mejorar su situación, y así no tuvieron deudas con nadie. Él honró a su siervo con esta tarea, nos honró a los dos, a Juliette y a mí, y ningún honor nos hizo más grande que brindarnos riqueza para poder ampliar la obra. El dinero que dimos para el establecimiento de la catedral en Mulberry era sólo Suyo, ésa es la verdad, y nos llegó por la gracia de la Santa Virgen. Fue Ella quien fundó la catedral, nosotros sólo ayudamos a construirla. Nada en la vida de un hombre sucede sino como es ordenado desde lo alto.

Fuera había bajado la temperatura, finalmente. Me anudé la bufanda y anduve dos manzanas hasta la 34, más allá del monasterio carmelita de fachada de ladrillos. En el muro continuo no se veía una entrada. Me relucían los zapatos, pero el lustrado revelaba que eran viejos y las líneas y arrugas del cuero, ahora más visibles, decían que había que cambiarlos. En la esquina parpadeaban los grandes neones de una

cafetería: APOYAD A NUESTRAS TROPAS. Las dos primeras letras de TROPAS no se encendían. Impetuosos compradores navideños recorrían las calles, cubiertos por capuchas negras bordeadas de piel. Cuando me acercaba a la Novena Avenida, había una conmoción silenciosa frente a un puesto de árboles, a una calle hacia el sur, en la 31, y vi octavillas contra la guerra aleteando al viento como una bandada que alzaba vuelo de golpe. Tuve la impresión de que se dispersaba una muchedumbre después del momento de máxima actividad. A un lado había un cordón policial.

Esa tarde, durante la cual entré y salí de mí mismo, el tiempo se volvió elástico y voces desprendidas del pasado invadieron el presente, algo que parecía una conmoción de otra época aferró el corazón de la ciudad. Temí quedar atrapado en lo que se me antojaban esbozos de revueltas. No veía más que hombres apretando el paso bajo árboles desnudos, unos esquivando el cordón policial que había caído al suelo cerca de mí, otros más lejos. Unos doscientos metros calle abajo había una especie de riña, también raramente silenciosa, y un apretado nudo de hombres se abrió para revelar que estaban separando a los dos peleadores. Inmediatamente, lo que vi me produjo escalofríos: en la distancia, más allá de la muchedumbre apática, colgaba de un árbol el cadáver de un linchado. Era una silueta delgada, vestida de negro de la cabeza a los pies, y no reflejaba ninguna luz. Pronto se resolvió, sin embargo, en algo menos ominoso: una gran funda de lona que oscilaba al viento en un andamio de construcción.

## SEIS

Fue idea de mi padre que yo asistiera a la EMN, la Escuela Militar Nigeriana de Zaria. Era una institución distinguida, que no dirigía su política de admisión preferentemente a hijos de soldados y tenía fama de inculcar disciplina a los adolescentes. *Disciplina*: entre los padres nigerianos la palabra obraba con la fuerza de un mantra y había cautivado al mío, que no tenía formación militar y de hecho sentía un gran desprecio por la violencia institucional. La idea era que, en seis años, allí transformarían a un inconstante niño de diez años en un hombre con todo el temple y la fuerza que entrañaba la palabra *soldado*.

Yo no me oponía a ir. En el plano académico King's College era una institución más prestigiosa, pero estaba demasiado cerca de casa y eso no nos cuadraba ni a mí ni a mis padres, y, como fuese, marcharme a un sitio tan lejano en el norte como Zaria prometía sus propias libertades. Debió de ser en julio de 1986 cuando mis padres me llevaron en coche hasta allí para la entrevista de una semana. Yo nunca había estado en el norte de Nigeria y el amplio territorio desértico, con árboles bajos y arbustos apergaminados, bien podría haber sido otro continente, tan distinto era del caos de Lagos. Pero también era parte de un país único donde el mismo polvo rojo soplaba sin cesar desde Yorubalandia hasta el califato de Hausa.

Nuestra cohorte de entrevistados consistía en ciento cincuenta muchachos. Provenían desde todas las regiones del país y casi ninguno había estado antes lejos de su casa. Un día, caminando con otros dos chicos por uno de los recintos de la escuela, vi una mamba negra. La serpiente nos miró un momento y rápidamente desapareció en la maleza. A uno de mis compañeros lo desquició tanto el miedo que se puso a llorar. Juró que no volvería nunca y acabó yendo a una escuela diurna en Ibadán, donde vivía la familia. Fue lo mejor que podía pasarle: nunca habría sobrevivido en Zaria, donde las serpientes venenosas eran la menor de nuestras preocupaciones.

Me admitieron, y envié mis datos de inscripción. En septiembre mis padres me llevaron de nuevo. Recuerdo que en ese segundo viaje, sentado en el asiento trasero, me debatí conmigo mismo por mi incondicional lealtad a mi padre y por la creciente antipatía que sentía por mi madre. Ellos habían sellado entre sí una suerte de paz, después de una disputa que me habían ocultado, pero yo había tomado parte por él y estaba herido. Durante el conflicto mi madre se había vuelto fría hasta dar miedo, no sólo con mi padre, sino con casi todos los de su medio. Luego se repuso y siguió adelante. Se interesó otra vez por la Nigeria que la rodeaba, el país que amaba pero al cual nunca pudo pertenecer. Cuando murió mi padre, un par de años después, la vaga sensación de rencor que había surgido en mí durante la pelea entre ellos se hizo más

dura, aunque, hasta donde recuerdo, nunca llegué a culpar a mi madre por la muerte de él.

La EMN fue un giro decisivo: el nuevo horario, las privaciones, la forja de amistades y las rupturas de patio de escuela y, sobre todo, las interminables lecciones en donde uno ocupaba un sitio en la jerarquía. Éramos todos muchachos, pero algunos muchachos eran hombres, tenían autoridad natural, eran atléticos, o inteligentes, o de familias ricas. Con ninguna de esas cosas bastaba, pero me quedó claro que no éramos todos iguales. Había entrado en una extraña vida nueva.

En febrero del tercer curso a mi padre le diagnosticaron tuberculosis y en abril murió. Nuestros parientes, en especial los parientes de mi padre, histéricos, aparecían en exceso, demasiado ansiosos por ayudar y mostrar cuánto les dolía la situación, pero mi madre y yo los contuvimos estoicamente. Esto tuvo que haberlos desconcertado. Pero ellos no sabían que en ese estoicismo no había unión, porque entre nosotros hablábamos poco y nuestras miradas estaban llenas de oscuridad. Una sola vez yo rompí el silencio. Le dije a mi madre que quería ver a mi padre, pero no el cadáver en la morgue. Estaba pidiendo que lo devolvieran a la vida y a mí, fingiendo una inocencia que a los catorce años ya no tenía. Julius, dijo ella, ¿qué significa esto? Esa evidente simulación le pareció una crueldad y le partió doblemente el corazón.

El nombre de Julius me ligaba a otro lugar y, con mi pasaporte y mi color de piel, era una de las cosas que intensificaban en mí el sentimiento de ser diferente en Nigeria, o de permanecer al margen. Yo tenía un segundo nombre yoruba, Olatubosun, que no usaba nunca. Cada vez que lo veía en mi pasaporte o la partida de nacimiento me sorprendía un poco, como algo que pertenecía a otro pero llevaba mucho tiempo a mi cargo. Así que ser Julius en la vida diaria me confirmaba que no era totalmente nigeriano. Ignoro qué había esperado mi padre al ponerle a un hijo un nombre que homenajeaba a su esposa; seguramente a ella la idea no le gustó, como no le gustaba nada que naciera del sentimentalismo. Su propio nombre debía de provenir también de algún punto del linaje familiar, tal vez una abuela, una tía lejana, una olvidada Julianna, una ignota Julia o Julieta. Con poco más de veinte años había logrado huir de Alemania para refugiarse en Estados Unidos, y Julianna Müller se había convertido en Julianne Miller.

Aquel mes de abril en que murió mi padre, en el radiante pelo rubio de ella ya había atisbos de gris. Se había acostumbrado a usar un pañuelo, que solía echar hacia atrás de modo que dejaba a la vista la frente tersa y la primera pulgada de pelo. La tarde en que decidió hacerme partícipe de sus recuerdos lo llevaba puesto. No había ninguno de nuestros asistentes a la vista, ninguna de las tías y amigas que nos preparaban comida y cuidaban la casa. Estábamos en la sala los dos solos. Yo estaba

leyendo un libro y ella entró, se sentó y, en un tono absorto pero no apresurado, empezó a hablar de Alemania. Recuerdo que era la voz de alguien que continúa una historia, como si la hubieran interrumpido y simplemente retomara el hilo. Cada vez que decía «Julianna» o «Julia» sin concesiones a la pronunciación inglesa se me hacía de pronto muy ajena. Entonces sentí que el odio abandonaba mi cuerpo y vi a esa mujer de pelo encanecido, ojos de un azul grisáceo y voz lejana que se había puesto a describir cosas muy remotas porque no podía hablar de la muerte que acababa de destrozarnos.

Yo no tenía nada que poner en el sitio de aquel rencor que se desvanecía. No sentía nada por las historias que me estaba contando ni por la nostalgia que había detrás de ellas. Me costaba concentrarme. Mamá hablaba de Magdeburgo, de su infancia, de cosas de las que yo tenía una idea apenas pálida, cosas que ella, vacilando, ponía ahora bajo una sombra más leve. Como no prestaba mucha atención, muchos detalles se me escapaban. ¿Me distraía porque estaba incómodo? ¿O sencillamente me sorprendía ese deseo repentino de desnudar su pasado? Sin dejar de hablar, ella sonreía un poco al evocar algún recuerdo, y al evocar otro fruncía un poco el ceño. Hubo una mención a una cosecha de arándanos, otra a un piano vertical que se negaba a mantenerse afinado. Pero, terminados los idilios, apareció una historia de sufrimiento: el sufrimiento de una niñez con poco dinero y sin padre. El padre no volvería de su prolongada guerra hasta comienzos de los cincuenta, cuando los soviéticos al fin lo liberasen: un hombre devastado y huraño. Después de aquello había vivido menos de una década. Pero la historia de mamá trataba de una herida más profunda, y a medida que la contaba fue ganando confianza, y empezó a dirigirse no a un hijo adolescente sino, me parece ahora, a un confesor imaginario.

Había nacido en Berlín sólo unos días después de que los rusos tomaran la ciudad, a comienzos de mayo de 1945. Por supuesto, no tenía memoria de los meses siguientes. No podría haber recordado la indigencia absoluta, la mendicidad y el vagabundeo con su madre por los escombros de Brandemburgo y Sajonia. Pero conservaba el recuerdo de haber sido consciente de aquel comienzo cruel: no el del sufrimiento, sino el recuerdo de saber que en el sufrimiento había nacido. Cuando por fin habían regresado a Magdeburgo, los horrores que había padecido durante la guerra cada pariente, cada vecino y cada amigo habían hecho más intensa la pobreza de la vida. La regla era reprimirse de hablar: nada de los bombardeos, nada de los asesinatos y las innumerables traiciones, nada de los que habían participado en aquello con entusiasmo. Sólo años más tarde, cuando me interesé en estas cosas por mí mismo, llegué a conjeturar que mi oma, embarazada de varios meses, había sido una de las incontables mujeres de Berlín violadas aquel año por los hombres del Ejército Rojo, que la particular atrocidad había sido tan extensa y completa que difícilmente ella había escapado.

No cabía imaginar que alguna vez ella y mi madre hubiesen hablado del tema, pero mamá debía de haberlo sabido, o sospechado. Había nacido en un mundo indescritiblemente amargo, un mundo sin santidad. Era natural que décadas después, habiendo perdido un marido, desplazara el dolor de la viudez a aquella pena primaria y fundiera los dos dolores en uno solo. Yo la escuchaba a medias, incómodo por el temblor y la emoción. No llegaba a entender por qué me hablaba de su infancia, de pianos y arándanos. Años más tarde, mucho después de que nos alejáramos, intenté imaginarme los pormenores de aquella vida. Era un mundo de gente, experiencias, sensaciones y deseos totalmente desaparecido, un mundo del que, extrañamente, yo continuaba sin tener conciencia.

Por lo que recuerdo, ese día en casa fue la última vez que mi madre y yo tuvimos algo parecido a una conversación. La tarde fue un tiempo robado al tiempo. Después nos envolvió de nuevo el silencio, un silencio más fácil que permitía a cada uno expresar su pena particular. Pero otra vez se transformó en un silencio malo, y con los meses, en una grieta insalvable.

Después del funeral de mi padre yo volví al colegio con ganas. No actué de huérfano desvalido, no tuve tiempo. Un número sorprendente de compañeros de clase habían pasado por lo mismo, habían perdido padres por enfermedad o accidente. Al papá de un buen amigo lo habían matado en las ejecuciones que siguieron al fracasado golpe militar de 1976. Mi amigo nunca hablaba de eso, pero lo llevaba como una especie de insignia de honor. Lo que yo quería ese año era un sentimiento de pertenencia, y paradójicamente la pérdida lo enriquecía. Me lancé al entrenamiento militar, las clases, los ejercicios físicos, los ritmos de la preparatoria y el trabajo manual (cortar hierba con machete, hacer tareas en las granjas de maíz de la escuela). No es que la labor en sí misma me gustara —en absoluto—, pero el trabajo me parecía auténtico, encontraba en él algo de mí. Luego esa seriedad, que me estaba proporcionando una especie de virtud viril, quedó interrumpida por un incidente que, aunque en su momento pareció innecesariamente trágico, con el paso de los años se volvió cómico.

Todo empezó un día en la cantina, después del almuerzo, cuando nos habían librado para la siesta. Como siempre, yo había vuelto al dormitorio. Había por delante dos horas de tranquilidad a las que me había acostumbrado. Durante el primer año las había pasado inquieto, sin entender que a alguien le gustara dormir por la tarde, pero al tercero se habían vuelto gratos puntos de calma, calas en la intensidad de los días de escuela. Dormíamos en nuestros catres, sin mosquitero. A los novatos que charlaban o se negaban a dormir se los obligaba, y a un chico que pensó que la siesta era el momento ideal para masturbarse lo puso en su sitio un varazo del prefecto. Todo el mundo aprendía a dormir cuando dormir era la orden. Pero aquella tarde un tumulto me sacó de la cama mucho antes de que se cumpliesen las dos horas. Oí una

voz que gritaba mi apellido y salté del catre. El del grito era Musibau, un suboficial de segunda. Era nuestro profesor de música y vivía en una de las habitaciones privadas que había entre las barracas.

Me agarró por el cuello y me arrastró al ancho pasillo central. Estaba loco de furia por algo que yo no lograba identificar. No se me ocurría nada, por lo que recordaba había sido una semana corriente. Se había reunido un grupo grande. Musibau era de cuerpo más bien pequeño, casi todos los muchachos mayores eran más grandes que él y a los catorce años yo lo igualaba en talla y complexión. Tenía tal fama de iracundo que por detrás lo llamábamos Hitler. ¿Por qué había terminado enseñando música a los chicos? Tal vez en un tiempo había estado en la Banda del Ejército Nigeriano. *Ell King*, decía, es un *lieder* de *Frans Shuba*. En sus clases nunca se escuchaba música, ni se explicaba el uso de los instrumentos, sino que nuestra educación musical consistía en memorizar hechos: cuándo había nacido Händel, cuando Bach, los títulos de los *lieder* de Schubert, las notas de la escala cromática. Fuera de un vago sentido de las respuestas correctas que convenía dar en los exámenes, ninguno de nosotros tenía idea de qué era en realidad una escala cromática ni de cómo sonaba.

Civil cabrón, dijo. Me robaste el periódico, gusano embustero. Hubo tenues silbidos en la barraca cuando la palma abierta de Musibau resonó contra mi nuca. Yo estaba mudo de confusión. Varias docenas de ojos observaban el menor de mis movimientos y empezó a inundarme el terror. Pero cuando, con tono de ofensa, Musibau dijo que había oído, que lo habían «informado» de que yo era el que le había robado el periódico en la cantina, se me alivió el pecho. Era un caso de identidad equivocada. Acabaría bien.

En ese preciso momento llegó el prefecto de nuestra barraca, que acababa de asaltar mis posesiones y esgrimía en alto un periódico. Lo había encontrado junto a mi bolso, debajo del catre. No era una trampa, lo había puesto allí yo. Le había echado un vistazo y, como no encontraba nada interesante, lo había dejado caer bajo la cama. Fulminado por el interrogatorio, con el cuello de la camisa aplastándome el pescuezo, en las garras de Musibau y con una repentina sensación de aislamiento, por primera vez conecté la acusación de robo con mis acciones. Había visto en un banco un ejemplar desechado del *Daily Concord* y me lo había llevado a la barraca. Ahí estaba el error. Se me nubló la conciencia y me puse a rogar y explicarme, pero me silenció otra bofetada.

Musibau me arrastró por todas las barracas vecinas y en cada una el prefecto elevó sus cargos y Musibau, con la garra soldada a mi cuello, declamó lo mismo: ladrón, gusano, periódico, civil cabrón. Los muchachos mayores bromeaban y soltaban risitas. A los menores, más solemnes, el espectáculo no los cautivaba menos. Aquí tenéis lo que pasa con estos pijillos ladrones, dijo Musibau encontrando un esquema para su ira, éstos son los ricos que se meriendan nuestro país como gusanos,

vedlo con vuestros propios ojos. Fuimos a cada una de las seis barracas, yo con las manos sujetas a la espalda, con las piernas a punto de fallarme, hasta que al fin el pequeño ladrón fue presentado a todos los muchachos de la escuela. Pero ellos también debieron de advertir el resentimiento de Musibau. Un teniente dirigía el departamento de arte, un coronel controlaba la escuela y un consejo de generales gobernaba el país: en esa jerarquía Musibau estaba seguro y completamente perdido. Ya no era joven, probablemente se iba a morir como suboficial de bajo rango. Me miraba a mí, un nigeriano a medias, un extranjero, y lo que veía eran clases de natación, viajes de verano a Londres, criados, de ahí la rabia. Pero la imaginación lo despistaba.

El tormento de esa tarde acabó y volví a mi dormitorio. Me puse un uniforme limpio, lustré las botas, alisé el birrete y me preparé para las horas de estudio. La mañana siguiente estaba en la clase de dibujo técnico cuando reapareció Musibau. Intercambió unas palabras rápidas con el profesor y me invitó al frente del aula. Por un momento estuvo de pie ante los muchachos sin decir palabra. Luego ejecutó su letanía, ahora refinada a una mínima formulación de cargos. Este mozo es un ladrón. Robó un periódico, un periódico que pertenecía legítimamente a un docente. Es una desgracia para la República Federal de Nigeria y para la Escuela Militar Nigeriana. No pensó en las consecuencias y ahora será castigado.

Con un gesto, Musibau me indicó que me desabrochara el cierre lateral de las bermudas. Desnudé las nalgas y apoyándome en la pizarra me incliné hacia delante. Él me azotó. Se lo tomó en serio, y el ejercicio de descargar metódicamente la caña en mí lo hizo sudar. Aunque yo me estremecía, contuve las lágrimas a medida que se alzaba la rápida línea de cada verdugón. Había supuesto que pararía a los seis varazos, pero a los seis sólo hizo una pausa y luego siguió hasta los doce. Mis compañeros callaban. Yo era un chico popular y lo sentían de veras. Volví a subirme las bermudas. Me resultó muy difícil sentarme, me ardía todo el cuerpo. El profesor de dibujo técnico siguió con la clase sin hacer comentarios.

Cuando al fin del semestre fui a casa, no pude hablarle de esto a mi madre. De no haberme forzado a retomar la vida normal de la escuela, me habría ido a pique. Aprendí a no enfadarme cuando los muchachos mayores me llamaban Daily Concord. Los menores no me decían nada a la cara. A cambio me gané ciertas honras y, de hecho, mi actuación bajo la caña se convirtió en una pequeña leyenda singular. En algunas versiones los azotes eran veinticuatro, y en la espalda; según otras, había corrido mucha sangre y yo le había dicho a Musibau que se ahorcara. Me gané un renombre de temerario y, casualmente o no, también empezó a irme bien en lo académico. Para el cuarto curso ya era popular entre las chicas de otros colegios de la ciudad y había desarrollado una confianza en mí un tanto insensible. En el último curso de la EMN me nombraron prefecto de higiene. Algunos compañeros decían que,

de no haber sido por el incidente con Musibau, hasta podría haber sido delegado de la escuela.

El final de mis años allí coincidió con el final de mi tiempo en Nigeria. Mi madre sabía que yo iba a examinarme del SAT,<sup>[1]</sup> pero no que estaba presentando solicitudes a universidades de los Estados Unidos: gracias a un apartado de correos pude perfeccionar el ocultamiento. Para las tasas me gasté los pocos ahorros que tenía. No tuve suerte con el Brooklyn College, con Haverford ni con Bard (nombres que había cogido de un destartalado volumen de la biblioteca del Servicio de Información de los Estados Unidos en Lagos). En Macalester me respondieron que sí, aunque no me ofrecían dinero, pero Maxwell me aceptó, y con una beca completa. Mi camino estaba trazado. Con dinero que me prestaron mis tíos compré un billete a Nueva York para empezar la vida en un país nuevo, y en mis propios términos.

## SIETE

El invierno se ahondó sin hacerse apreciablemente más frío. Yo había decidido definitivamente que emplearía todas mis vacaciones, poco más de tres semanas, para viajar a Bruselas. Como había acumulado demasiados días para ir a un hotel, o incluso a un albergue, alternativa razonable, busqué por internet y encontré un estudio en alquiler en un barrio céntrico de la ciudad. Por lo que se veía en las fotos, era rudimentario al punto de lo espartano, y por lo tanto ideal para mis propósitos. Intercambié unos *emails* con una mujer llamada Mayken y, una vez arreglada la cuestión del hospedaje, compré un billete para la semana siguiente.

En el avión me tocó sentarme al lado de una señora de edad. Era mayor que mi madre, pero tal vez no tanto como para ser mi abuela. Nos habíamos acomodado en silencio y, cuando me llegó por primera vez, la voz de ella brotó de la oscuridad. Yo tenía los ojos cerrados, estaba aliviado de haber acabado la larga jornada de preparativos después de trabajar la noche anterior. Todo el proceso de hacer las maletas, coger el metro al aeropuerto JFK, enfrentarme con el desorden de las masas en vacaciones y dominar la furia contra los ineptos empleados de embarque de la Terminal 3 había transcurrido en una bruma de fatiga. Por fin, sentado en el avión, me recliné a dormir un rato antes aun de que los otros pasajeros hubieran guardado el equipaje u ocupado sus sitios.

Por lo general habría sentido curiosidad por la persona que iba a mi lado, una curiosidad que casi siempre terminaba en decepción. Pronto habría querido liquidar la charla trivial y, una vez firmemente establecida la ausencia de intereses mutuos, volver al libro que estaba leyendo. Esta vez, sin embargo, cuando llegó mi compañera de vuelo ya me había dormido. Tenía puesto un antifaz y sólo cuando ya estábamos en el aire y oí el tintineo del carrito de las bebidas, reviví y me descubrí la cara. No abrí los ojos enseguida. Intentaba decidir si interrumpiría el sueño por una comida de avión, y no conseguía decidirlo. Entonces oí la voz, una mesurada voz de mujer mayor. Qué envidia me da la gente como usted, dijo. Ojalá yo fuese capaz de dormirme en cualquier situación.

Lo que vi al abrir los ojos era una persona de pelo gris, tan fino que parecía como si hubiese perdido no meramente el color, sino la sustancia misma. Bajo esa frágil corona el rostro era angosto y arrugado y estaba cubierto de manchitas hepáticas. Pero había firmeza en la boca y la mandíbula, prominencia en la frente y agudeza en los ojos. Indudablemente, durante la mayor parte de su vida había sido muy hermosa. Lo primero que hizo cuando me quité el antifaz fue guiñar un ojo, cosa que me dejó atónito, pero a la que respondí sonriendo. Estaba vestida sencillamente con un

sweater de lana de color tostado, pantalones a cuadros y zapatos náuticos de cuero marrón. Llevaba una doble ristra de perlas pequeñas y pendientes de perlas. Tenía en las rodillas un libro que había señalado con el índice: *El año del pensamiento mágico*. Aunque yo no lo había leído, sabía que era el relato de Joan Didion sobre cómo había llegado a aceptar la pérdida repentina de su marido. La doctora Maillotte (en realidad no me dijo cómo se llamaba hasta una hora después) llevaba una alianza.

A mí suele costarme mucho dormir cuando hay ruido, dije yo, así que le confieso que también envidio a esa gente. Ella se alegró y dijo: Bueno, a veces es absolutamente necesario. Por cierto, ¿prefiere hablar en inglés o en francés? Recordé, mientras volábamos sobre Long Island, que los anuncios de cabina ya estaban en tres idiomas, y le dije que mi francés era muy malo. Me preguntó de dónde era. Vaya, Nigeria, dijo, Nigeria. Nigeria. Hombre, yo conozco a una cantidad de nigerianos y, realmente, debo decirle que muchos son arrogantes. Esa manera de hablar me dejó pasmado: la franqueza sin concesiones, el riesgo de alejar al interlocutor. A la edad que tenía, supuse, ya había dejado de preocuparle qué pensarán los demás. Sin duda esa franqueza habría podido caer mal viniendo de alguien más joven, pero en el caso de ella no había peligro.

En cambio los ghaneses, continuó la doctora Maillotte, son mucho más tranquilos, más fáciles de tratar. No tienen un concepto tan alto de su lugar en el mundo. Bueno, supongo que es verdad, dije yo, somos un poco agresivos, pero creo que es porque queremos prosperar, hacer notar nuestra presencia. Nos creemos los japoneses de África, sin una tecnología deslumbrante. Ella se rio. Cerró el libro y cuando llegó el carrito de la cena los dos elegimos el pescado —salmón al microondas, patatas, tostadas— y comimos en silencio. Luego le pregunté qué hacía. Soy cirujana, dijo, ahora me he jubilado, pero durante cuarenta años hice cirugía gastrointestinal en Filadelfia. Le conté que yo hacía la residencia y ella nombró a un psiquiatra. Hombre, en un tiempo estaba allí, tal vez ahora se ha ido. De todos modos esto fue hace mucho. ¿Atendió usted alguna vez en el hospital de Harlem? Negué con la cabeza y le dije que había estudiado fuera del estado. Sólo se lo menciono porque hace poco tuve allí unas consultas, dijo ella. Estoy retirada pero quería participar en algo voluntario, así que estuve en Harlem. Antes fui un poco injusta, añadió, he de decir que los internos nigerianos son excelentes. Oh, descuide, dije yo, he oído cosas mucho peores. Pero dígame, en el hospital de Harlem no hay muchos internos americanos, ¿no? Hombre, unos pocos tienen, pero sí, la mayoría son africanos, indios, filipinos, y de verdad que es un ambiente muy bueno. Algunos graduados extranjeros tienen mucha mejor formación que los que pasaron por el sistema estadounidense, para empezar tienden a ser notablemente capaces para el diagnóstico.

Tenía una dicción precisa y un acento apenas vagamente europeo. Me contó que se había formado en Lovaina. Pero para enseñar allí hay que ser católico, comentó

con una risita. Nada fácil para una como yo: siempre he sido atea y siempre lo seré. En fin, al menos es mejor que la Universidad Libre de Bruselas, donde si una no es masona no consigue nada. En serio: la fundaron los masones y todavía es una especie de mafia de ellos. Pero Bruselas me gusta, sigue siendo mi casa, después de tantos años. Tiene sus desventajas. Para empezar es daltónica, cosa que Estados Unidos no es. Desde que me jubilé he pasado allí tres meses al año. Sí, tengo un piso, pero prefiero ir a la casa de unos amigos. Tienen una casa grande en el sur de la ciudad, en Uccle. ¿Usted dónde se aloja? Ah, pues muy bien, no le cae lejos, tiene que ir hacia el sur desde el parque Léopold y ése es el barrio. Si tuviera un mapa se lo mostraría.

Y entonces, como si hablar de Bruselas le hubiera entreabierto suavemente una puerta en la memoria, dijo: Durante la guerra Bélgica fue estúpida. La Segunda Guerra Mundial, quiero decir, no la Primera. Yo nací mucho después de la Primera. Ésa fue la guerra de mi padre. Pero para la Segunda Guerra Mundial yo estaba a punto de entrar en la adolescencia, y esos malditos alemanes, me acuerdo de cuando entraron en la ciudad. En realidad la culpa la tuvo Leopoldo III, se equivocó en las alianzas, o mejor dicho se negó a hacer las alianzas correctas, pensó que de ese modo iba a ser más fácil defender el país. Era un viejo idiota. Había un canal que iba de Amberes a Maastricht, ¿sabe usted?, y una línea de fortificaciones de hormigón, y supuestamente eso iba a ser la defensa perfecta, esa línea. La idea era que llevar un ejército por agua sería demasiado difícil. ¡Claro que los alemanes tenían aviones y paracaidistas! Dieciocho días, nada más, y los nazis entraron marchando, y se quedaron, como parásitos. El día que al fin se fueron, el día que acabó la guerra para Bélgica, fue el día más feliz de mi vida. Yo tenía catorce años y lo recuerdo a la perfección. No me olvidaré de ese día mientras viva y nunca seré más feliz que ese día. Y en este punto hizo una pausa, extendió la mano y dijo: Supongo que debo presentarme. Annette Maillotte.

Luego siguió, al parecer sumergiéndose cada vez más en su memoria, y me habló de su infancia, de lo difíciles que habían sido las cosas durante la guerra, de cómo Leopoldo III había negociado con Hitler mejores raciones, de la devastación del campo cuando acabó la guerra, de las figuras tambaleantes que cubrían el paisaje e iban de casa en casa mendigando comida y abrigo, de su decisión de hacerse médico y la subsiguiente formación en cirugía, algo inusual para las mujeres de entonces. No sé cómo, mientras hablaba yo veía en ella la presencia de la muchacha resuelta.

Debía ser usted muy decidida, dije. Hombre, no, no, una no piensa así, dijo ella, simplemente encuentra lo que ha de hacer, lo hace y punto. En realidad no hay ninguna oportunidad de parar a elogiarse, así que decidida no es lo que yo diría. Yo asentí. La escuchaba y sentía que el hecho objetivo de su edad —si había tenido quince años al acabar la guerra, había nacido en 1929— se relacionaba indirectamente con el de su vitalidad mental y física. En ese momento el personal de

vuelo vino a retirar las bandejas y la doctora Maillotte volvió a abrir su libro. Yo bajé la luz que daba a mi asiento y, cerrando los ojos, imaginé la gélida noche atlántica debajo de nuestra carrera.

Aunque estaba cansado me las arreglé para dormir a rachas, y a las pocas horas desperté con dolor de cuello. La doctora Maillotte también debió de dormir, pero cuando me desperté estaba leyendo de nuevo. Le pregunté qué tal era el libro. Es bueno, sí, dijo ella, asintiendo, y volvió a la lectura. Le hice seña de que necesitaba ir al lavabo y me disculpé por molestarla. Ella se puso de pie en el pasillo y seguía de pie cuando regresé. Tengo que mantener la circulación, dijo, es especialmente importante cuando una tiene mi edad. Una vez me hube sentado, dijo: ¿Conoce usted Heliópolis? Está en Egipto, en las afueras de El Cairo. Helio-Polis significa ‘ciudad del sol’, ‘ciudad-sol’. Bien, le conté que en Bruselas voy a alojarme en casa de un amigo. Se llama Grégoire Empain y nos conocimos cuando éramos jóvenes, como a los veinte años, y su abuelo construyó Heliópolis.

Si alguna vez tiene la oportunidad de ir, no deje de hacerlo. Es un sitio fantástico, y el ingeniero que lo diseñó y lo construyó fue Edouard Empain, o el barón de Empain, como lo llaman. Fue en 1907. Era realmente una capital de lujo, con anchas avenidas y grandes jardines. Hay un edificio llamado Qasr Al-Baron, el palacio del Barón, que se construyó a partir del modelo del Angkor Wat de Camboya y también de un templo hindú, uno en particular, no recuerdo el nombre. Y, ¿sabe?, ahora ese sitio es el suburbio más importante de El Cairo, de hecho está dentro de los límites de la ciudad. Allí vive hoy el presidente de Egipto. Pero los Empain tienen una disputa con el gobierno egipcio porque parte de Heliópolis les pertenece y están tratando de reclamarla, o de que al menos los indemnicen.

En cualquier caso, la familia sigue siendo rica, una de las más ricas de Egipto. El barón de Empain fue un gran industrial —no sólo construyó Heliópolis, sino también el metro de París cuando los belgas no le dejaron construir uno en Bruselas— y el hijo era industrial también. El nieto Grégoire es modesto, no le gusta ser el centro de atención. Pero Grégoire tiene un hermano, Jean, y ése es otra historia.

A mí me enloquecía esquiar, y a mi marido también, a todos mis hijos, e íbamos a Mont Blanc con Grégoire, Jean y sus hermanas, y esquiábamos en Chamonix, en Megève. No Negev, eso es en Israel, sino Megève, cerca del Mont Blanc, en los Alpes suizos. Y allí los Empain tenían un chalet enorme por donde pasaba toda clase de gente, sabe, como Jean-Claude Aaron o Edmond de Rothschild, de los Rothschild franceses. Y siempre me divierte pensar que una vez estuvo allí la reina de Suecia, y la pobre fue con su marido, y me parece, vea usted, que ella no tenía ni idea de que el sujeto era un mariposón. Para todo el mundo era evidente pero ella no se enteraba, le pasó por alto. Pues bien, nosotros íbamos al chalet pero no porque hubiese esa gente, sólo porque allí se esquiaba bien. Y de tanto en tanto yo necesitaba salir de Estados

Unidos, ese país terrible, hipócrita, santurrón. A veces realmente no lo soporto.

Pero déjeme que le hable del hermano de Grégoire, Jean. No es tan tranquilo como Grégoire, todo lo contrario, le gusta alternar con la gente chic. Él heredó el título. Ahora el barón de Empain es él, y lo que le va son los coches deportivos, las familias reales, ser amigo de multimillonarios, ese tipo de cosas. Pero pobre individuo, a fines de los setenta salió en todos los periódicos. Lo secuestraron, sabe usted, creo que fue en 1978, lo tuvieron dos meses. Grégoire y toda la familia estaban fuera de sí, desde luego. Los secuestradores eran franceses y pedían algo así como ocho o nueve millones de dólares, una cantidad de dinero absurda, pero no imposible para los Empain. La familia estaba dispuesta a pagar. Pero por entonces había habido un montón de secuestros, durante todos los setenta, y el gobierno francés tenía una política estricta de no negociar, no pagar. Así que los secuestradores, creo que uno se llamaba Duchâteau..., tiene gracia que lo recuerde, pero comprenda que nosotros seguíamos la historia con mucha intensidad por los periódicos, día a día... Bien, lo que dijeron Duchâteau y sus compinches fue: el dinero hace libres. Qué ridículo, ¿no?, parecían filósofos, pero lo decían en serio, y como el dinero no les llegaba le rebanaron a Jean el meñique, lo metieron en un sobre y se lo mandaron a la mujer. Se lo cortaron con un cuchillo de cocina, sin anestesia, y amenazaron con cortarle un dedo más por cada día de demora en el pago. Pero los negociadores se negaron y por alguna razón los secuestradores no cumplieron con la amenaza. Al final la policía logró tenderles una emboscada, mataron a uno, capturaron a los otros dos y liberaron a Jean.

Créame que para la familia fueron dos meses de infierno. Y no recuerdo dónde, Duchâteau había escrito: tal vez sean unos papelillos insignificantes, pero significan todo: el dinero hace libres. Si usted ve a Jean ahora, notará que donde estaba el meñique tiene un muñón pequeño. Pero si le pregunta, él le dirá que lo peor no fue la amputación, fue el frío. Creo que durante los dos meses pasó un frío espantoso: lo hacían dormir en una tienda que habían montado en una habitación sin estufa. Y sin luz, para que no reconociese a los raptos. Frío y oscuridad. Por esos trocitos de papel, ¿qué le parece?

Había amanecido. Volábamos con un banco de nubes arriba y un banco de nubes debajo y Europa estaba cerca. Le pedí a la doctora Maillotte que me hablara más de sus hijos. Son todos médicos, dijo ella, los tres, como mi marido y yo. Pienso que es lo que querían, pero ¿quién sabe? El mayor, pues... el año pasado tenía treinta y seis cuando murió. Acababa de terminar la residencia de radiología. Cáncer de hígado, un deterioro muy rápido. Ver morir a un hijo es algo imposible de superar. Estaba casado, tenía una niña de tres años. Fue imposible, todavía lo es. De los otros dos, uno está en California y el otro en Nueva York. Son los menores. Y mi marido está conmigo en Filadelfia, es cardiólogo y también se ha jubilado, hace poco.

Un silencio cayó sobre nosotros. Y usted, dijo ella, cuénteme, ¿por qué va a Bruselas? ¡Raro lugar para las vacaciones de invierno! Yo sonreí. La otra posibilidad era Cozumel, dije, pero no sé bucear. Bien, dijo ella, aquí tiene el número telefónico de Grégoire, son personas amistosas, ¿sabe usted?, no se dan aires. Yo estaré allí seis semanas, tal vez ocho. Debe venir a cenar con nosotros. Le agradecí la invitación y le dije que la tendría en cuenta. Y mientras miraba el número que ella me había apuntado pensé en el metro de París, esa expresión de optimismo y progreso, y en la ciudad del antiguo Egipto que también había sido conocida como Heliópolis, antes de que el barón de Empain construyera su versión, y en el viaje subterráneo, los millones de personas que nos movemos por el subsuelo de las ciudades, habitantes de una época en que, por primera vez, para los humanos es normal recorrer grandes distancias bajo tierra. También pensé en los innumerables muertos, en las ciudades olvidadas, las necrópolis, las catacumbas. El capitán anunció en inglés, francés y flamenco que estábamos a punto de aterrizar y, después de atravesar la masa de nubes de abajo, vi desplegarse la ciudad en un paisaje chato.

## OCHO

Mayken, la dueña del apartamento de Bruselas, me había ofrecido recogerme en el aeropuerto por un pago adicional de quince euros. Las alternativas, me había dicho por teléfono, eran: coger un taxi por treinta y cinco euros; o tomar un transporte público y arriesgarme a que me robaran. Así que, cuando llegué por la mañana, ella me estaba esperando en la terminal de llegadas con un cartel donde podía leerse mi nombre. El pelo teñido de rubio le coronaba la cabeza como algodón de azúcar, y daba la impresión de que al primer golpe de viento se iría volando. Me despedí de la doctora Maillotte y eché a andar agitando la mano hasta que Mayken me avistó. Estaba en la cincuentena, era amistosa, pero tenía una tajante actitud comercial que, cuando más tarde revisamos los papeles de renta breve —páginas y páginas de fastidiosos detalles legales— pasó a ser, junto con el pelo abombado, la única parte visible de su personalidad.

La idea original de Bruselas, dijo mientras el coche dejaba el aeropuerto, era que fuese igualmente flamenca y valona. Por supuesto que ya no es así, continuó, ahora hay un noventa y cinco por ciento de valones y otros francoparlantes y un cuatro por ciento de árabes y africanos. Rio, pero se apresuró a añadir: Son cifras reales. Y los franceses son holgazanes, dijo, odian el trabajo y envidian a los flamencos. Se lo digo yo por si nadie más se lo dice.

Miré por la ventanilla y mentalmente empecé a vagar por el paisaje recordando la conversación de la noche con la doctora Maillotte. La vi a los quince años, en septiembre de 1944, sentada en una muralla al sol de Bruselas, exultante de felicidad por la retirada de los invasores. Vi a Junichiro Saito el mismo día, con sus treinta y uno o treinta y dos años, desdichado, confinado en una árida barraca de un campo de internamiento en Idaho, lejos de sus libros. Por allí también, aquel día, estaban mis abuelos, los nigerianos y los alemanes. Ahora tres estaban muertos, claro. Pero ¿qué había sido de la cuarta, mi oma? Los vi a todos, incluso a los que nunca había visto en la vida real: los vi en medio de aquel día de septiembre, hacía sesenta y cuatro años, con los ojos abiertos como si estuvieran cerrados, por suerte sin ver nada de la brutal mitad de siglo que vendría y, mejor aún, casi nada de todo lo que estaba sucediendo en su mundo, las ciudades, playas y campos de cultivo y de concentración colmados de cadáveres, el indescriptible desorden del mundo entero en aquel momento.

Mayken hablaba un inglés levemente modulado por trémulas vocales holandesas. Miré a ambos lados del coche en movimiento y la Bruselas de mi experiencia regresó. Era mi tercera visita a la ciudad, pero las otras dos habían sido breves y la primera

veinte años antes, cuando tenía siete años, durante una escala en un vuelo de Nigeria a Estados Unidos. Aquella vez mi madre no había dicho nada de su madre, aunque la oma ya vivía allí. Los detalles del viaje permanecieron sepultados en la memoria hasta que cerca del aeropuerto vi el hotel Novotel, donde nos había alojado la línea aérea. Qué ideal me había parecido todo entonces: los Mercedes-Benz que se usaban como taxis para el aeropuerto, la extraña comida del bufet del hotel. Esa primera experiencia de Europa había sido un atisbo de una sofisticación y una riqueza impresionantes. Fuera del hotel yo había notado el orden grisáceo, la austera regularidad de las casas y la fría formalidad de la gente, frente a los cuales la vida estadounidense, con la que tendría el primer contacto pocas semanas después, me había resultado chillona.

Con Bruselas es fácil equivocarse. Uno piensa que es una ciudad de tecnócratas y, como fue tan fundamental en la formación de la Unión Europea, supone que es una ciudad nueva, construida o al menos ampliada para ese propósito. Bruselas es antigua —de un modo europeo peculiar que se manifiesta en la piedra— y la antigüedad está presente en la mayoría de las calles y barrios. Las casas, puentes y catedrales de Bruselas se libraron de los horrores caídos sobre las planicies de labranza y los bosques de Bélgica, que soportaron los peores embates de las numerosas guerras libradas en el territorio. En el Somme, en Ypres, y antes en Waterloo, tuvieron lugar unas carnicerías y una destrucción de una ferocidad insólitas en la historia.

Precisamente en esos teatros, tan prácticamente situados en la intersección de Holanda, Alemania, Inglaterra y Francia, se representaron las fatales disputas de Europa. Pero ni Brujas, ni Gante, ni Bruselas habían sido bombardeadas. Claro está que en este modo de supervivencia desempeñó su papel la rendición y la negociación con las potencias invasoras. Si durante la Segunda Guerra Mundial los gobernantes de Bruselas no la hubiesen declarado ciudad abierta y por lo tanto exenta de bombardeos, tal vez habría quedado reducida a escombros. Podría haber sido otra Dresde. Lo cierto es que permaneció como una visión de los períodos medieval y barroco, una vista sólo interrumpida por las monstruosidades arquitectónicas que erigió Leopoldo II a fines del siglo XIX.

Ahora la ciudad estaba sitiada por la melancolía de un invierno suave y de la piedra gris. En cierto modo era una ciudad a la espera, o bajo cristal, con tranvías y autobuses sombríos. Mucha gente, mucha más que la que yo había visto en otras ciudades europeas, daba la impresión de haber llegado poco antes de algún lugar imbuido de sol. Vi ancianas con puntos negros pintados alrededor de los ojos, las cabezas envueltas en pañuelos negros, y también mujeres jóvenes con velo. El islam más conservador estaba permanentemente a la vista, aunque yo no discernía la causa: Bélgica no había tenido una relación colonial fuerte con ningún país del norte de África. Pero ésta era ahora la realidad europea de fronteras flexibles.

Estoy seguro de que el «cuatro por ciento de árabes y africanos» de Mayken pretendía ser un sarcasmo, pero, a juzgar por lo que yo veía, bien habría podido ser una estimación modesta. Hasta en el centro de la ciudad, o sobre todo allí, un buen número de personas parecían ser de algún lugar de África, tanto del Congo como del Magreb. Como descubriría muy pronto, en algunos tranvías los blancos eran una minoría ínfima. Pero no fue así con la multitud taciturna con que me encontré en el metro unos días después de haber llegado. Venían de una manifestación en el Atomium en protesta contra el racismo y la violencia en general, pero en particular contra un asesinato ocurrido mucho antes, en abril de ese año. Un chico de diecisiete años, después de negarse a dar su reproductor de MP3, había sido apuñalado por otros dos jóvenes en la Estación Central. Aquello había sucedido en un andén repleto, a hora punta, con docenas de personas alrededor, y en los días siguientes se había discutido mucho sobre por qué nadie había hecho nada para ayudar al muchacho. Era flamenco; los asesinos, según los informes, eran árabes. Temiendo una reacción racista, el primer ministro había llamado a la calma, y el obispo de la ciudad, en su homilía del domingo, había reprobado a una sociedad tan indiferente que todos los testigos se habían negado a ayudar a un chico moribundo. ¿Dónde estabais vosotros ese día a las cuatro y media?, había fustigado a la apretada grey de la catedral de Les Saints Michel et Gudule.

El vapuleo del obispo había tenido una respuesta inmediata y apasionada del Vlaams Belang (el partido de la derecha flamenca) y sus simpatizantes. Famosos columnistas habían adoptado un tono lastimero y se habían quejado de racismo inverso. Se estaba culpando a las víctimas, decían, el problema no eran los paseantes despreocupados sino los extranjeros que cometían los crímenes. Más fácil era que a uno lo castigasen por cometer una infracción con la bicicleta que por robársela a otro, porque la policía temía que la acusaran de racismo. Un periodista había escrito en su blog que la sociedad belga estaba harta «de los asesinatos, los robos y las violaciones de los vikingos del norte de África» y algunos de los principales medios lo habían citado elogiosamente. Los esfuerzos que la comunidad musulmana de Bruselas había hecho por curar la herida, como repartir pan casero entre los asistentes a la misa funeral por el chico asesinado, habían provocado una respuesta furiosa de la derecha. Más tarde, en las elecciones, el caudal de votos por el Vlaams Belang había vuelto a crecer, consolidando así su posición como partido posiblemente mayoritario del país. Sólo las alianzas de los otros grupos lo habían mantenido fuera del poder. Pero resultó ser que los asesinos del caso de la Estación Central no eran árabes ni africanos: eran ciudadanos polacos. Se debatió un poco si no serían *roma*, gitanos. A uno de ellos, que tenía dieciséis años, lo arrestaron en Polonia; el compañero, de diecisiete, fue detenido en Bélgica y extraditado a su país, y con su partida se disiparon algunas de las crispaciones que había suscitado el caso.

Pero había otros incidentes atroces. Yo estuve allí a finales de 2006, un año en que varios episodios de odio criminal habían redoblado la tensión que experimentaban los habitantes no blancos. En Brujas, cinco *skinheads* habían dejado a un francés negro en coma. En Amberes, un chico de dieciocho años se había afeitado la cabeza y, después de despotricar contra los *makakken*, se había encaminado al centro de la ciudad con un rifle Winchester y había empezado a disparar. Había herido gravemente a una muchacha turca y matado a una niñera de Mali y al niño flamenco que la mujer cuidaba. Días después había puntualizado que se arrepentía de haber matado por accidente al niño blanco. En Bruselas un hombre negro había quedado ciego y parálítico tras un ataque a una gasolinera. El paradójico resultado de estos crímenes fue que hasta partidos políticamente del centro como el Demócrata Cristiano empezaron a inclinarse a la derecha y adoptar el lenguaje del Vlaams Belang para complacer al votante descontento con la inmigración. El país estaba atenazado por incertidumbres, hasta el visitante percibía el clima de anomia.

Fui al parque del Cincuentenario. La escala de los monumentos envueltos en la niebla parecía aún mayor. Las arcadas de por sí gigantescas se disparaban vertiginosamente a lo alto y las cumbres se perdían en tenues velos blancos, y delante y más allá de ellas las hileras de árboles, rígidos como centinelas, se alargaban hacia la eternidad. Construido por un rey sin corazón, el parque también era de una escala inhumana. Un puñado de turistas, tan empequeñecidos por los monumentos que vistos de lejos parecían juguetes, vagaban en silencio tomando fotos. Cuando estuvieron cerca oí que hablaban en chino.

Eran las cuatro y media, caía la noche y había un frío aire brumoso. En la linde sudeste del parque se encontraban Etterbeck y la estación de metro de Mérode, un complejo surtido de calles, vías tranviarias y carteles, pero en Nochebuena había muy poca gente. En el parque, justo enfrente de los Museos Reales de Arte e Historia, que al principio yo había tomado por los más famosos Museos Reales de Bellas Artes, había un caballo de gran cabeza junto a un coche de tiro con el letrero POLICÍA, pero no había agentes de policía a la vista y el museo estaba cerrado. Bajo la arcada había una placa de bronce con los retratos en relieve de los cinco primeros reyes belgas: Leopoldo I, Leopoldo II, Alberto I, Leopoldo III y Balduino, y más abajo una inscripción que decía: HOMENAJE A LA DINASTÍA CON EL RECONOCIMIENTO DE BÉLGICA Y EL CONGO, MDCCCXXXI. No triunfo, pues, sino gratitud, o gratitud por los triunfos logrados. De pie, bajo el soportal, observé a la familia china subir a su coche. Se alejaron dejándonos sólo a mí y al paciente caballo. Éramos los dos animales vivos del lugar y con cada aliento la bruma fría nos entraba en los pulmones. Yo estaba ahí, me pareció, sin ningún propósito, a menos que estar juntos ahora mi oma y yo en el mismo país (siempre y cuando ella aún estuviese viva) fuera en sí mismo un consuelo.

Durante aquellos primeros días en Bruselas hice algunos desganados esfuerzos por encontrarla. No tenía idea de por dónde empezar. Los listines telefónicos no ayudaron en nada: ni en el del apartamento ni en otro que consulté en una cabina figuraba ninguna Magdalena Müller. Por un momento consideré la posibilidad de recorrer hogares de ancianos, y de pronto me invadió una repentina vergüenza irracional por hablar muy mal en francés y no saber una palabra de flamenco. A cinco minutos de caminata de mi apartamento, en la planta baja de un edificio angosto, había un local de teléfonos e internet. Fui allí con la esperanza de buscar un poco en la red.

El local contenía una hilera de cubículos de madera para llamadas telefónicas y una docena de ordenadores. El hombre que atendía el mostrador debía de tener poco más de treinta años. Estaba bien afeitado y tenía una cara delgada, agradable, y el pelo negro y lacio. Me señaló un ordenador cerca del fondo. Encontré enseguida el portal de Bélgica. Para mi sorpresa el sitio surgió en inglés y me apresuré a entrar los términos de la búsqueda: Magdalena Müller. El resultado arrojó muchas personas llamadas Magdalena M.; en la lista figuraban varias más como M. Müller y dos como Magdalena Müller, pero con apellidos compuestos.

Salí del sitio y volví al mostrador. Comunicándome con el hombre en un francés accidentado, pagué el servicio, que ascendía a cincuenta céntimos por los veinticinco minutos de uso de internet.

Al día siguiente fui al local a comprobar mi correo y cuando hube acabado pagué. Pero esta vez, cuando iba a salir, sorprendí al dependiente preguntándole cómo se llamaba, en inglés. Faruk, dijo. Me presenté, dándole la mano, y añadí: ¿Cómo te van las cosas, hermano? Bien, dijo él con una rápida sonrisa turbada. Ya en la calle me pregunté cómo le habría caído una familiaridad tan agresiva. También me pregunté por qué lo había dicho. Una nota en falso, decidí. Pero pronto cambié de idea. Como tendría que ir al local durante unas semanas, lo mejor era hacer amigos, y resultó que aquel intercambio marcó el tono del día siguiente.

Estaba muy concurrido. Faruk, que leía un libro en el mostrador, paraba para despachar a los que entraban o se iban. En todas las terminales había clientes y se oía a los que conversaban en las cabinas telefónicas. Yo llamé a Lagos a la hermana de mi padre, mi tía Tinu, y a amigos de Ohio. También llamé a Nueva York, al hospital, para aprobar y renovar algunas prescripciones. Una de ellas era la de V.: había estado tomando Paxil y Wellbutrin, sin que ninguno de los dos resultara, y últimamente yo había empezado a administrarle triciclos. Di los permisos necesarios a la enfermera jefa, que me dijo que V. quería saber cómo contactar conmigo. Estoy ilocalizable, dije yo, díglele que llame a la doctora Kim, la residente que me reemplaza. Luego, con el

vigor que me daba borrar cosas de la lista, llamé a Recursos Humanos para revisar unos papeles relacionados con mis vacaciones: me dijeron que el departamento había adelantado el cierre y no volvería a abrir hasta el 3 de enero. Fastidiado, salí de la cabina y esperé a que Faruk terminara de despachar a otro cliente. Él miró la pantalla, me miró a mí y dijo: ¿Estados Unidos? Así es, dije yo, ¿y tú de dónde eres? De Marruecos, dijo él. ¿De Rabat? ¿De Casablanca? No, de Tetuán. Es una ciudad del norte. La que tengo aquí detrás.

Señaló una vieja fotografía en color, enmarcada en metal, de una vasta aglomeración de edificios blancos con un fondo de recias montañas verdes. Yo dije: Acabo de leer una novela de un escritor marroquí, Tahar Ben Jelloun. Sí, lo conozco, dijo Faruk, es muy famoso. Cuando iba a decir algo más, se acercó un cliente a pagar el uso del ordenador y, mientras hacía la cuenta, recibía el dinero y daba el cambio, capté tardíamente la nota de desaprobación que había habido en el «muy famoso». Me di cuenta de que el libro que leía Faruk estaba en inglés. Notando mi curiosidad, él lo giró. Era un comentario acerca del estudio *Sobre el concepto de historia* de Walter Benjamin. Es difícil, dijo, hay que concentrarse mucho. Aquí cuesta bastante. Se acercó otro cliente y Faruk cambió fluidamente al francés y luego al inglés de nuevo. Trata de cómo este hombre, Walter Benjamin, concibe la historia de un modo opuesto al pensamiento de Marx, aunque muchos lo consideran un filósofo marxista. Pero lo que te estaba diciendo es que Tahar Ben Jelloun escribe sobre cierta idea de Marruecos. No escribe sobre la vida de la gente, sino historias con un elemento oriental. Es una literatura que mitifica. Sin conexión con las vidas reales.

Yo lo escuchaba asintiendo y trataba de alinear ese barrio gris de Bruselas, el rumor de los negocios menudos, las cajas de chicles y dulces de envoltorios vistosos que había en un estante de la pared, con la sonrisa circunspecta del pensador que tenía delante. ¿Qué había esperado? No aquello. Un hombre que trabaja en una tienda, sí, claro, un hombre que trabaja en una tienda que abre el día de Navidad. Pero no aquello: el diáfano y seguro lenguaje intelectual. Aunque yo admiraba mucho las narraciones flexibles y nada sentimentales de Tahar Ben Jelloun, no contradije las observaciones de Faruk. Demasiado sorprendido, me limité a señalar tímidamente que acaso Ben Jelloun había capturado el ritmo de la vida cotidiana en la novela *El hombre roto*. Ese libro trataba de un funcionario de gobierno y su lucha interior con los sobornos. ¿Había algo más cercano a la vida corriente? El inglés de Faruk vino a derribar mi protesta con una sucesión de frases lúcidas. Yo no lograba seguirlo. No estaba diciendo que Ben Jelloun fuese complaciente con los editores occidentales, sugería que la función social de sus ficciones era sospechosa. Pero cuando me agarré a esa idea también la descarté y dijo, nada más: Hay otros escritores que conectan con la vida corriente y la historia del pueblo. Y esto no significa que estén vinculados con ideales nacionalistas. A veces son los nacionalistas quienes más los castigan.

Le pedí, pues, que me recomendara algo diferente, más acorde con su idea de la ficción auténtica. Faruk tomó solemnemente un papel del escritorio y en una cursiva lenta y serrada escribió: «Mohammed Choukri, *El pan desnudo*, traducido por Paul Bowles». Tras examinar un momento el papel, dijo: Choukri es rival de Ben Jelloun. Han tenido desacuerdos. Mira, algunos como Ben Jelloun llevan una vida de escritor exiliado, y esto les da... —Faruk hizo una pausa, pugnando por encontrar la palabra justa— a los ojos de los occidentales les da cierta *poeticidad*, si puedo decirlo así. Ser escritor exiliado es una gran cosa. Pero ¿qué es el exilio hoy, cuando todo el mundo va y viene a sus anchas? Choukri se quedó en Marruecos, viviendo con su gente. Lo que más me gusta de él es que era autodidacta, si es posible usar esta palabra. Se crió en la calle, y aprendió solo a escribir en árabe clásico pero, la calle no la dejó nunca.

Faruk hablaba sin la menor agitación. Aunque las distinciones que establecía se me escapaban un poco, me impresionaba lo sutiles que eran. Tenía la pasión de los jóvenes, pero una claridad meridiana, como de alguien que (me vino esta imagen a la cabeza) ha emprendido largos viajes. Esta serenidad suya me desconcertaba. Finalmente dije: Eso siempre cuesta, ¿no? Resistirse al impulso de hacer orientalismo, quiero decir. Porque, ¿quién publica a los que no consienten? ¿Qué editor occidental quiere un escritor marroquí o indio que no trate con la fantasía oriental o no satisfaga el deseo de fantasía? Al fin y al cabo para eso están Marruecos e India, para ser orientales.

Por eso para mí Said es tan importante, dijo él. Said, ¿sabes?, era joven cuando oyó aquellas afirmaciones de Golda Meir sobre que el pueblo palestino no existe, y desde que lo oyó se sintió implicado en la cuestión palestina. En aquel momento comprendió que la diferencia no se acepta nunca. Eres diferente, vale, pero nunca se ve esa diferencia como depósito de un valor propio. La diferencia como entretenimiento orientalista está permitida, pero la diferencia con valor intrínseco no. Ya puedes esperar una eternidad que nadie te concederá ese valor. Voy a contarte algo que me pasó en clase.

Faruk abrió la caja registradora. Yo deseé que los clientes pararan de interrumpirnos. Por un momento, también, pensé si debía corregirle la cita de Golda Meir, que era levemente incorrecta. Pero no andaba por terreno seguro y él continuó como si no hubiera habido interrupciones. Durante una discusión de filosofía política, me contó, se nos hizo una pregunta. Teníamos que elegir entre Malcolm X y Luther King y el único que eligió a Malcolm X fui yo. Toda la clase se me puso en contra. Venga, decían, lo eliges a él porque era musulmán igual que tú. Vale, sí, soy musulmán, pero la razón no es ésa. Lo elijo porque concuerdo con él filosóficamente y disiento con Martin Luther King. Malcolm X reconocía que la diferencia contiene un valor en sí y que hay que luchar para que prospere. A Luther King lo admira todo el mundo y él quiere unir a todos, pero la idea de que hay que ofrecer la otra mejilla

para mí no tiene ningún sentido.

Es una idea cristiana, dije. Ten en cuenta que era un hombre de iglesia, sus principios vienen de una concepción cristiana. Exactamente, dijo Faruk. Es una idea que yo acepto. Siempre se espera que sea el Otro victimizado el que anule la distancia, el que aporte las ideas nobles, yo discrepo con esa expectativa. A veces funciona, pero sólo si tu enemigo no es un psicópata. Hace falta un enemigo capaz de avergonzarse. A veces me pregunto adonde habría podido llegar Gandhi si los ingleses hubieran sido más brutales. Si hubieran estado dispuestos a matar masas de manifestantes. Ése es el límite para la resistencia digna. Pregúntales si no a los congoleños.

Faruk se rio. Yo miré mi reloj, aunque en realidad no tenía adonde ir. El Otro victimizado: qué extraño, pensé, que usara una expresión así en una conversación casual. Y sin embargo había tenido un eco mucho más profundo que si la hubiese dicho en una situación académica. Se me ocurrió, al mismo tiempo, que la conversación había transcurrido sin la habitual charla intrascendente. Él no dejaba de ser el dependiente de un local. También era estudiante, o lo había sido, pero ¿de qué? Allí estaba, anónimo como Marx en Londres. Para Mayken y para innumerables ciudadanos como ella sería un árabe más, objeto de una rápida mirada de sospecha en el tranvía. Y de mí él tampoco sabía nada, salvo que hacía llamadas telefónicas a Estados Unidos y a Nigeria, y que había ido al local tres veces en cinco días. Los detalles biográficos habían sido irrelevantes para nuestro encuentro. Le tendí la mano y dije: Espero que podamos seguir conversando, paz. Yo también lo espero, dijo él, paz.

Volviendo a pensar en las afirmaciones de Mayken, decidí que me había equivocado. Lo que Faruk recibía en el tranvía no eran rápidas miradas de sospecha. Era un miedo apenas contenido que se cocía a fuego lento. La clásica idea sobre el inmigrante, que lo mostraba como enemigo en la competencia por unos recursos escasos, convergía ahora con un renovado miedo al islam. En 1430, al retratarse con un gran turbante rojo, Jan van Eyck había dado testimonio del multiculturalismo de la Gante del siglo xv, de que el extranjero no era en absoluto insólito. Turcos, árabes, rusos: todos habían sido parte del vocabulario visual de la época. Pero el extranjero había permanecido extraño y se había convertido en pantalla de nuevos descontentos. Barrunté, también, que yo estaba en una situación no radicalmente distinta de la de Faruk. Dada mi apariencia —el extranjero oscuro, adusto, solitario—, era blanco del encono rudimentario de los defensores de Vlaanderen. Si me sorprendían en algún lugar donde no debía estar, podían tomarme por un violador o un «vikingo». Pero los portadores del encono nunca sabrían cuán barato era. No tenían sensibilidad para entender la fútil vulgaridad de una violencia que obraba en nombre de una identidad monolítica. Esta ignorancia era un rasgo que compartían jóvenes iracundos de todo el

planeta y sus viejos, políticamente poderosos, adalides retóricos. Así que tras aquel diálogo, como medida de precaución, reduje la extensión de mis caminatas nocturnas por Etterbeeck. También resolví no volver a los bares exclusivamente de blancos ni a restaurantes familiares de los barrios más tranquilos.

Cuando volviese al local esperaba hablar con Faruk sobre el Vlaams Belang y cómo se había vivido en la estela de los actos de violencia. Pero la siguiente vez que fui él estaba conversando con otra persona, un marroquí que aparentaba unos cuarenta y tantos años. Los saludé con un movimiento de cabeza, entré en una cabina y puse una llamada a Nueva York. Cuando salí seguían hablando. El otro hombre me hizo la cuenta y Faruk dijo: Amigo, amigo, ¿cómo estás? Pero de repente se me ocurrió que, aun si hubiese estado solo, no me habrían dado ganas de conversar. El también estaba dominado por el encono y la retórica. Lo vi claramente, por atractivo que fuese su lado del espectro político. Una violencia cancerosa había carcomido toda idea política, se había apoderado de las ideas mismas y, para muchos, lo único que importaba era la voluntad de hacer algo. La acción llevaba a la acción, libre de anclajes, y la forma de captar la atención de los jóvenes y reclutarlos para la causa propia era estar enfurecido. Parecía como si sólo se pudiese eludir el señuelo de la violencia no teniendo causas, aislándose espléndidamente de cualquier lealtad. Pero ¿no se cometía entonces una falta ética más grave que la ira?

Un euro justo, dijo el hombre mayor en inglés. Pagué y me fui.

## NUEVE

El tiempo pasaba despacio y la sensación de estar totalmente solo en la ciudad se me hacía más intensa. La mayoría de los días me quedaba leyendo en el apartamento, pero leía sin placer. Las veces que salía, vagaba sin rumbo por los parques y el barrio de los museos. Los adoquines eran un tapiz empapado, líquido, y el cielo, sucio durante varios días, olía a humedad.

Una tarde fui a un café de Grand Sablon, poco después de la hora del almuerzo. Como entre Navidad y Año Nuevo la ciudad estaba bastante tranquila, había sólo una clienta además de mí. Era una turista de mediana edad que, advertí al entrar, estaba escrutando un mapa. En el exiguo interior, iluminado por la difusa luz de fuera, se la veía pálida, y en su pelo gris la luz se reflejaba con un brillo apagado. El café era antiguo, o le habían dado aspecto de antigüedad: unos lustrosos paneles de madera oscura revestían las paredes, de donde colgaban varios óleos con marco dorado. Las pinturas eran marinas, pilotos y barcos mercantes que se escoraban peligrosamente sobre olas encrespadas. Sin duda, los cielos y los mares eran mucho más sombríos que cuando los habían pintado, y las velas una vez blancas habían amarilleado con los años.

La muchacha alta que me sirvió tenía un aire más parisino que bruselense. Puso el café sobre la mesa y para mi sorpresa se sentó un momento y me preguntó de dónde era. Tenía entre veintidós y veinticinco años, llevaba los ojos muy maquillados y tenía una sonrisa encantadora. El abordaje y el obvio interés en mí me halagaron: indudablemente estaba acostumbrada a causar un intenso efecto inmediato en los hombres. Pero, por halagado que estuviese, yo me sentía indiferente, así que le respondí con educación pero secamente, y cuando ella volvió a levantarse, con la bandeja, lo hizo más perpleja que disgustada.

Unos quince minutos después le pagué al hombre de la caja. La turista pálida se había acercado al mismo tiempo a pagar la cuenta. Hablaba un inglés vacilante con cierto acento de Europa del Este. Cuando salimos los dos a una lluvia que ahora arreciaba, y nos paramos bajo el toldo, vi que tenía el pelo menos canoso que rubio, densas ojeras y una sonrisa amable. Yo llevaba paraguas y ella no. Había en su actitud una serenidad amistosa, tal vez había expectación. Le pregunté si era polaca. No, dijo: checa.

Hacia los cincuenta años, que calculé era su edad, una mujer debe esforzarse para mantener el buen aspecto. A la de poco más de veinte, como la camarera, le basta con ser un poco guapa, a esa edad todo está en su punto: la piel tersa, el cuerpo erguido, el paso seguro, el pelo sano, la voz clara e inquebrantable. A los cincuenta hay que

luchar. Y por estas razones la tarde fue una sorpresa: una sorpresa para la turista ante el interés manifiesto, aunque prácticamente silencioso, que empezó a obtener de mí, y una sorpresa para mí también por sus grandes ojos de un verde grisáceo, una inteligencia triste y un atractivo sexual enteramente inesperado. La tarde había cobrado carácter de sueño, un sueño que ahora se extendió a la mano de ella, que me tocó levemente la espalda, por un instante, cuando moví el paraguas para cubrirla. Permanecimos un momento mirando las cortinas de lluvia. Luego anduvimos un trecho por callecitas adoquinadas, y rue de la Régence arriba, casi sin hablar, usando el paraguas compartido como pretexto hasta donde nos fuera posible. Pero cuando ella propuso una copa en su hotel el ambiguo toque en la espalda ya había dado paso a la claridad y mi resolución se hizo adecuadamente fuerte. Llevaría mi locura, me dije con el corazón desbocado, hasta donde ella quisiera llevarla. Y la claridad nos dio coraje a los dos. La seguí arriba clavando los ojos en el dobladillo de la falda gris, que estaba cortada en la pantorrilla.

En la habitación de un falso Luis XV la timidez de ella se disipó. Me abrazó, y el abrazo se hizo beso en la mejilla. La besé en el cuello —largo, otra sorpresa—, en la frente coronada por esa melena, que en la luz de interior se había agrisado otra vez, y finalmente en la boca. Tenía una cintura gruesa, flexible, y rápidamente se arrodilló con un suspiro. Yo la aparté negando con la cabeza. Entonces nos dejamos caer los dos juntos al lado de la cama barroca, los dos apretados contra el satén sintético, y le levanté la falda hasta la cintura.

Después me dijo cómo se llamaba —¿Marta?, ¿Esther?, lo olvidé de inmediato— y, con cierta dificultad, me explicó que se ocupaba de las reservas de viajes para el Tribunal Constitucional de Brno. Tenía una hermana ya mayor que era instructora de esquí en Suiza. No mencionó a un marido y yo no pregunté. Me presenté como Jeff, contable de Nueva York. Una falsificación tan poco imaginativa tenía algo de desastrado, pero también una pizca de comedia que aprecié, y me resigné a apreciarlo solo. Luego abrimos las sábanas de la cama intacta y dormimos. Cuando nos despertamos, dos o tres horas más tarde, ya era de noche. Sin decir palabra me vestí, pero ahora hubo una guirnalda de sonrisas en el silencio. Volví a besarla en el cuello y me fui.

Se habían encendido las luces del parque y ya no llovía. Había parejas o familias yendo a espectáculos o a restaurantes. Me sentía ligero y agradecido. Pocas veces Bruselas me había parecido tan generosa. Un viento rumoreaba en las hojas y me pregunté si iba a recordar la cara de la mujer, era improbable. Pero ella me lo había facilitado todo, algo que no había hecho desde Nadège, algo necesario que yo había postergado. Ahora estaba hecho, y no habría deseado nada diferente. Lo mejor de todo, me pareció, había sido su placer; éramos dos personas que, lejos de su casa, habían hecho lo que dos personas querían hacer. A mi ligereza y mi gratitud se añadía

una pena tenue. Hasta Etterbeck había unos pocos kilómetros y a medida que caminaba volví a la soledad. Esto no puede volver a pasar, había querido decirle, pero había descubierto que no era eso lo que quería decir, exactamente, y que en realidad no hacía falta decir nada. Regresé al apartamento y al día siguiente no salí. Me quedé en la cama leyendo *La cámara lúcida* de Barthes. Hacia el fin de la tarde apareció Mayken y le di el dinero.

El anochecer siguiente, o el otro, encontré el papel con el número telefónico de la doctora Maillotte, lo que me acicateó para ir al locutorio. Faruk no estaba. En el mostrador trabajaba el otro hombre, solemne, cetrino. Tenía bigote cepillo y ojos saltones. Lo saludé con la cabeza y entré en una cabina. Al otro lado de la línea contestó un hombre, pero al oírme hablar en inglés llamó a la doctora Maillotte.

Hola, ¿quién es?, dijo ella al ponerse. Ah, sí, ¿cómo está usted?, pero disculpe, dígame de nuevo cómo nos conocimos. Se lo recordé. Ah, sí, desde luego. ¿Estará usted en Bélgica un mes, tres semanas? ¿Cuándo se marcha? Vaya, qué pronto. Entiendo. Bien, ¿por qué no me llama el lunes, y vamos a cenar antes de que se marche?

Cuando colgué y salí a pagar, había llegado Faruk y el hombre solemne conversaba con él. Faruk me vio. Mi amigo, dijo, ¿cómo te va? Insistió en que no pagara la llamada, que de todos modos había sido breve y local. El colega se fue y entró una clienta. Faruk la saludó con un *Ça va?* La mujer replicó: *Alhamdulillah*. Esto está muy concurrido, ya ves. No sólo de gente que envía saludos de Año Nuevo, muchos llaman a su casa por el Eid. Hizo un gesto hacia la pantalla que tenía detrás, con el registro de las llamadas de las doce cabinas en aquel momento: Colombia, Egipto, Senegal, Brasil, Francia, Alemania. Parecía de novela que un grupo de gente tan pequeño pudiera llamar a un espectro de países tan amplio. Viene siendo así desde hace dos días, dijo Faruk, y es una de las cosas que me gustan de trabajar aquí. Es una prueba de lo que creo: la gente puede vivir junta sin dejar de mantener intactos sus propios valores. Ver tal cantidad de individuos de sitios diferentes me toca la fibra humana y la intelectual.

En un tiempo trabajé de portero en una escuela estadounidense de Bruselas. Era en el campus extranjero de una universidad de Estados Unidos y para ellos yo era nada más que el portero, ¿sabes?, el que limpiaba las aulas después de las clases. Y yo era amable, tranquilo, como han de ser los porteros, y fingía no tener ideas propias. Pero un día estaba limpiando un despacho y apareció el director de la escuela, el jefe de enseñanza, y no sé cómo nos pusimos a conversar, y yo tenía metida esta idea de hablar con mi propia voz, no como portero sino como un tío con ideas. Así que empecé a soltar un poquito de jerga de la mía. Hablé de Deleuze y desde luego que él se sorprendió. Pero como lo veía abierto seguí, y discutimos el concepto deleuziano de olas y dunas, y cómo es el espacio entre esas formas, el

espacio necesario, lo que las define como olas o dunas. El director estuvo totalmente receptivo y, con una generosidad muy estadounidense, dijo: Ven algún día a mi despacho y seguiremos hablando.

Cuando Faruk dijo eso me imaginé el tono del director. Era como un brazo alrededor de los hombros, un gesto que desarmaba, una promesa de complicidad: Ven algún día a mi despacho, trabemos amistad. Pero, dijo Faruk para seguir con la historia, la siguiente vez que lo vi no sólo se negó a hablarme, de hecho fingió que nunca me había visto. Yo era sólo el portero, el que fregaba el suelo, un mero mueble. Lo saludé, por un momento intenté recordarle la charla sobre Deleuze, pero no dijo nada. Había una línea y tratar de cruzarla era perder el tiempo. Mientras Faruk hablaba rápidamente entraba y salía gente de las cabinas, y él saludaba a cada cual con un grado de familiaridad determinado, supuse, por la frecuencia con que solían ir al local. Según convenía, hablaba en francés, en árabe o en inglés, y con el hombre que había llamado a Colombia intercambié unas palabras en español. Cambiaba de idioma con rapidez y tenía una actitud tan amistosa que me pregunté por qué al principio me había parecido distante.

Tengo dos proyectos, dijo Faruk. Uno es práctico y el otro más profundo. Le pregunté si el práctico era el empleo en el locutorio. No, dijo, ni siquiera eso, a largo plazo, el asunto práctico es estudiar. Estoy estudiando para ser traductor entre el árabe, el inglés y el francés, y también hago unos cursos de traducción en medios y subtítulo de películas, ese tipo de cosas. Esto para encontrar trabajo. Pero el proyecto profundo es sobre lo que te conté la vez pasada, la cuestión de la diferencia. Creo a rajatabla en eso, que la gente puede vivir junta, y quiero entender cómo hacerlo posible. Pasa aquí, en esta tienda, a pequeña escala, y lo que quiero es entender cómo puede pasar a una escala mayor. Pero como ya te dije soy autodidacta, por eso no sé qué forma va a tomar este otro proyecto.

Le pregunté si pensaba tal vez en ser escritor y dijo que ni eso lo tenía claro. Primero estudiaría, y llegaría a una comprensión, y sólo entonces decidiría qué forma tomaría su acción. Me impresionó la pureza del objetivo, su idealismo, su radicalidad anticuada y la certidumbre con que lo expresaba, como si llevara muchos años alimentándolo, y a pesar de mí confié en el proyecto. Pero también pensé en la referencia a nuestra conversación previa, cuando según él se había definido como autodidacta. Era un punto menor, por supuesto, pero (y yo estaba seguro de no recordar mal) la palabra la había usado en referencia a Mohammed Choukri, no a sí mismo. Era un pequeño ejemplo, no de falta de fiabilidad, sino de que había en la memoria de Faruk cierta imperfección que, dada su actitud absolutamente segura, era fácil pasar por alto. En cualquier caso me hizo revisar la impresión previa de aspereza, aunque sólo modestamente. A causa de estos lapsus menores —había otros, y en realidad eran irrelevantes, ni siquiera merecedores de la etiqueta *error*— empecé

a sentirme menos intimidado por él.

La experiencia en la escuela estadounidense, dijo Faruk, se combinó en mi mente con la idea de Fukuyama del fin de la historia. Es imposible, y una arrogancia, sostener que la realidad presente de los países occidentales es el punto culminante de la historia humana. El director había hablado en esos términos —*melting pot* [crisol], diversidad cultural, ensaladera— pero yo los rechazo. Yo creo antes que nada en la diferencia. Acuérdate de lo que dije de Malcolm X: esto es lo que no entienden los norteamericanos, que los iraquíes no pueden ser felices bajo un gobierno extranjero. Aun si Egipto invadiera Palestina para salvarla de Israel, los palestinos se opondrían, rechazarían una tutela egipcia. La dominación extranjera no le gusta a nadie. ¿Tú sabes cómo se odian Marruecos y Argelia? Pues te imaginarás qué mal se ponen las cosas cuando la invasora es una potencia occidental. Yo creo que Benjamin puede ayudarme a entender mejor esto, y creo que sus sutiles revisiones de Marx pueden ayudarme a comprender la estructura histórica que hace posible la diferencia. Pero también creo en el principio divino. Están las cosas que el islam nos ofrece para pensar. ¿Conoces a Averroes? No todo el pensamiento occidental viene sólo de Occidente. El islam no es una religión, es un modo de vida que tiene algo que ofrecerle a nuestro sistema político. Y no es para ir de representante del islam si digo todo esto. En realidad soy un mal musulmán, pero un día volveré a la práctica. De momento no es que practique demasiado.

Se detuvo y, riendo, evaluó mi reacción. Yo no di indicación de lo que pensaba. Asentí, nada más, en señal de que estaba escuchando. Alrededor del mostrador se habían reunido tres o cuatro clientes y, con una sonrisa, Faruk continuó. Con todo, la cosa es que soy pacifista. No creo en la pulsión violenta. Mira, incluso si alguien estuviera aquí encañonando a mi familia con una pistola, yo no podría matarlo. En serio, no te sorprendas tanto. Pero, amigo mío, dijo, sugiriendo con el tono que daba fin al tema, veámonos pasado mañana. Tú eres un hombre filosófico pero también eres norteamericano, y me gustaría hablar más sobre ciertas cosas. El sábado yo salgo de aquí a las seis. ¿Por qué no quedamos aquí enfrente? En ese sitio portugués, Casa Botelho, el de la esquina, dijo señalando la otra acera. Encontrémonos allí el sábado por la tarde.

El sábado subí la empinada cuesta de la Chaussée d'Ixelles hasta la puerta de Namur y desde allí, entre la turba de compradores de fin de semana de la avenida Louise, seguí hasta el Palacio Real. De tanto en tanto, mirando los rostros de las mujeres cobijadas en las paradas de tranvía, pensaba que una de ellas podía ser mi oma. La posibilidad se me ocurría cada vez que salía a la ciudad: que tal vez la viera, que acaso yo estuviera haciendo trayectos que ella había hecho durante años, que ella fuera de hecho una de esas ancianas de zapatos ortopédicos y arrugadas bolsas de la

compra y esporádicamente se preguntara cómo le estaría yendo al único hijo de su hija. Pero era perfectamente consciente de que era una fantasía. Yo no tenía cómo avanzar y la búsqueda, si mi pobre esfuerzo podía llamarse así, se volvía insustancial y apenas se expresaba en el tenue recuerdo del día en que ella había visitado con nosotros la roca de Olumo, en Nigeria, y silenciosamente me había masajeadado el hombro. Mientras pensaba en estas cosas empecé a preguntarme si Bruselas no me había atraído por razones más opacas de lo que sospechaba, si los maquinales recorridos que hacía por la ciudad no seguían una lógica irrelevante para mi historia familiar.

De nuevo estaba lloviendo, aunque más bien era una niebla fina. Como no llevaba paraguas entré en los Museos Reales de Bellas Artes, pero en cuanto hube entrado me di cuenta de que no estaba en absoluto de humor para ver cuadros. A partir de allí vagué al azar por el parque Egmont y su morosa galería de estatuas de bronce, después por el Grand Sablon, con esos anticuarios cuyas miradas de desconfianza flotaban sobre viejas monedas sin valor, pasé junto al café donde ya había estado, echando un vistazo por si estaba la camarera alta (no estaba) y bajé a la Place de la Chapelle. La catedral parecía el veteado casco de un buque hundido y los que rondaban eran diminutos y grises, como mosquitos. El cielo, ya lúgubre, había empezado a oscurecerse. Una vez había visto en la zona un restaurante indio y pensé que debía buscarlo y comer algo. Al pasar antes por allí me había fijado en un cartel con un menú que incluía curry de pescado al estilo de Goa, y me entraron ganas de comer eso, pero sencillamente acabé perdido, errando por un área de destartaladas viviendas estatales en donde no había una sola pared libre de grafiti. A esas alturas tenía el abrigo de lana empapado. Como no había ningún metro cerca, volví a la puerta de Namur y cogí un bus hasta Philippe. Corrí a mi apartamento, me cambié de abrigo y enseguida salí de nuevo a encontrarme con Faruk en Casa Botelho.

Tres hombres jugaban a las cartas en un rincón del café. Su ropa sin gracia, la lenta deliberación de sus movimientos y el golpeteo de las botellas en la mesa se acumulaban para crear un exacto *tableau* cézannesco. Era preciso hasta el detalle del grueso bigote de uno de los jugadores, que yo habría jurado haber visto ya en una tela del MOMA. Estaba bastante lleno, pero al entrar divisé a Faruk en una mesa, más adentro, cerca de la ventana. Alzó una mano y sonrió. Había un hombre sentado con él y cuando me iba acercando los dos se levantaron. Julius, dijo Faruk, quiero presentarte a Khalil. Es un amigo mío, en realidad puedo decir que es mi mejor amigo. Khalil, este es Julius: más que un cliente. Les di la mano y me senté. Ellos ya estaban bebiendo —de sendas botellas de cerveza Chimay— y también fumaban. Detrás de Khalil, apenas visible en la bruma de nicotina, había un letrero que advertía que no estaba permitido fumar en el local. La ley era nueva, había entrado en vigor muy pocos días antes, con el año nuevo, y daba la impresión de que ni a la gerencia

ni a los parroquianos les interesaba cumplirla. La camarera, con la que los dos parecían tener familiaridad, vino a preguntarme qué quería tomar. Ella habla inglés, dijo Khalil en inglés, pero yo no. Nos reímos, pero se probó cierto: sólo tenía un inglés fluido para aquella frase. Pedí una Chimay.

Khalil, locuaz y de cara redonda, me interrogó en francés. Me preguntó de dónde era, y yo contesté en inglés. Quiso saber qué estaba haciendo en Bruselas, le di una versión de la verdad. Este hombre acaba de casarse, dijo Faruk. Felicité al esposo y le pregunté a Faruk si él estaba casado. Rieron los dos y él, meneando la cabeza, dijo: Todavía no. Khalil me dijo algo que sonó como: Estados Unidos es un gran país que no es un gran país. Como mi francés era sólo un poquito mejor que su inglés, le pedí que hablara más despacio. ¿Hay realmente una izquierda en Estados Unidos?, preguntó. Khalil es marxista, ¿sabes?, dijo Faruk en un tono amablemente burlón. Sí, en Estados Unidos hay una izquierda, una izquierda activa. Vi a Khalil auténticamente sorprendido. La izquierda de allí, dijo, debe de estar a la derecha de la derecha de aquí. Esto Faruk tuvo que traducírmelo, porque Khalil había hablado demasiado rápido. No exactamente, respondí, los problemas se ven de manera diferente. Están los demócratas, que comparten el poder político, pero también una izquierda genuina que probablemente concordaría contigo en muchos puntos. ¿Cuáles son allí las cuestiones importantes?, preguntó Khalil. ¿En qué discrepan la izquierda y la derecha? En cuanto empecé a responder, enumerando los temas decisivos, me embarazó un poco que fueran tan de oropel: aborto, homosexualidad, control de las armas; como el último término confundió a Khalil, Faruk le aclaró: *des armes*. La inmigración también es un tema, pero no de la misma manera que en Europa. Bien, dijo Khalil: y Palestina, ¿qué? Creo que en eso vuestros republicanos y demócratas están unidos.

Finalmente la camarera, que se llamaba Paulina, me trajo la cerveza y alzamos las copas. La cerveza bajaba bien y sentí que me deslizaba hacia un nuevo y plácido ánimo. No es tan sencillo, dije. En Estados Unidos hay un apoyo fuerte a la causa palestina. Muchos amigos míos de Nueva York, por ejemplo, piensan que lo que está haciendo Israel en los territorios ocupados es terrible. Pero en términos prácticos, en términos del gobierno, hombre, Israel tiene un apoyo muy sólido de los dos partidos. Pienso que tiene que ver con la religión, porque en gran medida los cristianos asumen las ideas judías sobre Jerusalén, pero también el poder del *lobby* israelí. Al menos eso dicen las revistas y periódicos de izquierda. Y luego está también la impresión de que compartimos elementos de nuestra cultura y nuestro gobierno con Israel.

Pues eso es lo extraño, dijo Faruk. Dicen que Israel es una democracia, pero en realidad es un estado religioso. Se basa en una idea religiosa. Le tradujo esto a Khalil, que concordó con un gesto. Los dos fumaban un cigarrillo tras otro. ¿Un paquete al día?, dije. Yo, dos paquetes, dijo Khalil. Pero espera, que esto me interesa, añadió, la

obsesión de Estados Unidos por el comunitarismo. Le pregunté a Faruk qué significaba la palabra, si era algo así como la política de la identidad, pero me dijo que no, no exactamente eso. Khalil se puso a hablar del comunitarismo, de cómo daba un impulso injusto a intereses minoritarios, de sus deficiencias lógicas. La blanca es una raza, explicó, la negra es una raza, pero el español es un idioma. El cristianismo es una religión, el islam es una religión, pero la judeidad es una etnia. Es absurdo. La suní es una religión, la chií es una religión, pero la kurda es una tribu, ¿te das cuenta? En esta vena siguió unos minutos y yo perdí el hilo del argumento, pero no le pedí a Faruk que tradujera. Me bebí la cerveza. Khalil estaba muy entrenado en el tema. Era más fácil asentir de vez en cuando alardeando de que uno lo seguía.

Me estaba entrando hambre y cuando Pauline volvió a acercarse pedí una ensalada y unas costillas asadas. Al parecer Khalil se había desahogado del asunto del comunitarismo. Déjame preguntarte una cosa, dijo con una mirada malévol. Los negros norteamericanos —usó la expresión inglesa—, ¿son de veras como los muestran en MTV: rap, hip-hop, baile, mujeres y todo eso? Hombre, dije yo lentamente y en inglés, deja que te conteste así: muchos norteamericanos dan por sentado que los musulmanes europeos van cubiertos de la cabeza a los pies si son mujeres, y llevan barba completa si son hombres, y que sólo se interesan por protestar contra los supuestos insultos al islam. Probablemente el tío de la calle, el ciudadano de a pie —¿entiendes esta expresión?—, el norteamericano corriente, no imagina que los musulmanes europeos se sientan en los cafés a beber cerveza, fumar Marlboro y discutir de filosofía política. De la misma manera, los norteamericanos negros son como cualquier norteamericano: son como cualquier otra gente. Tienen la misma clase de empleos, viven en casas normales, llevan a sus hijos a la escuela. Muchos son pobres, es cierto, por razones históricas, y muchos hacen hip-hop y le dedican la vida, pero también es cierto que muchos otros son ingenieros, profesores universitarios, abogados y generales. Hasta las dos últimas secretarías de Estado han sido negras.

Son víctimas de la misma forma de representar que nosotros, dijo Faruk. Khalil estuvo de acuerdo. La misma forma de representar, sí, dije yo, pero así es la cosa: el que tiene el poder controla la representación. Ellos asintieron. Llegó mi comida y los invité a compartirla. Ellos picaron patatas fritas, sin protestar, y pidieron más cerveza.

Si vamos a hablar de representaciones, dijo Khalil, Sadam era el menor de los dictadores de Cercano Oriente. El menos terrible. Yo me volví hacia Faruk para cerciorarme de haber entendido bien. Es cierto, dijo Faruk. Yo también pienso que Sadam era el más moderado. Lo mataron únicamente porque desafió a los estadounidenses. Pero desde mi punto de vista es digno de admiración, porque se alzó por los derechos de su país contra el imperialismo. Pues yo no lo veo así en absoluto, dije. El tipo era un carnicero, y tú lo sabes. Mató a miles. Sacudiendo la cabeza,

Faruk dijo: ¿Cuántos miles más han muerto ahora con los estadounidenses allí? A Sadam lo acusaron sólo de 148 muertes, dijo Khalil. Te aseguro que el rey de Marruecos es peor, Gadafi en Libia, Mubarak en Egipto, ve adonde quieras —barrió el aire con un ademán—: toda la región está llena de dictadores, y no cualesquiera; dictadores atroces. Y siguen en el poder porque venden los intereses nacionales de sus países a los estadounidenses. Nosotros odiamos al rey de Marruecos, algunos realmente lo odiamos. Ese individuo, cuando en los setenta había un ascenso de los comunistas, apeló al islamismo, pero en cuanto los islamistas empezaron a cobrar fuerza política se sirvió de las facciones capitalistas y secularistas. Bajo su reinado ha habido miles de muertos y miles de desaparecidos. ¿En qué se diferencia de Sadam? Pero algo te puedo decir: yo apoyo a Hamás. Creo que el trabajo de resistir lo están haciendo ellos.

¿Y a Hezbolá, dije yo, también la apoyas? Sí, dijo él: Hezbolá, Hamás, son lo mismo. La resistencia, así de simple. En todas las casas israelíes hay armas. Yo miré a Faruk. Él me devolvió una mirada neutra y dijo: Pienso lo mismo. La resistencia. ¿Y Al Qaeda qué?, dije yo. Es verdad, fue un día terrible el de las torres gemelas. Terrible. Lo que hicieron estuvo muy mal. Pero yo entiendo por qué lo hicieron. Este hombre es un extremista, dije yo. ¿Me oyes, Faruk? Tu amigo es un extremista. Pero en realidad no estaba tan indignado como fingía. En el juego, si era un juego, yo debía ser el norteamericano escandalizado, aunque en realidad sentía más dolor que ira. La ira, y el uso no del todo serio de una palabra como *extremista*, eran más fáciles de manejar que el dolor. Así es como piensan los norteamericanos que piensan los árabes, les dije. Me pone muy triste. ¿Y tú qué, Faruk? ¿Tú también apoyas a Al Qaeda?

Tardó un momento en responder. Se sirvió la cerveza, bebió y durante unos segundos que parecieron largos estuvimos los tres en silencio. Luego dijo: Deja que te cuente una historia de nuestra tradición, una enseñanza del rey Salomón sobre la serpiente y la abeja. La serpiente, dijo una vez el rey Salomón, se defiende matando. Pero la abeja se defiende muriendo. ¿Sabéis por qué la abeja clava el aguijón si luego muere? Pues por eso. Muere por defender. Así que cada criatura tiene un método apropiado a su fuerza. Yo no estoy de acuerdo con lo que hizo Al Qaeda, como usan un método que yo no usaría, no puedo hablar de *apoyo*. Pero no los juzgo. Como ya te he dicho, Julius, y creo que deberías entenderlo, en mi opinión la cuestión palestina es la cuestión central de nuestra época.

De pronto, aunque tal vez inconscientemente llevaba rato dándole vueltas al asunto, la cara de Faruk se reveló en una semejanza asombrosa: era la viva imagen de Robert De Niro, específicamente del De Niro en el papel del joven Vito Corleone en *El padrino II*. Las negras cejas rectas y finas, la expresión gomosa, la sonrisa como una máscara para el escepticismo o la timidez, y también la delgada apostura. Un

famoso actor italoamericano de hace treinta años y un ignoto filósofo político marroquí del presente: pero era la misma cara. Qué maravilla que la vida se repitiese de esa manera trivial, y yo lo advertía porque él llevaba un par de días sin afeitarse y tenía una sombra en la mandíbula y alrededor de la boca. Pero, una vez que la hube visto fue imposible, fue imposible no tender a compararlo sin cesar, o no distraerme por ese absurdo contrapunto visual a lo que sucedía mientras hablábamos y bebíamos.

¿Qué significaba la sonrisa De Niro? Él, De Niro, sonreía, pero uno no tenía idea de qué lo hacía sonreír. Tal vez fuera eso lo que me había desconcertado al conocer a Faruk. Involuntariamente yo había sobreinterpretado su sonrisa, había conectado su cara con la de otro, la había leído como una cara agradable pero temible. Por el más trivial de los motivos, había leído esa cara como la del joven De Niro, la de un psicópata encantador. Y era esa cara, no tan inescrutable como yo había temido, la que hablaba ahora: Para nosotros, Estados Unidos es una versión de Al Qaeda. De tan general, la afirmación carecía de sentido. No tenía poder y él la había dicho sin convicción. No me hizo falta refutarla, y Khalil no le añadió nada. «Estados Unidos es una versión de Al Qaeda». Quedó flotando en el humo y murió. Habría podido significar más unas semanas antes, cuando el que acababa de lanzarla era aún una incógnita. Ahora Faruk había excedido la apuesta y yo percibí un viraje en la discusión, un viraje a mi favor.

Así que él cambió de enfoque. Cuando éramos jóvenes, dijo, o mejor dicho cuando yo era joven, Europa era un sueño. Más aún: era el sueño. Representaba la libertad de pensamiento. Queríamos venir y adiestrar la mente en este espacio libre. Cuando estudiaba en la universidad, en Rabat, yo soñaba con Europa, nos pasaba a todos, a mis amigos y a mí. No con Estados Unidos, que ya nos causaba aversión, sino con Europa. Pero me ha decepcionado. La libertad de Europa es pura fachada. El sueño era una quimera.

Es cierto, dijo Khalil, Europa no es libre. Hay una retórica de libertad, pero sólo una retórica. Si dices algo sobre Israel, te taponan la boca con los seis millones. No lo estarás negando, ¿no?, me apresuré a decir yo, no estarás cuestionando de veras la cifra, ¿no? No se trata de eso, dijo Khalil, se trata de que negarlo va contra la ley, y de que incluso va contra una ley no escrita cuestionarlo. Faruk estuvo de acuerdo. Si intentamos hablar de la situación de los palestinos, nos vienen con los seis millones. Los seis millones: fue una tragedia horrorosa, claro, seis millones, dos millones, un ser humano, siempre está mal. Pero ¿qué tiene que ver con los palestinos? ¿Es ésta la idea europea de libertad?

Aunque no había alzado la voz, había en esas palabras una intensidad palpable. ¿Los palestinos construyeron los campos de concentración?, dijo. ¿Y qué hay de los armenios: como no son judíos sus muertos significan menos? ¿Cuál es el número mágico en el caso de ellos? Yo te diré por qué importan tanto los seis millones:

porque los judíos son el pueblo elegido. Olvida a los camboyanos, olvida a los negros norteamericanos, el de los judíos es un sufrimiento incomparable. Pero yo esta idea la rechazo. No es un sufrimiento incomparable. ¿Y los veinte millones de muertos bajo Stalin? No mejora nada que te maten por razones ideológicas. La muerte es la muerte, así que, lo siento, los seis millones no son tan especiales. Me frustra todo el tiempo ese número, un número sagrado que, como dijo Khalil, se usa para terminar todas las discusiones. Los judíos lo usan para callar al mundo. A mí me importa un bledo la cifra exacta. Toda muerte es sufrimiento. Otros también han sufrido y en eso, en sufrimiento, consiste la historia.

Paulina se acercó a retirar los platos y le pedimos otra ronda de bebidas. Le pregunté a Faruk si cocinaba mucho o comía fuera. Ninguna de las dos cosas, dijo él. El tabaco me quita el apetito, así que no como mucho. Mostró la sonrisa De Niro y volvió a encarrilar la conversación. ¿Has leído a Norman Finkelstein? Negué con la cabeza. Si tienes la oportunidad, échale un vistazo, es judío pero ha escrito un estudio muy sólido sobre la industria del Holocausto. Y sabe de qué habla, porque sus padres sobrevivieron a Auschwitz. No es antijudío pero se opone a que se explote el Holocausto y se lo use para medrar. ¿Quieres que te anote el nombre? ¿Seguro que te acordarás? Vale, tú léelo y me dices qué piensas.

Sonó un móvil: era el de Khalil. Él respondió y habló rápidamente en árabe. Después de cortar dijo que tenía que marcharse. Por primera vez en mi presencia cambió unas palabras en árabe con Faruk. Cuando se fue, Faruk dijo: Es muy buen tío, ¿sabes? Puedo decir de verdad que es mi mejor amigo. En realidad es el dueño del locutorio, de este de enfrente y de varios más de la ciudad. O sea que es mi patrón. Pero no se lo cree ni actúa como un patrón. Somos de la misma ciudad: Tetuán. No sabes lo generoso que es, de hecho ahora, antes de salir, pasó por el mostrador y pagó todas las bebidas y tu comida. Es así, da sin pensárselo dos veces.

Lo que yo pienso, dijo Faruk, es que la responsable de Israel debería ser Alemania. Si alguien debería llevar la carga son los alemanes, no los palestinos. Los judíos fueron a Palestina desde otros lugares. ¿Por qué? ¿Porque vivieron allí hace dos mil años? Permíteme darte un ejemplo de cómo es esto. Khalil y yo somos marroquíes, somos los moros. En un tiempo gobernamos España. ¿Y cómo caería ahora que invadiésemos la península ibérica y dijéramos: En la Edad Media esta tierra la gobernaron nuestros antepasados, así que es nuestra: España, Portugal, todo. No tiene sentido, no? Pero los judíos son un caso especial. No me malinterpretes, yo no tengo nada personal contra los judíos. En Marruecos hay muchos, incluso hoy en día, y son bien recibidos como parte de la comunidad. De apariencia son iguales a nosotros, aunque, claro, en los negocios les va mejor. A veces yo pienso que debería hacerme judío, sólo por razones profesionales. Sería capaz de hacer las cosas bien. De lo que estoy en contra es del sionismo, de que se reclame por religión una tierra

donde ya vivía otro pueblo.

Quise decirle que si en Estados Unidos recelamos particularmente de las críticas abiertas contra Israel es porque podrían derivar en antisemitismo. Pero no lo hice porque sabía que, por una larga práctica, mi propio miedo al antisemitismo, como mi miedo al racismo, se había vuelto prerracional. No le habría impuesto un argumento sino la pretensión de que adoptara mis reflejos, o las piedades de una sociedad diferente de aquella en donde se había criado él y de esta en donde funcionaba ahora. De poco habría servido describirle los sutiles matices de sentido que evocaba en un oído estadounidense el uso de «judíos» en vez de la expresión «pueblo judío». También quería advertirle que estaba atacando un ideal religioso cuando el centro mismo de su propio ideal lo era, pero mi madeja argumental empezaba a parecer una pila de nimiedades. Así que en vez de eso le pedí que me hablara de su familia, de Tetuán y de cómo era crecer allí. Para entonces el café estaba más tranquilo y los jugadores de cartas se habían ido a casa. Con la noche, hasta había amainado la lluvia. Unos pocos clientes se demoraban bebiendo y charlando como nosotros. Paulina volvió a la mesa a preguntarme si quería más de lo mismo, pero se lo agradecí y dije que estaba satisfecho. Faruk pidió otra botella para él.

Soy el tercero de ocho hijos, dijo, y mi padre era militar. Vivíamos modestamente. Te soy franco: era una vida muy modesta. Los militares no ganaban mucho ni tenían un estatus social alto. Era un hombre duro, mi padre, y especialmente duro conmigo porque no me consideraba lo bastante viril, ahora se ha retirado. Pero peor todavía están las cosas con mi hermano mayor, que vive en Colonia y es muy religioso. Bueno, toda mi familia es religiosa, de hecho el único que se ha desviado soy yo, pero mi hermano se toma la religión demasiado en serio. Está él, mi hermana y luego yo, somos los tres primeros. Mi hermano piensa que pierdo el tiempo estudiando. Él es un hombre de negocios y lo que le preocupa es eso. No entiende por qué me importa tanto estudiar, no tiene la menor noción de en qué consiste la vida intelectual. Pero hay algo más que incompreensión, es hostil. Con mi padre tengo mala relación, pero mucho peor con mi hermano. Se casó con una alemana, pero cuando le dieron los papeles de residencia se divorció, volvió a casa y se compró una mujer marroquí. ¿Lo tenía planeado desde el principio? No lo sé. Es un hipócrita, el tío.

Con el resto de mi familia hay más intimidad. Por problemas de dinero no puedo ir mucho a Marruecos, pero estoy muy cerca de mi madre. Ella es la persona más importante de mi vida, y apuesto a que a ti te pasa igual. Las madres son así. Yo a la mía le preocupo un poco, quiere que me case, sí, pero más insiste en que deje de fumar. De más está decir que ni siquiera sabe que bebo. Yo le escribo unas cartas muy largas al hermano que me sigue, el de veinte. Uno de los beneficios de estudiar es ése: no es que les diga a mis hermanos menores qué deben pensar, pero quiero ayudarlos a que piensen por su cuenta. Quiero que sepan evaluar sus situaciones y

sacar conclusiones propias. Yo era el típico niño raro, ¿sabes?, el que se pierde las clases para irse a otra parte a leer solo. Nunca aprendí nada en las clases. Lo interesante estaba en los libros, gracias a los libros tomé conciencia de la variedad del mundo. Por eso no veo Estados Unidos como algo monolítico. En este sentido no soy como Khalil. Sé que por ahí hay gente diferente, con otras ideas, conozco a Finkelstein, a Noam Chomsky, y si algo me importa es que se entienda que en lo que llaman mundo árabe tampoco somos monolíticos, que todos somos individuos. Tenemos discrepancias. Tú acabas de verme discrepar con mi mejor amigo. Somos individuos.

Me parece que Estados Unidos y tú estáis listos para conoceros, dije yo. Era difícil evitar la sensación de que nuestra conversación ocurría cuando el siglo xx no había empezado aún o acababa de iniciar su curso cruel. De pronto habíamos vuelto a la época de los panfletos, la solidaridad, los viajes en vapor, los congresos mundiales y los jóvenes atentos a los discursos radicales. Pensé en Fela Kuti en Los Ángeles, décadas más tarde, y en los individuos formados y afilados por sus encuentros con la libertad estadounidense y la injusticia estadounidense, esos que, viendo cuánto daño podía hacer Estados Unidos a sus pueblos segregados, habían sentido que algo se despertaba en ellos. Aun tan tarde, en pleno régimen contra el terror, Faruk podía beneficiarse de la entrada en ese infierno.

Había en el momento un entusiasmo ingenuo, pero, aunque verdaderamente yo lo estaba invitando, la logística de una invitación semejante me daba temor, si es que él la aceptaba. Pero se apresuró a decir: No, ese país no me gusta. No tengo ningún deseo de conocer Estados Unidos, y menos aún siendo árabe, no ahora, con todo lo que me harían soportar. Dijo esto con una expresión de disgusto. Yo podría haberle respondido que tenía amigos árabes, que estaban bien, que olvidara esos miedos infundados. Pero habría mentido. Yo tampoco habría querido ir a Estados Unidos siendo un solitario musulmán norafricano con ideas de izquierda.

Hay un escritor, Benedict Anderson, dijo Faruk, que ha escrito contra... ¿cómo es el término, *les Lumières*? ¿La Ilustración?, dije yo. Eso, dijo Faruk, la Ilustración. Anderson dice que entroniza la racionalidad pero no llena el hueco que deja la fe religiosa. Como yo lo veo, ese hueco debería llenarlo lo Divino, las enseñanzas del islam. Y lo sostengo como absoluto y decisivo aunque en este momento yo no sea un buen musulmán.

¿Y qué pasa con la sharia?, pregunté yo. Como sé que la sharia es algo más amplio que los castigos más duros que inflige, preveo lo que vas a decir. Vas a decir que en realidad trata del funcionamiento armonioso de la sociedad. Pero me gustaría de veras saber qué opinas de esos que cortan manos o lapidan mujeres. El Corán es un texto, dijo Faruk, pero la gente olvida que el islam también tiene una historia. No es estático. Y también hay una comunidad, la umma. Aunque no todas las

interpretaciones son válidas, a mí me enorgullece que el islam sea la religión más mundana. Se ocupa de cómo vivimos en el mundo, del día a día. Lo cierto, ¿sabes? (y en el rostro de Faruk asomó de repente una mirada beatífica, una mirada que hasta ese momento yo no le había visto), lo cierto es que yo siento un amor muy profundo por el Profeta. Amo sinceramente a ese hombre y la vida que vivió. Hace poco una revista hizo una encuesta sobre el hombre más influyente de la historia. ¿Sabes quién salió primero? Mahoma. Dime tú por qué.

Pero ¿crees que podrías vivir en La Meca o en Medina? ¿Qué ha pasado allí con la libertad individual? ¿Qué sería de tus cigarrillos y tu Chimay en las ciudades centrales de la fe islámica?

La Meca y Medina son casos especiales. Sí, yo podría vivir en Tierra Santa. La vería como un *paysage moralisé*. En la topografía hay una energía espiritual que permite soportar las limitaciones físicas. Aquí estoy bebiendo esto —señaló la botella de cerveza— y sé que es una elección mía, y la consecuencia de la elección es que no tendré acceso al vino del paraíso. Seguro que conoces lo que dice Paul de Man sobre la visión y la ceguera. Es una teoría sobre una lucidez tal que puede oscurecer otras cosas y de hecho ser ceguera. Y también sobre la inversa: cómo lo que parece ceguera puede abrir otras posibilidades. A mí esto me hace pensar en la racionalidad, en el racionalismo, que es ciego a Dios y a las cosas que Dios ofrece a los seres humanos. El fracaso del racionalismo es ése.

Y da la coincidencia de que De Man estudió en Bruselas en la misma universidad adonde fui yo cuando llegué de Marruecos hace siete años. Me había presentado para una maestría en teoría crítica, porque la cátedra de aquí era famosa. Era mi sueño, preciso como son a veces los sueños de los jóvenes: ¡quería ser el nuevo Edward Said! Y lo iba a lograr estudiando literatura comparada como base instrumental para la crítica de la sociedad. Tuve que empezar tarde, porque tenía los papeles de residencia en proceso, y la universidad me obligó a hacer todo el trabajo del curso en ocho meses, de enero de 2001 a agosto del mismo año. Luego escribí la tesis, que fue sobre la *Poética del espacio* de Gaston Bachelard.

El departamento me rechazó la tesis. ¿Con qué argumentos? Plagio. No me dieron razones. Sólo me dieron doce meses para presentar otra. Quedé destrozado. Dejé la universidad. ¿Plagio? Las únicas posibilidades son, bien que se negaran a creer en mi dominio del inglés y de la teoría, bien que me estuvieran castigando por unos acontecimientos mundiales en que yo no había jugado ningún papel. El jurado de la tesis se había reunido el 20 de septiembre y lo que ellos veían, con todo lo que pasaba en los titulares, era un marroquí que escribía sobre la diferencia y la revelación. Aquel año perdí todas mis ilusiones con Europa. Se suponía que Europa debía ser la respuesta perfecta a la opresión del rey de Marruecos. Me decepcionó.

Mi sueño loco de infancia había sido doctorarme a los veinticinco. A los

veintiuno me gradué en Rabat, y sabía exactamente qué camino seguir. Pues bien, ahora tengo veintinueve. Me cambié a la Universidad de Lieja y estoy haciendo a tiempo parcial un máster en traducción. Viajo allí dos veces a la semana, en ocasiones tres, pero en el fondo sé que éste no es mi rumbo. Mi destino es ser un estudioso. Tal vez me presente a un doctorado en traducción. Quiero escribir sobre Babel, sobre cómo de una lengua surgieron tantas... Tal vez sea una idea religiosa, pero puedo hacer un estudio erudito. No es lo que me había propuesto, pero ¿qué alternativa me queda? Ahora la otra puerta está cerrada.

Le brillaban los ojos. La herida era profunda. ¿Cuántos radicales en potencia como Faruk no se habrían formado en semejante desprecio? Teníamos que marcharnos. Él me había acercado a su dolor y yo ya no lo veía. En vez de verle a él veía al joven Vito Corleone moviéndose sigilosamente por las azoteas de Little Italy, yendo hacia la casa del padrino local, cuyo poder pronto sería usurpado, ese Vito cuya voluntad lo llevaría mucho más lejos de lo que podía imaginar o desear, cuyo futuro parecería totalmente desproporcionado para el chico que ahora saltaba raudamente de un techo a otro con un solo acto asesino en mente.

Faruk vació su copa. Había en él algo poderoso, una inteligencia hirviente, algo que quería creerse indomable. Pero era uno de los malogrados. A esa medida se atendería su libreto.

## DIEZ

Corría por Lagos con mi hermana. Participábamos en un maratón, y teníamos que apartar vagabundos y perros callejeros. Pero yo no tengo hermana, soy hijo único. Cuando me desperté de golpe estaba en una oscuridad completa. Traté de adaptar los ojos. A la tibieza de la cama llegaba ruido de tráfico. Como siempre que uno se despierta así, no tenía idea de la hora. Pero se apoderó de mí un terror inmediato. No lograba recordar quién era. Una cama tibia, el ruido del tráfico. ¿Qué país es éste? ¿Qué es esta casa? ¿Y con quién estoy? Alargué la mano, en la cama no había nadie más. ¿Dormía solo porque no tenía pareja o porque mi pareja estaba lejos? Flotaba en la oscuridad, anónimo para mí, perdido en la sensación de que el mundo existía pero yo ya no era parte de él.

La primera pregunta que encontró respuesta fue la de la pareja. No tenía pareja, estaba solo. El dato llegó y me calmó enseguida. Lo angustiante había sido no saber. Luego vino otra información: estaba en Bruselas, Bélgica, en un apartamento alquilado, el apartamento estaba en la planta baja y el estruendo provenía de los camiones de la basura. Los camiones pasaban los viernes antes del amanecer. Yo era alguien, no un cuerpo sin ser. Poco a poco había vuelto a mí desde la lejanía. El esfuerzo de reunir para mi identidad ese lastre, un lastre de apariencia anodina sin el cual mi corazón podría haberse rendido, me dejó agotado. Recaí en un sueño sin sueños mientras fuera los camiones seguían bramando. Cuando por fin volví a despertarme era casi mediodía. La habitación estaba colmada de una luz natural diluida en lluvia. Era el séptimo día seguido de una lluvia persistente, delgada, que caía sin grandeza bíblica. Pero su persistencia me hacía pensar en la única otra lluvia que yo recordaba que había durado días enteros. Sin duda había habido otras, pero en mi memoria sólo se alzaba ese incidente solitario. Entonces yo tenía nueve años, por lo tanto había sido uno antes de que me mandaran al internado.

El día aquel había empezado claro, caluroso como cualquiera en la bruma interminable de días de calor normales para nosotros en todos los meses del año. Yo había llegado de la escuela a las dos, había comido y hecho una siesta, cosa insólita en mí. Cuando desperté mi madre había salido, al mercado o al banco. Aún faltaban unas horas para que mi padre volviese del trabajo, en la casa sólo estaba mi *mama*, la madre de mi padre. Tenía una habitación en la parte trasera de la planta baja de la casa, detrás de la cocina, en la misma zona que el estudio. Fui a verla pero aún dormía. Se había cortado la electricidad, de no haber sido así, yo podría haber mirado la tele. Durante los días de escuela me lo tenían prohibido, y los fines de semana lo único de interés eran los noticieros deportivos: fútbol inglés los sábados por la noche

y la liga italiana los domingos. Así que yo infringía la norma televisiva de tanto en tanto, cuando mi madre se marchaba en medio de la semana. La *mama* era dura de oído. Si estaba abajo, yo podía decirle que subía a hacer los deberes y mirar dos horas de televisión, sin problemas, hasta que en la puerta sonaba el claxon de mi madre. Con el corte de electricidad eso era imposible y yo no sabía qué hacer. Volví a bajar y abrí la nevera. No se oía el ronroneo ni se encendió la luz. Las botellas guardadas empezaban a sudar: la de agua hervida que bebíamos, la del *ogi* fermentado para el desayuno, las de Coca-Cola y otros refrescos por si venían visitas.

Los refrescos eran para las fiestas y los acontecimientos. Los servíamos cuando había otras familias con hijos de visita, y los niños se disputaban la Fanta —la más deseada—, el 7Up o, al final de la jerarquía, la Coca-Cola. Era una clasificación absurda. Algunos niños creían que la Coke oscurecía la piel, como creían que los volvería más oscuros comer *amalá*, que se hacía con harina de maíz y carnero. Si se acababa la Fanta y sólo les dejaban Coke los más pequeños se echaban a llorar. Como yo era «mestizo», no tenía idea de qué significaba ser más oscuro, era la última de mis preocupaciones. Y al ser hijo único, tenía gustos sencillos, formados sobre la base de lo que me atraía. Me gustaba la Coke porque no sabía a ninguna otra cosa. Las burbujas de otras bebidas nunca me resultaban tan convincentes y la Fanta era demasiado empalagosa. Pero en casa, como todo lo bueno de la infancia, la Coke estaba bajo control. Tomar una botella de la nevera no era menos grave que abrir el aparador donde mi padre guardaba el *whisky*. Así fue como aquel día de calor sentí la tentación: quería una Coke. No me puse a patear ni a golpear con los puños: no había público para un ataque de petulancia. La *mama* estaba durmiendo y, de todos modos, sobre la Coke ella no tenía la última palabra.

Sólo mi madre podía autorizarme. No me habría costado mucho esperar a que volviese, pero mi deseo era irracional, habría sido como pedirle permiso para dejar la ropa en la pila de la lavandería en vez de lavármela yo. Ella me habría mirado, perpleja, y me habría dicho que ya no era un crío y que pensase cuán afortunado era comparado con otros niños. No bien se lo hubiera pedido, el carácter infantil de la solicitud me habría incomodado: para un muchacho orgulloso como yo, la fingida sorpresa de mi madre habría sido insoportable. Pero todas esas normas las imponía mi padre. Él tenía muy claro cómo no malcriar a un niño. Sin embargo, la aplicación recaía sobre mi madre, y si las normas me contrariaban —lo que sólo sucedía rara vez, porque yo no concebía la niñez de otro modo—, si en raras ocasiones las normas me contrariaban, era con mi madre con quien me enfadaba, a mi padre nunca lo consideraba parte del asunto. Así, mentalmente, creaba para él una suerte de inocencia. Pero, paulatinamente, el sueño de huir de aquellas reglas paternales cristalizaba en mí como el ideal de la vida adulta. Aunque no había punto de partida para la rebelión, yo podía marcarlo arbitrariamente: adulto era, en primerísimo lugar,

el que podía beber Coke cuando se le antojara. De modo que cerré la puerta de la nevera y volví a abrirla. Saqué una de las pegajosas botellas y la puse en el fregadero con un tintineo involuntariamente fuerte. (La habitación de la *mama* estaba al lado).

Devolví la Coke a la nevera y salí de la casa. Había oscurecido, estaba más fresco y las nubes empezaban a moverse. Juré que nunca iba a olvidar la intensidad de lo que sentía en aquel momento. Electrizado por la arrogancia del juramento, me prometí solemnemente que en cuanto me hiciera adulto bebería Coke con impunidad. Imaginé que la ingestión tenía lugar en la cocina: vi una versión más grande de mí yendo despreocupadamente hasta la nevera para abrirla. Este yo adulto se toma un sereno momento para decidir qué quiere, y lo que quiere es una Coke, siempre. La saca, la abre con un abrebotellas y vierte el susurrante contenido en un vaso lleno de hielo. Este yo mismo mayor, este adulto, hace lo mismo una vez al día. Cada bendito día lo hace: la sola idea de semejante frecuencia me enloquecía de excitación. El corazón se me aceleraba de pensar en tamaña venganza y quería que se perpetrara allí y entonces, en la infancia. Con todo no podía romper la regla. Volví a la casa.

Quitó la plancha de acero que tapaba el pozo y atisbé dentro. Había más de tres metros hasta el agua. ¿Seguían estando ahí los espíritus? Los cavadores les habían dado bebidas alcohólicas pagadas por mi padre. ¿Se habían aplacado, meramente, o habrían sido expulsados? Lejos como estaba la superficie, no se veía ni una gota. Como ni forzando la vista la divisaba, cogí una piedra, la sostuve en el centro y la dejé caer. Dio en la pared del pozo con un ruido chato, rebotó y oí un chapoteo. Pensé que tal vez debía subir a hacer mi larga división para el día siguiente. Cogí una piedra más grande y la tiré con fuerza. Rebotó varias veces antes de que el agua invisible se la tragara. Me quitó las sandalias de goma y me senté en el borde del pozo, primero con los pies hacia fuera y luego, pasándolos uno después de otro, hacia dentro: mis dos piernas quedaron colgando en la oscuridad. Tenía una sensación de frío y peligro; ¿y si un espíritu de fuera me empujaba? El pozo estaba cerca de la valla que rodeaba la casa. Hacía poco había visto en la tele algo que me había convencido de que en las esquinas de la valla se concentraban los espíritus, así que aquellos cuatro puntos eran lo único del terreno que me daba miedo. Con mucho cuidado puse las piernas a salvo, volví a colocar la plancha y entré en la casa.

Arriba, ni hablar de hacer una división larga. Metí una mano indagadora debajo del short. Me quitó el short, los calzoncillos y también la camiseta. Tumbado de espaldas, empecé a tocarme, pero no tenía imaginación, no sabía qué hacer. Tenía la palma de la mano pegada a los genitales. De pronto recordé que una vez años atrás, quizá a los seis o siete, había visto una revista. La terrible excitación por poco me asfixia, lo mismo que la idea de que la revista aún podía estar en la casa. Rápidamente me puse los pantalones, bajé al estudio y, frenética pero silenciosamente, me puse a buscar entre las pilas de revistas viejas. Debía de ser algo

que un perverso tío mío había dejado por ahí, una revista satinada (mi memoria no habría podido inventar esos detalles), y lo que describía era lo que yo me desesperaba por ver otra vez. Revisé metódicamente los papeles del estudio, las viejas carpetas con hojas impresas y gráficos de ingeniería de los años de universidad de mi padre, los informes anuales de las empresas nigerianas en que mis padres tenían acciones. Pasé en eso buena parte de una hora. Hojeé un polvoriento volumen de bolsillo titulado *El lenguaje corporal*, un librito de psicología popular de los setenta, pero no le encontré ningún interés. Peiné todos los archivadores de los estantes inferiores y al fin me di por vencido y volví a subir. Entonces, llevado por un impulso que parecía casi exterior, retomé la idea y me puse a buscar debajo de los colchones: el mío, el de mi padre y el de mi madre. No encontré nada. Hice de nuevo las camas.

Bajé a la cocina, saqué de la nevera una botella de Coke y volví a salir, otra vez al patio de atrás de la casa. Daba la impresión de que el cielo se había despejado. Me senté en la plancha de acero, abrí la botella con los dientes y me zampé el contenido tan rápido que me dolió la garganta. Me sequé la boca, llevé la botella a la despensa y cogí otra botella de Coke para ponerla en la nevera. Era una noche de la semana y aún no había hecho los deberes, así que me dediqué a eso, y estaba trabajando arriba cuando oí a la *mama* en la cocina. Fue entonces cuando empezó a llover, y no mucho después sonó el claxon del coche. Corrí abajo a abrir el portal. Era un aguacero torrencial y para cuando acabé de quitar el candado y mover las grandes puertas metálicas estaba empapado. El coche entró, transportando a mi madre, la guardiana de la ley contra la cual yo había dirigido silenciosamente toda la ira de la tarde. Perdí tiempo en cerrar el portal. Eché la cabeza atrás y la lluvia diluyó la viscosa dulzura que persistía en la boca. Luego corrí hasta mi madre para llevar las bolsas de comida que había comprado. Hubiera preferido quedarme bajo la lluvia dando vueltas y bebiéndola. Pero entré y me cambié la ropa. La electricidad no había vuelto, pero volvió al fin, un poco antes de que a las ocho llegaran a casa mi padre y su chofer.

Desde aquel comienzo súbito, siguió lloviendo toda la noche, y el día siguiente y el otro. Era una lluvia de una pertinacia y una intensidad alarmantes. Habíamos visto lluvias, pero como aquella ninguna. Hasta el cemento del camino de entrada se estaba ablandando. Nuestras anchas alcantarillas absorbían el agua pero fuera las calles eran un fangal. Muchos coches se averiaban en los caminos anegados y viajar a la escuela llevaba el doble de tiempo. Yo estaba taciturno. No le dije a nadie qué pasaba y nadie me preguntó. El pozo, que no volví a visitar, debió de crecer dramáticamente y tal vez se volvieran visibles los reflejos en el agua negra. Habría sido raro pensar —yo no lo pensé entonces, pero ahora se me ocurre— que el diluvio no era universal. Parecía no tener límites y aún siguió durante tres días antes de amainar.

En Bruselas la lluvia no era tan violenta, aunque el pronóstico advertía que hacia el fin de semana habría una tormenta considerable. En mi cabeza se había vuelto un

eco distante, exhausto, de aquella lluvia de la infancia. Pero la historia unida a la lluvia de infancia era caso cerrado y carecía de relevancia para el presente. Parte de ella —el deseo sobreexcitado, la promesa— valía para una broma privada, un pensamiento que, cuando cruzó mi mente por primera vez, me resultó divertido. Yo ya no soportaba la Coke, ni su sabor, ni la empresa rapaz que la producía, ni la ubicua estridencia de su publicidad. Durante muchos años había sentido la tentación de sobreinterpretar los otros acontecimientos de aquella tarde, pero lo que sucedió después entre mi madre y yo fue causa tanto de cualquier otro día de mi infancia como del día en que empezó a llover.

Mirando la calle desde el apartamento vi una lamparilla rota y un periódico en un charco. La acera de enfrente latía de gotas y, en el muro, alguien había escrito con aerosol la palabra ZOFIA, y en letras más pequeñas JE T'AIME.

## ONCE

Llegué temprano al Aux Quatre Vents, donde tenía que cenar con la doctora Maillotte. El cielo, al cabo de siete días, volvía a empeorar, y me quedé bajo el toldo del restaurante tratando de reparar el muelle del tope de mi paraguas. Al otro lado de la calle estaba la enhiesta fachada occidental de Notre Dame de la Chapelle. El viento pasaba como un tormento general: tiraba al suelo cubos de basura, sacudía los árboles deshojados, hacía tambalearse a los peatones, pero con la catedral no conseguía nada. Sólo que la lluvia azotara el casco de piedra. Como faltaba media hora para que la doctora Maillotte llegara, crucé la calle hasta la iglesia.

Las puertas estaban abiertas y, cuando entré, la primera impresión fue de silencio total. Sin embargo pronto mis oídos se acostumbraron a la quietud y distinguí el órgano, a muy bajo volumen. Escruté la nave central pero no se veía a nadie. Recorrí la nave lateral sur bajo bóvedas frías y empinadas. El ruido de la lluvia no llegaba allí y a medida que me acercaba al altar la música se fue haciendo más clara. En las iglesias suele haber uno o dos miembros del personal y un puñado de turistas también. Por eso me sorprendió encontrarme completamente solo en semejante caverna, salvo por el organista invisible: estaba demasiado desierto incluso para la tarde de un viernes de lluvia. Justo entonces capté una disonancia en la música del órgano. Unas claras notas fugitivas asaeteaban la textura como haces de luz refractados por los vitrales. No dudé de que se trataba de un pieza barroca, y aunque era desconocida para mí reconocía los ornamentos típicos del período. Sin embargo, había cobrado un espíritu diferente, me recordaba inmediatamente el *O God Abuse* de Peter Maxwell Davies: un sentimiento de fractura y dispersión. El volumen era tan bajo que, aunque distinguía el repetido medio paso de un tritono, me costaba captar la melodía misma.

Luego vi que no había ningún organista tocando. La música era grabada y procedía de unos diminutos altavoces colgados de las enormes columnas del crucero. Y también vi el origen de la fractura del sonido: un pequeño aspirador amarillo. El agudo zumbido del aparato subía y se mezclaba con la grabación de órgano para crear el *diabolus in música*. La mujer de la limpieza no alzaba la vista de su trabajo. Llevaba un pañuelo de un verde brillante y un abrigo hasta el suelo. Se movía entre las sillitas de madera de la nave norte. En vez de entrar en el crucero seguí hacia el altar por la nave sur. La mujer seguía trabajando, totalmente enfrascada, y la pieza para órgano desplegaba su trama alrededor del solitario, tembloroso zumbido del aspirador.

Unas semanas antes yo habría supuesto que la mujer era congoleña. Había llegado

a Bruselas con la idea de que todos los africanos de la ciudad eran del Congo. Sabía de la relación colonial y tenía una comprensión básica de la historia del régimen esclavista que habían instaurado los belgas, y eso había desplazado de mi cabeza cualquier otra noción. Hasta que una noche había ido a un restaurante y club de la rue de Trône, un sitio llamado Le Panais. Había pasado la velada solo, bebiendo, mirando flirtear entre sí a jóvenes congoleños elegantes y a la moda. Las mujeres llevaban tocados tejidos o ropa afro y muchos hombres la camisa de manga larga metida dentro de los tejanos, de esa manera típica de los africanos recién llegados. La música era hip-hop estadounidense. La escena habría podido verse en cualquier ciudad de África o de Occidente: viernes por la noche, jóvenes, música, alcohol. Después de casi tres horas pagué mis copas, y ya me iba a ir cuando el camarero se acercó a hablarme. Me preguntó de dónde era y tuvimos una breve conversación; él era medio malí, medio ruandés. Pero ¿y la clientela?, quise saber yo. ¿Eran todos congoleños? Negó con la cabeza. Todo el mundo era de Ruanda.

Descubrir que había estado entre cincuenta o sesenta ruandeses cambió para mí el tenor de la noche, como si de pronto el espacio se hubiese saturado de las historias que acarrea esa gente. ¿Qué pérdidas, me pregunté, disimulaban las risas y el coqueteo? En la época del genocidio la mayoría de esos jóvenes habrían sido adolescentes. ¿Quiénes de los presentes habían matado o presenciado matanzas? Sin duda los rostros tranquilos enmascaraban algún dolor que yo no veía. ¿Quiénes habían buscado redimirse en la religión? Entonces cambié de idea y en vez de marcharme pedí otra copa. Miré a las parejas, miré a los grupos de cuatro o cinco, miré a los hombres de pie en grupos de tres, obviamente absortos en los cuerpos en movimiento de las hermosas mujeres. Lo que se veía era una inocencia inescrutable e insignificante. Eran exactamente como los jóvenes de cualquier sitio. Y sentí algo de esa constricción mental —imperceptible a veces, pero constante— que aparecía cuando me presentaban a jóvenes de Serbia o de Croacia, de Sierra Leona o de Liberia. Esa duda que murmuraba: quizá también estos hayan matado, y vuelto a matar, y sólo después hayan aprendido a parecer inocentes. Cuando al fin salí de Le Panais era tarde y la calle estaba en silencio, e hice a pie los cinco kilómetros hasta mi casa.

Mirando ahora a la mujer de la iglesia, que ya plegaba el tubo extensible del aspirador, se me ocurrió que tal vez también para ella estar en Bélgica fuese un acto de olvido. Su presencia en la iglesia podía ser un doble medio de huida: un refugio de las exigencias de la vida familiar y una guarida contra lo que podía haber visto en Camerún, el Congo o acaso en Ruanda. Y quizá no huyera de algo que había hecho, sino de lo que había presenciado. Yo estaba especulando. No lo iba a descubrir nunca, porque ella estaba en plena posesión de su secreto, como las mujeres que había pintado Vermeer en esa misma luz grisácea de tierras bajas: como el de ellas, el

silencio de esa mujer parecía absoluto. Rodeé el coro y, al pasar frente a ella en la nave norte, incliné la cabeza, nada más, antes de seguir adelante. Pero cuando me acercaba a la entrada sentí de golpe que había alguien más. Me sobresalté. No lo había visto caminar detrás de mí: un hombre blanco de mediana edad y barba entera. Un vicario o un sacristán, imaginé. Él me ignoró y con pasos sordos cruzó el pasillo del coro sur.

En el televisor del restaurante daban las noticias con el volumen al mínimo. En la pantalla había una toma aérea de aguas encrespadas, que los subtítulos identificaban como *la Manche*, del canal inglés. Apenas conseguí entender que un barco con contenedores había tenido problemas en la tormenta y los veintiséis miembros de la tripulación lo habían abandonado en botes salvavidas. El barco, rectangular y anaranjado, parecía un juguete, se escoraba peligrosamente entre el oleaje y alrededor de la forma inundada cabeceaban los diminutos botes del mismo color. La imagen dio paso a un informe meteorológico según el cual la tormenta se extendía por toda Europa y avanzaba rápidamente hacia el este. En Alemania ya había serios daños: un puente roto, árboles arrancados de cuajo, coches aplastados. De pronto me tocaron el brazo. Era la doctora Maillotte. Me besó en la mejilla y dijo: No suele ser tan terrible, hacía años que no teníamos un invierno tan raro, vamos a comer. Luego añadió: Un momento, olvidé que prefieres el inglés, ¿no? Vale, ya me acuerdo, hablaremos en inglés.

Nos sentamos cerca de una gran ventana que llegaba al suelo, al otro lado de la cual la lluvia caía como una sábana. Ella dijo que venía de un encuentro por asuntos de una fundación en que participaba. Odio las reuniones, dijo, ciertas cosas se hacen más fáciles cuando decide una sola persona. No costaba nada imaginar qué estilo tenía en el quirófano o en una reunión oficial. Partió un panecillo y, masticando deprisa, estudió la carta y casi al azar preguntó: ¿En el avión hablamos de jazz? Me parece que sí, ¿verdad? Pues si te gusta el jazz, te contaré algo de Cannonball Adderley. Fue paciente mío.

Las manos de finas venas partían el pan expertamente. Pensé que parecía mucho mayor que cuando la había conocido. En realidad, continuó ella, era a su hermano Nat a quien yo tenía de paciente en Filadelfia. Hubo que sacarle unos cálculos biliares, y a través de Nat conocí a Cannonball, y después Cannonball también fue paciente mío. Tenía la presión alta, ¿sabes? En fin, el caso es que a través de los hermanos Adderley conocimos —mi marido y yo— a muchos de los músicos de jazz más importantes de los sesenta. A Chet Baker.

El camarero, un gemelo de Obélix, se acercó a tomar nota: *waterzooi*, el estofado tradicional belga, para ella y para mí ternera. Me preguntó si me gustaba el vino. Dije que sí y pidió una jarra de beaujolais. También a Philly Joe Jones, el batería, y a Bill

Evans. ¿Conoces a Art Blakey? Como a Cannonball le gustaba presentar gente, gracias a él conocimos todo tipo de personajes. Fuimos a tantos conciertos que perdí la cuenta. No tantos después de que murió Cannonball, a mitad de los setenta. Tuvo un infarto y, como tantos de ellos, era terriblemente joven. Cuarenta y dos, cuarenta y seis, algo así.

Yo estaba contento allí, disfrutaba viéndola sacar una viñeta tras otra como conejos de la chistera. Para mí, los nombres de artistas de jazz que ahora enumeraba ella no significaban nada, pero me daba cuenta de que la doctora Maillotte había obtenido algo extraordinariamente significativo de haber formado parte de aquel medio, o mejor dicho de haber caído en él.

Tomé conciencia de lo fugaz que era el sentimiento de felicidad, de cuán endebles son sus bases: un restaurante cálido después de la lluvia, olor a comida y vino, conversación interesante, la tenue luz del día en la lustrada madera de cerezo de las mesas. Mover el ánimo de un estado a otro costaba tan poco esfuerzo como mover piezas en un tablero de ajedrez. Hasta tomar conciencia de ello en un momento de felicidad era mover una pieza y volverse un poco menos feliz. Y su marido, dije, ¿no viene a Bruselas tan a menudo como usted? No, dijo ella, es mucho más feliz en Estados Unidos. Creo que poco a poco ha perdido la conexión con Bélgica. Y si yo sigo volviendo es por los amigos. Además de porque no soporto la moral pública estadounidense. ¿Y usted? ¿Va mucho a Nigeria? No, dije. La última vez fue hace dos años, y eso después de una brecha de quince, y fue una visita corta. En parte es porque estoy siempre ocupado, pero en parte es también que he perdido un poco la conexión, como dice usted. Además mi padre murió poco después de que me marchara, y no tengo hermanos.

Llegó la comida. Me figuro, pues, que el inglés es su segunda lengua, dijo ella. ¿Cuál es la primera? Por un instante pensé en decirle, tal vez, que mi segunda lengua no era el inglés sino el alemán, la lengua que había hablado con mi madre hasta los cinco años, la lengua que después había olvidado por completo. Sin embargo, aún ahora, oír en unas grandes tiendas a un niño voceando *Mutter, wo bist du?* me hería en lo más hondo: en un tiempo yo también debí de decir cosas así. El inglés había llegado más tarde, en la escuela. Pero, como no quería meter a la doctora en los meandros de esa historia, le dije que mi primera lengua era el yoruba. Es la segunda en importancia de las lenguas autóctonas de Nigeria, le expliqué. Hasta que empecé la primaria yo no había hablado otra.

¿Y todavía la habla bien? Sí, respondí, me las arreglo, aunque ahora es mucho más sólido mi inglés. Pero quiero hacerle una pregunta, dije. Hace mucho que usted vive lejos, es decir que no es en absoluto una belga típica, pero me gustaría saber qué piensa de algo que le oí decir hace poco a un amigo mío. Describió Bélgica como un lugar difícil para un árabe. El problema específico de mi amigo es cómo vivir aquí

manteniendo la singularidad, su diferencia. ¿Usted cree que es cierto? No sé si se acuerda, pero en el avión dijo que Bélgica era daltónica. Pero no parece que ésa haya sido la experiencia de Faruk —así se llama mi amigo— en los siete años que lleva aquí. Creo que incluso en la universidad le rechazaron una tesis, presumiblemente porque era sobre un tema incómodo para el jurado.

Ella no había tocado su *waterzooi*. Siguió masticando pan y me respondió sin pasión. Mire, yo conozco esos casos, esos jóvenes que van por ahí tomándose el mundo como una ofensa personal. Es peligroso. Que alguien sienta que es el único que sufre es muy peligroso. Semejante grado de resentimiento es una receta para tener problemas. Nuestra sociedad se ha abierto a gente como él, pero una vez que vienen sólo se les oye quejarse. ¿Qué sentido tiene mudarse a un sitio sólo para probar lo diferente que es usted? ¿Y por qué esa sociedad va a recibirlo contenta? Pero si vive tanto como yo, ya verá que en el mundo hay una variedad inaudita de dificultades. Es complicado para todos. Yo asentí. Pero cuando uno lo oye a él es distinto, dije de todos modos. No es un quejoso, y no me parece que desborde de resentimiento, de veras que no. Creo que está auténticamente herido. Hombre, no lo dudo, dijo ella, pero la gente demasiado fiel a su propio sufrimiento se olvida de que los demás también sufren. Hay un motivo, dijo. Yo tuve que irme de Bélgica y tratar de hacerme una vida en otro país. No me quejo y, para serle sincera, no tengo mucha paciencia con los que lo hacen. Usted no es quejoso, ¿no?

Comí, y los pensamientos se me fugaron hacia el hijo de ella, el que había muerto. Quería que me hablase de él, y de la fundación que llevaba su nombre, pero no me atreví a pedírselo. Finalmente ella hundió una cuchara en el plato cremoso que tenía delante. El restaurante casi se había vaciado, era una hora insólita para estar comiendo: tarde para el almuerzo, pocas horas antes de la cena. Bien, dijo ella, ¿cuánto tiempo va a estar aquí? Me voy mañana por la mañana, dije yo. Ella dijo que pensaba quedarse unas semanas más, que tenía planeado comprarse un coche pequeño, un modelo antiguo. Algo útil, ya que cada vez pasaba más tiempo en Bélgica. Y luego se puso de nuevo a hablar de jazz. La tarde fluyó. Yo esperaba que ella no intentara pagar la comida, y no lo hizo. Dijo: Si alguna vez va a Filadelfia, no deje de llamarme. Tenemos una casa cerca del bosque, en los suburbios, que en verano es fantástica y en otoño todavía mejor. Una vez más, escuchándola, sentí esa ola interna de bienestar, un sentimiento que ahora no podía conjugar del todo con su rechazo de la historia de Faruk. Y consígase *Somethin' Else* de Cannonball, añadió. Es su gran disco, un verdadero clásico. Le prometí que lo buscaría.

Caminando por Sablon, desde la Place de la Chapelle hacia los museos, me pregunté si no podría encontrarme a la checa, aunque era improbable que siguiese en la ciudad. Llovía un poco menos, pero de golpe se levantó viento y el paraguas se me volvió del revés. Saltó una varilla, desalojando el muelle que yo había tratado de

reparar, y quedó una sola mitad útil. Y, si bien me concentré en llegar pronto a casa, me detuvo un pequeño monumento que había en un jardín al otro lado de la rue de la Régence, en el cruce con la rue Bodenbroek. Lo había visto antes, con mejor tiempo, pero nunca me había parado a mirarlo bien. Era un busto de bronce del poeta Paul Claudel, instalado al borde de la calle, sobre un pedestal, como un altar a Hermes.

En la década de 1930 Claudel había sido embajador francés en Bélgica, antes de hacerse famoso como escritor de dramas católicos y hombre de derechas. El apoyo a los colaboracionistas y al mariscal Pétain durante la guerra le granjeó un considerable desprecio, pero W. H. Auden, por su parte un izquierdista agnóstico, tuvo para él palabras benévolas: «El tiempo —escribió Auden— perdonará a Claudel, lo perdona ya por escribir bien». Y, de pie en medio de la lluvia y de los embates del viento, yo me pregunté si realmente sería tan sencillo, si el tiempo era tan liberal con la memoria, tan generoso en el perdón, y la buena escritura podía suplantar a una vida ética. Pero Claudel, tuve que acordarme, no era ni por asomo la única figura problemática entre los cientos de estatuas y monumentos de la ciudad. Bruselas era una ciudad de monumentos, de un gran reparto de piedra y metal grandiosos, obstinadas respuestas a preguntas incómodas. Como fuese, era hora de volver a casa, de dejar a Claudel y su mojada cabeza de bronce, de dejar, en el museo de al lado, el Brueghel del poema de Auden con su Ícaro caído y el inolvidable cuadro de un pintor anónimo de una muchacha con un gorrión muerto.

Esperé el autobús frente a la elaborada obra de hierro de la fachada del Museo de Instrumentos Musicales, y el autobús llegó casi lleno. En el interior hacía calor y estaba húmedo, y a todo el mundo le costaba respirar. Atravesamos la ciudad en esa bruma interior, mirando dificultosamente las calles ventosas. Me bajé en Flagey. Tiré el paraguas, que entonces ya no servía de nada. Al llegar a la rue Philippe me encontré andando detrás de una mujer que empujaba un carrito de bebé. Avanzábamos en fila india entre los edificios y unas vallas provisionales, chatos y robustos paneles de plástico anclados en bloques de cemento para aislar una obra en construcción. Una ráfaga repentina levantó los paneles, que estaban atados entre sí, y los inclinó hacia nosotros. Inmediatamente salté para impedir con las manos y el cuerpo que cayeran. Aunque me tambaleé, no perdí el equilibrio. La mujer, que era joven, de aspecto mediterráneo y llevaba vaqueros muy ceñidos, atinó a desviar el carrito fuera de peligro. Yo no llegué a ver al niño, que estaba abrigado y a resguardo de la lluvia bajo un dosel de plástico transparente. Jadeando, la joven madre me agradeció una y otra vez. Parecía atónita por lo rápido que había pasado todo. Yo hice un ademán de restarle importancia, orgulloso.

El bramido furioso del viento no cejaba. Cien años antes la callejuela por donde andábamos había sido no una calle sino un arroyo. Los planificadores de la ciudad lo habían cubierto y de pronto las casas de la orilla se habían encontrado mirando al

tráfico. Pero el agua había seguido corriendo bajo el suelo, en toda la extensión de la calle, y ahora volvía en forma de lluvia: denso aguacero arriba y agua que fluía debajo.

Salvar un bebé por instinto, un poco de felicidad; pasar un rato con ruandeses, los que habían sobrevivido, un poco de tristeza; la idea de nuestro anonimato último, un poco más de tristeza; deseo sexual colmado sin complicaciones, un poco más de felicidad; y así, sucesivamente, un pensamiento se encadenaba con otro. Qué pequeña me parecía la condición humana, sujeta a esa lucha constante por modular el medio interno, a ese incontrolado movimiento de nube. Como era de prever, la mente también apuntó este juicio y le asignó un lugar: un poco de tristeza. El agua que fluyera una vez por esa calle había desembocado en un estanque en pleno Flagey, un estanque suprimido más tarde para crear una isla peatonal, eco de la creación de la tierra en los mitos más antiguos, de la partición de las aguas.

Había caído la noche. Entré en el apartamento, me quité la ropa y me acosté desnudo en la habitación a oscuras. Gruesas gotas golpeaban la ventana. El pronóstico había acertado: desde donde yo estaba, la lluvia azotaba la tierra en círculos cada vez más amplios. Caía espesamente sobre el barrio portugués, el altar de Pessoa y Casa Botelho. Caía sobre el locutorio de Khalil, donde acaso Faruk acababa de empezar su turno. Caía sobre la cabeza de bronce de Leopoldo II, sobre la de Claudel, sobre las losas del Palacio Real. La lluvia no paraba de caer sobre el campo de batalla de Waterloo en las afueras de la ciudad, sobre el Túmulo del León, las Ardenas, los valles implacables llenos de envejecidos huesos de jóvenes, sobre las conservadas ciudades del oeste, sobre Ypres y las acurrucadas cruces blancas que moteaban los campos de Flandes, el turbulento canal, la imposible frialdad del mar del Norte, sobre Dinamarca, Francia y Alemania.

SEGUNDA PARTE

ME HE INVESTIGADO

## DOCE

Hice un esfuerzo por forjarme una mente de invierno. De hecho, a fines del año pasado me dije en voz alta, como suelo hacer cuando pronuncio estos votos, que tenía que abrazar el invierno como parte del ciclo natural de las estaciones. Desde mi partida de Nigeria me había llevado mal con el clima frío y quería cambiar de actitud. El esfuerzo tuvo un éxito sorprendente y durante octubre, noviembre y diciembre hice frente al viento y la nieve con el vigor apropiado. Algo que ayudó fue tomar la costumbre de abrigarme más de la cuenta. Sin consultar el parte del tiempo me ponía calzoncillos largos, dos pares de calcetines, bufanda, guantes de lana, un chaquetón de paño azul oscuro y zapatos de suela gruesa. Pero ese año no iba a haber verdadero invierno. Me había fortalecido para unas borrascas que no llegarían. Hubo unas pocas lluvias frías y una o dos ventiscas, pero ninguna nevada intensa. A mitad de diciembre tuvimos una serie de días de sol, de una tibieza que irritó, y, cuando al fin cayó la primera nieve de la temporada, yo estaba calándome en la lluvia de Bruselas. De todos modos, como fue una nieve efímera, que ya se había derretido cuando a mediados de enero volví a Nueva York, me dejó la impresión mental de que esa calidez extemporánea y algo siniestra persistía, manteniendo en vilo el mundo, como yo lo experimentaba.

Había vuelto a pensar estas cosas antes incluso de estar de nuevo en la ciudad. Las banales palabras que la voz crujiente del capitán difundió por los altavoces —«En este momento iniciamos las maniobras para el aterrizaje»— aumentaron la ansiedad del regreso como si a esas alturas anticiparan un presagio espectral. Como rápidamente se me enredaron los pensamientos, además de las morbideces que a uno suelen atacarlo en los aviones se apoderaron de mí unas extrañas transposiciones: que el avión era un ataúd, que la ciudad era un vasto cementerio con lápidas de mármol y piedras de diversas alturas y tamaños. Pero cuando rompimos la última capa de nubes y Nueva York apareció de pronto cien metros abajo en su forma real, la impresión no fue en absoluto tan malsana. Lo que experimenté fue el sentimiento inquietante de que ya la había visto antes exactamente así, acompañado de otro sentimiento igualmente intenso: que no había sido desde un avión.

Luego me di cuenta: estaba recordando algo que había visto un año antes: el extenso modelo a escala que exhibían en el Museo de Artes de Queens. La maqueta se había construido para la Feria Mundial de 1964, con gran costo, y después se había actualizado periódicamente de acuerdo con los cambios en la topografía y la edificación. Mostraba la verdadera forma de la ciudad con un detalle impresionante: casi un millón de edificios minúsculos, puentes, parques, ríos e hitos arquitectónicos.

La atención al pormenor era tan meticulosa que uno no podía dejar de pensar en esos cartógrafos de Borges que, obsesionados por la precisión, habían hecho un mapa tan grande y minucioso que representaba el imperio en una escala real, un mapa en que cada cosa coincidía con su punto en el mapa. Se había probado tan inmanejable que finalmente lo habían plegado y dejado pudrir en el desierto. La vista desde el avión, mientras declinábamos hacia Queens, me trajo a la mente todo esto, y ahora era la ciudad real la que parecía coincidir punto por punto con el recuerdo de la maqueta, que yo había contemplado durante largo rato desde una rampa del museo. Hasta la oblicua luz del atardecer que rastrillaba las calles evocaba el foco que usaban en el museo.

Aquel día, frente al Panorama, me habían impresionado los muchos detalles delicadísimos: las calles como arroyuelos que serpenteaban por un Central Park aterciopelado, el boomerang del Bronx curvándose hacia el norte, la elegante aguja beige del Empire State, las tabletas blancas de los muelles de Brooklyn y el par de bloques grises de la punta sur de Manhattan, cada uno de unos treinta centímetros de altura, que representaban, en la maqueta, la persistencia de unas torres del World Trade Center que en realidad ya habían sido destruidas.

Al día siguiente, todavía en la bruma mental del *jet lag*, y sabiendo que hacia las siete de la tarde empezaría a tener sueño, traté de apartar de la cabeza las cavilaciones del lunes. No podía evitar que mis colegas fueran hostiles porque me había tomado las cuatro semanas de vacaciones seguidas. El reglamento del programa permitía usar así el término vacacional, pero nadie solía hacerlo y se consideraba grosero porque ponía a los otros residentes bajo presión añadida. Era el tipo de cosa que probablemente apareciera en una futura carta de recomendación, disfrazada en tenues palabras de elogio. Durante mis cuatro semanas de ausencia se habrían rechazado muchos casos, salvo los más serios. Debía de haber varios pacientes nuevos.

Se avecinaban semanas difíciles.

Para eso aún faltaba un día. El domingo bajé al International Center of Photography en el *midtown*. La atracción principal era una exposición de Martin Munkácsi. Como había billete para estudiantes, mentí: saqué a relucir un segundo mi carnet de la escuela de medicina, ya vencido, y al hacerlo recordé lo grave que esa práctica le parecía a Nadège. Yo siempre le había replicado que, si bien técnicamente había terminado la licenciatura, apenas ganaba más que un estudiante. Había empezado a usar el carnet vencido más a menudo, al principio sólo por molestarla, después por costumbre. Me acordé de Nadège porque me había escrito mientras yo estaba de viaje. En la pila de correo impreso que me esperaba en el piso había un sobre de color verde lima escrito con su letra. La tarjeta era una escena navideña de una dulzura indigesta y dentro había un saludo de ella.

La exposición estaba repleta y las fotos me resultaron inesperadamente vivaces. Munkácsi practicaba un periodismo dinámico: le gustaban las poses deportivas, la juventud, la gente en movimiento. En esas instantáneas —que, si bien cuidadosamente compuestas, siempre parecían tomadas sobre la marcha— yo podía ver la conciencia alerta que había puesto en sus obras magistrales, como la foto de tres niños africanos corriendo hacia las olas en Liberia. A partir de él, y de esa foto en particular, Henri Cartier-Bresson había desarrollado su ideal del momento decisivo. En medio de la blancura de la galería, con sus hileras de fotos y el apremiante murmullo de sus espectadores, la fotografía me parecía un arte misterioso como ninguno. De toda la historia, un momento quedaba capturado, pero los momentos anteriores y posteriores desaparecían en la corriente del tiempo: sólo el momento elegido era privilegiado, preservado, por la sola razón de que lo había captado el ojo de la cámara.

Munkácsi abandonó Hungría por Alemania, donde permanecería hasta 1934. Trabajó para el *Berliner Illustrirte Zeitung*, una revista semanal de fotografía y publicidad, para la que hizo en 1930 la foto de los niños liberianos. El *Illustrirte Zeitung* había cubierto la Primera Guerra Mundial y, después de la partida de Munkácsi, cubriría también la Segunda. En la exposición del ICP, en vitrinas de plexiglás a la altura de la cintura, había ejemplares de la revista con obra de él. A mi lado, inclinado igual que yo, un hombre de unos sesenta años estaba estudiando la misma vitrina. Tenía una expresión tranquila y llevaba un anorak amarillo. Como advirtió con qué atención estudiaba yo los ejemplares, dijo, sin volverse a mirarme, que había un error ortográfico —en la revista habían impreso *illustrirte* en vez de *illustrierte*, dijo— y que eso había pasado desde el primer número. En ese número, el primero, dijo el caballero, había sido un error, pero luego se había convertido en una suerte de punto de referencia y no lo habían tocado. Para él era un hecho familiar que recordaba de la niñez. Durante su infancia en Berlín la revista había llegado todas las semanas a su casa.

Al percibir mi interés, el hombre siguió hablando y a medida que hablaba nuestros ojos se movían por la superficie de las fotos de Munkácsi. En una, que debía de haber tomado desde un zepelín, se veía un campo con jóvenes alemanes echados al sol. Los cuerpos, que llenaban todo el espacio disponible, formaban un dibujo abstracto y compacto contra el campo. El hombre hablaba con la lentitud de quien se adentra en un recuerdo, pero no en un recuerdo brumoso, y hablaba con claridad, como si lo que contaba acabase de ocurrir. En 1937, cuando nos fuimos de Berlín, yo tenía trece años, dijo, y desde entonces Nueva York ha sido mi casa.

Yo había errado por mucho en el cálculo, sin embargo él no parecía en absoluto tener ochenta y cuatro años. Estaba en buena forma y se movía como si la edad no lo mermara. También había una ligereza en su modo de hablar de la infancia, casi como

si se refiriese a otra cosa, a algo menos terrible, menos devastador. Sólo mucho más tarde, siguió diciendo, adoptaron por fin el *illustrierte* con la *e* que faltaba. Pero esta grafía, ésta, es la que conocí yo en aquel tiempo. ¿Ha estado usted en Berlín? Le dije que sí, y que la había disfrutado mucho. Yo nunca he vuelto, dijo él, pero me gustaba mucho. Es inimaginable lo diferente que habrá sido entonces, dije yo. No le conté que mi madre y mi oma habían estado allí poco antes de que acabara la guerra y después, ni que, en este sentido lejano, yo mismo era berlinés. Si hubiésemos seguido hablando le habría contado que era de Nigeria, de Lagos. Lo cierto es que en ese momento su esposa vino a unirse a él, o una señora mayor que supuse era su esposa. Parecía más vieja que él y usaba un andador. Él sonrió, hizo un gesto con la cabeza y se alejó con ella hacia otra sala de la exposición.

El clima de las fotos de Munkácsi se hacía más oscuro al acercarse la década de 1930, los futbolistas y las modelos daban paso a las frías tensiones del estado militar. El relato, contado innumerables veces, conserva su poder de acelerar el corazón: uno siempre guarda la secreta esperanza de que las cosas ocurran de otra manera, de que el registro de aquellos años exhiba males de una escala más próxima al resto de la historia humana. Por conocido que sea, por mucho que se lo reitere, la enormidad de lo que pasó siempre llega como una conmoción. Y eso fue lo que sucedió cuando, entre las fotografías de tropas y desfiles durante la apertura del Reichstag en 1933, vi en el centro de una columna de militares, a la vez esperada e imprevista, la imagen del nuevo canciller alemán. De cerca, con su contorsionada cara de pesadilla, lo seguía Goebbels. Por casualidad yo estaba mirando esa foto al mismo tiempo que una pareja joven, ellos a la izquierda y yo a la derecha. Eran judíos jasídicos, y yo carecía de acceso razonable a lo que podía significar para ellos estar en la exposición: el odio indisoluble que yo sentía por los sujetos de la foto, en ellos se transmutaba... ¿en qué? ¿Qué había más sólido que el odio? No lo sabía, y no podía preguntar. Necesitaba irme enseguida, necesitaba descansar la vista en otra parte, ausentarme de ese encuentro silencioso en que me había embarcado imprudentemente. Los jóvenes estaban muy juntos, callados. Yo ya no soportaba mirarlos, ni a ellos ni lo que estaban mirando.

La exposición giraba sobre ese eje. A partir de allí se transformaba inevitablemente en otra cosa. Había otras fotos, imágenes de la carrera exitosa de Munkácsi en el Hollywood de la década de 1940, retratos estilizados de personalidades y artistas, de Joan Crawford y Fred Astaire. Pero la tarde estaba envenenada y lo único que yo quería era irme a casa, dormir y empezar mi año de trabajo. Avancé hacia la puerta entre el gentío y al pasar por la tienda del museo divisé al anciano berlinés y su mujer. Su historia del *illustrierte*, guardada por tanto tiempo, por fin había encontrado el lugar y el momento para airearse, y era imposible imaginar cuántas historias pequeñas cargaba consigo gente de toda la ciudad. Sólo

entonces tomé conciencia de que Munkácsi, el fotógrafo del llamado *Día de Potsdam*, cuya cámara había sustraído para espectadores futuros un momento en apariencia ordinario en la Berlín de 1933, era él mismo judío.

Anduve hacia el norte por la Sexta Avenida hasta la calle 59. Luego di la vuelta, fui por Broadway hasta Times Square y pasé por el club de jazz Iridium. Ya sin ganas de irme a la cama, en un intento de retar al *jet lag*, llamé a un amigo para preguntarle si quería ir a escuchar a un guitarrista que tocaba esa noche. Él expresó un asombro sarcástico de que yo estuviera dispuesto a pagar por escuchar jazz pero dijo que ya tenía planes. Así que me fui a casa, con la idea de llamar a Nadège: en California serían las cuatro de la tarde y ella habría vuelto de misa. Pero aún no era el momento de abrir las líneas de comunicación. Habían pasado meses pero no era el momento. Qué extraño el efecto que habían tenido en mí los pocos meses con ella. Tal vez la tarjeta significara que desde su punto de vista había comenzado el deshielo, pero yo, por mi parte, no estaba preparado. Tampoco estaba listo, ahora que lo pienso, para admitirme que había sobrevalorado nuestra breve relación. En casa me di una ducha, medio adormecido bajo el agua caliente, y me metí en la cama, pero enseguida volví a levantarme y después de todo la llamé.

Experimentamos la vida como un continuo y sólo una vez que declina, una vez que se vuelve pasado, vemos las discontinuidades. El pasado, si existe, es sobre todo espacio vacío, grandes extensiones de nada en las cuales flotan personas y acontecimientos significativos. Así era Nigeria para mí: algo mayormente olvidado salvo por algunas cosas que recordaba con una intensidad desmedida. Cosas que se habían solidificado en mi mente a fuerza de reiteración: ciertas caras, ciertas conversaciones que, tomadas en conjunto, representaban una versión segura del pasado que yo venía construyendo desde 1992. Pero había otro sentimiento de las cosas pasadas, una irrupción. El reencuentro repentino en el presente con algo o alguien largo tiempo olvidados, una parte de mí que había relegado a la infancia y a África. De ese pasado surgió un día una vieja amiga, amiga o más bien conocida que a la memoria le había sido práctico pensar como amiga, y lo que parecía haberse desvanecido totalmente volvió a la existencia. Apareció a fines de enero (*aparición* fue la palabra que me vino a la mente) en una tienda de comestibles de Union Square. No la reconocí, y durante un rato ella anduvo tras mis pasos por los pasillos para darme una oportunidad de tomar la iniciativa. Sólo cuando noté que me seguían, y empezaba a ajustar el cuerpo a esa conciencia escéptica, ella avanzó directamente hacia donde yo estaba, parado ante un cajón de zanahorias y rábanos. Dijo un «hola» como un destello, agitó la mano y, sonriendo, me llamó por mi nombre y apellido. Evidentemente esperaba que yo la recordase. No la recordé.

Parecía yoruba. Tenía los ojos levemente rasgados y una mandíbula de una

elegancia afilada, y estaba claro que era en el acento donde yo debía buscar nuestro vínculo. Pero no logré encontrarlo. En el mismo momento en que confesé que había borrado quién era, ella me acusó de eso mismo, un cargo grave pero expresado jocosamente. No podía creer que la hubiese olvidado y, como para reprenderme, dijo varias veces mi nombre en rápida sucesión. La disculpa despreocupada que ofrecí encubría una súbita irritación. Por un momento temí que alargase demasiado el acertijo y me obligase a sonsacarla con lisonjas, pero ella misma se presentó y recuperé la memoria. Moji Kasali. Era la hermana mayor de Dayo, un compañero del colegio. La había visto dos o tres veces en Lagos, cuando en época de vacaciones iba a visitar a Dayo a su casa. En los primeros tiempos del MSN, Dayo y yo éramos muy amigos, pero él no se había quedado mucho en el instituto. Al comienzo del segundo curso de bachillerato lo habían cambiado a un colegio privado de Lagos. En las siguientes vacaciones de Navidad habíamos hecho un esfuerzo por comunicarnos, pero cuando fui a su casa el portero no me dejó pasar, y cuando una semana después él quiso devolverme la visita yo no estaba. Ya no nos conectábamos por MSN y yo estaba seguro de que él tenía amigos nuevos. Nuestra amistad se había apagado. Alrededor de un año después lo había encontrado en no sé qué pista de tenis de Apapa. Estaba con una chica, posando de famoso de la ciudad, y tuvimos una conversación forzada.

Por entonces yo era mucho más alto, pero él más robusto y ya tenía una incipiente barba áspera. Una vez más nos prometimos mantener el contacto y recuerdo haberle contado que estaba pensando en irme a Estados Unidos, si encontraba una vía, aunque resultó que sólo pude marcharme unos años después. Aquel día él llevaba gafas negras, que no se quitó aunque el cielo estaba cubierto. La amiga llevaba polo blanco, *shorts* ajustados, y daba la impresión de aburrirse, todo lo cual la convirtió en inmediato objeto de mi envidia. Nada importaba que yo tuviera una novia. La chica de Dayo me pareció increíblemente guay.

Me llevé su dirección y su número telefónico —me los apuntó, lo recuerdo, en el reverso de un folleto religioso que alguien había pegado a la reja—, y no mucho después lo llamé. Luego hubo una fiesta en su casa, una fiesta salvaje con litros de alcohol. Para entonces la chica ya no figuraba, habían roto, yo había roto con mi novia. Después perdí la dirección de Dayo y, fuera como fuese, tres años más tarde, cuando vine a Estados Unidos, ya no tenía intenciones serias de escribirle, ni a él ni a nadie. La promesa de que iba a hacerlo había sido un gesto de respeto, un reconocimiento de que una vez, en la adolescencia, habíamos sido amigos íntimos, y fugazmente incluso los mejores amigos uno del otro.

Dudo de que trece años después lo hubiera reconocido en una tienda, y mucho menos podía reconocer a su hermana. Pero ahora la certeza con que ella me identificaba por el nombre, la naturalidad con que lo repetía, me sugirieron que ella

había pensado en mí pero sin esperar nunca volver a verme. Y acaso yo había sido blanco inconsciente de un enamoramiento de colegiala: el amigo del hermano, el petimetre sofisticado, el aplomado más-que-adolescente. En mis primeras visitas a la casa de Dayo había habido un par de compañeros más, y por supuesto que ella no había hecho caso. Tal vez le interesábamos más de lo que demostraba. Tal vez el recuerdo permanecía ahora que estaba frente a mí, con una caja de muesli bajo el brazo, y era el rescoldo de ese recuerdo lo que la hacía mirarme a los ojos, y sostener la mirada, mientras me hacía las preguntas previsibles: matrimonio, hijos, carrera. Cuando hube contestado, respuestas llanas que me cuidé de no emitir muy bruscamente, consideré de buena educación preguntarle lo mismo.

Era consultora de inversiones en Lehman Brothers, dijo. Fingí que estaba impresionado y comenté con vagos ruiditos lo ocupada que debía de estar. Pero, como no quería seguir con el charloteo, miraba de tanto en tanto la cesta que tenía en la mano y la escuchaba asintiendo. Por el momento su hermano estaba en Nigeria, dijo. La carrera la había hecho en el Reino Unido, en el Imperial College, pero había vuelto y se había casado. Moji contó que durante los seis años de él en Londres se habían mantenido muy en contacto. Ahora no hablamos muy a menudo, dijo, él tiene un niño, tiene una empresa de ingeniería civil y la dirige. Pero a veces le pasan cosas. En 1995 tuvo un accidente, justo cuando iba a doctorarse. Supongo que es lo más gordo que le pasó desde que tú te fuiste de Nigeria. En aquel momento estudiaba en el este, en Nsukka, y tomaba un autocar que chocó, de noche, en la autopista. El autobús se llevó por delante a un motorista que iba sin luces y cayó por el arcén. De los catorce pasajeros, diez murieron en el acto, otros tres quedaron malheridos y uno de ellos murió a los pocos días. Dayo fue el único que salió ileso. Creo que con un hombro dislocado o algo así, pero nada importante. Todo el mundo piensa que una experiencia como ésa debe de hacerte más religioso. En él no tuvo ese efecto. Supongo que se volvió más reflexivo. Durante un par de años se movió por la vida sumido en una especie de estupor, de ausencia. Del accidente habló una sola vez, poco después de volver a Lagos, y fue entonces cuando nos enteramos nosotros. Como tal vez había salido en las últimas páginas de los periódicos, diez muertos en un accidente en Nsukka, o algo por el estilo, podríamos haberlo leído, pero nunca nos habríamos imaginado que él iba en aquel autocar. Sencillamente se lo guardó hasta que fue a casa cuando acabó el semestre, es así de raro. Mis padres, desde luego, lo hicieron ir a una misa especial de acción de gracias. Él aceptó. Luego se quitó el asunto de la cabeza, lo archivó como si hubiera sido una simple pesadilla y, si alguna vez lo revive, nunca es en público. Yo, claro, tenía curiosidad, y al principio lo pinchaba, pero él se cerraba como una almeja y no había más que hablar. Aunque he visto muertos en algún accidente —me temo que en Nigeria no hay nadie que no haya pasado por eso— estoy segura de que es muy distinto cuando en el accidente estás tú,

o cuando te salvaste por un pelo de ser el cadáver que tienes al lado. Así que por un tiempo todos trataron a Dayo como si hubiera tenido toda la suerte del mundo, pero creo que para él la verdadera suerte habría sido no estar allí. De todos modos ahora casi lo ha dejado atrás, ocurrió hace mucho tiempo. Seguro que te estoy dando más detalles de los que pediste.

Habíamos agotado los temas en común y al parecer no quedaba nada de que hablar. Me aseguró que volvería a saber de ella y, de una manera ya muy exasperante, volvió a maravillarse de que nos hubiéramos encontrado. Yo no creo en las coincidencias, dijo. Las cosas pasan o no pasan, la coincidencia no tiene nada que ver.

## TRECE

A comienzos de febrero bajé a Wall Street a encontrarme con Parrish, el contable que se encargaba de mis impuestos, pero olvidé llevar el talonario de cheques. Hablando con él poco antes de salir de casa, le había preguntado si debía llevar algo y él había dicho que llevase un cheque para pagarle. Yo había sacado el talonario de su cajón y lo había dejado sobre la mesa con los guantes y las llaves. Pero lo había dejado allí y sólo me di cuenta cuando el metro de la línea 2 llegó a la estación. Ir a la cita con las manos vacías me incomodaba. Pero sólo tenía que darle doscientos dólares y llevaba conmigo la tarjeta de crédito. Podía sacar efectivo. Poner billetes en un sobre y deslizarlo sobre la mesa sonaba vagamente ilícito, pero era mejor que no pagarle.

A la salida de la estación Wall Street miré alrededor buscando un cajero. No había estado en esa zona de la ciudad desde mi caminata nocturna de noviembre. Ahora, a la luz del día, con el sol derramándose a través de las hondas grietas que formaban los lados de los rascacielos, el carácter ominoso de la calle quedaba domesticado. Se había vuelto una calle corriente, un sitio de trabajo, muy estropeado, como era común, por vallas de construcción y cordones donde había obras, libre de la visión dantesca de apiñados cuerpos sin rostro que yo había experimentado meses antes. Después de andar un poco encontré un cajero dentro de una farmacia, pero no pude sacar dinero porque no tecleé los cuatro dígitos correctos del código de mi tarjeta. Así que volví a probar, pero fallé de nuevo. Lo intenté cinco veces con diferentes números y todos eran erróneos. No me alarmé, lo que hubiera sucedido de haber pensado que el problema era la tarjeta, más bien me puse triste. Sencillamente había olvidado el número. Un pensamiento fugaz pasó por mi cabeza: qué terrible sería quedarse así, en blanco, mientras uno atendía a un paciente. Hacía más de seis años que yo usaba esa tarjeta ATM y siempre había tenido el mismo código. La había usado en el viaje a Bruselas y de hecho había dependido de ella para todo.

Ahora, de pie en una pequeña farmacia situada en la esquina de Water Street y Wall Street, con la mente en blanco, era presa de un trastorno nervioso, ésta fue la expresión que se me ocurrió, como si me hubiera convertido en un personaje menor de una novela de Jane Austen. El súbito desfallecimiento mental, pensé (mientras la máquina preguntaba si quería probar de nuevo, y yo lo hacía y fracasaba una vez más), provenía de una versión simplificada del yo, una zona de simplicidad allí donde antes las cosas habían sido más robustas. Sin traicionar la verdad, lo mismo podía aplicarse a una pierna rota: de pronto disminuido, uno caminaba sin entender del todo en qué consistía caminar.

Ya estaba llegando tarde a la cita con Parrish, a quien me había recomendado un colega. Pero salí de la farmacia y eché a vagar por la zona tratando de calmarme. Hacía frío, con la dura brisa que llegaba del East River, dos manzanas más allá, el sol no calentaba mucho. En el cielo brillante había nubes pequeñas y numerosas, encrespadas como olas en una rompiente. Temblando, intenté pasar por alto el nerviosismo, con la esperanza de que se alejara flotando sin más. Bajé hasta Hanover Square y veinte minutos después, sin un número definido en la cabeza, entré en otro cajero, éste en el vestíbulo de un banco. Volví a intentar sacar dinero: tal vez la memoria de mis dedos, su familiaridad con la pauta, respondiera por mí como a veces lo hacía en el caso de los números telefónicos. Me sorprendía que las máquinas permitiesen tantos intentos. En cualquier caso, todos fracasaron y me quedé con un puñado de recibos impresos. Había estado pensando que el número era el 2046. Pero no: ése venía del título de una película de Wong Kar Wai. El que yo perseguía era similar, yo lo había elegido antes de que se estrenara la película, pero el que seguía resonando en mi cabeza era el 2046.

Cuando al fin me senté con Parrish, le dije que había olvidado llevar el talonario. No mencioné lo de los cajeros. Él, solemne, se ajustó los gemelos y yo sentí que había perturbado un universo cuidadosamente calibrado. Me excusé y le aseguré que pondría el cheque en el correo esa misma tarde. Él se encogió de hombros y firmé los papeles que me había preparado. La insospechada zona de fragilidad que había descubierto en mí me tenía atónito. Era uno de esos presagios de la edad insignificantes que yo tendía a observar en otros con una sonrisa, que tomaba como un signo de presunción. Pensé en los pocos rizos blancos que habían brotado y anidaban ahora en la masa negra de mi pelo. Aunque bromeaba sobre el asunto, sabía también que un día todo el pelo iba a cambiar de color, que las hebras blancas se multiplicarían hasta vencer, que si llegaba a viejo, como *mama*, apenas me quedaría un cabello negro.

Por Broadway, pasando frente a la antigua Aduana, bajé hasta Battery Park. Era un día claro y se veía desde Brooklyn hasta Staten Island y el destellante figurín verde de la estatua de la Libertad. En el quieto aire de la tarde, la línea de edificios parecía un Tetris. El parque desbordaba de ruidos de niños demasiado pequeños para ir a la escuela. Alrededor de ellos se afanaban las madres en el área de juegos. El chirrido de los columpios era una señal, pensé, para recordar a los niños que se lo estaban pasando bien: sin ese chirrido se habrían desconcertado. A mitad del siglo XIX aquella parte de la ciudad había sido un centro de actividad comercial. Si bien en 1820 el tráfico de esclavos se había declarado delito capital en Estados Unidos, Nueva York siguió siendo durante mucho tiempo el puerto más importante para la construcción, aseguramiento y botadura de barcos negreros. Buena parte de la carga humana de esas embarcaciones se destinaba a Cuba, en cuyas plantaciones de caña de

azúcar el trabajo lo hacían africanos.

En cuanto a obtener provecho de la esclavitud, el City Bank de Nueva York no se diferenciaba de otras empresas fundadas por comerciantes y banqueros de la época: del mismo medio surgieron las compañías que más tarde se convertirían en AT&T y en Con Edison. En 1837 Moses Taylor, uno de los hombres más ricos del mundo, se había incorporado al comité directivo del City Bank tras una larga y exitosa carrera en el comercio del azúcar. En 1855 llegó a ser presidente del banco y en ese cargo sirvió hasta su muerte en 1882. Durante la guerra Taylor ayudó a sostener el esfuerzo de los unionistas, pero también hizo enormes ganancias como intermediario en la venta de azúcar cubano en el puerto de Nueva York; invertía los beneficios de los productores azucareros, facilitaba el tránsito de la carga por la aduana y ayudaba a financiar la compra de «mano de obra». Dicho de otro modo, hacía posible que los dueños de plantaciones pagaran por la compra de esclavos, algo que en parte llevaba a cabo con sus propios barcos. Tenía seis navegando los mares. Taylor y otros banqueros como él sabían muy bien qué estaban haciendo, y el optimismo les resultaba muy rentable. Los márgenes de ganancias eran irresistibles: de un barco de transporte de esclavos totalmente aparejado, que valía unos trece mil dólares, podía esperarse que entregase cargamento humano por valor de doscientos mil. En 1852, cuando el City Bank ingresaba sus mayores ganancias, *The New York Times* apuntó que cuando las autoridades aducían que no podían parar aquel abuso, sencillamente estaban haciendo confesión de imbecilidad, y que, si se trataba de voluntad, la falta moral en que estaban incurriendo equivalía a la de los propios esclavistas.

El circuito que iba de la aduana vieja a Wall Street y de allí hasta el puerto marítimo de South Street era de menos de un kilómetro y medio. Enfrente de la Aduana estaba Bowling Green, un parque que en el siglo XVII se había usado para las ejecuciones de pobres y esclavos. En un espacio asfaltado del parque, a lo largo de una avenida flanqueada de recios olmos de gran copa, había un grupo de mujeres chinas bailando en orden de formación. Eran ocho, todas en ropa informal. Una era joven, de algo más de treinta años. Las demás tenían el pelo gris, y una parecía especialmente anciana y sabia. Hacían calistenia al compás de la música pop vagamente marcial que surgía de un reproductor a todo volumen. La bailarina joven dirigía. Exageraba mucho los movimientos. Cada vez que balanceaba los brazos, las larguísimas mangas de la holgada chaqueta rosa se agitaban describiendo curvas caligráficas. Las otras la seguían con facilidad a través de estiramientos, picados, cuartos de vuelta en una dirección y medias vueltas en la otra. Tenía gracia y belleza. Pero cuando paró la música y hubo una pausa en la danza dejó de parecer guapa. Toda la belleza había estado en el movimiento.

La pausa me permitió oír otro sonido, el de un instrumento que sonaba en la otra punta del parque. Decidí acercarme y anduve bajo la enramada de olmos siguiendo

una fila de mesas de ajedrez de cemento, oasis de orden e invitación a la soledad en pareja. Pero no había nadie jugando. Alrededor del pie de las mesas, que se hundía en el suelo, crecía un musgo que se extendía por el cemento y el suelo y daba la impresión de que las mesas habían arraigado. Andando bajo los árboles pasé frente a los columpios y cuando me acercaba al final de la enramada pude distinguir que lo que sonaba era un *erhu*. La línea era airosa y ligera, con la ligereza precisa de lo anticuado. Qué claro aquel sonido en el parque, qué diferente del gemido del mismo instrumento cuando lo tocaba un músico de metro compitiendo con el chirrido de los trenes.

Al llegar al otro lado del parque vi que en realidad no había un músico sino dos. Tocaban sus *erhus* al unísono, sentados los dos en un poyo de piedra, y frente a ellos, de pie, había una joven cantando. Cerca de los músicos, tres mujeres y un hombre, todos maduros, hablaban y se estiraban. Una de las mujeres llevaba un niño en brazos y, mientras jugaba con él, daba lentos pasos con los pies de punta hacia la hierba, uno primero, luego el otro. Sus movimientos deliberados eran como la sombra rezagada de los de las bailarinas. Me senté un buen rato en la hierba a escuchar los *erhus* y el canto. Hacía frío. La muchacha cantaba con suavidad, ajustándose nota a nota a las cuerdas frotadas. Los músicos se marcaban uno a otro los acentos con un ademán de la cabeza. Pensé en Li Po y en Wang Wei, en los arreglos de las canciones de Harry Partch y en *Las consolaciones de la beca*, la ópera de Judith Weir, que eran lo que yo más podía asociar con esa música china. La canción, el cielo claro, los olmos: habría podido ser cualquier día de los últimos mil quinientos años.

En el obituario que yo había leído por la mañana, el *Times* había dicho que V. había escrito sobre lo atroz sin inmutarse. Podrían haber dicho: sin inmutarse en apariencia, porque todo la había afectado mucho más profundamente de lo que uno pudiera imaginar. Me costaba imaginar la crudeza del dolor que estaría sintiendo su familia: el marido, los padres. Regresé a la elevación del parque, donde había estado antes de buscar la música. Las bailarinas habían vuelto a empezar. Noté que varias vestían de rojo o de rosa. No recordaba bien si en la cultura china el rojo daba suerte. El fino sonido de los *erhus* se deslizaba aún entre los tambores del CD de las bailarinas, y era como si convocase al ojo de mi mente los antiguos espíritus que V. tanto se había cuidado de honrar en su obra. Alejándome de las bailarinas, me volví una vez más hacia la curva de la bahía y me senté en un banco verde de madera. Un junco curioso, negro en la parte superior y blanco debajo, saltó hasta mis pies. Era muy pequeño y pronto alzó el vuelo. En el banco había otro hombre: llevaba un traje de lino, los zapatos muy bien lustrados y sombrero de paja, ropa de verano en un día de invierno. La camisa era amarilla y la corbata marrón oscuro (por un momento la risa de las mujeres chinas interrumpió la línea de mis pensamientos). El hombre tenía un bigote blanco perfectamente cortado. Estaba leyendo *El Diario* con seriedad y

lentitud. Allí estábamos sentados, los dos, y yo miraba el verdor del parque. Ninguno de los dos reconocía la presencia del otro, aunque de golpe sentí el impulso de contarle todo sobre la vida de V., la profundidad de su trabajo, su muerte trágica. Estábamos sentados, nada más, y ante nosotros el día rodaba otero abajo y se alejaba a la deriva por la hierba, por el agua, entre el trajín de los ferris, hacia el sur, hacia la estatua de la Libertad.

Cuando llegué a casa, todavía sin recordar la contraseña de mi tarjeta de crédito, me negué a consultar los documentos del banco. Me dije que sin duda el número regresaría a su debido tiempo. Luego me olvidé del incidente por completo. Al día siguiente llamaron del Citibank para decirme que habían notado una docena de intentos fallidos de retirar dinero de mi cuenta. Fui jovial con la empleada y le aseguré que el responsable no era un ladrón sino mi inoportuna senilidad, no había ningún problema con mi tarjeta, no tenían por qué preocuparse. Pero después de colgar me senté en la cama en el silencio del piso. Aunque había olvidado el incidente, ahora retornaba, esta vez más abrumadoramente y sin testigos ni registro oficial. Era un sentimiento extraño y difícil de disipar: el recuerdo de estar solo, solo en Wall Street con la memoria perdida, patético joven-viejo deambulando, presa de vete a saber qué desorden nervioso, mientras alrededor la gente chic cerraba tratos, hablaba por el móvil y se ajustaba los gemelos. Recordé haber visto un policía con una automática brillando en la funda, y que entonces se había apoderado de mí una rara especie de envidia de ese arma, de su falta absoluta de ambigüedad, de su promesa de peligro. Imaginé que había olvidado no sólo aquél sino todos los números, y también todos los nombres, y hasta qué había ido a hacer a Wall Street. Me levanté de la cama a controlar el horno.

Más tarde, el mismo día, nevó. Era la primera nevada de la estación que yo presenciaba. Un furioso sentimiento de desequilibrio cayó sobre mí mientras miraba los copos precipitarse, oscilando, y desaparecer al contacto con el suelo. Casi una semana después, cuando el frente frío se había replegado una vez más a las sombras de nuestro invierno poco invernal, yo aún no había recordado la contraseña de cuatro dígitos. Finalmente busqué entre mis documentos y volví a capturar lo que, sin razón, había estado flotando fuera de mi alcance.

## CATORCE

Hemos pasado un mal rato, dijo el doctor Saito, dándome la bienvenida. He estado durmiendo aquí en la sala, en este catre. Tuvimos una invasión de una especie de chinches. *Chaquetas rojas*, las llaman en esta región; ¿conocías el nombre? Creímos que el fumigador las había exterminado, pero ocho días después reaparecieron con más fuerza y para mi disgusto tuve que elegir entre esta sala, con esos respiraderos ruidosos, o dejar que las criaturitas me devorasen. Señaló las tablillas que había sobre la ventana. Es que muerden. Como ésta, una, dos, tres te andan por el brazo, desayuno, almuerzo y cena, pero me temo que ya no me queda mucha sangre que dar. Luego unió las manos y dijo que esperaba que en unos días volviese el fumigador.

Pero estoy de muy buen ánimo, así que has venido en un momento excelente. Hoy salí temprano, fui al Lincoln Center a ver a la Chamber Music Orchestra. Tocarón una cantata de Bach, la del café. ¿La conoces? La interpretaron tan bien que parecía una obra recién hecha. Es sobre un padre preocupado por las decisiones de su hija. Al menos sabemos que en tantos siglos no ha cambiado nada. Entonces el café era una novedad, y los mayores veían esa droga con escepticismo, y con más escepticismo se tomaban el entusiasmo que provocaba en los jóvenes. Les habría sorprendido ver qué común es ahora. Y te diré que mientras escuchaba el concierto me di cuenta de que exactamente lo mismo sucede hoy con la marihuana. Café, café, café, cantaba la muchacha, he de tomar café. ¡Tres veces al día o me marchito!

Me senté frente al profesor Saito en una silla sin brazos. Daba gusto verlo vigoroso, divertido. Me ponía contento. Tenía las manos ásperas y venosas, flacas, frías, y yo me acerqué para tomárselas y se las masajeeé. En la gris y amarillenta luz de invierno del piso, en pleno invierno de la vida de él, parecía el acto más natural. Lo siento si hace tanto que no venía, dije. He estado con mucho trabajo. Él me preguntó si acababa de regresar de Europa. No, dije, volví a mediados de enero, y desde entonces no he dejado de pensar en usted. Pero los turnos han sido exigentes como nunca. Ahora que las cosas se han estabilizado empezará a verme más a menudo.

Qué ruido hay, y me parece que ya podemos bajar la calefacción, si te parece. Llamó a la enfermera. ¿Cree que podemos bajar la calefacción, Mary? En realidad, creo que de momento podríamos apagarla, dijo, ajustándose la manta sobre las rodillas. Esto está otra vez muy seco, es por el calor. Como usted quiera, dijo ella. Me pareció que desde la última vez que yo la había visto, unos meses antes, había aumentado mucho de peso. Pero entonces me di cuenta de que estaba esperando un niño y empezaba a notarse. Yo no la habría considerado lo bastante joven, con los

más de cuarenta que le había calculado. Pero el límite por arriba cambia continuamente. Hoy ya no es raro tener un hijo a los cuarenta, y ni siquiera a los cincuenta es insólito. La miré a los ojos, hice un gesto hacia la panza y sonreí. Ella me devolvió la sonrisa.

Mary, ¿ha llegado el periódico del domingo? Vaya, qué bien, quizá Julius quiera leerle algo a un viejo... Le dije que lo haría con mucho placer y fui hasta la mesa, donde el periódico estaba encima de muchos otros. El piso estaba lleno de colecciones diversas: la infinita variedad de máscaras de los mares del Sur en las paredes, algunas de madera de lustre oscuro, otras de colores brillantes, los periódicos de meses y meses apilados sobre la mesa y junto a la puerta, las estanterías atestadas desde donde cientos de volúmenes reclamaban atención, las estatuillas y títeres apretados sobre el escritorio que había frente al pasillo de entrada. Lo único que faltaba, se me ocurrió, eran fotos: de familiares, de amigos, del propio profesor Saito.

Leí los titulares del *Times* y los dos primeros párrafos de cada artículo de la primera página. La mayoría eran sobre la guerra. Levanté la vista y dije: La cabeza casi no puede con las consecuencias de esta invasión. No paro de pensar en esto, me parece un desastre espantoso. Sí, dijo el profesor Saito, pero a mí me pasó lo mismo con otra guerra. Había tal tensión que no creíamos que fuera a acabarse. Llamaron a muchísima gente a filas, y la verdad es que todavía estaba fresca la Segunda Guerra Mundial. Se dudaba de hasta dónde llegarían las cosas, cuánto tiempo duraría el punto muerto, quién más iba a comprometerse. Había un miedo tácito a las armas nucleares, y fíjate que eso empeoró cuando en la guerra entró China. El miedo tácito se hizo explícito. Los estadounidenses empezamos a preguntarnos si usar otra vez la bomba atómica. Pero la guerra terminó, como terminan todas las guerras, se agotó. Con Vietnam hubo otra clase de presión, al menos para los que psicológicamente habíamos estado inmersos en Corea. Para los jóvenes, para la generación posterior a la nuestra, Vietnam fue una batalla mental. Por esa experiencia se pasa una sola vez, la experiencia de lo fútil que puede ser una guerra. Uno le cierra la puerta a todos esos nombres de ciudades, el torrente de noticias. A mí no me pasó con la Segunda Guerra Mundial, fue una experiencia de mucho mayor aislamiento, mucho más difícil. Pero en 1950, como hombre libre y parte de la escena del campus, experimenté Corea con más intensidad. Para mediados de los sesenta la confusión de la guerra ya no era una novedad para mí. Y esta guerra de ahora es una batalla mental para otra generación, la tuya. Hay nombres de ciudades que en ti evocan un horror real porque has aprendido a asociarlos con atrocidades; pero para la generación que sigue a la tuya esos nombres no van a significar nada; no se tarda mucho en olvidar. Para ellos Faluya tendrá tan poco sentido como Daejeon para ti. Pero, oye, como siempre me he desviado de lo que estaba diciendo. Me parece que realmente Bach me hizo circular la sangre. Perdona que divague tanto. ¿Por qué no me lees los demás

titulares?

Le dije que me gustaban sus divagaciones. Pero, a medida que leía artículos sobre la radio satélite y el matrimonio civil en Nueva Jersey, fue como si me volviera alguien que ya no estaba allí. Mi mente recogió un hilo anterior de la conversación. Cuando el profesor Saito me pidió que no parase en el segundo párrafo, que leyese el artículo sobre matrimonios civiles hasta el final, lo leí entendiendo plenamente las palabras impresas pero sin el menor compromiso. Después discutimos el artículo y eso también lo hice con cierta distancia. Yo era como una película con la banda sonora y las imágenes sin sincronizar. El profesor Saito expresó el parecer de que los avances en igualdad de derechos para los gays eran una buena noticia y de que, después de seguir esos avances durante toda una vida, el proceso se veía como inexorable. Había mucho que celebrar. Pero, dijo, ha sido lento. Feliz como estoy ahora por estas parejas, veo cuánto se ha desperdiciado en la lucha. Ha sido demasiado difícil lograr que se aprobaran estas leyes. Tal vez las generaciones futuras se pregunten por qué nos llevó tanto tiempo. Le pregunté por qué el estado de Nueva York no se había puesto a la cabeza de la discusión. En Albany hay demasiados conservadores, dijo, falta voluntad política. Son los de las zonas rurales del estado, Julius, esa gente tiene otras ideas sobre estas cosas.

Yo sabía que el profesor Saito había cuidado durante mucho tiempo de un compañero, un hombre que después había muerto. Había dado con esta información, no conversando con él, sino en un perfil biográfico. Lo había visto en la revista de los graduados de Maxwell. Había conversado con él durante tres años sin tener idea de esa parte decisiva de su vida y, cuando al fin lo había descubierto, no había encontrado motivos para sacar el tema. Pero nunca había tenido la impresión de que el profesor Saito evitase hablar de sexualidad. De hecho la cuestión había surgido en dos ocasiones. En una, mientras hablaba de otra cosa, había mencionado que sabía de su orientación sexual desde los tres años. La segunda, ahora que lo pienso, había sido una suerte de colofón para la primera: la prostatectomía, me había dicho, le había matado todo impulso sexual que hubiera sobrevivido a los demás estragos de la edad. Pero lo más extraño que había descubierto, había agregado aquella vez, era que eso lo liberaba para tener relaciones más tiernas y sencillas con la gente.

El profesor Saito era así, sobre todo después de jubilarse: una curiosa combinación de reticencia y franqueza. Ojalá le hubiera preguntado cómo se llamaba su compañero. Me lo habría dicho. Tal vez algunos de los artefactos expuestos en el piso —la porcelana de Meissen en la vitrina de curiosidades, las marionetas de Java, la fila de libros sobre poesía moderna— fuesen herencia de aquel hombre con el que el profesor Saito había pasado tantos años de su vida. O tal vez hubiera tenido una serie de parejas, cada una importante a su manera. Pero a pesar de mí, incapaz como me encontraba de estar del todo presente en el diálogo, no pude llevarlo en otra

dirección. Él notó, acaso, que mi atención vacilaba, y, como si despertase a alguien que se había dormido, dijo: Tú todavía eres joven, Julius. Ten cuidado de no cerrar demasiadas puertas. Como yo no tenía idea de qué estaba hablando, cuando dijo eso asentí, meramente, y observé la lenta danza de las manos como arañas, una en torno de otra, en la penumbra de la sala.

Tenía las chinches en la cabeza. En los dos últimos años los neoyorquinos habían empezado a hablar más a menudo de aquellas criaturitas. Las conversaciones, como corresponde cuando se trata de problemas de la vida privada, seguían teniendo lugar en el ámbito privado, pero las chinches ya habían alcanzado un protagonismo inverosímil. Eran el enemigo invisible que llevaba adelante su trabajo mientras se alzaban falsas alarmas sobre el virus del Nilo Occidental, la gripe aviaria y el SARS. En la era de la epidemia dramática, la anticuada chinche, el minúsculo soldado de chaqueta roja, era la menos combatida. Por supuesto que había enfermedades mucho más serias y más onerosas para los recursos públicos. El sida seguía siendo un problema devastador, sobre todo para los pobres y para los habitantes de los países más pobres. Aunque el cáncer, las enfermedades cardiovasculares y el enfisema no eran pandemias, estaban entre las primeras causas de mortalidad. Del mismo modo que habían cambiado los términos de los conflictos transnacionales, se había producido un cambio en la salud pública, donde los enemigos también eran imprecisos y la amenaza que representaban siempre cambiante.

Pero las chinches no eran fatales y se alegraban de no entrar en las primeras planas. Se resistían tenazmente a que el fumigado las borrara del mundo y ponían unos huevos casi imposibles de aniquilar. Como no discriminaban entre clases sociales, eran embarazosas. Un hogar rico tenía tantas posibilidades de infestarse de ellas como una casa pobre y las mismas dificultades para eliminarlas. Las sufrían hoteles de todos los niveles de lujo. Si uno tenía chinches, las tenía, y librarse de ellas para siempre era muy arduo. Y en aquel momento, mientras yo pensaba en estas cosas, de pronto el profesor Saito me dio pena. Su reciente encuentro con las chinches me inquietaba más que los otros males que había sufrido: el racismo, la homofobia, el deterioro incesante que era uno de los costos ocultos de una vida larga. Las chinches le ganaban a todo con una carta escondida. Era un sentimiento inconsciente, despreciable. Si en su momento me lo hubieran mostrado abiertamente lo habría negado. Pero allí estaba, ilustrando el aspecto grotesco que podía cobrar una incomodidad cuando uno la tenía cerca.

Esas criaturas pequeñas y chatas, que habían buscado la sangre humana desde antes de los tiempos de Plinio, estaban embarcadas en una suerte de guerra de baja intensidad, un conflicto en los márgenes de la vida moderna y sólo perceptible en el habla. Al final de la tarde, cuando dejé la casa del doctor Saito, decidí ir a pie hacia el norte a través de Central Park. La nieve de los días anteriores aún no se había

derretido. En el aire gélido, se había endurecido en suaves montículos bajos. Había pisadas pero nadie a la vista. La luz era tan difusa que en la nieve casi no se proyectaban sombras y uno tenía la sensación de levitar: la luz blanca arriba y el blanco bajo los pies. A lo lejos, una bandada de pájaros pequeños —tal vez fueran estorninos— revoloteaba en torno a un árbol. Tuve la clara impresión de que la maraña de ramas y los pájaros que entraban y salían como tejedores expertos estaban hechos de una misma sustancia parda: sólo los diferenciaba su estado de actividad. En cualquier momento, pensé, las ramas podadas desplegarían las alas ocultas y toda la copa del árbol se elevaría como una nube viva. También los árboles de alrededor perderían las cabezas, que dejarían abajo cepas como centinelas, y entre el parque y el cielo habría un enorme dosel de estorninos. Anduve largo rato por el sedante camino blanco, hasta que el frío, calándome los guantes y la bufanda, me obligó a salir del parque y hacer en metro el resto del trayecto a casa.

Por la noche, buscando más información sobre las chinches en mis manuales de medicina, sólo encontré secas descripciones de etiología, ciclos vitales y terapias. Se discutía ampliamente sobre la limpieza a vapor y la fumigación de sinagogas, pero nada de esto conducía a lo que más me desconcertaba a mí de esas criaturas. No obstante, gracias a una notable casualidad, entre mis libros encontré, en una pila de libros obsoletos que el doctor Martindale había descartado en su laboratorio, un volumen de comienzos del siglo xx con informes de campo sobre epidemiología. Yo había escogido indolentemente algunos de esos libros sin mirarlos bien, pero ahora encontraba el informe que Charles A. R. Campbell había escrito en 1903 y las frases me transmitieron el disgusto y el temor que causaba entonces el *Cimex lectularius*.

El informe del doctor Campbell estaba escrito en el estilo del boletín médico de su época, pero la auténtica capacidad de sugestión se debía a la acumulación paulatina de afirmaciones sobre el insecto estudiado, que creaban una imagen intensa y opresiva. Una de las características de la chinche, escribía Campbell, era su naturaleza caníbal. Presentaba pruebas de que a veces las chinches jóvenes abrían en canal a sus mayores para consumir lo que habían engullido. También describía una docena de experimentos que, aunque sin duda se habían llevado a cabo en interés de la investigación científica, parecían carreras de obstáculos diseñadas para demostrar la tenacidad y la inteligencia de las chinches. Tuve la certeza de que, si la chinche no hubiera logrado superar alguna de las pruebas a que las sometía, Campbell se habría sentido decepcionado.

En aquellos experimentos las chinches sobrevivían a cuatro meses de aislamiento, en una tabla y sin comida, en medio de un mar de queroseno, salían indemnes de 244 días de congelación profunda y podían permanecer durante un período indefinido bajo el agua. Es notable la astucia de estos insectos, escribía el estupefacto Campbell, y, al parecer, hasta cierto punto tienen la capacidad de razonar. Refería un

experimento del señor N. P. Wright —«un ciudadano muy fiable y observador riguroso»—, de San Antonio, durante el cual, según Wright iba alejando más y más su cama de las paredes de la habitación, las chinches trepaban hasta la altura precisa desde donde saltar y aterrizar sobre él. Si volvía a acercarse a la cama, las chinches sólo subían lo necesario. El informe de Campbell incluía varias historias de este tipo, en las cuales las chinches demostraban cierta agudeza para alcanzar una cama cuyo acceso se les había dificultado.

Yo pensaba en los innumerables millones de chinches de los cinco distritos de la ciudad, en sus huevos invisibles y en su apetito, que aumentaba una hora antes del amanecer. El problema se me empezaba a antojar cada vez menos científico y terminé por compartir el desasosiego de Campbell. Eran desvelos primordiales: el poder mágico de la sangre, las horas dedicadas a los sueños, la santidad del hogar, el miedo al ataque de lo invisible. Estas analogías locuaces, esta inesperada rendición a la clase de inseguridad que en otros me parecía ridícula, apesadumbraron a mi yo racional. De todos modos, cuando acabé de leer deshice la cama, apagué las luces y, arrodillándome, examiné cuidadosamente las costuras del colchón con una linterna. Por supuesto, no haber encontrado nada no bastó para garantizar mi descanso.

## QUINCE

En el mayor mercado de mascotas de Basora había estallado una bomba y el escenario estaba repleto de plumas de periquito, gemidos de animales agonizantes, escombros ensangrentados, restos de un motor y una silla, y jaulas retorcidas como si fueran de cáñamo. En la radio, el secretario de Estado empezaba a hablar de una ofensiva inminente en la zona de Bagdad controlada por los chiítas. Yo iba al mercado y veía cadáveres de perro junto a humanos muertos. Mujeres de negro lloraban y se golpeaban el pecho. Había un padre que, sin vida, seguía apretando contra el pecho la ampolla de insulina que había intentado llevarle a su hija. Me invadía un gran cansancio: «un cansancio de muerte», era la frase que se desplegaba en mi cabeza. Llevaba mi chaqueta blanca y el nudo de la corbata flojo. En el mercado de mascotas estaba mi madre. Iba con burka, y Nadège, que estaba con ella, también. Mi madre preguntaba: ¿Hay algo peor que las bombas? Nadège decía: ¡Las chinches! Se hablaban en yoruba. Mi madre decía: Hazle caso a tu hermana, Julius. Yo estaba a punto de corregirla.

Era la una de la madrugada y me había dormido vestido. Me desanudé la corbata, me cambié y bebí agua del vaso de la mesa de noche. Antes de quedarme dormido había estado leyendo el prólogo de *Pedro el labrador*. Lo único que retenía ahora de las largas descripciones aliterativas era la imagen de William Langland vagando por el mundo, viendo los varios trabajos y afanes de la humanidad, hasta que se asentó en una colina de Malvern desde donde miraba un arroyo. Le entraba una somnolencia, se «amodorraba hasta dormirse», y en sueños tenía una visión mágica de la realidad, y justo al llegar a esa parte yo me había quedado dormido.

Detrás de las cortinas temblaba la luz de una farola. Yo tenía hambre pero no ganas de comer. En la nevera había una chuleta de cerdo y mientras la comía, de pie con la nevera abierta, la sirena de una ambulancia surcó la noche. Abrí la ventana, el aire entró en una sola ráfaga, como si hubiera estado esperando que lo admitieran. El latido de mi mente se ajustó al parpadeo de la luz de la calle contra la cortina. Abajo el mundo estaba desnudo y daba pocas señales del *pulcro prado pobladísimo* del poema de Langland. Tomé dos paracetamoles y volví a la cama. El día siguiente era un sábado sin guardia y conseguí dormir sin sueños perturbadores. Al despertarme decidí que haría recados y, si había ocasión, al final de la tarde visitaría al profesor.

El portero del edificio me acompañó dentro. El ascensor estaba húmedo y olía a sudor. Me abrió la puerta Mary, embarazada de muchos meses. Dentro del piso todo

era penumbra cenicienta. Se encuentra muy mal, dijo ella. Está en el dormitorio, venga por aquí, se alegrará de verlo. Pero cuando llegué al umbral, vi que un hombre lo oscurecía. Era un médico. Mary me indicó que esperase. Fui a la sala y me senté bajo el círculo de máscaras polinesias del doctor Saito. Desde el dormitorio llegaban voces. Cuando salió, el médico tenía una expresión jovial. Con una gran sonrisa que le surcaba de arrugas la cara, inclinó la cabeza y se fue. Yo entré a ver al profesor Saito, que estaba acurrucado en la cama, pequeño, blanco y débil como no lo había visto nunca. Aunque legañosos y casi cerrados, los ojos parecían lo único de él que seguía del todo presente. La voz daba la impresión de no salir de su boca, que de todos modos movía poco, sino de alguna otra parte de la habitación. El timbre era un sople, aspiraba mucho. Sin embargo, hablaba con lucidez.

Ah, un médico más, dijo. Me siento muy popular. Mira, Julius, no sé qué hacéis en África pero te diré que estoy preparado para irme al bosque. Estoy preparado para entrar. Es hora de internarme en el bosque, echarme y que los leones vengan por mí. Creo que ya he hecho bastante, he vivido bien y ahora tengo unos dolores terribles. ¿Quién dirá que noventa años no son suficientes? Llegó la hora. Yo me senté a su lado y tomé la mano fría y pequeña entre las mías. Estaba cansado y lo dejé para que descansara. Le prometí que volvería pronto.

Más tarde, como no quería estar a solas con la imagen de la Muerte flotando en la habitación con sus ropas baratas y sus malas maneras, llamé a mi amigo y fui a su casa. Tenía de visita a su hija Clara, una despierta niña de nueve años que vivía con la madre. Pero ha salido a dar una vuelta, me dijo. En la sala había dos ventanas: la del este daba a Amsterdam Avenue; la del sur a un pequeño patio encajonado entre ladrillos, cemento y las ventanitas de los apartamentos vecinos. Pronto en cada una empezaron a encenderse cálidas luces de anochecer. En medio del jardín, por lo demás vacío, había un árbol alto, desnudo, con una espesa red de ramas. No creo que recibiera mucho sol pero parecía bastante saludable.

Es un árbol del paraíso, dijo mi amigo. Lo sé porque a mí también me dio curiosidad y lo averigüé. Los botánicos dicen que es una especie invasora. Pero ¿no lo somos todos? Una vez, ahí en el patio, de una rama rota me llegó un olor como el del café. La especie llegó de China hace mucho tiempo, creo que en el siglo XVIII, y al parecer el suelo norteamericano le gustó tanto que se propagó libre y salvajemente en casi cada estado, a menudo desplazando especies autóctonas.

Fue a la cocina y volvió con una botella de Heineken para mí. Es la sombra, ¿ves?, dijo. Echa sombra sobre otras plantas, les tapa el sol. Los paraísos crecen prácticamente en cualquier lugar: terrenos abandonados, jardines traseros, aceras, calles, playas, campos en barbecho, hasta dentro de edificios tapiados, hasta en un patio sin sol lleno de académicos. Bueno, ¿y qué tiene de malo?, dije yo. Es un árbol, ¿no? No es que sobren árboles en la ciudad. No es tan sencillo, dijo él. El árbol del

paraíso reduce la biodiversidad local. Está considerado una plaga. No sirve para construir, ni para los animales y ni siquiera es muy bueno como leña.

Mientras él hablaba yo seguía de pie junto a la pared opuesta, que tenía una biblioteca enorme, mirando las interminables hileras de volúmenes, incluida una sección de literatura africana y afroamericana muy bien provista. El suelo y la mesa de té estaban inundados de libros y distinguí un ejemplar de los ensayos de Simone Weil. Lo tomé. Mi amigo se apartó de la ventana. El ensayo sobre la *Ilíada* es una maravilla. Creo que capta realmente qué fuerza interviene en la obra, cómo mueve la acción y pierde el control de lo que ha puesto en movimiento. Alguna vez deberías echarle un vistazo, de veras.

Yo había esperado la gracia, le dije, no la inmortalidad. Había esperado que mi profesor tuviera un final digno, fuerte. Quería desesperadamente que el viejo me dijera palabras sabias, dije, no ese disparate sobre los leones. A lo mejor todavía es posible. Tal vez la próxima vez que vaya me recite algo del *Gawain*, o de una canción medieval inglesa. Pero tal vez soy un tonto. En vez de sentirme agradecido por la relación, trato de adaptarla a mi propia receta. Pero, ¿sabes?, yo esperaba que, aun cuando el cuerpo se derrumbara, esa mente intrincada, una de las mejores que he conocido, siguiera combatiendo.

Mi amigo me miró y dijo: Me pregunto por qué tanta gente ve la enfermedad como una prueba moral. No tiene nada que ver con la moral ni con la gracia. Es una prueba física, y en general no la superamos. Luego me palmeó el hombro y añadió: El sufrimiento es el sufrimiento, colega. Ya has visto lo que hace, lo ves todos los días. Quizá en este momento no te consuele especialmente, pero eso que has dicho, lo de una salida digna y fuerte, me recuerda algo que a menudo me da que pensar. Desde hace muchos años creo que la manera y el momento en que uno muere es cosa de elección. Y, la verdad, no pienso que esto deba limitarse a esas situaciones en que el sufrimiento y la muerte se hacen inminentes por una enfermedad terminal. Creo que habría que extenderlo a las temporadas en que uno está sano. ¿Por qué esperar a la decadencia? ¿Por qué no adelantarse al destino?

Mi amigo había vuelto a la ventana. Yo, sentado en el sofá, miraba la silueta negra recortada por el sol, y era casi como si me estuviera hablando su sombra, su yo futuro. A lo lejos volaban golondrinas buscando un lugar donde pasar la noche, flechas que entraban y salían de las cavidades formadas por los árboles desnudos y los arcos entrelazados de los edificios de la universidad. Estaba reflexionando sobre el hecho de que cada una de aquellas criaturas tenía un diminuto corazón rojo, un motor infalible que proveía los medios para sus vivificantes maniobras aéreas, cuando recordé cuántas veces la gente encontraba consuelo, conscientemente o no, en la idea de que el propio Dios asistía a esas viajeras sin hogar con una suerte de atención personal; la idea, en contra de todas las evidencias históricas, de que él

protegía a cada una del hambre, los peligros y los elementos. Para muchos, el vuelo de los pájaros era prueba de que ellos también hallaban protección del cielo; de que ciertamente hay una providencia especial en la caída de una golondrina.

Mi amigo esperó a que dijera algo, pero como no hablé él siguió. La idea se opone a la ética, para no hablar de las leyes, de nuestra época, pero no puedo evitar pensar que dentro de treinta o cuarenta años, cuando haya disfrutado de toda la dicha que la vida tiene para ofrecermé, y llegue el momento, la decisión que acabo de mencionar se habrá vuelto, si no exactamente popular o indiscutida, al menos mucho más corriente. Piensa en los anticonceptivos, las drogas fertilizantes y el aborto; piensa con qué facilidad tomamos esas decisiones sobre el comienzo de la vida; piensa en cuánto admiramos a las figuras que eligieron su final: Sócrates, Cristo, Séneca, Catón. Supongo que no te gustó cómo dijo tu profesor lo que dijo sobre los leones, pero no deberías considerarlo una ofensa a los africanos. Tú sabes que la intención no fue ésa. Lo que estaba diciendo, me parece, es que en un mundo mejor se podría evitar el dolor y el delirio. Él podría internarse en el bosque con la dignidad intacta, como lo concibe, y perderse de vista para siempre.

Había hecho una pausa y seguía de pie, totalmente quieto, mirando por la ventana. Ya apenas se veían los pájaros. Luego, en voz baja, casi como si hablara consigo mismo o contemplara su propio cuerpo desde un punto de vista póstumo, dijo: La realidad, Julius, es que estamos solos aquí fuera. Puede que sea eso que los profesionales llamáis fantasía suicida, y espero no alarmarte, pero a veces pinto mentalmente un cuadro detallando cómo me gustaría que fuese mi final. Me imagino despidiéndome de Clara y de otras personas que quiero, y después en una casa vacía, tal vez una mansión campesina grande y laberíntica, cerca de las marismas donde crecí: imagino que lleno una bañera, en el piso de arriba, de agua caliente, y pienso en una música, *Crescent* tal vez, o *Ascensión*, que suena en toda la casa, colma los espacios que no ha ocupado mi soledad y llega hasta la bañera donde estoy, de modo que, cuando resbalo a través de la frontera sin retorno, me acompañan las armonías modales que oigo a lo lejos.

## DIECISÉIS

Hacía varias semanas que no veía al profesor Saito. A fines de marzo lo llamé y una mujer, no Mary sino otra, me dijo que había muerto. Balbucí en el teléfono las palabras *Dios mío* y colgué. Después, sentado en el silencio de mi habitación, sentí la sangre corriendo en la cabeza. Tenía las cortinas abiertas y veía las copas de los árboles. Después de un invierno indiferente las hojas empezaban a cobrar vida, y todos los árboles de nuestra calle tenían las puntas de las ramas hinchadas como si los tersos botones verdes fuesen a abrirse en cualquier momento. Yo estaba conmocionado, triste, pero no del todo sorprendido. Si no había ido a ver al profesor, inadvertidamente había sido para evitar el drama desagradable de la muerte.

Llamé de nuevo a su casa —que, entonces me di cuenta, ya no era su casa— y me respondió la misma mujer. Me disculpé por haber cortado, le expliqué quién era y pregunté por el funeral. En un tono demasiado mojigato, ella dijo que habría una modesta ceremonia privada solamente para la familia. Tal vez, añadió, hubiera una conmemoración mucho más adelante, acaso en otoño, en el colegio de Maxwell. Le pregunté cómo podía contactar con Mary. No parecía conocer el nombre y, como estaba ansiosa por cortar, la conversación terminó.

Yo no sabía a quién llamar. Comprendí que él había significado tanto para mí, y nuestra relación había sido tan íntima, o mejor dicho ajena a la red de otras relaciones, que casi nadie tenía noticia de ella ni de lo importante que había sido para los dos. Entonces tuve un peculiar momento de duda: tal vez yo había sobrevalorado la amistad, que sólo había sido importante para mí. Comprendí que era la conmoción la que me hablaba.

Eran las nueve y media de la mañana, y en San Francisco, tres horas menos. Me sorprendió que Nadège contestara el teléfono. Cuando oí la voz soñolienta empecé a disculparme sin parar. Es que ha muerto el profesor Saito, dije. Mi profesor de literatura, ¿te acuerdas?, el profesor Saito. Murió de cáncer y acabo de enterarme. Fue tan bueno conmigo. Lo siento, ¿es mal momento para llamar? No, descuida, dijo ella, ¿y cómo estás? Y mientras lo decía, oí una voz masculina que preguntaba: ¿Quién es? Ella le dijo: Espera un segundo. Esa misma mañana volvió a llamarme y dijo que lo mejor y más sencillo para todos era que fuese franca conmigo: estaba prometida e iba a casarse. Él era hatiano-americano, se conocían por las familias y habían sido amigos durante muchos años. Iban a casarse a fines del verano. Lo mejor sería que evitase llamarla, dijo. Durante un tiempo, sería lo mejor.

Tuve la sensación lacerante de que estaban pasando demasiadas cosas a la vez. ¿Qué pensaba Nadège que quería de ella? Pero sabía que ella me había liberado de las

débiles esperanzas que yo había estado albergando, lo que ayudó a poner un final concreto a algo que de todos modos había terminado mucho antes. Lo único que me mortificaba era que hubiese costado tanto tiempo, y todos los pensamientos que había desperdiciado en el asunto. También me mortificaba verme sorprendido de que ella hubiera dado pasos tan rápidos y tan decisivos. Así pues, mis penas se solapaban. Por la tarde puse a Bach en el estéreo, la *Cantata del café*, y me tumbé en la cama. Era una vieja grabación de la Academy of Ancient Music. La música rítmica y jocosa no conseguía penetrar en mi mente, pero la dejé sonar porque reconocía su belleza aunque no la sintiera. Luego, pensando que quizá Purcell fuera mejor, más sedante, puse el *Himno vespertino*, una composición muy hermosa para tenor y seis violines. Pero no me resultó menos lúgubre ni conmovió mi insensibilidad. Así que me quedé acostado en silencio, mirando motas de polvo, hasta que decidí levantarme, hacer algo que venía postergando —llevar al correo un paquete que debía enviar— y mantener la autocompasión a raya.

Entré en Morningside Park. Todavía había nieve en el suelo, en jirones sucios. Era un mundo en marrón y negro, gris y blanco. Yo caminaba con desgana. Luego me detuve. Tenía la impresión clara de que me estaban observando. En un árbol vi un halcón. O más bien él me vio a mí. La mirada depredadora me picó la nuca y al volverme lo descubrí en una rama baja, todo resolución, a no más de seis metros de distancia. El parque estaba vacío y el sol era inocuo, invisible, se escondía. Él era un pájaro fuerte, grande y encarnaba vivamente una elaboración extrema del proceso evolutivo. Me pregunté si no sería pariente de Pale Male, el celebrado halcón de Central Park que había anidado en un edificio de la Quinta Avenida, o si de hecho no era el mismo Pale Male. Él parecía observarme no tanto con desprecio como con desinterés. Estuvimos mirándonos y mirándonos hasta que yo, asustado, bajé los ojos, di media vuelta y con paso cauteloso, monótono, me alejé de él con la sensación constante de que aquellos ojos me taladraban.

Cuando salí del parque, al norte de Central Park no había mucha gente. Cerca de la entrada de la estafeta, en un umbral había dos hombres, a uno de los cuales yo había visto antes. Las greñas castañas, con costras de suciedad, caían sobre su rostro como cordeles. Tenía una barba hirsuta, moteada de blanco, y propagaba un olor de semanas sin lavarse. Estaba sentado con los pies cenicientos extendidos al frente. El otro hombre, limpio, mucho más joven, desconocido para mí, se había apoyado sobre una rodilla y sostenía uno de los pies del mayor. Al acercarme un poco vi que estaban hablando tranquila, simpáticamente, como si estuvieran en la mesa de un restaurante. Hablaban en español y se reían mucho, al parecer sin conciencia de que el intercambio tenía lugar en público, indiferentes a mi mirada. El hombre limpio le estaba cortando las uñas de los pies al otro hombre. Lo hacía con tal atención que forzosamente imaginé que el hombre sucio era un pariente mayor: su padre o tal vez

un tío.

Entré en la estafeta. Era tarde, casi hora de cerrar. Incapaz de encontrar un formulario de aduanas para mi paquete, me puse en una cola penosamente larga, pero justo entonces una de las empleadas dividió las colas, abrió una ventanilla nueva y preguntó si alguno tenía que enviar un paquete internacional. De repente era el primero de la fila. Le di las gracias y me acerqué al mostrador. Al hombre que estaba detrás del cristal, un hombre de mediana edad calvo y agradable, le dije que necesitaba un formulario de aduanas. Lo rellené con la dirección de Faruk. El recuerdo de las conversaciones con él me había convencido de enviarle *Cosmopolitismo*, de Kwame Anthony Appiah. Cerré el sobre y el empleado me enseñó varios pliegos de sellos. Banderas no, dije, algo más interesante. No, éstos tampoco, y éstos de ninguna manera. Al fin opté por unos magníficos que presentaban edredones de patchwork de Gee's Bend, en Alabama. Él levantó la vista y me dijo: Ya lo sé. Y después de una pausa, añadió: Ya lo sé, hermano. Luego dijo: Oye, hermano, ¿de dónde eres? Porque, mira, yo veía que eras de nuestra patria. Y vosotros, hermanos, tenéis algo que es vital, tú me entiendes. Tenéis algo que es vital para la salud de los que nos criamos de este lado del océano. Déjame decirte algo. Yo a mis hijas las estoy criando como africanas.

Detrás de mí no había cola y la ventanilla estaba parcialmente oculta por una columna. Terry (el nombre se leía en la identificación que colgaba de su cuello) terminó de tramitar mi paquete y me preguntó si iba a pagar en efectivo o con tarjeta. Mira, hermano... Julius, dije yo. Vale, hermano Julius, la cosa es que tú eres un visionario. De veras. Lo noto claramente. Tú has viajado muy lejos. Eres lo que llamamos un trotamundos. Así que permíteme compartir algo contigo, porque pienso que vas a pillarlo. Apoyó las manos en la balanza metálica, inclinó la cabeza hacia la ventanilla y, bajando la voz empezó a recitar en un susurro: Somos los que han recibido la bota. Los saqueados y pisoteados. Los invictos. Somos los que llevan las cruces. ¿No lo veis? Aquellos cuyos parientes y amigos han sido bestias de carga. Para nosotros las pérdidas terribles e incontables, el asedio de las fuerzas, la privación del derecho a elegir, la voz silenciada. Y aun así no nos han doblegado. ¿No me sientes? Cuatrocientos cincuenta años dura esto ya. Cinco siglos de lágrimas, eones de miedo tras miedo. Y pese a todo seguimos, seguimos, seguimos invictos.

Alargó el último verso en una pausa elocuente. Luego añadió: ¿Lo conoces? Yo negué con la cabeza. Es mío, dijo él. Soy poeta, ¿sabes? Éste se titula «Los invictos». Escribo estas cosas y a veces voy a los cafés de poesía. Ése es mi don, ¿sabes? La poesía. Si te ha gustado, dijo, ahora escucha éste: El catálogo del dolor, que acompaña a la cocaína, no viene de nosotros, lo hicieron ellos, y ellos hicieron el polvo, y a nosotros duros, pues fueron ellos, portadores del sufrimiento, los que trajeron la tempestad, adonde una vez reinaba la calma. Y si algo necesitamos ahora,

¿me sientes?, si algo necesitamos es un bálsamo nuevo, un nuevo credo. Nacido del interior. De nuestros antepasados. Para nuestros hijos. Nuestro futuro.

Una vez más, emocionado por sus propias palabras, se quedó en silencio. Hermano Julius, dijo con gran sentimiento, tú eres un visionario, mantén la esperanza viva. Creo que deberíamos leer juntos algo de poesía. Veo que tú la comprendes instintivamente. Hemos de ser una luz para esta generación. Esta generación está a oscuras, ¿me captas? Yo sé que comprendes. ¿Tú escribes? Cogí la tarjeta que había deslizado bajo el cristal. Estaba impresa en tinta dorada sobre cartulina color hueso, TERRENCE MCKINNEY, ESCRITOR/INTÉRPRETE DE POESÍA/ACTIVISTA. No, dije yo, no diría exactamente que soy escritor. Bien, alguna vez envíame una línea. Podemos ir al Nuyorican, un café de poetas. Me gustaría hablar contigo. Pues claro, dije yo.

Dadas las circunstancias, era lo más simple que podía decir. Tomé nota mental de que debía evitar esa estafeta en el futuro. Cuando salí a la calle, el más joven de los dos hombres que hablaban en español se había marchado. El de barba, al que acababan de cortar las uñas de los pies, estaba sentado a la dorada y brillante luz del sol, que acababa de salir, y el día era mucho más cálido de lo que yo había previsto. La luz se derramaba en la calle por la esquina del edificio. El hombre dormitaba en un charco de luz, transfigurado. A su lado había tres botellas de licor vacías. Yo había pagado el envío en metálico y tenía algo de cambio. Saqué dos o tres dólares del bolsillo y se los di al borracho. Detrás de él había un gato callejero que buscaba refugiarse de la claridad repentina. *Gracias*, dijo el hombre estirándose. Cuando me había alejado tres pasos volví atrás y le di el último dólar, y él me devolvió una sonrisa mellada. El gato alcanzó con la pata la sombra que proyectaba en el cemento.

Tomé el metro en la 110. Me bajé en la 14, atravesé hacia el East Side y bajé por toda la calle Bowery, sin ningún destino especial en mente, pasando por las innumerables tiendas de lámparas y equipamiento para restaurantes, tiendas que desde fuera parecían aviarios exóticos. Finalmente llegué a una plaza bulliciosa en East Broadway. Quedaba muy cerca de la zona de Chinatown más popular entre los turistas, pero había un mundo de diferencia porque allí no había casi nadie, de hecho, que no fuese original de Asia Oriental. Los letreros de las tiendas y los restaurantes, los nombres de las empresas y la publicidad estaban en ideogramas chinos, y sólo en algún que otro caso se ofrecía traducción al inglés. En el centro de la plaza misma, que era poco más que una isla de tráfico limitada por el cruce de siete calles, se alzaba la estatua del que supuse sería un emperador o un poeta, pero resultó ser Lin Zexu, el activista antinarcóticos del siglo XIX. En el austero monumento a este héroe de la Guerra del Opio —en 1839 lo habían nombrado comisario en Guangzhou, y los ingleses lo habían detestado por el papel que había desempeñado impidiéndoles el tráfico de droga— se posaban ahora las bandadas de palomas. La manchaban de guano grisáceo, enriqueciendo la seca materia blanca que ya habían dejado en el

lustre verde oscuro de las ropas y la cabeza de la estatua. Unas pocas personas comían helados o patatas fritas sentadas en los bancos de la isla o daban vueltas a la estatua disfrutando del sol. Pocos rastros quedaban de lo que el vecindario había sido en 1800: un mercado al aire libre de ganado y caballos, un barrio de albergues baratos, salones de tatuaje y tabernas.

Todos los que se veían parecían chinos, o se los podía tomar por chinos fácilmente, excepto yo y otra persona: un hombre con el torso desnudo que se frotaba vigorosamente los brazos y el pecho con un trapo. Tenía un fulgor ultraterreno en el cuerpo, como si se hubiese untado con aceite, pero yo no conseguía saber si estaba dándole brillo o quitándoselo. Era una silueta oscura y el cuerpo llevaba las marcas de largas horas en el gimnasio o de una vida entera de trabajo físico. Nadie prestaba atención a su meticulosa tarea, que pronto interrumpió para alzar la bicicleta que había dejado a sus pies. Apartó la bicicleta del sol para protegerla a la sombra del monumento de Lin Zexu. Luego reanudó el frotamiento, o la aplicación, de la sustancia oleosa. Todo el cuerpo le relucía ni más ni menos que cuando había empezado: él mismo era una estatua de bronce. Por fin metió el trapo en el bolsillo trasero de los tejanos y, como si recordase de golpe que tenía un recado pendiente, montó en la bicicleta y salió disparado por una de las calles más angostas, zigzagueando entre el tráfico, hasta que la espalda brillante se perdió de vista en el resplandor directo del sol.

Enseguida yo también enfilé una calle secundaria, una más angosta y más congestionada todavía, en la cual los edificios de antes de la guerra se sucedían hasta el vértigo, cada cual con una compleja escalera de incendios que ofrecía al mundo como una máscara transparente. Los cables de electricidad, los postes de madera, las marquesinas abandonadas y un matorral de carteles atestaban las fachadas hasta las azoteas de las construcciones de cuatro y cinco plantas. Los escaparates anunciaban productos dentales, té y hierbas. Había grandes cubos que desbordaban rizomas de jengibre y raíces medicinales, y un surtido tan completo de artículos y servicios que, al cabo de un rato, ver un escaparate lleno de patos asados colgando, seguido de otro repleto de maniqués de sastre, y de otro colmado de aleteantes folletos impresos en media docena de tonos de rojo desteñidos por el sol, y de una horda de figuras de Buda de bronce y de porcelana, empezó a parecerme de lo más natural. En la última de esas tiendas entré para huir de la actividad abrumadora de la callejuela.

La tienda, donde yo era el único cliente en aquel momento, era un microcosmos del barrio chino, un despliegue interminable de objetos curiosos: una profusión de jaulas, tanto de bambú como de metal finamente forjado, que colgaban del techo como lámparas; juegos de ajedrez tallados a mano en el mostrador, antiguo al parecer, que separaba al cliente de la guarida del tendero; falsas cerámicas lacadas de la dinastía Ming cuyos tamaños iban del minúsculo pote decorativo al enorme jarrón

panzudo donde podía esconderse un hombre; opúsculos humorísticos de la variedad «Máximas de Confucio», impresos en inglés en Hong Kong, con consejos para los caballeros que desearan tener éxito con las mujeres; magníficos palillos de madera en soportes de porcelana; cuencos de cristal de todos los colores, grosores y formas: y, en una galería acristalada y aparentemente infinita que corría por arriba de los estantes, una serie de máscaras de colores brillantes cuya variedad cubría todas las expresiones posibles del arte dramático.

Sentada en medio de aquella cornucopia, una anciana, que había levantado brevemente la vista al entrar yo, había vuelto a enfrascarse en la lectura de un periódico chino, con un aire hermético que, no costaba nada creerlo, se había mantenido inalterado desde la época en que los caballos abrevaban en la calle. En medio de la tienda silenciosa y polvorienta, con los ventiladores chirriando en el techo y las paredes revestidas de madera negándose a evidenciar ningún signo de nuestro siglo, sentí como si hubiera caído por una grieta en el tiempo y el espacio, que fácilmente habría podido estar en cualquiera de los países adonde, desde los viejos tiempos en que el comercio ya era global, los mercaderes chinos habían viajado para poner sus mercancías a la venta. Y en aquel momento, como para confirmar la ilusión o al menos ampliarla, la anciana me dijo algo en chino y señaló la calle. Vi pasar un niño en uniforme ceremonial batiendo un tambor. Enseguida lo siguió una columna de hombres con instrumentos de bronce: aunque ninguno tocaba, desfilaban marcando el paso con solemnidad por la callejuela, que como por arte de magia se había despejado de compradores para ellos. Desde la calma fantasmagórica de la tienda, en la cual sólo se oían los ventiladores, la anciana y yo miramos pasar la banda china con sus tubas, trombones, clarinetes y trompetas, fila tras fila, y la integraban hombres de todas las edades, algunos con papada, otros poco más que púberes, con el primer asomo de vello en la barbilla, pero todos profundamente fervientes, fila tras fila con los instrumentos en alto hasta que, como el apoyo de una hilera de libros, pasó marchando también un trío de redoblantes y al fin un bombo que cargaba un hombre enorme. Seguí la procesión con los ojos hasta que se escurrió detrás del último de los Budas de bronce situados de frente al escaparate. Los Budas le sonreían a la escena con una serenidad familiar, y a mí todas las sonrisas me parecían una sola, la sonrisa del que ha dado el paso más allá de los cuidados humanos, la sonrisa arcaica que también se dibujaba en los labios de las estelas funerarias de los *kuroi* griegos: sonrisas que sugerían no placer sino desapego total. Desde más allá de la tienda, a la anciana y a mí nos llegaron las primeras notas de una trompeta que tocó dos compases. Las doce notas, primas espirituales del toque de clarín que suena fuera del escenario en la Segunda Sinfonía de Mahler, fueron recogidas por toda la banda. Era una figura cromática, con una inflexión de blues, que debía de haber tenido su primera vida en un himno misionero, una endecha que oída

de lejos parecía una tempestad o el bramido de las olas cuando no se ve el mar. Si bien no pude identificarla, la canción se ajustaba, desde todo punto de vista, a la sinceridad sencilla de aquellas canciones que yo había cantado por última vez en el patio de la Escuela Militar Nigeriana, canciones tomadas del compendio anglicano *Cantos de alabanza*, y que, muchos años antes y a miles de kilómetros de esa tienda polvorienta y bañada por el sol, eran para nosotros un rito cotidiano. Temblé cuando en ese espacio se volcó el coro gutural de instrumentos de bronce, entre las notas más bajas deambuló la tuba y el sonido entero entró en la tienda como haces de luz intermitente. Y luego, con una lentitud casi imperceptible, el volumen de la música empezó a bajar a medida que la banda se iba alejando y confundiendo más y más con el ruido de la ciudad.

Yo no habría sabido decir si expresaba algún orgullo cívico o solemnizaba un funeral, pero la melodía se ajustaba tanto a mi recuerdo de aquellas sesiones de adolescencia que me invadieron la desorientación y la dicha súbitas del que, en una antigua mansión majestuosa y a gran distancia del espejo de pared, ve claramente el mundo duplicado en sí mismo. Ya no sabía dónde acababa el universo tangible y empezaba el reflejado. La imitación puntual de cada jarrón de porcelana, de cada reflejo apagado en cada una de las manchadas sillas de teca, se extendía hasta donde la réplica de mí mismo se había detenido, como yo, a mitad de giro. Y este doble mío había empezado, en ese preciso momento, a lidiar con el mismo problema que su no menos confuso original. De pie allí, sumido en todo tipo de penas, me pareció que estar vivo era ser a la vez original y reflejo, y estar muerto era estar cercenado, ser reflejo y nada más.

## DIECISIETE

En primavera volvió la vida al cuerpo de la tierra. Con unos amigos fui de picnic a Central Park y nos sentamos bajo unos magnolios que ya habían perdido las flores blancas. Cerca estaban los cerezos que, inclinados sobre el cerco de alambre que había a nuestras espaldas, ardían en capullos rosados. La naturaleza tiene una paciencia infinita, una cosa vive después de que otra ha pasado, las flores de magnolia mueren cuando están naciendo las del cerezo. El sol que se filtraba entre los pétalos de esas flores veteaba la hierba húmeda y miles de hojas nuevas danzaban de tal modo en la brisa de abril que, por momentos, en el otro borde del prado los árboles parecían insustanciales. Yo, echado a medias en la sombra, miraba acercarse a mí una paloma negra. Se detuvo, alzó el vuelo, se perdió de vista entre los árboles y volvió a acercarse, con el paso torpe de las palomas, quizá en busca de migas. Y muy por encima del ave y de mí aparecieron de repente tres círculos, tres círculos blancos contra el cielo.

En los últimos años he notado cuánto influyen los cambios de luz en mi capacidad para ser sociable. En invierno me retraigo. En los largos días soleados que siguen, en marzo, abril y mayo, tiendo mucho más a buscar la compañía de otros, a sentirme alerta a la vista y los sonidos, los colores, las formas, el movimiento de los cuerpos, a otros olores que los de mi despacho o el apartamento. Si en los meses de frío me siento apagado, parece que la primavera me agudizara suavemente los sentidos. Ese día en el parque éramos un grupito de cuatro, todos reclinados sobre una gran manta rayada comiendo pan de pita con hummus y picando uvas verdes. Habíamos abierto una botella de vino blanco, la segunda de la tarde, envuelta en una bolsa de compras. Era un día cálido, pero no tan cálido como para que el Gran Prado estuviera lleno. Éramos parte de un elenco de urbanitas en una fantasía campestre cuidadosamente orquestada. Moji había llevado *Anna Karenina*, leía el grueso volumen apoyada en un codo —era una de las traducciones nuevas— y de vez en cuando se interrumpía para participar en la conversación. A unos metros, un padre joven llamaba a su hijita, que apenas sabía andar y se estaba alejando: ¡Anna! ¡Anna!

Había pasado un avión a tal altura que el rugido de las turbinas apenas se había oído por encima de nuestra conversación. Luego sólo había quedado una estela tenue y, cuando eso también se desvanecía, vimos crecer los tres círculos blancos. Flotaban, dando la impresión de remontarse a la vez que caían, hasta que todo se resolvió, como en el objetivo de una cámara que entra en foco, y dentro de cada círculo vimos una figura humana. Cada una, cada uno de aquellos voladores, guiaba el paracaídas a izquierda y derecha y observándolos sentí cómo fluía velozmente la sangre por mis

venas.

Ahora todos en el prado estaban alerta. Los que jugaban a la pelota habían parado, crecía el vocerío y muchos brazos apuntaban hacia arriba. La tambaleante Anna, asombrada como todos, se agarraba a la pierna del padre. Los paracaidistas, que eran expertos, convergieron flotando hasta formar una suerte de plumilla de bádminton y luego se dispersaron un poco otra vez sin dejar de dirigirse al centro del prado. A medida que se acercaban al suelo caían cada vez más rápido. Me imaginé el zumbido del aire en los oídos, la tensa concentración con que se preparaban para aterrizar. Cuando estaban a unos ciento cincuenta metros, vi que llevaban monos blancos con tiras blancas. Los paracaídas de seda parecían las enormes alas blancas de mariposas extraterrestres. Por un momento fue como si alrededor se apagarán todos los ruidos. El espectáculo de aquellos hombres realizando el viejo sueño de volar se desarrollaba en silencio.

Aunque yo nunca había practicado la caída libre, casi pude imaginarme qué sentían ellos rodeados de claros espacios azules. Una vez, en un día igualmente hermoso, había oído los gritos de un chico. Nosotros estábamos en el agua, más de doce, y él había ido a parar a una parte donde no hacía pie. No sabía nadar. Estábamos en una piscina grande del campus de la universidad de Lagos. De niño, por insistencia de mi madre y para cierta consternación de mi padre, que le tenía miedo al agua, yo me había convertido en un buen nadador. Desde los cinco o seis años ella me había llevado a tomar lecciones en el club de campo y, como era buena nadadora, había observado sin miedo cómo aprendía yo a desenvolverme: de ella yo había aprendido la intrepidez. Hace años que no voy a una piscina pero en una época mi habilidad fue decisiva. Fue un año antes de entrar en la Escuela Militar. Salvé una vida.

Aquel chico, del que sólo recuerdo que, como yo, era mestizo (en su caso medio indio), se había ido deslizado a zonas cada vez más profundas de la piscina cuanto más luchaba por mantener la cabeza a flote, y estaba en peligro de muerte. Los otros chicos, tan angustiados que no podían moverse, se habían quedado mirando en la parte que no cubría. No había salvavidas a la vista ni ningún adulto, suponiendo que alguno fuese nadador, lo bastante cerca de la parte profunda para auxiliarlo. No recuerdo haberlo pensado ni estimar el peligro que corría, sólo que me lancé hacia él tan deprisa como pude. Lo que más grabado me quedó en la mente es el momento en que, sin haber llegado aún hasta el chico, ya había dejado atrás al grupo. Nadaba con todas mis fuerzas en medio de los gritos de unos y otros. Pero, atrapado en la vastedad azul que me rodeaba por todas partes, de pronto sentí que no estaba más cerca de él que unos momentos antes, como si el agua se hubiera propuesto interponerse entre el punto donde estaba él a la sombra de la torre de saltos, y la zona de sol donde estaba yo. Había parado de bracear y el aire enfriaba el agua de mi cara.

El chico desfallecía, rompía brevemente la superficie con manotazos frenéticos y se iba de nuevo hacia abajo. Las sombras de las plataformas eran tan densas que me impedían ver bien qué estaba pasando. Por un instante pensé que iba a estar nadando hacia él para siempre, que no salvaría nunca los doce o quince metros que me faltaban. Pero el trance iba a pasar y yo a convertirme en el héroe del día. Más tarde hubo risas, y el chico medio indio tuvo que soportar bromas. Pero fácilmente podría haber habido una desgracia. Lo que yo arrastré el corto trecho que había hasta la torre habría podido ser un cuerpo menudo y sin vida. Sin embargo yo había olvidado pronto casi todos los detalles del día y lo que más había persistido había sido la impresión de estar solo en el agua, aquella sensación de auténtico aislamiento, como si me hubieran arrojado sin prepararme a una inmensa, y nada desagradable, cámara azul, lejos de la humanidad.

Para los paracaidistas, la distancia entre el cielo y la tierra desaparecía ya más rápido y entonces la tierra se precipitó bruscamente a su encuentro. Regresó el sonido y uno tras otro aterrizaron, limpiamente, en un flamear de nubes de seda, entre los hurras y silbidos de los paseantes. Yo también aplaudí. Los paracaidistas salieron de sus tiendas y, agachados, se apuntaron mutuamente con el dedo. Luego se alzaron como toreros triunfantes y saludaron a la multitud, que los recompensó con gritos de alegría y un aplauso redoblado.

Entonces se acabó. Por encima del ruido oímos el ulular de unas sirenas al este del parque. Cuatro policías saltaron por encima de las cuerdas que cercaban el prado y corrieron hacia el centro. Uno era blanco, otro asiático y los otros dos negros, y todos sus movimientos eran tan desgarrados como coreográficos habían sido los de los paracaidistas. Nosotros empezamos a abuchearlos, con la seguridad que nos daba nuestra superioridad numérica, y, para poder arrestar a los temerarios, hicieron retroceder a empujones el círculo congratulatorio que habíamos formado. Al otro lado del círculo alguien gritó: «¡Basta ya de seguridad!», pero una ráfaga de viento se tragó la voz.

Los paracaidistas no se resistieron. Una vez liberados de sus alas, la policía se los llevó. La multitud se puso a aclamarlos de nuevo y los paracaidistas, todos hombres jóvenes, sonrieron y se inclinaron. Uno de ellos, más alto que los otros dos, llevaba una gran barba rojiza que relucía al sol. Los paracaídas quedaron en la hierba formando un montón satinado y cuando volvió a levantarse el viento pareció como si exhalaran suspiros trémulos, así que, mientras se llevaban a los hombres, estuvimos un rato mirándolos respirar. Luego, pero sólo al cabo de un largo momento fuera del tiempo ordinario, salimos de la maravilla y reanudamos el picnic. Algo había aparecido en el cielo desafiando a la naturaleza. Como si me hubiera leído el pensamiento, mi amigo dijo: Uno tiene que ponerse una meta, y debe encontrar una forma de cumplirla exactamente, sea lanzarse en paracaídas o desde un acantilado,

sea sentarse una hora y quedarse completamente inmóvil, y por supuesto que la forma de cumplirla ha de tener su belleza.

Moji, la hermana de Dayo Kasali, estaba echada de espaldas con un sombrero de paja sobre la cara. Lise-Anne y mi amigo eran una buena pareja, pensé. Él no me la había presentado hasta ese día, pero me había asegurado que era su compañera ideal. Había un equilibrio entre su seriedad y la ligera naturalidad de ella. Por lo pronto ya lo entendía, lo que no habría podido decirse de sus varias últimas amigas. Practicaba la biología (así me lo había expresado él una vez) de una manera equiparable al amor de él por la filosofía. A mi amigo le perdonaban a menudo que fuese inconstante; la disposición de las mujeres a perdonarlo surgía de su condición de criatura afable. Más raro para él era que lo comprendiesen como parecía comprenderlo ella.

Cerca de nosotros una glicina inclinaba las ramas, con los reticulados pétalos de los capullos afanosos de renacer. Había algunos tulipanes, primaveras del sultán, supuse, con largos, sedosos pétalos como orejas. Las abejas, que no paraban de chocar con las flores, revoloteaban a nuestro alrededor. Camino al parque, Moji me había dicho que nunca había estado tan preocupada por el medio ambiente. El tono era grave. Cuando le contesté que suponía que a todos nos preocupaba el problema, me corrigió meneando la cabeza. Estoy diciendo que a mí me preocupa actuar, dijo. No creo que en general la gente se haga cargo. Me parece que vivo derrochando. Tengo malos hábitos, como la mayoría de los estadounidenses. Como casi todo el mundo, imagino. En los dos últimos meses he tomado más conciencia.

Yo había intentado abordar la cuestión de la forma correcta. Le había preguntado si le preocupaban cuestiones como los viajes aéreos. Sabía que Moji iba a Nigeria al menos una vez al año. ¿La alarmaban los efectos ambientales del combustible, ese tipo de cosas? Había respondido que sí. Entonces la conversación se había desviado porque Lise-Anne y mi amigo, que andaban unos pasos por detrás de nosotros, nos habían alcanzado, y ella había empezado a hablarnos de su vida en Troidhaugen, donde había crecido. Ahora, mientras miraba a los trabajadores del parque doblar los paracaídas, recordé aquel breve intercambio con Moji. Yo había oído bastante sobre la alarma ecológica para saber cuán prioritaria y seria era para algunos, pero aún no lo había asumido seriamente. La cuestión nunca me había enfervorizado. No pensaba un minuto si era mejor usar papel o plástico, y si de vez en cuando reciclaba era por conveniencia, no por convicción de que el reciclaje supusiera una diferencia real. Sin embargo ya estaba empezando a respetar a los militantes. Era una causa, y de las causas yo desconfiaba, pero también una elección, y, siendo tan indeciso, había descubierto que cada vez me admiraban más las elecciones decisivas.

Moji se apartó el sombrero de la cara, y una abeja que la había estado molestando revaluó la situación y se alejó hacia la flor más cercana. El azul del cielo había oscurecido y el aire estaba más fresco. Ella se pasó la mano por la mejilla. La miré y

me resultó desconcertante. Era demasiado alta, de ojos pequeños. Tenía el rostro oscuro, tan oscuro que despuntaban tenues toques de púrpura, pero no era guapa como yo esperaba que fuesen las mujeres oscuras. ¿Quieres saber algo que sé sobre las abejas?, dijo de repente irrumpiendo en mis pensamientos. Que el nombre asesina africanizada es una mierda racista. Asesina africanizada: como si no bastara con que africano sea sinónimo de criminal. Se inclinó adelante para arrancar una uva del racimo del plato. Llevaba una camiseta sin mangas y alcancé a ver la curva oscura de sus pechos.

En todo el país, dije, están muriendo abejas y los científicos no saben por qué. Las abejas siempre me han parecido inescrutables. Tienen unas obsesiones que a los humanos se nos escapan y ahora son cada vez más víctimas de una muerte en masa. Yo creo que tiene algo que ver con las pautas climáticas de los pesticidas, aunque tal vez el meollo sea un cambio genético. A estas alturas ya ha muerto una de cada tres abejas y morirán más, el porcentaje no para de crecer. Cuánto tiempo las hemos usado para fabricar miel, hemos dirigido su obsesión en provecho humano. Ahora también están resultando idóneas para morir, mueren de un desorden terrible en el orden de los himenópteros.

Hubo asentimientos y sonrisas. Lise-Anne me miró con cierta admiración y mi amigo se burló con los ojos. Moji dijo que había leído algo sobre el fenómeno, que se llamaba problema de colapso de colonias. Se ha expandido mucho, dijo, ya es común en Europa, Norteamérica e incluso en Taiwán. ¿Y no tiene algo que ver también con el maíz transgénico? Mi amigo apoyó la cabeza en el regazo de Lise-Anne y dijo: Problema de colapso de colonias: ¿no suena como un asunto de historia imperial? Hay inquietud entre los nativos, vuestra Majestad, no podremos retener estas colonias mucho tiempo más. Lise-Anne dijo: ¿Alguien ha visto *El espíritu de la colmena*? Es una película de un director llamado Víctor Erice, la hizo en los setenta. Allí las abejas representan... no sé qué..., pero parece que en un período violento y triste de la historia española representaban una manera de pensar diferente, una manera de pensar y de ser específica de las abejas pero relacionada con el mundo humano. Hay ciertas escenas de esa película que realmente se me quedaron grabadas. Pienso en unas en que el padre... El hombre tiene dos hijas pequeñas y una se llama Ana, igual que la niña que estaba por aquí hace un momento... Unas escenas en que el padre está como aturdido, con neurosis de guerra, o preso de un recuerdo del que no puede hablar, y lo único que hace es trabajar en los panales. Son escenas muy conmovedoras, sin diálogo ni argumento pero muy eficaces. Bueno, no sé adónde voy con esto, pero lo que quiero decir es que las abejas son muy sensibles, insólitamente sensibles, a la negatividad del mundo humano. Tal vez tienen con nosotros alguna conexión esencial que todavía no hemos discernido, y el hecho de que estén muriendo es una advertencia, como la del canario en la mina, que presiente una

emergencia que pronto será evidente para los lerdos seres humanos.

Yo no había visto la película de Erice, pero el colapso de las poblaciones de abejas me hizo pensar en otra cosa, que ahora relacionaba con lo que acababa de describir Lise-Anne. Me parecía que la falta de familiaridad con la muerte en masa, la peste, la guerra y la hambruna era nueva en la historia humana. Esto que está pasando en las últimas décadas, les dije a mis amigos, que las guerras estallen en terrenos acotados en vez de devorarlo todo, que la agricultura ya no evoque un miedo elemental y las variaciones de clima estacional no sean heraldos del hambre, históricamente es una anomalía. Somos los primeros humanos sin la menor preparación para el desastre. Vivir en un mundo seguro es peligroso. Mirad esta proeza inofensiva y bella de los paracaidistas. Sabemos que están en su derecho de hacer algo que recordaremos, asumiendo personalmente un riesgo, pero la policía tiene el deber de mantenernos a salvo en todo momento y el poder de asegurarnos con la fuerza de las armas y protegernos incluso del placer. Muchas veces pienso en el largo siglo XIX, que fue un interminable baño de sangre en todo el mundo, una orgía continua de matanzas tanto en Prusia como en Estados Unidos, en los Andes como en África Occidental. La carnicería era la norma y las naciones iban a la guerra con el menor pretexto. Y esto no cesaba, sólo se hacían pausas para el rearme. Pensad en las epidemias que barrieron el diez, el veinte y hasta el treinta por ciento de distintas poblaciones de Europa. Hace poco leí no recuerdo dónde que en cinco años de la década de 1630 la ciudad de Leyden perdió el treinta y cinco por ciento de su población. ¿Qué habrá significado vivir en un mundo donde existía esta posibilidad, donde gente de todas las edades se desplomaba alrededor de uno todo el tiempo? El caso es que no tenemos idea. De hecho, esto lo leí en una nota al pie de un artículo que trataba de otra cosa, de pintura o de muebles.

No era nada raro que una familia perdiera tres de sus siete miembros. Para nosotros, la idea de que en los primeros cinco años del milenio mueran de enfermedad tres millones de neoyorquinos es imposible de asimilar. La pensamos como una distopía total, por eso relegamos a notas al pie ciertas realidades históricas. Procuramos olvidar que en otros tiempos otras ciudades han visto cosas peores, que no hay nada que nos inmunice contra todas las pestes, que somos tan vulnerables como cualquier civilización pasada pero estamos especialmente desprevenidos. Fijaos incluso en nuestra forma de hablar de lo poco que nos ha sucedido: nos hemos agotado en hipérboles.

Yo seguía sin parar. Fue Lise-Anne la que me salvó de mí mismo cambiando de tema. Pero Julius, dijo, tú eres psiquiatra. Y hay algo que siempre me ha intrigado. Evidentemente yo estoy loca, de lo contrario no estaría con este individuo. Así que dejemos de lado las abejas, la peste y demás. ¿Cuál es la persona más loca que has tratado últimamente? Apuesto a que tienes alguno realmente chiflado. ¿O es secreto

profesional? Te prometemos no contárselo a nadie.

Consentí, y les conté historias de mis pacientes, sobre encuentros con alienígenas y vigilancia del gobierno, sobre paredes que hablan y sospechas de conspiración familiar. En el horror de las enfermedades mentales siempre hay un depósito de historias cómicas, sobre todo en las filas de los paranoicos. En ese momento recurrí a ellos, incluso haciendo pasar por míos a algunos pacientes de mis colegas. Mis amigos se rieron con el caso de uno que había neutralizado «con éxito» señales de otros planetas aislando cuidadosamente todas las ventanas de su piso con papel de aluminio, colocándose en las suelas de los zapatos complejos receptores tejidos con clips y llevando siempre un trocito de plomo en cada bolsillo, incluso mientras dormía. La esquizofrenia paranoide se presta especialmente a esta clase de relatos, y los que la padecen son buenos narradores porque están consagrados a la construcción de un mundo. Dentro de los parámetros de sus realidades, esos mundos tienen una consistencia notable: sólo parecen delirantes desde fuera.

¿Y los médicos usan la palabra *loco*?, preguntó Moji. Puedes estar segura, dije yo. De hecho, ciertos sujetos están chiflados, sencillamente, y eso es lo que ponemos en la historia clínica. Yo lo hice la semana pasada: era un comerciante de cuarenta y nueve años. Conversamos unos minutos y mientras él hablaba escribí: el paciente está loco como una cabra. De otro paciente diagnosticué: pura y simple chifladura. Te sorprendería lo que decimos los médicos cuando no nos oye nadie.

¿Conoces esa tienda que hay cerca de Tribeca, We are Nuts about Nuts?,<sup>[2]</sup> dijo Lise-Anne. Hombre, dijo mi amigo, yo sé que definitivamente estoy chalado. En realidad hay montones de enajenados en la ciudad, tal vez la mayoría de los neoyorquinos. Bueno, no, prosiguió, no hablo de eso, sino de que, si vamos a la verdad, cada cual encuentra su manera de lidiar con la cosa, nadie está totalmente libre de problemas, dejemos pues que cada cual se clasifique a sí mismo. La locura se usa como excusa para suprimir el disenso, así ha sido siempre, Julius. Hay algo que seguramente sabes muy bien: en la Europa medieval había cárceles flotantes, barcos de locos que navegaban de puerto en puerto recogiendo indeseables. A gente que hoy diríamos que está un poco deprimida la sometían a exorcismos. La cuestión era limpiar la sociedad de contaminantes.

Y si hablamos de verdadera locura, dijo mi amigo, y no voy a pretender que no existe, si hablamos de esa escisión profunda, visceral, entre la realidad manifiesta y una suerte de realidad inventada, personal, pues en mi familia ha habido casos de sobra. Eso que contabas de Leyden..., bueno, en cierto modo mi familia fue Leyden. Mi padre enloqueció y se hizo fanático de la cocaína. O quizá fue al revés: la cocaína vino primero. En cualquier caso en este preciso instante está en Carolina del Sur buscando esnifarse una raya. Vive para eso. Entiéndase que uso la palabra *padre* en un sentido amplio. Hace cuatro años que no veo al sujeto y las veces que lo vi

terminé arrepintiéndome. Y luego está mi madre: seis hijos de cinco hombres diferentes. Bastante loco, ¿no? Quiero decir, ¿cómo es que después del tercer o cuarto crío no lo dejas? Tengo un hermano mayor que está en la cárcel por vender droga. Y no hablemos ya de mi tío Raymond. Tío Ray era mecánico en la zona de Atlanta. Tenía mujer y tres hijos. Era un hombre sencillo, nunca se descarrió, nunca había fumado un porro. Y en eso, cuando yo tenía once años, de golpe perdió la cabeza Dios sabe por qué y fue al jardín y se voló los sesos. Lo encontró la hija menor, mi prima Yvette, que tenía siete años.

En el grupo se hizo silencio. Yo conocía la historia. Ésas eran las horrorosas circunstancias familiares que mi amigo había tenido que vencer para ir a la universidad, graduarse y llegar a ser profesor adjunto en la Ivy League. Ahora, tras haber hablado, tenía en la cara una expresión apacible. Frente a nosotros, en las sombras cada vez más alargadas de la tarde, estaban llevándose los paracaídas plegados en unos vehículos del Departamento de Parques y Jardines. Probablemente acusarían a los paracaidistas de exposición al riesgo y los multarían. Al fin Moji dijo: En este país los negros —y no me refiero a Julius o a mí, sino a los que llevan aquí generaciones enteras, como vosotros— tienen que lidiar con unas cosas que sacarían de juicio a cualquiera. La estructura racista de este país es enloquecedora.

¡Venga, por favor, dijo Lise-Anne, no le des excusas! Todos reímos con cierto alivio. Lise-Anne era de las que uno quiere enseguida. En cambio me impresionaba la fragilidad de Moji, ese constante reflejo defensivo. Hablando de su novio, que yo aún no conocía, me había preguntado: ¿Estás tratando de adivinar si es negro? Me había dejado atónito. Le había asegurado que no, que no me interesaba eso. Lo había tomado como un cliché, como un indicio de una mente sin formar. Pero me había resultado atractivo, sensual incluso, y de repente me había imaginado con ella en una situación sexual. Ella no era Nadège, la atracción era de una valencia diferente. Ni siquiera estaba seguro de que atracción fuera la palabra justa. Pero había algo interesante en el modo en que se envolvía consigo misma como si se envolviera con una túnica. Era directa, hablaba con libertad, buscaba pelea constantemente y sin embargo daba la impresión de estar observando, de estudiar con rigor a las personas y las palabras.

De camino a la salida del parque mi amigo y su chica se despidieron y tomaron un taxi hacia arriba. Moji y yo seguimos andando por Central Park West. Otra vez era yo sobre todo el que hablaba. Intenté sacarla de sí con el tema del reciclaje. Ella contestaba con síes y noes, como si se diera cuenta de que sólo pretendía llenar el silencio con verborrea. Una paloma de plumaje oscuro, posiblemente la misma que habíamos visto al comienzo de la tarde, saltaba por el borde del muro de piedra del parque como si estuviera siguiéndonos, hasta que de pronto alzó el vuelo y desapareció para siempre entre los árboles. Fingiendo que me interesaba, le pregunté

una vez más por su amigo. Se llamaba John Musson. Moji no tenía nada que decir sobre él. Como la noche de primavera debilitaba nuestras palabras, y nos absorbía la energía, al cabo de un rato meramente caminábamos en silencio. Una o dos veces miré de reojo el rostro de ella que en aquel momento parecía tan concentrado, tan desapacible, y tan cautivador. Lo pasé bastante mal leyendo su rostro. A nuestro lado pasaba rugiendo el tráfico, sonaban los motores impacientes y crecía la amenaza de los humos de gasolina al mundo fragante del parque. En el metro de la calle 86 la dejé ir.

En parte, practicar la psiquiatría consiste en ver el mundo como una colección de tribus. Tomemos un conjunto de individuos con cerebros más o menos iguales en cuanto a la manera de cartografiar la realidad: en un grupo ostensiblemente normal como éste, un grupo de control que representa a la mayoría de la humanidad, las diferencias cerebrales son pequeñas. Aunque la salud mental es misteriosa, éste es un grupo bastante predecible y lo que ha descubierto la ciencia sobre el funcionamiento y las señales químicas del cerebro puede aplicarse en términos generales. El hemisferio derecho procesa en paralelo, el izquierdo procesa en serie y a través del cuerpo calloso los mensajes pasan en ambos sentidos con más o menos eficiencia. El órgano entero anida en el cráneo, y mejora a ritmo sostenido su desempeño en una gama de tareas pasmosamente complejas al tiempo que empeora en el de otras. Tal es nuestro retrato de la normalidad. A modo anecdótico, tienden a exagerarse las diferencias —por importantes razones sociales, a la gente le gusta pensar que los demás no se les parecen nada— pero, para la mayoría de las funciones, en realidad se trata de diferencias más bien pequeñas.

Pero si tomamos otro conjunto de individuos, una tribu más distante, los cerebros difieren química y fisiológicamente de los del primer conjunto en un grado bastante significativo. Son los enfermos mentales. Los locos, los chiflados: esquizofrénicos, obsesivos, paranoicos, compulsivos, sociópatas, bipolares, deprimidos, o los individuos con alguna combinación sombría de dos o más de estos trastornos. Todos ellos deberían ser clasificados en un mismo conjunto. Eso al menos pensamos nosotros, y así razona la práctica médica de la psiquiatría. Si están lo bastante enfermos, aparecen por el hospital, voluntariamente o no, y se les dan drogas, con su consentimiento manifiesto o no. Pero a menudo se me ocurre que dentro de esta tribu hay diferencias tan profundas que, en verdad, nos enfrentamos aquí con muchas tribus, cada una tan distinta de las otras como de la tribu de los normales.

En mis deberes como graduado de la escuela de medicina e interno de psiquiatría yo estaba facultado para curar, e inducía a los menos normales hacia cierto grado estadístico de normalidad imaginario. Como prueba tenía un uniforme y un título, y a

mi lado el DSM-IV, la cuarta versión del Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales. Mi tarea, si he de expresarla con la mayor grandilocuencia, era curar a los locos. Si no podía curarlos, lo que ocurría la mayoría de las veces, hacía lo posible por ayudarlos a lidiar con la situación. Durante los estudios de medicina me había esforzado por no perder de vista esa declaración, el sueño que cimentaba nuestra ciencia y nuestra praxis. Naturalmente, eran cavilaciones totalmente privadas, y una de las lecciones que aprendí antes, más por hábito que por necesidad, fue que la representación de conjunto debía sacrificarse al pequeño detalle. Nos enseñaban a desconfiar de la filosofía, los profesores ponían el énfasis en los potentes neurotransmisores, el truco analítico, la intervención quirúrgica. Muchos profesores desdeñaban el holismo y en esto los mejores estudiantes los seguían.

Si bien éramos profundamente sensibles al sufrimiento de los pacientes, hasta donde puedo decir yo formaba parte de una minoría muy reducida que pensaba sin cesar en el alma o se preocupaba por su sitio en un conocimiento tan minuciosamente calibrado. El instinto me inclinaba a las dudas y los interrogantes. Después de tres años de residencia manejaba la mayoría de los casos con desenvoltura. Qué desconcertante había sido, al empezar, aquel océano de conocimientos desmesurados, lleno de trampas y ocasiones de fracasar. Pero de pronto, por así decir, me había visto convertido en un psiquiatra competente. Por entonces también me estaba haciendo una idea de cómo continuar: a qué becas postularme, a quiénes pedir cartas de recomendación. Poco a poco había renunciado a las ambiciones de práctica e investigación académica, y al parecer mi futuro estaba en un gran hospital no universitario de la ciudad o en alguna clínica de los suburbios. Y me parecía bien, porque realmente nunca había tenido inclinación por el tipo de competencia que implica la vida académica.

A mediados de abril el jefe de nuestro departamento dejó la cátedra por la práctica privada. Lo reemplazó una trasplantada de Hopkins llamada Helena Bolt, experta eminente en ADHD —el trastorno por déficit de atención e hiperquinesia—, una persona generosa con la cual era mucho más fácil trabajar. Su presencia se notó en todo el departamento. Había habido un escándalo: un año antes habían acusado al catedrático, el profesor Gregoriades, de usar un término despreciativo para aludir a ciertos pacientes asiáticos. No se había presentado una denuncia pública ni formal pero, por lo que alegaban los que discutían el asunto, las fuentes eran fiables. Aunque la mayoría de nosotros nunca descubrió qué palabra se había usado, la situación se había vuelto desagradable, sobre todo para el puñado de residentes coreanos y chinoamericanos del programa. Era una acusación grave, y sin duda desempeñó un papel en el traslado de Gregoriades a otro programa. Con su partida se disipó parte de la energía negativa y la insatisfacción del departamento.

A decir verdad, conmigo Gregoriades siempre había sido muy cortés. Era un

estudioso brillante de renombre nacional, finalista del premio Lasker, integrante de la Academia Estadounidense de Artes y Ciencias y miembro honorífico de la Asociación Estadounidense de Psiquiatría; los logros profesionales decían de él algo distinto de su personalidad, algo que suscitaba respeto. De todos modos a mí nunca me había importado su actitud un tanto fría y, tiempo antes, incluso había pensado en llegar a conocerlo mejor, en elaborar una estrategia para obtener su protección, porque tal vez podía resultar beneficioso para mi carrera. No es que hubiera decidido proceder enseguida, pero tenía la idea en mente. Eminencia, pedigrí, contactos: si yo hubiera estado totalmente libre de esas consideraciones, probablemente no habría ido al presbiteriano. Con todo, Gregoriades pertenecía a otra generación, o así se decía. Era menos sensible a los nuevos matices de la corrección política. Sin duda la situación habría ofuscado menos a unos cuantos si el cargo hubiera sido de agravio a estudiantes negros o judíos.

La profesora Bolt, la sustituta, era más que cortés. A través de ella los médicos jóvenes se hacían una idea bastante clara de en qué podía consistir una práctica compasiva, veinticinco años en una universidad y una carrera basada en la atención hospitalaria. Tenía una lista de publicaciones de varias páginas, éxitos profesionales apenas menos deslumbrantes que los de Gregoriades y fama de ser una administradora inteligente. Pero lo más visible era que le importaba de veras el cuidado directo de los pacientes. Se propuso diseñar una política terapéutica de acciones posibles para mejorar los ingresos de éstos. Al comienzo el resultado era imperceptible pero, un mes después de la llegada de Bolt, el cambio de la cultura del trabajo en el departamento se volvió tema recurrente en la sala de internos. Fue un cambio beneficioso. Y especialmente satisfactorio para mí, que, cerca ya del final de la formación, mantenía tercamente la visión algo ingenua de cómo debía ser la psiquiatría: provisional, incierta y lo más amable que fuera posible.

En el parque, hablando de la residencia con mi amigo y los demás, me había centrado, como era pertinente en el contexto, en las tiras cómicas. El matrimonio entre la comedia y el sufrimiento humano tiene una larga historia, y la enfermedad mental, en particular, es un buen recurso para los chistes. Pero yo tengo decenas de casos que no habrían sido muy útiles a ese propósito, y a veces cuesta sacudirse el sentimiento de que, bromas aparte, realmente el mundo está azotado por una epidemia de pena, cuyo embate mayor, por ahora, soportan sólo unos pocos desafortunados.

Leía a Freud buscando únicamente verdades literarias. Al fin y al cabo sus carencias habían sido expuestas con tal prolijidad que, casi tanto en la cultura popular como en la psiquiatría, se lo entendía primordialmente a través de sus críticos. H. J. Eysenck lo había reprendido por su psicoterapia. Popper por su método científico. Friedan por su

actitud hacia las mujeres. En general la crítica no era injusta. Así que yo lo leía, no como un profesional que busca claves para comprender, sino como habría leído una novela o un poema. Su obra era un buen contrapeso al sesgo farmacológico de la práctica moderna. El aura histórica también era atractiva: a fin de cuentas hasta Mahler había recurrido a él. Podría argumentarse que, incluso admitiendo sus excesos e interpretaciones erróneas, iluminó el psicoanálisis —que, no lo olvidemos, fue descubierto por él— con mayor elocuencia que los más escrupulosos profesionales modernos.

Sus escritos sobre la pena y la pérdida, descubrí, seguían siendo útiles. En *Duelo y melancolía*, y más tarde en *El yo y el ello*, Freud sugería que en el duelo normal uno interioriza al muerto. El muerto es completamente asimilado por el vivo en un proceso que él llama introyección. En el duelo que no discurre con normalidad, en que algo se tuerce, la internalización benigna no tiene lugar. En cambio hay una incorporación. El muerto ocupa sólo una parte del sobreviviente, es amputado, escondido en una cripta, y desde ese lugar de encriptamiento acecha al vivo como un fantasma. A mí me parecía que la limpieza de la línea que habíamos trazado en torno a los catastróficos sucesos de 2001 correspondían a ese tipo de amputación. Había habido hechos muy heroicos, desde luego, aunque, con el correr de los años, se había vuelto claro que ciertos aspectos de ese heroísmo se habían exagerado. Había habido firmeza en el lenguaje del presidente, también, y cierta riña política, y una determinación de reconstruir enseguida. Pero no se había completado el duelo, y el resultado era una capa de angustia en la ciudad.

Contra el fondo de esta imagen de conjunto, se perfilaban los detalles: en la primavera vi a un anciano. El señor F., del condado de Wetchester, tenía ochenta y cinco años y, salvo por unas cataratas, gozaba de una salud física notable. Desde hacía unos meses la familia había supuesto que se estaba deslizando en el Alzheimer: su atención era difusa, le fallaba la memoria y a menudo parecía estar perdido en el momento. Cada vez decía menos cosas y, cuando hablaba, al parecer sólo le interesaban los recuerdos, algunos de los cuales mezclaba. Pero, como al fin la neuróloga no había encontrado ninguna razón médica para diagnosticarle Alzheimer, nos lo había enviado al Milstein, y su sospecha se había probado acertada: el señor F. estaba deprimido.

Era veterano de la marina; durante la Segunda Guerra Mundial había combatido en el Pacífico. Pero al volver al país se había casado con su novia y había tenido cinco hijos, todos criados en Albany con el salario de él como obrero fabril y el de ella como enfermera por horas y maestra suplente. En 1999 la mujer había muerto y un año después él se había ido a vivir con la segunda de las tres hijas, y cuando vivía allí, en White Plains, había empezado a dormir y comer mal, perder peso, estar desanimado y experimentar una precipitación de los pensamientos que, con gran

dificultad —era un hombre reservado—, describía como un esfuerzo para no ahogarse. Cuando entró, con la gorra de veterano y la cazadora azul, tenía esa mirada ausente de los que, vaya a saberse por qué, han quedado encerrados en su tristeza.

Aunque lo vi solamente dos veces (pasó a psicoterapia), recuerdo que después de nuestra segunda sesión, cuando yo ya había obtenido una historia clínica bastante amplia, le expliqué cómo podían funcionar las diferentes medicaciones. Estaba diciéndole que difícilmente iba a notar una mejora de ánimo antes de un mes, cuando alzó suavemente la mano para detenerme. Dejé una frase por la mitad y, con una emoción súbita en la voz, el señor F. dijo: Doctor, yo sólo quiero decirle que estoy muy orgulloso de venir aquí y ver un joven negro con esa bata blanca que lleva usted, porque para nosotros las cosas nunca han sido fáciles, y nunca nadie nos ha dado nada sin que peleáramos.

## DIECIOCHO

Junto a una farola de la 124 había dos chicos de veintitantos, y algunos fragmentos de su conversación flotaron a mi alrededor cuando iba cruzando la calle. ¿Palabra que apareció?, dijo uno. Apareció *tío*, dijo el otro, yo pensaba que conocías a ese negro. Y una mierda, dijo el primero, yo a ese hijo de puta no lo conozco. Me saludaron con la cabeza, y yo a ellos, giraron a la derecha y echaron a andar calle abajo, hacia el sur. Caminaban sin esfuerzo, ociosamente, como atletas, y por un momento me maravillé de su prodigiosa irreverencia y luego los olvidé.

Unos diez minutos más tarde, cuando iba por la callejuela que corre por encima de Morningside Park (antes de que sea Morningside Drive propiamente dicho), de pronto advertí un movimiento en las sombras. El sobresalto fue innecesario, y al ver quiénes eran me relajé y sonreí: los dos muchachos que había saludado antes. Sin devolver la sonrisa, ellos avanzaron en mi dirección con unos pasos flexibles, como calculados para ahorrar energía. Pasaron a ambos lados de mí sin hablar entre ellos, se habría dicho que no me veían. Cada uno parecía sumido en sus pensamientos. Antes, se me ocurrió, había habido un ligerísimo contacto entre nosotros, las miradas entre extraños en una esquina, un gesto de respeto mutuo basado en la condición de hombres negros y jóvenes, es decir, basado en que éramos «hermanos». A cada minuto del día los negros de toda la ciudad intercambiaban miradas así: una rápida solidaridad que se forjaba en la trama de las aspiraciones mundanas de cada cual, un asentimiento, una sonrisa o un saludo rápido. Era una forma breve de decir: Yo sé algo de cómo es tu vida aquí. Ahora habían pasado a mi lado y por algún motivo se habían resistido a repetir ese gesto fugaz.

Expiraba el día y las sombras dominaban las calles. Era improbable que me hubieran reconocido aun a plena luz. Con todo yo estaba irritado. Y mientras pensaba esto sentí el primer golpe en el hombro. Otro, más duro, me dio en el trasero y mis piernas cedieron como palillos. Caí al suelo. No me acuerdo de si grité o abrí la boca pero no salió ningún sonido. Empezaron a patearme en todo el cuerpo —los tobillos, la espalda, los brazos— en una veloz coreografía preparada. A gritos, ahora sí, les pedí que parasen, consciente de que era un hombre golpeado en el suelo. Luego la voluntad de hablar se desvaneció y acepté los golpes en silencio. La conciencia inicial del dolor había desaparecido, pero la reemplazó la anticipación del dolor que sentiría más tarde, de lo malo que sería el día siguiente para mi cuerpo y mi cabeza. Me había quedado en blanco salvo por ese pensamiento solitario que ardía en los ojos, una perspectiva, me pareció, más dolorosa que los golpes. Nos resulta práctico describir el tiempo como un material: «desperdiciamos» el tiempo, nos «tomamos»

nuestro tiempo. Tirado allí, el tiempo se volvió material de una manera nueva y extraña para mí: fragmentado, roto en jirones incoherentes, y a la vez extendiéndose como algo derramado, como una mancha.

No tuve miedo a morir. No sé por qué estaba claro que no pretendían matarme. Había una calma en esa violencia y, aunque no habían esgrimido arma alguna ni dado explicaciones, supe que eran dueños de sí. Me estaban dando una paliza pero no severa, sin duda no tan severa como habría sido si hubieran estado realmente enfadados. Los «dueños de sí» no eran dos, como había pensado yo: se les había unido un tercero y reían, con una risa fácil salpicada de tacos. Cuando logré enfocar los ojos, vi o tuve la impresión de que eran mucho más jóvenes de lo que había supuesto antes, no tenían más de quince años. Y las palabras fluidas que atravesaban la risa como picas parecían distantes de la situación, como si se las dijese a otro, como si en este encuentro fueran las mismas palabras que en todos los otros: nunca hostiles, nunca dirigidas a mí, inocentes como cuando las habían anunciado en la esquina. Ahora querían humillar, y me retraje. También me defendía de los insultos con una mano alzada, mientras seguían cayendo los golpes, aunque más despacio. Los chicos no paraban de reírse y uno me dio un pisotón especialmente fuerte en la mano. El mundo se oscureció. Se fueron a la carrera, y oí el ruido sordo y los chirridos de las zapatillas de baloncesto.

Se fueron, y el tiempo recobró la forma. Se habían llevado mi billetera y mi móvil. Me senté en la calle en silencio, perplejo, pensando que podría haber sido peor y pensando también que había sido inevitable. Arriba se encendían las luces de los pisos y aún quedaba un resto de luz en el cielo. La noche estaba suspendida entre la luz del día y la luz eléctrica, el brillo de la luz de los interiores, que yo veía pero no podía alcanzar, parecía una promesa de la continuidad de la vida. La gente volvía del trabajo, preparaba la cena o terminaba los últimos flecos de las tareas del día. La gente: pero en la calle no había nadie, nada más que el viento seco entre los árboles. Sentado en la calle, miré una alcantarilla ahogada de ortigas. El intrincado tejido de hierbas era sobrecogedor.

Podría haber sido peor: una idea indignante, una idea falsa, porque lo que había sucedido era peor, peor que la seguridad, peor que un cuerpo inviolado. Entonces llegó el dolor en torrente, el dolor físico, como si de golpe hubiera subido la temperatura ambiente y por todo mi cuerpo se expandiera un calor seco. Me caían lágrimas de los ojos. Respirar hacía daño. Imaginé que me habían roto un par de costillas, aunque resultó que no. Tenía los nudillos de la mano izquierda cubiertos de arena y sangre y en el dorso de esa mano un tajo por encima de la muñeca: era la mano que, tirado en el suelo con las rodillas recogidas y la cabeza doblada, había alzado para protegerme. Sentía la boca dormida como después de haber ido al dentista. No es mi boca, pensé, moviendo la lengua dentro de esa cavidad ajena,

impávida, fea.

Por fin vi a alguien en el otro extremo de la calle. No tan lejos, sólo a dos manzanas. Era una persona pequeña, lenta, como un recuerdo que se aproxima. Me incorporé como pude, me sacudí la ropa y eché a andar cojeando un poco, apretando los dientes, sintiendo que la fealdad se extendía por mi rostro. Pero aquella persona no advirtió mi disfraz. Era un hombre mayor vestido con un mono. Pasó de largo sin darse cuenta, o sin que le importara darse cuenta, de que acababan de golpearme.

Hice el camino de vuelta procurando mantenerme en las sombras. No estaba lejos. Los chicos se habían desvanecido en el parque y probablemente ya estarían lejos, en algún lugar del Harlem profundo. El vestíbulo estaba vacío, el ascensor libre. Entré en mi piso y me quedé largo rato frente al espejo del cuarto de baño. Me toqué la mandíbula y pasé suavemente un dedo por la mejilla. Estaba hinchada, furiosamente púrpura, dolía. Me quité la ropa: primero la sucia chaqueta negra, luego la arrugada camisa de un prístino azul claro. Era una camisa que yo me ponía muy poco, regalo de Nadège. Regresó la claridad: tenía que limpiar las heridas (no era necesario ir al hospital) y tenía que escribir un informe. También las tarjetas de crédito: la primera llamada debía ser ésa, para limitar el perjuicio financiero. Después la policía del campus, que pondría junto al ascensor un aviso (como tantas veces antes, en que la víctima no había sido yo) de que habían atracado a alguien del vecindario y los sospechosos eran jóvenes negros, de sexo masculino, de altura y peso medios.

Abrí la ventana y miré afuera. Había oscurecido del todo, el cielo era de un gris carbón y sólo las lejanas luces halógenas cerca del suelo interrumpían la oscuridad. Al otro lado de la calle había unos edificios de apartamentos, la mayoría ocupados por estudiantes y profesores de las diversas instituciones del vecindario: el Colegio de Maestros, el Seminario de la Unión Teológica, el Seminario Teológico Judío y la Escuela de Derecho de Columbia. En uno de los apartamentos, el que estaba casi directamente al mismo nivel del mío, había una mujer joven de cara a la pared. Llevaba un chal y, con la cabeza baja, se balanceaba sin cesar atrás y adelante bajo la luz amarilla de una lámpara de pie. Unos pisos más arriba, en la azotea del edificio, una chimenea echaba al cielo una inmensa columna de humo gris. Parecía el humo de una explosión en cámara lenta, silencioso, sinuoso, cuyos bordes se fundían en la oscuridad más honda del cielo. Mi apartamento mismo estaba oscuro. Me había hecho un té y lo bebí mientras observaba a una mujer que rezaba en el apartamento de enfrente. Los otros no se nos parecen, pensé, sus formas son diferentes de las nuestras. Sin embargo yo también recé. De buena gana me habría mecido de cara a una pared, si eso me hubiera sido dado. Hacía mucho tiempo que yo había resuelto íntimamente que la oración no era en modo alguno una promesa, ni un dispositivo para obtener lo que uno quería de la vida: era una simple práctica de la presencia,

nada más, una terapia del estar presente, del dar nombre a los deseos del corazón, tanto a los deseos plenamente formados como a aquellos todavía informes.

Habían sido apenas dos horas. La conmoción había sido tan súbita que yo aún temblaba y seguía jadeando por dentro, pero en cierto modo ya empezaba a sentirla como una reyerta de patio de escuela. ¿Acaso había tomado el control de mí mismo por un momento cuando, como un viejo que acoge a la muerte, había aceptado golpe tras golpe? No. Sólo había sentido el temor al dolor y el amor de liberarme de él. Y mientras mordía el polvo había pensado: ¡Pero cómo no se me ha ocurrido nunca! ¿Cómo pude no darme cuenta de lo bueno que es estar libre de heridas?

Ahora todos los clichés que servían para minimizar el ataque invadieron mi cabeza reclamando un sitio. Estas cosas suceden, sólo era cuestión de tiempo, agradece haberte salvado y, claro, podría haber sido peor, me decía mientras sentía la furia contenida en mi garganta. Tres días sin ir al trabajo bastarían para recobrar el equilibrio, y trataría de explicar francamente por qué pedía la baja, por qué me apartaba. Mientras tanto tendría que recurrir a mi amigo para que me ayudara en algunas cosas prácticas. Al menos él no le daría al hecho más importancia de la necesaria.

Había escuchado otras historias de atracos. A una colega del servicio le habían arrebatado el bolso. A una de las enfermeras —una robusta portuguesa-americana de voz suave— una pandilla le había roto la mandíbula y no le había robado ni la billetera, ni la cadenilla de oro, ni el reloj, sino tan sólo el iPod. Habían tenido que darle diecisiete puntos en la cara. En la ciudad no era rara la violencia deportiva. Y ahora me había tocado a mí. Me había limpiado las heridas de los hombros, los brazos y las piernas, en general numerosos cardenales que no tardarían en curarse. Lo que más me preocupaba era la boca desfigurada y la mano. Mientras examinaba las magulladuras me asaltó un tropel de pensamientos: ¿Por qué tan a menudo este mismo cuerpo se había curado enseguida del paso de sus amantes?

La mujer había dejado de rezar. Se pasó los dedos por el hermoso pelo castaño y se quitó el talit de los hombros, deteniéndose un momento como si hubiese olvidado algo. Luego lo dobló y apagó la lámpara.

La joven titubeaba, pensó mucho antes de hablar. El hombre sentado junto a ella, a quien había mirado buscando confirmación, negó con la cabeza y la corrigió. No, ahí dice Organización Mundial de la Salud. Prueba de nuevo. ¿Lo ves? Ésa es Mundial. Comercio. Organización. Sí, ésa es comercio. ¿Recuerdas la palabra para comercio?

Él señaló y dos dedos vibraron sobre la página. Después de rumiarlo un rato, ella dio otra respuesta en chino, que sonó parecida a la primera. A él ésta le gustó más, y le preguntó si quería repasar la lista desde el comienzo. Yo estaba solo en una mesa pequeña, tomando café, recogiendo fragmentos de la conversación entre la fuga de

voces de la cafetería. Ellos en la barra, enfrente, bebiendo Coca-Cola. La alumna era asiática. Inquieta, los mechones que parecían tinta negra le caían sobre la cara mientras se pasaba de una mano a otra un fajo de tarjetas. El profesor, no mucho mayor que ella, era un hombre rubio en chándal.

Yo fingía mirar por la ventana. Las sombras eran largas, la luz amarilla y en la acera se abrazaban dos mujeres con tacones altos y grandes bolsas de compras. El trato entre el profesor rubio y la alumna era típico de una relación nueva, con los roles ya establecidos pero aún sujeto a cierta formalidad. De vez en cuando ella se reía, y él le corregía la pronunciación. Era como si ella se esforzase por sacar lo poco que sabía del idioma a la superficie. Sus ojos buscaban, ajenos a los ojos que la miraban. Él parecía más cohibido. Era consciente de la incongruencia entre sus rasgos y su tarea, consciente de que llevaba a cabo la tarea en un espacio público. Se habría dicho que estaba presentando sus credenciales, dirigiéndose no sólo a ella sino a cualquiera de alrededor que pudiera detenerse un momento al ver a un blanco dándole clases de chino a una asiática. Daba la impresión de estar algo satisfecho de sí. Repitió las últimas frases y, levantando brevemente la vista, dio con mis ojos en el cristal de la ventana.

La cafetería estaba en Broadway entre Duane Street y Reade Street, cerca de la estación de metro Brooklyn Bridge-City Hall, y daba a un parque tranquilo para los patrones del sur de Manhattan. Esa mañana había un ajetreo de oficinistas y trabajadores del parque y turistas raros, pero el volumen total de las voces no superaba el rumor. Por las escaleras de la estación subía gente camino al trabajo, en el parque ya estaban los del turno matutino y hacían la primera pausa para tomar café. Fuera del café colgaba un cartel de neón apagado, que decía COMIDA LATINA, y dentro unos empleados retiraban fuentes calentadas al vapor. Pronto las llenarían de arroz amarillo, plátanos fritos, fideos chinos, costillas a la barbacoa y diversas comidas dominicanas, portorriqueñas y chinas que locales como ése ofrecían a la hora punta del almuerzo. No era un sitio grande pero evidentemente le iba bien, sin duda porque estaba rodeado de edificios enormes donde trabajaban innumerables funcionarios.

Habían pasado dos semanas y todo lo demás se había curado. Finalmente no tuve necesidad de ir al hospital para curarme la boca. Pero la mano izquierda me inquietaba. Lo que había tomado por un cardenal parecía ahora una lesión en el hueso y girar un picaporte o levantar una taza de café me dolía. Llevaba casi siempre la mano en el bolsillo de la chaqueta. En la acera de enfrente, delante del más grande de los edificios oficiales, serpenteaba una cola. Nadie hacía fila frente a un edificio estatal una mañana de día laborable a menos que estuviese obligado. Cuando salí de la cafetería me dio la impresión de que la cola era de inmigrantes y no de citados en algún jurado, otra posibilidad en un edificio así. Había una atmósfera de expectativa nerviosa: se palpaban los esfuerzos para soportar el interrogatorio.

Crucé la calle para pasar junto a la fila. Todos los bangladesíes de un grupo —la menuda matriarca de pelo plateado y *salwar kameez*, el joven de chaqueta de punto y pantalones beige, la muchacha de falda hasta las pantorrillas, los niños bien abrigados — parecían revolver torpemente sus papeles. La cantidad de parejas interraciales que había en la cola me pareció inusitada. Una, me imaginé, era de afroamericano y vietnamita. Por los uniformes, los guardias de seguridad eran de la Wackenhut, la misma empresa privada contratada para vigilar a los inmigrantes en el centro de detención de Queens. En la entrada se exigía a todos los miembros de cada inquieta familia que llegaba que se quitasen las joyas, los zapatos, los cinturones, y dejaran las monedas y las llaves, de modo que las notas del miedo oficial al terrorismo se unían como un bajo continuo al miedo privado a que, una vez arriba, algún funcionario de inmigración dijese que faltaba algún papel.

Desde donde yo estaba se veía, detrás de la cafetería, el enorme edificio Long Lines de la AT&T en Church Street. Era una torre sin ventanas, una gigantesca losa de cemento, que se erguía hacia el azul del cielo, con poco más que unos tubos de ventilación, que parecían periscopios, para indicar que era un edificio y no un ladrillo sólido fabricado por una máquina gargantuesca. Como cada piso tenía al menos el doble de altura que los de un edificio de oficinas normal, la torre entera, intimidante como era, no pasaba de las veintinueve plantas. Las amplias esquinas, los alargados ejes con que la construcción imitaba la forma de un castillo flanqueado por casetas de guardia, y que ocultaban los ascensores, conductos y tuberías, acentuaban el aspecto militar. Me imaginé que, al cabo de unos años, los pocos empleados que trabajaban en aquel edificio debían de volverse topos, con los ritmos circadianos totalmente alterados y la piel al borde de la transparencia por la pérdida de pigmentación. Si algo parecía sobre todo el Long Lines, que yo seguía contemplando como si fuera presa de un trance, era un monumento o una estela.

Me arrancó de mis pensamientos la voz de un guardia de seguridad. Aquí no puede pararse, señor, circule. Caminé hasta la calle lateral. Por allí la cola se extendía hasta la esquina. A unos metros, otro hombre, probablemente un portero, estaba ayudando a una familia hispana, una madre y dos hijos, que parecían perdidos. Tratando de entender qué preguntaban, él repetía, no *passport* con la pronunciación de la madre, *passiport*. Al mayor de los chicos le había empezado a brotar el primer y rebelde vello facial. Parecía aburrido, o acaso incómodo. Cerca del comienzo de la cola una muchacha salió por las puertas de cristal y se precipitó llorando a abrazar a un grupo que la esperaba. Con ella había salido un hombre joven, tal vez el marido, y todos los que habían esperado estaban exultantes, se abrazaban y chocaban los cinco. Una mujer mayor se puso a llorar y, en voz tan alta que la oí, la muchacha dijo: Ya ven a quién salí, a mi mamá. Los demás de la cola, deseosos de tener la misma suerte, posiblemente más tensos todavía por las demostraciones de alivio de otro,

confundidos por las efusiones, miraban, desviaban la vista y volvían a mirar. El portero sonrió, meneó la cabeza y le explicó a la familia hispana cómo llegar a la oficina de pasaportes.

En medio de la calle lateral había una pequeña isla de tráfico y enfrente de ella, rodeada por los grandes edificios de oficinas, una parcela de césped. No me habría llamado la atención si, instalada en el centro, no hubiera visto una forma curiosa, aunque inmediatamente fui incapaz de discernir si era escultórica o arquitectónica. Una inscripción identificaba el monumento, pues eso resultó ser, como un homenaje a un antiguo cementerio de africanos. Aquel terreno minúsculo era lo que se había dejado libre para señalar el emplazamiento, pero en los siglos XVII y XVIII el terreno, de más de dos hectáreas, se había extendido hasta Duane Street al norte y hasta City Hall Park hacia el sur. A lo largo de Chambers Street y en el parque mismo todavía era común hallar restos humanos. Pero la mayor parte de las sepulturas estaban ahora debajo de edificios de oficinas, tiendas, calles, cafés, farmacias y el fragor incesante del comercio cotidiano y la administración pública.

En aquel suelo habían sido enterrados los cuerpos de unos quince o veinte mil negros, la mayoría de ellos esclavos, pero después se había construido encima y los habitantes de la ciudad habían olvidado que allí había un cementerio. El terreno había pasado a manos privadas y estatales. El monumento que yo veía era obra de un artista haitiano, pero no pude mirarlo de cerca porque estaba cerrado al público mientras se realizaban trabajos de restauración que, según informaba un cartel, quedarían listos para la temporada turística de verano. Entre la hierba verde y un sol radiante, a la sombra del mercado y el gobierno, de pie a unos metros del monumento acordonado, yo no tenía indicio de quienes habían sido los seres a cuyos cadáveres, entre 1690 y 1795, se había dado sepultura a mis pies. Era allí, por entonces las afueras de la ciudad, al norte de Wall Street y por lo tanto fuera de la civilización tal como se la entendía en la época, donde se había permitido a los negros sepultar a sus muertos. Después los muertos regresaron cuando, en 1991, durante las obras de un edificio en Broadway y Duane, salieron a la superficie restos humanos. Los habían enterrado en mortajas blancas. Los ataúdes que se descubrieron, unos cuatrocientos, estaban casi todos orientados hacia el este.

La pelea en torno a la construcción del monumento no me interesó. Sin duda no había ninguna posibilidad de que se echaran abajo dos hectáreas y media de terreno de primera en el bajo Manhattan y volvieran a declararse camposanto. Esa mañana tibia yo había tropezado con el eco secular de la esclavitud en Nueva York. Los cuerpos que se exhumaban tanto en el Cementerio Negro, como llegó a saberse, como en otros similares en la costa oriental, llevaban marcas de sufrimiento: un trauma brutal, un penoso daño físico. Muchos esqueletos tenían huesos rotos, evidencia de lo que habían padecido en vida. También abundaban las enfermedades: sífilis,

raquitismo, artritis. En algunas mortajas se encontraron conchas, cuentas y piedras pulidas, para los estudiosos indicios de religiones africanas, ritos quizá que posiblemente procedían de la vida en el Congo, o de la costa occidental de África, donde tantos habían sido capturados y vendidos como esclavos.

En 1780 los negros libres habían presentado una demanda en defensa de sus muertos. Era frecuente que los ladrones de cadáveres eligieran cuerpos negros para ofrecérselos a cirujanos y anatomistas. La demanda, en un lenguaje palpablemente dolorido, lamentaba que quienes al amparo de la noche «desentierran los cuerpos de los difuntos, amigos y parientes de los demandantes, se los lleven, sin respeto a la edad ni al sexo, destrocen su carne por vana curiosidad y luego los abandonen a las bestias y los pájaros». Los poderes cívicos reconocieron que la causa era justa y, en 1789, fue aprobada la Ley de Anatomía de Nueva York. A partir de entonces, como se había decretado en Europa, las necesidades de la anatomía quirúrgica tendrían que satisfacerse usando asesinos, pirómanos y atracadores ejecutados. A la sentencia de muerte de los infractores, la ley había añadido la posterior contribución a la profesión médica: y había dejado los cadáveres de negros inocentes a la paz y el olvido. Qué difícil se hacía ahora, desde el punto de vista del siglo xx, comprender realmente que aquellas personas, a pesar de las vidas difíciles que se habían visto obligados a vivir, eran personas de verdad, complejas en todas sus dimensiones como nosotros, afectas a sus placeres, reacias a sufrir, apegadas a sus familias. ¿Cuántas veces la muerte no habría invadido cada vida para arrebatar un esposo, un padre, un hermano, un hijo, un primo, un enamorado? Y, con todo, el Cementerio Negro no era una tumba colectiva: a cada cuerpo se lo había enterrado solo, siguiendo cualquiera de los diversos ritos que los negros habían sido libres de practicar extramuros.

La zona de seguridad en torno al monumento estaba automatizada. Entré en la zona del césped pasando por encima del cordón. Me agaché y, cuando recogía una piedra, sentí una punzada en el revés de la mano izquierda.

## DIECINUEVE

En mayo de 1989 yo necesitaba ropa para el funeral de mi padre. Como en aquellos días a mi madre la abrumaban esas tareas, y muchas otras igual de sencillas, de la mayor parte de los ritos y los asuntos prácticos se ocupaba la hermana de mi padre, la tía Tinu. Unas semanas antes de la ceremonia ella me había llevado a una sastrería en Asegunde, un extenso tugurio lleno de chabolas de techos oxidados y cloacas abiertas donde todos los niños eran pobres y algunos estaban visiblemente desnutridos. Cuando bajábamos del coche los niños se habían quedado mirándonos, porque para ellos debíamos de representar una riqueza y un privilegio inconcebibles, impresión que probablemente reforzaba mi «blancura». Pero la tienda en sí transmitía eficiencia: a la luz natural, el interior estaba limpio y olía a tiza azul. En el suelo había muestras de tela estampada a la cera, cuadrados de color estridente que interrumpían el lustre gris del cemento, y, mientras me tomaba las medidas con una cinta métrica que desenrolló velozmente, el sastre se puso a adularme como si felicitar a alguien por el largo de la pernera o el ancho de hombros fuera lo más natural del mundo. Tal vez tratara de consolarme, porque en una prudente conversación previa mi tía lo había informado del propósito de la visita. Le pasó en voz alta unos números misteriosos a su ayudante, números que más tarde se transmutarían en ropas, camisa blanca y traje oscuro para el funeral, *buba* y *sokoto* en tela índigo hilada a mano para la fiesta posterior.

Aun en esas circunstancias estar en la sastrería era agradable. Me gustaba el olor de la ropa nueva, y la íntima maravilla de que me tomaran las medidas para vestirme se parecía para mí a la de un corte de pelo, o a la de sentir la mano del médico en el hueco de la garganta cuando me tomaba la temperatura. Eran los raros casos en que uno le permitía a un extraño entrar en su espacio personal. Confiaba en la competencia que le ofrecían y gozaba de la promesa de que las manos del extraño dieran resultado. Aquel día el trabajo del sastre bastó para consolarme.

El funeral se celebró una tarde de sol, no una mañana de lluvia; no con un tiempo miserable como supongo que yo esperaba que fuesen los funerales, como aún hoy espero que sean. Ahora recuerdo que Mahler, a quien sepultaron en Grinzing en 1911, tuvo el funeral calmo y privado que había querido, sin discursos frente a la tumba, sin lecturas religiosas, sin versos floridos en la lápida, donde sólo se grabó el nombre, Gustav Mahler. Y que, adecuadamente, llovió hasta que, como cuenta Bruno Walter, el cuerpo fue enterrado y salió el sol.

A mi padre lo enterramos un día especialmente caluroso, un día infunerario. La ropa nueva, que no era negra sino azul oscuro, me escocía, sobre todo en el cuello, y

estar de pie al aire libre me hacía muy consciente de la incomodidad. El grupo que pugnaba por un sitio en el cementerio de Atan era grande, una multitud sombría, pero, a causa del tamaño no estaba exento de un toque festivo. Muchos de los presentes parecían amigos y relaciones de trabajo de mi abuelo, que era activo en la esfera política. Muchos habían viajado desde Ijebu-Ile y otras ciudades del estado de Ogún para ofrecer sus respetos a él, quien, aunque en aquel momento no tenía ningún cargo, en los setenta había sido comisario de Estado y a quien todavía se consideraba un decisivo personaje influyente y un mediador del poder.

Yo tenía una experiencia limitada de la muerte, menos que limitada. Nadie a quien yo conociera bien había muerto. Pero aquella tarde, cuando enterraban a mi padre, pensé en alguien que había muerto, o probablemente hubiese muerto, una niña que según suponía tendría mi edad. El chofer la había atropellado cuando me llevaban a la escuela, y yo iba en el asiento delantero. Había ocurrido en un barrio pobre, el barrio donde debía de vivir ella, que en todo caso no vivía lejos porque estaba yendo a la escuela. La niña tenía ocho o nueve años y recuerdo claramente que llevaba uniforme, un vestido verde lima. También recuerdo que en un atasco ya la había visto cruzar una vez por delante del coche: una niña flaca, que no tenía aspecto enfermizo sino que simplemente era desgarbada. Luego se había cruzado otra vez y la habíamos llevado por delante. Por un minuto, cuando aparecieron unos hombres del barrio, la situación se había vuelto peligrosa, nuestra situación. Arrastraron al chofer fuera del coche, después de que vacilara un momento detrás del volante, y al principio había dado la impresión de que iban a pegarle. Pero luego, quizá comprendiendo de pronto cuán grave era la situación, él, todo actividad, se había puesto a despejar la zona, y había recogido a la niña y la había puesto en el asiento de atrás. Ella estaba consciente pero muda. La habíamos llevado a un hospital cercano, a una velocidad tan temeraria que si hubiera cruzado otra niña también la habríamos atropellado. Aunque era una fresca mañana de harmatán, el chofer sudaba. El hospital era, o había sido hasta hacía poco, una casa residencial y tenía una cruz de neón en la fachada. A esas alturas la niña estaba inconsciente, y yo había sentido, con una certidumbre que todavía no puedo explicar, que no se había quedado dormida meramente, ni caído en coma, sino que había muerto. Muy agitado, el chofer la había llevado al hospital en brazos. Sálvenme, por favor, recuerdo que les repetía a las enfermeras que se precipitaron a nuestro encuentro. Yo me había quedado en el coche. No recuerdo haber esperado mucho, tal vez veinte minutos, después de los cuales él había salido, solemne, y en silencio habíamos seguido camino a la escuela.

Yo no había vuelto a pensar en la niña aquel día, ni el siguiente, ni nunca. No había hablado de ella con mis padres ni con nadie. El chofer tampoco había mencionado el episodio. Sólo volvió a mi mente cuatro o cinco años más tarde, en el funeral de mi padre, junto a la fosa, cuando el cura dijo las oraciones ante el ataúd y

empecé a pensar vagamente en la muerte. Pero sentí como si la niña de uniforme escolar verde pálido, muerta en una mañana fría, una mañana funeral, fuese parte de un sueño o de una historia que había oído contar a alguien.

Después del entierro hubo una fiesta en casa. No la fiesta grande y boyante que habría sido si mi padre hubiese muerto a los setenta y cinco, ni el taciturno ritual de freír *akara* que se habría celebrado si hubiese muerto a los cuarenta. Mi padre había muerto a los cuarenta y nueve, y desde el punto de vista de los principales patrones había sido un hombre de éxito: una buena carrera de ingeniero, mujer e hijo, una hermosa casa. Así pues, hubo una fiesta para celebrar su vida, y se cocinó para las pocas docenas de miembros de la familia, y para amigos íntimos, colaboradores profesionales, miembros de la iglesia y vecinos, pero los tonos fueron sombríos y no hubo música ni alcohol. Los invitados se sentaban en la sala, o fuera, bajo la carpa alquilada.

Algunos habían ido con niños y los niños corrían entre las mesas, riendo, mientras los adultos hablaban en voz baja y se compadecían mutuamente. Si no me falla la memoria, mi madre pasó casi toda la tarde sola en su habitación: a la mayoría de los invitados los recibieron mis abuelos, mi tía y mi tío. Como a mí me tocaba un papel, según me había dicho mi tía, tuve que quedarme en la sala sofocante, incómodo en la aspereza de la *buba* y el *sokoto*, y ser lo más educado posible con los muchos ancianos y ancianas que insistían en que seguramente los reconocía y que, en su intento de consolarme, inventaban vínculos conmigo que en realidad tenían escaso sustento y en ningún aspecto significativo iban más allá de la ocasión. De muchos de ellos oí reiteradamente la idea de que debía cuidar a mi madre, que ahora sería el hombre de la casa, algo que ya entonces me chocó como un lugar común completamente inútil.

Los niños, que por alguna razón eran incontrolables aquel día, armaban cada vez más escándalo y cuando, en medio de una carrera, uno de ellos alargó la mano y tiró al suelo de cemento una fuente llena de arroz jollof, a otros tres les dio un ataque de risa. Nadie los hizo callar ni los reprendió, y las risas se alzaron como burbujas sobre la grave concurrencia causando una profunda incomodidad en los lívidos padres. Una o dos veces el sonido decreció, pero entonces alguno de ellos empezó de nuevo, los otros tres no pudieron resistirse y la risa siguió expandiéndose durante muchos minutos. Ordenaron a uno de nuestros criados que los llevaran detrás de la casa, donde seguimos oyendo sus carcajadas de poseídos al menos durante cinco minutos más. Si bien el incidente causó una obvia consternación en los adultos, a mí me divirtió, y todavía hoy me resulta imposible pensar en los tristes acontecimientos de aquel día sin sentir cierta gratitud hacia unos niños, todos menores de ocho años, que, cayendo bajo el embrujo momentáneo de la alegría, dejaron entrar el aire en una sala que los ritos de la muerte habían vuelto asfixiante.

Yo ya tenía catorce años cuando enterraron a mi padre y no era en absoluto tan niño. No guardaría un recuerdo fiable de ese día, porque el funeral fue un acontecimiento público y en gran medida se apoderaron de él preocupaciones ajenas. Había muerto en la intimidad, literalmente había habido un lecho de muerte (lo que en aquella época me impresionó, porque hasta entonces la expresión sólo me había parecido una metáfora). Pero es el entierro lo que más recuerdo, no la muerte. Sólo junto a la tumba tuve el absurdo sentimiento de un fin, la percepción de que él no mejoraría ni regresaría en unos meses, y el sentimiento me dejó una sensación de vacío. Y al tiempo que tenía los pensamientos elevados del que está a punto de hacerse hombre, al tiempo que alimentaba en mí el estoicismo y la determinación de manejar la pena como era debido, me dejaba atrapar por instintos más pueriles, de modo que parte de lo que recordaba junto a la fosa, parte de la cinta que pasaba por mi mente mientras se rezaba por el cadáver de mi padre, eran los trasgos y zombis del *Thriller* de Michael Jackson.

Años más tarde fue la fecha del entierro, no la de la muerte, la que señalé como aniversario. Casi siempre he recordado la primera, y el 9 de mayo de este año iba al trabajo en la línea 1 del metro cuando me vino a la mente que hacía exactamente dieciocho años que mi padre había vuelto al polvo. En ese lapso yo había elaborado el recuerdo del día, no incorporando otros entierros, porque sólo había asistido a unos pocos, sino pinturas de entierros —*El entierro del conde de Orgaz* de El Greco, el *Entierro en Ornans* de Courbet—, tanto que el hecho real había cobrado las características de esas imágenes y en el proceso se había vuelto tenue y poco fidedigno. No podía estar seguro del color de la tierra, si realmente era el intenso rojo arcilla que yo creía recordar, ni de no haber tomado la forma de la sobrepelliz del cura del cuadro de El Greco o el de Courbet. Lo que recordaba como rostros largos y acongojados habrían podido ser rostros redondos y acongojados. A veces, en ensueños, me imaginaba a mi padre con monedas en los ojos, y a un barquero solemne que las retiraba a cambio de transportarlo.

Recuerdo que aquel día, cuando se cumplía el decimoctavo aniversario, había un hombre que recorría los vagones del metro. Estaba inspeccionando las rejillas de ventilación que hay encima de las puertas. Llevaba un uniforme azul de la Administración de Transporte Metropolitano, la MTA, y pulsaba números en una especie de medidor que emitía pitidos intermitentes. Lo miré con atención e imaginé que era un mensajero espiritual, una suerte de ángel, aunque no sabía si del bien o del mal, y tan concentrado estaba él en la tarea que su examen metódico no logró disuadirme de las caprichosas ideas que desfilaban en mi cabeza. Mientras

pasábamos como un ráfaga por las estaciones de las calles 125, 137 y 145, dirigí la vista a los respiraderos y pensé en los terribles momentos finales en los campos de concentración, momentos a los que nadie había sobrevivido para dar testimonio directo, en que se disparaba el Zyklon B y los cautivos respiraban sus muertes, y recordé que en los cuarenta, mientras sucedía aquello, mi oma iba camino al norte, a Berlín, como refugiada, con la misma estupefacción y el mismo miedo que todos a su alrededor. De estas cosas me hubiera gustado hablar con ella: de los jóvenes de su ciudad que habían marchado a la guerra y no habían vuelto nunca, de los que habían vuelto al fin —como mi opa, de quien no me habían contado casi nada— o de a los que habían arreado a Mauthausen-Gusen.

En la 157, una chica asiática que había estado dormitando se levantó de golpe, nerviosa y ágil como una corza, y saltó al andén antes de que se cerraran las puertas. Entró alguien y por un instante pasmoso creí reconocer a uno de los muchachos que me habían golpeado. Pero me equivocaba. Naturalmente, aquellos chicos habían estado flotando pasajeramente en mis sueños, y la idea de que podría haber sido peor, tan desagradable para mí en su momento, ahora me parecía la más sensata. Pero en esos sueños yo peleaba. Salía más herido, pero también les pegaba hasta hacerlos sangrar. Uno caía y yo, volviéndome hacia él, le atizaba la cara hasta dejársela como un papel encarnado, hasta que perdía un ojo. Cuando me despertaba, el dolor de haber dado puñetazos era congruente con el que sentía en el dorso de la mano izquierda.

Cuando el empleado de la MTA iba a empujar la puerta para pasar al vagón siguiente, dejé mi asiento y fui a hablarle. Parecía antillano, de la Guayana o de Trinidad: supuse que había en él un rastro de ancestros africanos, aunque también podía ser de indios del subcontinente. Le pregunté por su trabajo. Era especialista en aire acondicionado, estaba haciendo controles de la temperatura de los vagones. Tenía una actitud amistosa y parecía sorprendido de que alguien se hubiese fijado en él.

Son increíbles las quejas que puede provocar una variación minúscula de frío o calor. Tenemos muy buenos sistemas CVR —es decir, de calefacción, ventilación y refrigeración— y en verano tratamos de mantener el ambiente entre cinco y siete grados más frío que afuera. Como lo controlamos constantemente, es un operativo muy grande. Claro que nadie nota la temperatura salvo cuando empieza a molestar, cuando se bloquean los conductos o hay una avería local en el sistema. Y, añadiéndose, nunca prestas atención al oxígeno hasta que falta: cuando hay algún problema en el CVR, aunque sólo dure quince minutos, la gente estalla.

## VEINTE

Me invitaron a una fiesta en el piso de John Musson. El piso estaba en Washington Heights, pocas calles al norte del hospital, daba al Hudson, según me había dicho Moji por teléfono, y tenía una vista notable al río, los árboles y el puente George Washington. Tenía que ir a verlo sin falta. No vivían juntos, porque ella tenía su propio piso en Riverdale, en el Bronx, pero pasaba muchas noches allí, dijo, y era coanfitriona de la fiesta. Yo no había vuelto a verla desde el día en el parque, pero me había llamado tres o cuatro veces y habíamos mantenido conversaciones breves, amistosas, por lo general a última hora de la noche. Una vez me había preguntado bruscamente cómo se encontraba mi madre. Yo me había quedado mudo y luego le había dicho que no lo sabía, que no estábamos en contacto. Ay, pero qué mal, había dicho ella en un tono extrañamente vivaz. Me acuerdo de que la conocí. Era muy simpática.

Supongo que los días anteriores a la reunión hice algún esfuerzo por salvarme de alguna manera, pero al fin llegó la fecha, a mitad de mayo, y descubrí que me faltaba una buena excusa y tendría que ir. Salí del trabajo temprano, a eso de las cinco y media. Como había tiempo de sobra, en vez de coger el metro decidí caminar. Atravesé Harkness hasta la intersección de Broadway con St. Nicholas y encontré las calles, como era previsible a esa hora, con todos los carriles de ambas direcciones invadidos por conductores impacientes. Mitchel Square Park, cruce de dos calles principales y punto panorámico de una media hectárea, estaba dominado por un peñasco levemente elevado desde donde se podía ver la superposición de edificios que habían llevado el campus médico a su forma actual. Las nuevas construcciones no sólo se alzaban muy cerca de las más antiguas: en muchos casos estaban injertadas en ellas, como brillantes miembros protéticos y extraños. Milstein, el principal bloque del hospital, era una amalgama de piedra victoriana y una reciente fachada triangular de vidrio y acero que le daba aspecto de pirámide centelleante en un entorno austero y majestuoso.

Yuxtaposiciones como aquélla abundaban entre los edificios de alrededor; la misma acumulación de capas se extendía a los nombres, que relataban una historia de instituciones que originalmente habían sido establecimientos cívicos y poco a poco habían pasado a depender de la beneficencia de filántropos y empresarios. En el dintel de piedra ricamente labrada de uno de los edificios más antiguos se leían las palabras HOSPITAL DE NIÑOS Y RECIÉN NACIDOS 1887; en la puerta de al lado, en azul satinado y letra sans-serif, HOSPITAL DE INFANTES MORGAN STANLEY. Desde Mitchel Square Park —dedicado a los veteranos de la Primera Guerra Mundial y llamado así

en memoria de un alcalde de Nueva York muerto en esa guerra— se veía el Centro de Investigación Biomédica Mary Woodward Lasker, el Centro de Investigación Oncológica Irving, el Hospital de Mujeres Sloane y el Pabellón de Ciencia Médica Russ Berrie. Aparcada frente al Hospital de Niños había una dádiva más: una ambulancia de la sección neoyorquina de la Fundación Fire Family, la organización de caridad de los bomberos. Algunas donaciones eran antiguas, otras muchas recientes, pero todas establecían el poderoso vínculo entre la asistencia médica moderna y los monumentos por un lado, y entre los monumentos y el dinero por otro. Un hospital no es un lugar neutro ni un espacio puramente científico, pero tampoco es un centro religioso como en el medievo: ahora la realidad implica el comercio y existe una correlación entre la donación de grandes sumas de dinero y la existencia de un edificio *in memoriam* del donante. Los nombres importan. Todo tiene un nombre.

En la gran roca del parque había unos muchachos jugando con tablas de *skate*: subían y bajaban dificultosamente por la pendiente suave pero anfractuosa y reían. Leí la placa en homenaje a Mitchel que había en la entrada de la calle 166. En el momento de su elección para el cargo, al comienzo de la guerra, había sido, con treinta y cuatro años, el alcalde más joven de la ciudad y, cuatro años más tarde, su muerte en Luisiana, cuando volaba con la Fuerza Aérea del Ejército, había desatado un torrente de dolor ciudadano. Mientras leía la placa, intrigado por el extraño segundo nombre de Purroy, entró en el parque un hombre con una gran chaqueta de los Yanquis. Se detuvo a mi lado y me pidió dos dólares para el autobús, pero yo lo rechacé sin decir palabra y salí de nuevo a Broadway. Justo al norte del parque, más allá del monumento a la Primera Guerra Mundial, con sus tres héroes detenidos para siempre en combate —uno de pie, otro de rodillas, el otro desplomado con una herida mortal—, el clima de la zona cambiaba y el campus de hospitales daba paso al barrio, como si de pronto el pasado se transformara en presente.

Casi inmediatamente menguaba el número de profesionales médicos de blanco que salían del Milstein y las calles empezaban a estar llenas de dominicanos y otros latinoamericanos: trabajadores, residentes, público haciendo compras. Alguien avanzaba hacia mí saludando con un ademán entusiasta. Era una mujer alta y de mediana edad con un bebé, pero no reconocí la cara. Mary, soy Mary, dijo. Trabajaba con tu viejecito, ¿no te acuerdas? Meneaba la cabeza asombrada de haberme encontrado. Yo le recordé mi nombre. Era ella, ahora vivía en Washington Heights y, en cuanto pudiese dejar el niño en la guardería, iba a cursar un programa de enfermería en Columbia. La felicité, y me asombré por dentro de cómo quemaba etapas la vida. Hablamos un poco del profesor Saito. El viejo era bueno, ¿sabes?, dijo ella. Le gustaba mucho que lo visitaras, no sé si te lo dijo. Fue muy difícil ver cómo decaía, ver que tuvo un final tan duro. Yo le agradecí que lo hubiera cuidado. El bebé empezó a llorar y nos despedimos.

Desde la esquina de la calle 172 se hicieron visibles por primera vez las luces, como suaves puntos amarillos en la distancia gris, del puente George Washington. Pasé por delante de algunos pequeños comercios de baratijas, de los desmedidos escaparates de las grandes tiendas El Mundo y del restaurante El Malecón, perpetuamente popular, al cual yo iba a cenar de vez en cuando. En la acera de enfrente había un edificio enorme y arquitectónicamente estafalario. Lo habían construido en 1930 y en aquel entonces se lo conocía como teatro Loews de la calle 175. Diseñado por Tilomas W. Lamb, estaba lleno de detalles fascinantes — candelabros, alfombras rojas, una profusión de adornos arquitectónicos tanto en el interior como en el exterior— y los elementos de terracota de la fachada imitaban estilos varios: egipcio, morisco, persa y *art déco*. El expreso propósito de Lamb había sido proyectar en «la mente occidental» un hechizo misterioso utilizando «ornamentos, tramas y colores» exóticos.

Ahora el edificio tenía una marquesina con un cartel que, en letras blancas sobre fondo negro, decía: ENTRAD O SONREÍD AL PASAR. Se había convertido en una iglesia pero sin perder el esplendor de la edad de oro. Cumplía funciones religiosas desde 1969 y el teatro, bajo el nuevo nombre de Palacio Unido, todavía albergaba diversas congregaciones. La más famosa y más antigua era el rebaño del Ilustre Reverendo Frederick Eikerenkoetter. El reverendo Ike, como se lo conocía popularmente, predicaba la prosperidad y vivía de un modo principesco acorde, según su visión, a un siervo fiel de la palabra de Dios. Frente a la iglesia, y en extraña congruencia con las falsas almenas asirias y la pompa fuera de contexto, estaba aparcado su Rolls-Royce verde, uno de los varios coches de lujo que tenía. Los fieles de su iglesia, el Instituto de la Iglesia Unida de la Ciencia del Vivir, que en una época habían sido decenas de miles, ahora eran más escasos. Pero la gente seguía donando dinero como había hecho desde los años sesenta.

En el teatro, que con sus más de tres mil butacas fue en sus orígenes el tercero del país en aforo, se habían proyectado películas y ofrecido las tempranas versiones de los espectáculos de vodevil. Allí había cantado Al Jolson y actuado Lucille Ball, en una época en que en los alrededores había restaurantes caros y comercios de lujo. Ahora, desde la puerta de El Malecón, a la luz declinante de un atardecer de viernes, parecía en calma. Pasados más de setenta años, el amasijo de estilos no conseguía resolverse en nada que tuviera algún sentido. Ya en sus mejores días debía de haber resultado ajeno al entorno, y ahora, aunque razonablemente mantenido, parecía totalmente fuera de lugar: había un mundo de distancia entre esa arquitectura y la de las pequeñas tiendas, entre esos arcos irrelevantes o las grandes columnas y los inmigrantes que rara vez alzaban la cabeza para mirar más arriba de la calle. El hechizo se había desvanecido.

Se abrió la puerta de una furgoneta. Un chico sacó la cabeza y vomitó en la

alcantarilla, y desde dentro de la furgoneta una voz de mujer lo tranquilizó. El chico volvió a vomitar, levantó los ojos con una expresión angelical y me vio. Yo seguí de largo por Broadway, como si me empujara el aspecto rápidamente cambiante del barrio. En la esquina de la 181 había otro edificio adornado. Y allí estaba el viejo rival del teatro Loews de la calle 175, el Coliseum, que fue el tercero más grande del país en su propio tiempo, antes de que se construyera el Loews. Breve y triste derecho a la fama, haber sido el tercero más grande. Ahora, muy alterado, se había convertido en el teatro New Coliseum, compartía espacio con una gran farmacia y una mezcolanza de tiendecitas, y sólo por encima de la primera planta quedaban rastros de la arquitectura de la década de 1920.

En la 181 doblé a la izquierda y, en dirección a Fort Washington, pasé frente a la estación del metro A y la Iglesia Colegiada de Fort Washington y llegué a Pinehurst, que no estaba conectada con la 181 directamente sino mediante un tramo de escaleras, largo y angosto, que subía entre una pequeña maraña de vegetación y salía a la calle propiamente dicha. Las escaleras, vertiginosas, parecidas a las del Sacré-Cœur de Montmartre, mucho más largas, corrían a la sombra de árboles: a ambos lados las flanqueaban parterres ahogados de hierbas y se bifurcaban en una doble fila de barandillas de hierro, de manera que evocaban un funicular. Mientras subía por la derecha, yo a medias esperaba que por la izquierda viniera resoplando un tranvía. Me llevaron al punto muerto de Pinehurst, un mundo diferente de la bulliciosa vida callejera que había dejado unos metros más abajo, un vecindario más rico, más blanco. Y así continué entre blancos, adentrándome en esa atmósfera más sosegada, sintiendo por unos minutos que era el único caminante en un mundo despoblado, tranquilizado sólo de vez en cuando por algún signo de vida: una anciana con una bolsa de compras al final de la calle, un par de vecinos conversando a la puerta de un edificio de apartamentos y la aparición, uno tras otro, de resplandores de luz en las ventanas de encantadoras casas de ladrillo retiradas de la acera. A mi derecha estaba Bennet Park, quieto y silencioso, animado únicamente por el flameo ocasional de la bandera estadounidense y la bandera negra de los prisioneros de guerra izada debajo. Pinehurst terminaba en la 187 y ésta me llevó a Cabrini, que corría a lo largo del río.

Siguiendo por Cabrini unos cientos de metros, hasta el final, habría llegado a Fort Tyron Park, en donde, como una joya en un estuche de terciopelo, estaba enclavado el Museo de los Cloisters. Yo recordaba que la última vez había ido con mi amigo. Nos habíamos detenido en el jardín amurallado, que mira al Hudson. Había un gran peral con espalderas que formaba una suerte de candelabro verde contra el muro de piedra: las ramas se abrían como las del Árbol de Jesé, forzadas durante años por las atenciones de los jardineros a crecer en los ángulos correctos y en un solo plano de dos dimensiones. A mis pies había varias hierbas típicas de un parterre de monasterio: mejorana, perejil, malvavisco, acedera, puerro, valeriana roja, salvia. Crecían

libremente, tan prósperas que hablamos de lo maravilloso que sería tener un huerto idéntico para cocinar.

Me acuerdo de que aquel día me arrodillé a oler las tenues fragancias. El parterre contenía saponaria y hepáticas, hierbas que habían recibido sus nombres del antiguo saber de la semejanza o medicina herborística simpática, un arte casi místico según el cual las propiedades medicinales de las plantas se relacionaban con su apariencia física. A la hepática se la consideraba buena para los males de hígado porque las hojas evocan la forma de los lóbulos de ese órgano, y del mismo modo la pulmonaria curaba las dificultades de respiración porque la hoja parece un pulmón, y a la saponaria se la valoraba por sus usos dermatológicos. La búsqueda de significado había conducido a nuestros ancestros medievales a la certeza de que Dios, artífice de toda la creación, había distribuido en esas cosas claves o signaturas para el uso benigno de lo creado, y que para descodificarlas bastaba con un poco de vigilancia. La semejanza no era sino lo más básico de esta clase de conocimiento, pero una extensión posterior de la idea fue la búsqueda de signos, tal como la asumió en el siglo XVI el humanista alemán Paracelso.

Paracelso creía que la luz de la naturaleza obraba por la intuición, pero también que la experiencia la agudizaba. Leída adecuadamente, nos informaba de la realidad interior de una cosa por medio de su forma, de modo que en la apariencia de un hombre había cierto reflejo válido de la persona que era en verdad. En efecto, según Paracelso la realidad interior es tan profunda que no puede sino expresarse en la forma externa. Por otro lado, como ocurre con los artistas, los signos externos de una obra de arte estarán vacíos a menos que aborde la cuestión de una vida interior. En consecuencia Paracelso desarrolló una teoría de cómo se manifiesta la luz de la naturaleza en cuatro aspectos del hombre individual: las extremidades, la cabeza y el rostro, el cuerpo en conjunto y el porte, o manera de andar y postura.

Nosotros estamos familiarizados con la teoría de los signos en las formas degradadas de la frenología, la eugenesia y el racismo. Sin embargo, la sensibilidad al vínculo entre espíritu interior y sustancia exterior también subyace al éxito de muchos de los artistas de la época de Paracelso, como los escultores en madera del sur de Alemania. Gracias a una atención extrema a las propiedades de su material, y al modo en que esas propiedades pueden traducirse en términos de escultura, crearon obras de arte perdurables, precisamente del tipo de las que se ven en las salas y corredores de los Cloisters. Riemenschneider, Stoss, Leinberger y Erhat sustentaron la talla en un complejo conocimiento material de la madera de tilo, y sus intentos de maridar el espíritu del material con su forma visible, por artesanales que sean, no difieren mucho de la lucha por el diagnóstico que absorbe a los médicos. Esto es particularmente cierto en el caso de los psiquiatras, que tratamos de emplear signos o síntomas exteriores como claves para entender realidades internas, aun si la relación

entre ambos no está del todo clara. Tan modesto éxito tenemos en la tarea que no cuesta demasiado admitir que hoy nuestra rama de la medicina es tan primitiva como la cirugía en tiempos de Paracelso.

Aquel día, mientras pensaba en los signos y la semejanza, yo había intentado contarle a mi amigo cómo había evolucionado mi visión de la práctica psiquiátrica. Le había dicho que veía a cada paciente como una habitación oscura y que, cuando en una sesión con un paciente entraba en esa cámara, consideraba esencial ser lento y premeditado. Todo el tiempo tenía en mente no hacer daño, el más antiguo de los principios médicos. En las enfermedades externamente visibles se trabaja con más luz, los signos se expresan más forzosamente y por eso es más difícil pasarlos por alto. En el campo de los problemas mentales el diagnóstico es un arte más delicado, porque a veces ni los síntomas de mayor peso son visibles. Es un arte especialmente resbaladizo porque la fuente de información sobre la mente es la propia mente, y la mente es capaz de engañarse a sí misma. Como médicos, le había dicho yo a mi amigo, dependemos, en un grado mucho mayor que en el caso de las enfermedades no mentales, de lo que nos cuenta el paciente. Pero ¿qué hacer cuando la lente a través de la cual se miran los síntomas es, a menudo, sintomática en sí? La mente es opaca para sí misma, y cuesta mucho descubrir la ubicación precisa de las zonas de opacidad. La ciencia oftálmica describe un área situada detrás del bulbo ocular, el disco óptico, por donde abandonan el ojo aproximadamente un millón de ganglios del nervio óptico. Es exactamente allí donde se aglomeran las neuronas asociadas con la visión, el punto donde la visión se apaga. Desde hacía tiempo, recuerdo haberle explicado a mi amigo aquel día, pensaba que la mayor parte del trabajo de los psiquiatras en particular, y de los profesionales de la salud mental en general, era un punto ciego tan amplio que se había apoderado de todo el ojo. Lo que sabíamos, le había dicho, era mucho menos que lo que permanecía a oscuras, y en esa enorme limitación estribaban el atractivo y las frustraciones de la profesión.

Encontré el edificio y John me atendió por el interfono y me abrió. Subí en el ascensor al piso veintinueve. Él estaba en la puerta, llevaba un delantal. Pasa, dijo, qué bien que al fin nos conozcamos las caras. Ya había algo de gente. John era operador de fondos de inversión y ya bastante rico a juzgar por la casa, espaciosa y decorada con abundancia de muebles modernos de mitad del siglo pasado, un surtido de kilims y un piano de cola Fazioli. Calculé que tendría unos quince años más que Moji. Tenía una sociabilidad algo forzada, y las mejillas rubicundas y la perilla rojiza no me atraían. Moji se me acercó y nos abrazamos. ¿Qué es esa venda?, dijo ella. ¿Estás haciendo boxeo o qué? Balbucí que había tropezado en un umbral, pero ella ya había vuelto a la cocina. Desde allí me preguntó qué quería beber. Le respondí en voz alta, sin saber bien qué aun antes de que el eco de mi voz se apagara, porque me

había quedado pensando en lo guapa que estaba, lo deseable y, por supuesto, lo inaccesible.

A eso de las 2 de la mañana muchos se habían ido y la fiesta se apaciguó. Alguien reemplazó la música *dance* que había estado sonando en el estéreo por una grabación de Sarah Vaughan con cuerdas. Todos los que quedaban, una docena, estaban echados en los sofás. Unos pocos fumaban puros, y el olor era agradable, seductor, un perfume barítono que me despertó un sentimiento de ecuanimidad. Una pareja dormía abrazada y cerca de ellos, sobre una alfombra, se había ovillado una chica con mucha sombra negra en los ojos. Moji y John estaban enfrascados en una conversación con un físico italiano. Él era de Turín. La esposa, una mujer de Cleveland que me habían presentado antes, también era física. Algo, tanto en la demora de sus réplicas como en su forma un poco extraña de hablar, me había sugerido que tal vez fuese sorda. Como naturalmente no podía preguntárselo, había dejado el asunto de lado. Había hablado un rato con ella y el marido. Le había alegrado discutir conmigo sobre Italo Calvino y Primo Levi: él se había aburrido, tuve la impresión, y con el pretexto de llenar la copa se había alejado.

Salí al balcón, cosa que toda la noche había tenido ganas de hacer: como había prometido Moji, la vista era una maravilla. Envolvía el apartamento por dos lados y desde el piso veintinueve, de una sola mirada, se abarcaban las viviendas de millones de personas. El parpadeo de lucecitas a través de kilómetros de aire me hizo pensar en la cantidad de ordenadores que habría en tantos hogares, la mayoría ahora dormidos, cada uno con una luz única alternando entre el *on* y el *off*. Yo iba por la tercera copa de champán. El día parecía ya lejos y yo estaba apaciguado. Estaba también la sensación agradable de flirtear con Moji, no con alguna expectativa, sino por el placer de hacerlo. Y esta vez notaba que la interacción con ella era menos tensa, menos conflictiva. Me alegré de haber ido.

Detrás de mí la puerta de vidrio se abrió con un chasquido y John salió al balcón. Él también llevaba en la mano una copa de champán. El alcohol le había encendido las mejillas. Lo felicité por su generosidad y su hermoso piso. A lo largo de la ventana del dormitorio, de vidrio laminado, había una hilera de bonsáis, tal vez una docena en total. No habrían podido ser más diferentes de las plantas de interior habituales. Cada arbolillo, robusto, antiguo y nudoso, venía creciendo desde antes de que yo naciera, y cada uno encerraba en el tronco y las raíces los secretos genéticos que le aseguraban que nos sobreviviría a todos. Le dije a John que ya los había estado admirando antes. Me preguntó si había notado que en el rótulo de uno decía *Acer palmatum*. Ese bebé tiene ciento cuarenta y cinco años, dijo. Algunos lo llaman arce japonés, y puede alcanzar, no sé, los dos metros o dos y medio, pero esto no va de tamaños, ¿no? ¿Te has fijado en que las hojas se parecen a las de la marihuana? Soltó

una risita. Me repugnaba, pero ni siquiera él podía estropearme el ánimo.

Al salir de la casa de John paré a tomar un café en una cafetería de la 181 y Cabrini. Lo bebí rápido, seguí andando por Cabrini hasta la 179 y decidí dar un rodeo por el puente George Washington. Quería ver más de cerca el amanecer sobre el Hudson. La ciudad aún dormía. En la cafetería había visto a un hombre con casi todo el brazo tatuado y la cabeza apoyada en los nudillos. Cuando salía vi a otro hombre, dominicano o puertorriqueño, en un coche aparcado, pero no supe si dormía o miraba ciegamente el dispositivo de GPS que tenía delante. El reflejo del sol hacía del parabrisas una placa metálica brillante. Cuando llegué al paso peatonal del lado del puente que daba a Fort Lee, vi, delante y al otro lado de la vía central, un coche encallado. Era uno de esos grandes modelos estadounidenses de fines de los ochenta, posiblemente un Lincoln Town, y había chocado contra el barandal. Debía de haber ocurrido no hacía más de quince o veinte minutos, pues ahora estaban llegando el camión de bomberos y los coches patrulla. Avanzaban en silencio, agolpados a lo largo del puente, y como casi no había tráfico no necesitaban usar las sirenas. Vi que el coche tenía las dos puertas delanteras abiertas y las ventanas rotas. El morro estaba aplastado, había vidrios en la calzada y en el pavimento había charcos de sangre como manchas de aceite. Andando unos metros más pude ver el coche desde el este.

Cerca del coche había una pareja en el saledizo de cemento y el sol naciente se deslizaba por el cielo a sus espaldas. Estaban callados, atónitos, asimilando la pesadilla de una mañana de sábado. Desde lejos parecían filipinos, o tal vez centroamericanos. Cuando yo subía al paso elevado, llegaron los bomberos, como la viva imagen de la actividad. El rojo brillante del camión era como una herida en el carril vacío. ¿De dónde podía venir toda esa sangre? Tanto el hombre como la mujer tenían las piernas heridas, pero no parecía que sangrasen profusamente. Era surreal, tal como lo recuerdo ahora lo más surreal que yo había visto en mi vida. La visión del sufrimiento innecesario tiñó durante la hora siguiente todo el resto del amanecer, el río y las calles tranquilas cuando, bajando del puente, caminé por Fort Washington hasta la calle 168, donde empezaba el campus médico y desde allí seguí por Broadway, entre la basura del barrio dormido, y más abajo a través de Harlem y luego por Amsterdam y el silencioso campus de Columbia. Vi a mi vecino Seth —por primera vez en varios meses, no creo que hubiese vuelto a verlo desde que me había contado lo de la muerte de su mujer— y me paré a saludarlo. Estaba, con ayuda del portero, arrastrando el segundo de dos grandes colchones afuera del edificio. Tengo que comprar unos nuevos, dijo. Parecía estar leyendo algo en la superficie del colchón, que había quedado apoyado en la fachada. Luego se giró y, a modo de explicación, dijo: A éstos los invadieron las chinches.

Me preguntó si en mi apartamento habían aparecido y le dije que no. Pero luego

me acordé de que, antes de marcharse unas dos semanas antes, mi amigo había hablado de un intento de librarse de ellas. Mi amigo no había tenido éxito en las oposiciones a la cátedra y había dejado Nueva York, con chinchas y todo, por un puesto en la Universidad de Chicago. Para mi gran sorpresa, su nueva amiga, Lise-Anne, se había ido con él. Y fue en ese momento peculiar, hablando con Seth junto al colchón infestado, cuando tuve el presentimiento de que iba a acusar mucho la ausencia de mi amigo.

Cada persona debe, en alguna medida, tomarse como punto de calibración de la normalidad, debe asumir que el espacio de su mente no le resulta totalmente opaco. Tal vez sea esto lo que entendemos por cordura: cualesquiera que sean las excentricidades que admite tener un individuo, él no es el malo de su propia película. De hecho ocurre todo lo contrario: sólo hacemos de héroes, y en el remolino de las historias ajenas, en la medida en que esas historias nos conciernen, nunca estamos por debajo del heroísmo. ¿Quién, en la era de la televisión, no se ha observado frente a un espejo e imaginado su vida como una serie que acaso ya miran multitudes? ¿Quién, con estas consideraciones en mente, no ha introducido en su vida diaria un elemento de actuación? Somos tan capaces de hacer el bien como el mal, y la mayoría de las veces elegimos el bien. Cuando no es así, no nos inquieta, como no le inquieta a nuestro público, porque somos capaces de acoplarnos a nosotros mismos y porque con otras decisiones nos hemos ganado su comprensión. Están dispuestos a creer lo mejor de nosotros, y no les faltan razones. Desde mi punto de vista, si repaso mi historia, aun sin atribuirme un sentido ético especialmente elevado, me satisface haberme atendido al bien.

Pero ¿qué hay que entender entonces cuando en la versión de otro yo soy el malo? Estoy muy familiarizado con las malas historias —mal concebidas o mal contadas— porque se las oigo a menudo a mis pacientes. Conozco los cuentos de quienes echan la culpa a los demás, de quienes son incapaces de ver que son ellos mismos, no los otros, el hilo común de todas sus malas relaciones. Hay tics característicos que revelan la falsedad esencial de relatos así. Pero lo que me había dicho Moji aquella madrugada antes de que yo dejara la casa de John, subiera al puente George Washington y caminara los pocos kilómetros hasta mi casa, no tenía nada que ver con ese tipo de historias. Lo había dicho como si, con todo su ser, estuviera segura de que era exacto.

De las diez personas aproximadamente que se habían quedado en el apartamento la noche de la fiesta, yo había sido el primero en levantarme. Eran alrededor de las seis y ya había salido el sol. Pasé de puntillas entre cuerpos dormidos en el suelo y entré en la cocina. Hice té, volví de puntillas y me senté en la terraza acristalada mirando al Hudson. Moji vino a sentarse a mi lado en la otra silla baja y acolchada.

¿Cómo has dormido?, dije, e iba a preguntarle si la médica de Cleveland era sorda, como yo sospechaba, pero ella estaba mirando el río con los ojos entornados. Entonces se volvió hacia mí y, con una voz baja y uniforme, emotiva en su falta total de inflexión, dijo que había cosas que quería decirme. Y luego, con la misma entonación plana, dijo que a fines de 1989, cuando ella tenía quince años y yo uno menos, en una fiesta que había dado su hermano en su casa de Ikoyi, yo la había forzado. Después, dijo, los ojos impávidos al centelleo del río, en las semanas siguientes, en los meses y los años que siguieron, yo había actuado como si no supiera nada, incluso me había olvidado de ella, al punto de no reconocerla cuando habíamos vuelto a encontrarnos, sin hacer nunca un intento de aceptar lo que había hecho. Ese engaño atormentador se había alargado hasta el presente. Pero para ella no había sido lo mismo, dijo, ella no había podido permitirse el lujo de negar. De hecho yo había seguido presente en su vida, siempre, como una mancha o una cicatriz, y había pensado en mí, fugazmente o en largos momentos de dolor, casi todos los días de su vida adulta.

Moji continuó en esta vena durante lo que probablemente fueron seis o siete minutos. Me contó quiénes más habían estado en la fiesta aquella y describió con precisión lo que recordaba: los dos habíamos estado bebiendo cerveza, ella estaba a punto de desmayarse y yo la había llevado a otra habitación y la había forzado. Durante muchas semanas después había querido morir. Yo me había negado a mirarla, dijo, y su hermano Dayo lo supo todo, no porque lo hubieran conversado, pero era inconcebible que en las sombras y ausencias de la noche no se hubiese dado cuenta, y ella lo odiaba, dijo, por no haber hecho nada por protegerla. Y allí estábamos ahora, tan adultos, pero como ella aún llevaba su herida el hecho de volverme a ver, y ver que no había perdido nada de mi insensibilidad, la había abierto de nuevo y la había devuelto a una angustia comparable en intensidad a la que había sufrido en aquellas semanas, sólo que esta vez había tratado, por razones que ni para ella estaban claras, de esconder el dolor y enfrentar la situación con buena cara. Había tratado de perdonar, dijo, y de olvidar, pero ninguno de los dos intentos había resultado.

Aunque en ningún momento había subido la voz, Moji hablaba ahora en un tono tenso, exhausto, como si estuviera enronqueciendo. No vas a decir nada, dijo, sé que no vas a decir nada, soy sólo una mujer más cuya historia de abuso sexual no creará nadie. Lo sé. Mira, en todo este tiempo me ha ido consumiendo el rencor, porque esto sucedió hace mucho y es mi palabra contra la tuya y tú dirás que fue de común acuerdo, o que no sucedió en absoluto. He previsto todo lo que podrías responder. Por eso no se lo he contado a nadie, ni a mi novio. Pero él igual te tiene calado, a ti, el psiquiatra, el sabelotodo. Sé que piensas que es un bufón. Pero es mejor hombre que tú. Es más sabio, entiende la vida como tú no la entenderás nunca. Por eso, sin que yo

tenga que contarle nada, sabe qué influencia maligna has sido en mi vida.

No creo que hayas cambiado en nada, Julius. Las cosas no desaparecen porque decidas olvidarlas. Hace dieciocho años me forzaste porque pensabas que podías salirte con la tuya y supongo que lo conseguiste. Pero en mi corazón no. Te he maldecido tantas veces que sería absurdo contarlas. Y tal vez hoy no harías algo así, pero, claro, tampoco entonces yo pensaba que eras capaz de hacerlo. Basta con que pase una vez. Pero ¿vas a decir algo ahora? ¿Vas a decir algo?

Otros se habían despertado ya y empezaban a moverse por el apartamento. Moji calló, pero mantuvo la mirada fija en los resplandores del Hudson. Pensé que se echaría a llorar pero, para mi alivio, no lo hizo. Nadie que en ese momento hubiera salido a la terraza habría imaginado que estábamos haciendo otra cosa que disfrutar de la danza de la luz en el río.

El sol recién nacido daba sobre el Hudson tan oblicuamente que el río relucía como un tejado de aluminio. En ese momento —y lo recuerdo muy precisamente, como si lo estuvieran reproduciendo frente a mí— pensé en una historia que Camus cuenta en sus diarios sobre Nietzsche y Cayo Mucio Escévola, un héroe romano del siglo VI antes de Cristo. Escévola había sido capturado cuando se disponía a matar al rey etrusco Porsena y, como no quería delatar a sus cómplices, dio una prueba de temeridad poniendo la mano derecha en el fuego y dejando que ardiera. De ese acto proviene el apodo de Escévola, el zurdo. A Nietzsche, según Camus, lo puso furioso que sus compañeros de escuela no creyeran la historia de Escévola. Así que, con quince años, agarró del fuego un carbón al rojo y lo sostuvo en la mano. Naturalmente se quemó. Llevó la cicatriz toda la vida.

Entré en la sala y saludé a los que acababan de levantarse. Cinco minutos después me marché. Sólo varios días más tarde, buscando la historia en otra parte, vi que Nietzsche no había expresado el desprecio por el dolor con una brasa, sino poniéndose varias cerillas encendidas sobre la palma de la mano: cuando empezaban a quemarlo, un alarmado prefecto de la escuela las había tirado al suelo de un golpe.

## VEINTIUNO

El lunes fue mi primer día de consulta privada. El consultorio, que mi socio mayoritario David Ng. dirige desde hace catorce años, está en Broadway. Es un despacho agradable, en el tercer piso de un edificio de antes de la guerra, con ventanas abiertas a una clara vista de comercios de lámparas enfrente y cielo despejado arriba. Este año aún no ha habido señales de las aves migratorias, pero sé que vendrán. Sé que, para mi satisfacción, en los momentos tranquilos podré interpretar lo que presagian. Ha sido un mes agitado: hace sólo una semana me mudé a un estudio de la calle 23 oeste. No tiene buena vista pero está en un barrio codiciado (como el agente me recordó *ad infinitum*) y puedo ir al consultorio a pie. Hace unas semanas me operaron de la mano. Había estado postergándolo. Ya no me duele.

Como a fines del verano se me acabó la beca, opté por trabajar con Ng., aunque había propuestas más lucrativas fuera de la ciudad, la más atrayente de las cuales era en un consultorio médico en Hackensack, en Nueva Jersey. Habría significado un ingreso mayor, la tranquilidad de los suburbios, las cosas que es posible comprar con más dinero, pero finalmente no me había costado decidir. La única alternativa que tiene para mí sentido emocional es quedarme en la ciudad, me ayudó tanto el instinto como el consejo profesional de la doctora Bolt, la directora de nuestro servicio. Aunque el doctor Martindale, con quien he compartido la autoría de un par de artículos de investigación, intentó convencerme de que siguiera en la academia, hace ya mucho me ha quedado claro que la universidad no es un lugar para mí.

He empezado a organizar el despacho. Está bastante desnudo, pero he traído algunos libros e instalado el ordenador, con un par de altavoces pequeños que uso para escuchar música entre visitas. Como me siento más tolerante a la publicidad, sintonizo en el ordenador una radio de música clásica. El viernes llegó un nuevo sofá y, aunque el olor de la tela, una curiosa mezcla de limón y polvo, domina la habitación, de momento ningún paciente se ha quejado. En la puerta hay una chapa biselada de bronce que Ng. hizo poner ya antes de que yo llegara.

Detrás de la silla, clavada en el tablero de corcho, hay una postal de Heliópolis que hace dos o tres semanas descubrí por casualidad en una librería de viejo. El tiempo la ha amarilleado: muestra una calle a la sombra de un edificio que está a la derecha. El edificio tiene una especie de campanario del medievo europeo con dos pares de columnas a cada lado. Por delante caminan dos hombres, dos figuras diminutas. Visten túnicas blancas. En el centro de la calle vacía hay otro hombre, sólo un poco más grande, que mira al fotógrafo. También lleva una túnica hasta los

tobillos, pero lleva encima una chaqueta negra. A la derecha de este hombre la calle está surcada por las vías plateadas, las líneas convergentes de un tranvía, y cerca del horizonte hay dos coches. Los elementos erguidos, articulados, que los conectan con los cables de arriba, les dan cierto aspecto de moscas. A la izquierda de la calle, por lo demás desierta, hay un edificio menor, o sencillamente más lejano, una de cuyas torres culmina en una cúpula de bulbo. En pequeñas letras blancas sobre la foto, la postal, que no está fechada, indica sencillamente: «9108 Le Caire, Heliópolis». No es una postal pintoresca. El límpido cielo y las sombras oscuras no tienen gran interés. Más bien parece una postal olvidada, no de las que alguien graparía intencionadamente a un tablero. Pero no puedo desprenderme de la impresión de que el hombre de la chaqueta negra y la túnica blanca, cuyo rostro impide ver la sombra de la calle, desempeña el papel de testigo y me observa mientras trabajo, pues de hecho fue esa figurita lo primero que me obligó a fijarme en la postal. Sólo más tarde noté que mostraba la Heliópolis del barón Empain.

Ayer por la tarde, escuchando la radio en una pausa entre dos pacientes, me enteré de los programas de esta semana en el Carnegie Hall. La Filarmónica de Berlín dará tres conciertos dirigida por Simon Rattle. Me compré *online* una entrada para la noche. Hoy es el concierto final, *Das Lied von der Erde*, que me voy a perder porque se habían agotado las entradas. Mahler tenía perpetuamente en la cabeza las últimas cosas: *Das Lied von der Erde*, con sus doloridas notas de adiós y su mundo sonoro agrídulce, fue escrita en gran parte en el verano de 1908. El año anterior, una política de feroz carácter antisemita lo había desplazado de la dirección de la Opera de Viena. El desengaño había seguido de cerca a una terrible conmoción anterior, la muerte de escarlatina, en julio de 1907, de la mayor de sus dos hijas, Maria Anna, a los cinco años. Cuando la Metropolitan Opera lo contrató para la temporada de 1908, se trajo a Nueva York a su esposa Alma y a su hija menor. Hubo un respiro, un momento de gloria y cierta satisfacción. Su forma de dirigir y los programas innovadores que presentaba encendieron al público, hasta que la junta lo destituyó en favor de Toscanini.

Anoche asistí a la interpretación de la Novena Sinfonía, la obra que Mahler escribió tras componer *Das Lied von der Erde*. El sentido del final de Mahler es tan intenso que sus muchos relatos musicales del fin casi llegan a dominar lo que compuso antes. Se hizo maestro de los finales sinfónicos, del final de todo un corpus y del final de su propia vida. Ni siquiera la Novena es su última obra, pues sobreviven fragmentos de una Décima Sinfonía, aún más luctuosa que las precedentes. En la década de 1960 el musicólogo británico Dercyck Cooke la completó basándose en los esbozos de Mahler.

Anoche me encontré pensando en los últimos años de Mahler mientras volvía a casa en la línea N de metro. Una fuente desconocida arrojaba una luz radiante sobre

las oscuridades que lo rodeaban, sobre los varios residuos de fragilidad y mortalidad, pero hasta esa luz quedó ensombrecida. Pensé en esas nubes raudas que a veces cruzan los soleados cañones que forman los muros abruptos de los rascacielos, de modo que las divisiones tajantes de sombra y claridad quedan jaspeadas de oscuridades y luces fugaces. Todas las obras finales de Mahler —*Das Lied von der Erde*, la Novena Sinfonía, los esbozos de la Décima— fueron interpretadas después de que él muriera, todas son obras extensas, de iluminación fuerte, vivaces, y están envueltas en la tragedia que se desarrollaba en su vida. Dan una abrumadora impresión de luz, la luz de una mente acongojada que contempla el avance implacable de la muerte.

La obsesión con las últimas cosas no sólo se evidencia en su estilo tardío. Había estado allí desde el comienzo mismo de su carrera de compositor, ya en la Segunda Sinfonía, que era una extensa exploración musical de la muerte y la resurrección. Si en sus últimos años no hubiera escrito más que *Das Lied von der Erde*, se habría considerado una declaración final apropiada, una de las grandes, a la altura del Réquiem de Mozart, la Novena de Beethoven y la última sonata para piano de Schubert. Pero al escribir en el verano siguiente, el de 1909, la Novena Sinfonía, Mahler se convirtió, por la fuerza de la voluntad, en el genio de las despedidas prolongadas.

Los conciertos eran parte de una serie que celebraba la ciudad de Berlín. Yo compré demasiado tarde mi entrada para el de ayer y tuve que oírlo desde el cuarto nivel. La sala, un hermoso espacio en forma de concha con el cielorraso tachonado de accesorios e iluminación difusa, estaba repleta. Sentada a mi lado había una mujer muy guapa, vestida con un abrigo caro, queapestaba: era un olor fuerte, entre la saliva y el alcohol, y pensé que no era cuestión de higiene insuficiente sino de un exceso de perfume. Se me ocurrió cambiarme de asiento pero fue imposible. Ella se abanicó nerviosamente y el olor se disipó. Pronto llegó el compañero, un hombre alto y bronceado, de traje azul y camisa a cuadros blanquinegros, tenía aspecto de europeo y alegres ojos grises. En medio de aplausos entró el concertino y la orquesta se puso a afinar: primero el oboísta lanzó un claro La y luego las cuerdas se dejaron llevar por una hermosa cacofonía hasta el unísono.

El último concierto que dirigió Mahler fue en febrero de 1911 en el Carnegie Hall. No incluía ninguna obra suya, condujo a la Orquesta Sinfónica de Nueva York, que más tarde sería la Filarmónica, en el estreno mundial de la *Berceuse elegíaca* de Busoni. Aquel día Mahler tenía fiebre y dirigió desatendiendo el consejo de su médico personal, el doctor Joseph Fraenkel, y la fiebre debió de consumirlo durante la pieza de Busoni, inspirada en las siguientes palabras: «La cuna del niño se mece, se devana el azar de su destino, se desvanece la senda de la vida, se desvanece en la distancia eterna».

El oboísta tocó otro La y esta vez afinaron las maderas, y detrás se arremolinaron las cuerdas. Por fin hubo una señal del director y sobre la sala cayó un silencio. Casi todo el público, como casi siempre en conciertos así, era blanco. No puedo evitar notarlo. Lo noto una y otra vez e intento pasarlo por alto. En parte implica una serie compleja de negociaciones: regañarme por fijarme siquiera en eso, lamentarme por las pruebas de la persistente división de nuestra vida, irritarme por la seguridad de que en algún punto de la velada la cuestión me vendrá a la cabeza. Ayer la mayoría de los que me rodeaban eran gente madura o anciana. Por muy acostumbrado que esté, no deja de sorprenderme cuán fácil es dejar la hibridez de la calle y entrar en espacios totalmente blancos cuya homogeneidad, hasta donde yo sé, no incomoda en absoluto a los blancos que los colman. Para algunos de ellos lo único raro es verme a mí, joven y negro, en mi butaca o en el vestíbulo. A veces, en la cola del lavabo durante el intermedio, me miran de tal manera que me siento como Ota Benga, el hombre de Mbuti que en 1906 fue expuesto en el pabellón de los monos del zoológico del Bronx. Aunque me hartó de pensar estas cosas, ya estoy acostumbrado. Pero la música de Mahler no es blanca ni negra, vieja ni joven, e incluso está abierta la cuestión de si es específicamente humana o acorde con vibraciones más universales. Sonriente, con el pelo rizado ondulando, entró Simon Rattle y los aplausos lo recibieron. Saludó a la orquesta con un gesto y las luces se atenuaron más. El silencio se hizo total y, tras un momento de expectación, Rattle marcó el tiempo y empezó la música.

El primer movimiento de la Novena Sinfonía es como un gran barco que se desliza puerto afuera: ponderoso y sin embargo grácil en su movimiento. En manos de Rattle se inició con suspiros, una serie de titubeos, una figura repetidamente fallida que se estiraba al mismo tiempo que se iba enardeciendo. Yo, como siempre, escuchaba tanto con la mente como con el cuerpo, adentrándome en los detalles familiares de la obra, descubriendo detalles nuevos de la partitura, puntos de énfasis y articulación que no había advertido antes o que el director ponía de relieve por primera vez. Si Rattle, observé, estaba dirigiendo Mahler, también estaba dialogando —al menos para mí, curtido defensor de esa música— con otros ejecutantes: Benjamin Zander, Jascha Horenstein, Claudio Abbado, John Barbirolli, Bernard Haitink, Leonard Bernstein, Herman Scherchen, Otto Klemperer y por supuesto Bruno Walter, que había estrenado la pieza en Viena un año después de la muerte de Mahler y dos antes del comienzo de la Primera Guerra Mundial. Eran nombres, casi todos de europeos, muchos de ellos muertos, que en mis quince años de vida en Estados Unidos se habían convertido en algo muy importante, pues cada uno estaba conectado a una modulación y un ánimo específicos —equilibrado, extremo, sentimental, dolorido, consolador— en la extensa partitura de la sinfonía. Según daba forma al sonido de los dos primeros movimientos, y guiaba a la orquesta a través de

los arrebatos y los arrullos, Simon Rattle se reivindicaba como uno de los titanes de la pieza. El tercer movimiento, el rondó, fue enérgico, tosco, tan burlesco como cabría concebir.

Luego, transportado por las cuerdas desde una calma que pareció mantener al público en vilo, llenó la sala la suerte de himno que abre el último movimiento. Quedé atónito: nunca había notado lo similar que era la melodía a la de *Abide with me*, la canción de Elton John. Y la revelación me embebió en la pena profunda de la larga pero radiante elegía de Mahler, y sentí que también detectaba la intensa concentración, los centenares de pensamientos íntimos de los que estaban conmigo en el auditorio. Qué extraño era que casi cien años antes, en la misma Manhattan y muy cerca del Carnegie Hall, en el hotel Plaza, en la esquina de la 59 con la Quinta Avenida, Mahler hubiese estado trabajando en esa sinfonía, consciente de la enfermedad cardíaca que pronto le quitaría la vida.

En el paroxismo del último movimiento, pero poco antes de que la pieza acabara, una mujer de la primera fila se levantó y empezó a subir por el pasillo. Caminaba despacio, todos los ojos la observaban aunque todos los oídos seguían la música. Como si la hubiesen convocado, partía hacia la muerte tirada por una fuerza invisible para nosotros. Era una anciana frágil, con una tenue corona de pelo blanco que, iluminada por detrás desde el escenario, se convirtió en un halo mientras ella andaba con tal lentitud que parecía una mota suspendida en la lentitud de la música. Llevaba un brazo un poco levantado, como si la estuviera guiando un ayudante —como si yo estuviera allí con mi oma, escoltándola, y el suave oleaje de la música nos empujase hacia la oscuridad—. Por fin llegó a la salida y se perdió de vista, semejante en su ligereza a una barca que zarpa al amanecer en un lago del campo y, para los que quedan en la orilla, más que navegar parece disolverse en la sustancia de la bruma.

Mahler, sin autocompadecerse por la enfermedad, había trabajado abriéndose paso por una sucesión de sufrimientos, y sus composiciones gargantuescas habían hecho de la elegía una magnífica elegía. Le gustaba decir, con característico humor patibulario, que *Krankheit ist Talentlosigkeit*: la enfermedad es falta de talento. A tal punto convirtió su muerte en un tema —ése fue uno de sus grandes dones— que casi pareció que realmente hubiese muerto como un dragón que derriba un muro, como se dice de algunos grandes poetas chinos. El entierro debía ser en Viena, en el cementerio de Grinzing. Así que, una vez hubo recibido la sentencia final —infección sanguínea por estreptococos, posterior a una endocarditis infecciosa, una enfermedad que devasta las válvulas del corazón— del doctor Fraenkel, que había llegado al diagnóstico tras consultar con el doctor Emanuel Libman, jefe del servicio médico del hospital de Mount Sinai, Mahler había emprendido el último y arduo viaje al hogar. Primero había ido en barco de Nueva York a París, donde, en el Instituto Pasteur, había probado sin éxito un suero experimental, y luego en tren, con gran desconsuelo,

a Viena, donde multitudes lo habían recibido y aclamado, después de haberlo tratado con tanta crueldad, y habían seguido la caravana como si fuera Virgilio al regresar a Roma para morir. Y murió, una semana más tarde, la medianoche del 18 de mayo de 1911.

La música se detuvo. Silencio perfecto en la sala. Simon Rattle estaba rígido en la tarima, con la batuta todavía en el aire, y quietos también estaban los músicos, con los instrumentos en alto. Miré los rostros iluminados de la sala, todos en una marea de silencio. Los segundos se alargaban. Ni una tos, ni un movimiento. A lo lejos, fuera de la sala, se oía un débil ruido de tráfico. Pero dentro nada: hasta los centenares de pensamientos veloces se habían detenido. Entonces Rattle bajó los brazos y el público estalló en aplausos.

Sólo al oír detrás el chasquido del pestillo me di cuenta de lo que había hecho. Había usado la salida de emergencia, que llevaba directamente del cuarto nivel a la escalera de incendio exterior. La puerta metálica acababa de cerrarse y de mi lado no había tirador. Estaba atrapado fuera. No iba a poder protegerme de la lluvia y el viento porque además me había dejado el paraguas en el teatro. Y por si faltara algo no estaba en una escalera de salida, como había esperado, sino en una endeble escalerilla de incendio, prisionero en una noche de tormenta en el lado en sombras del Carnegie Hall. Era una situación digna de una comedia inverosímil.

Lo único que me separaba de la calle, unos veinte metros abajo, era un enrejado resbaladizo. Bajo mis pies veía las luces y ya tenía la cabeza y el abrigo mojados. Mis compañeros de concierto partían para seguir con sus vidas, ignorantes de mi desgracia. Estaban fuera del alcance de un grito, incluso con tiempo benigno: de noche y con el rumor de la lluvia era fútil probar. Y unos minutos antes yo había estado en brazos de Dios, y acompañado de muchos otros, mientras la orquesta navegaba hacia la coda llevándonos a un alborozo imposible.

Ahora me enfrentaba con una soledad de una extraña pureza. En la sombra, por encima del patente abismo, veía destellar a distancia las luces de la calle 42. Como los pasamanos de la escalera de incendios, que en el más soleado día ya debían ser precarios, estaban resbaladizos a causa de la lluvia, era imposible aferrarse. Me moví con cuidado, paso a medido paso. El viento azotaba ruidosamente el edificio, y encontré un lúgubre consuelo en la idea de que, si iba a caer desde esa altura, no había riesgo de quedar tullido: me moriría en el acto. Pensar esto me calmó y fui bajando y deslizándome por los peldaños metálicos, unos modestos centímetros por vez. El número de funambulismo se prolongó durante muchos minutos en la oscuridad. Y entonces vi que la escalera de incendio sólo llegaba a la mitad del edificio y terminaba abruptamente en otra puerta cerrada. Para llegar a la calle, unos dos pisos más abajo, había solamente aire. Pero la suerte estaba conmigo: la segunda

puerta tenía picaporte. Probé, y se abrió a un corredor.

Antes de entrar, manteniendo la puerta abierta con gran alivio y gratitud, se me ocurrió mirar hacia arriba y para mi gran sorpresa había estrellas. ¡Estrellas! No había pensado que iba a poder verlas, no con la perpetua contaminación lumínica que engalana la ciudad, no cuando había estado lloviendo. Pero la lluvia había parado mientras yo hacía el descenso y había limpiado el aire. El miasma de las luces eléctricas de Manhattan no llegaba muy alto y en la noche sin luna el firmamento era un techo acribillado de luces y el cielo mismo relucía. Estrellas maravillosas, una lejana nube de luciérnagas. Pero yo sentía en el cuerpo lo que los ojos no podían asir: que su verdadera naturaleza era el eco visual persistente de algo que estaba ya en el pasado. En las insondables eras que la luz tardaba en cruzar semejantes distancias, en algunos casos la propia fuente de luz se había extinguido mucho tiempo atrás, y sus restos oscuros se alejaban de nosotros a velocidades todavía más grandes.

Pero en los espacios de oscuridad entre las estrellas muertas, fulgurantes, había estrellas que yo no podía ver, estrellas que todavía existían y daban una luz que aún no me había llegado, estrellas, aunque vivas y luminosas, para mí sólo presentes como intersticios vacíos. Su luz llegaría un día a la Tierra, mucho después de que yo y toda mi generación y la generación siguiente se hubieran desprendido del tiempo, quizá mucho después de que la raza humana misma se hubiera extinguido. Mirar esos espacios oscuros era atisbar directamente el futuro. Me agarré con una mano a la oxidada barandilla de la escalera de incendio y con la otra mantuve la puerta firmemente abierta. El aire nocturno me mordía las orejas. Miré hacia abajo, por el brusco precipicio, y a toda velocidad pasó el borroso rectángulo amarillo de un taxi, y luego una ambulancia, y a través de los siete pisos me llegó su aullido y se alargó tras ella hacia el infierno de neón de Times Square. Sentí un deseo de encontrar la luz de las estrellas invisibles a mitad de camino, una luz inalcanzable porque todo mi ser estaba atrapado en un punto ciego, una luz que venía a toda la velocidad posible, cubriendo más de mil millones de kilómetros cada hora. A su debido tiempo llegaría, y alumbraría a otros humanos, o acaso otras configuraciones de nuestro mundo, después de que catástrofes inimaginables lo hubieron vuelto irreconocible. Yo sujetaba el metal con las manos, la luz de estrellas con los ojos, y era como si me hubiese acercado demasiado a algo que había quedado para mí fuera de foco, o como si yo me hubiera alejado tanto que se hubiera desvanecido.

Caminé al borde de Central Park, que se ahogaba en un olor de estiércol de caballo, pasé frente al edificio del doctor Saito y en Columbus Circle cogí la línea 1 del metro hasta la 33. Cuando salí, en vez de ir directamente a casa, crucé la autopista del West Side. Tenía intención de ver el agua y me acerqué al edificio Chelsea Piers. Rodeándolo por la derecha, hacia donde fondeaban los yates y las lanchas de turistas,

vi a un hombre de uniforme. Me saludó alzando un brazo. Estamos a punto de zarpar, dijo. Supuse que era el encargado del barco y le expliqué que yo no estaba invitado. Da igual, dijo. El barco no se ha llenado. Y no tienes que pagar nada; ya han cubierto los costes. Sonriendo, añadió: Se te ven las ganas de subir. ¡Venga! En una hora estaremos de vuelta. Lo seguí hasta el muelle 66 y salté a un largo barco blanco, ruidoso ya de juerguistas en edad de secundaria. Eran casi las once y no llovía. En la intensa luz de la cabina, un individuo vestido de camarero examinaba los carnets de identidad de los estudiantes antes de permitirles tomar de su bandeja unas copas de plástico con champán. Me ofreció una a mí y decliné. Como ahora soplabá un fuerte viento, la mayoría de la gente miraba el paisaje desde la cabina. Me abrí paso hasta la cubierta de popa. Había un puñado de parejas y algunos solitarios y encontré donde sentarme cerca de una baranda.

El motor emitió un gruñido bajo y el barco retrocedió un poco y tembló, como si respirase hondo antes de zambullirse. Luego se apartó del muelle, el agua entre nosotros y la orilla se ensanchó, y desde la cabina de cristal flotó el parloteo de la fiesta. Trazamos un rápido arco hacia el sur, a la izquierda pronto se alzaron ante nuestros ojos los edificios de Wall Street. El que más cerca estaba del agua era el World Financial Center, con sus dos torres unidas por el atrio translúcido e iluminado de azul por las luces nocturnas. El barco surcaba las olas del río. Sentado en la cubierta, mirando la blanca estela de espuma en el agua negra, me sentía subir y bajar como mecido por el movimiento de la invisible soga de una campana.

Unos minutos después de entrar en la bahía Upper Bay vimos la estatua de la Libertad: apareció primero como una tenue mancha gris en la niebla y enseguida aquel monumento enorme digno de aquel nombre se cernió sobre nosotros, y vimos los gruesos pliegues de la túnica majestuosos como columnas. El barco se acercó a la isla, más estudiantes habían subido a cubierta y señalaban la estatua, y las voces, que llenaban el aire en derredor, caían sin eco en el agua. Se me acercó el organizador del crucero. Contento de haber venido, ¿no?, dijo. Le respondí el saludo con una media sonrisa y él, percibiendo mi soledad, volvió a alejarse. Desde 2001 la corona de la estatua ha permanecido cerrada, e incluso a los visitantes que se acercan se los limita a mirar desde fuera: no se permite a nadie subir los 354 angostos escalones y mirar la bahía desde las ventanas de arriba. En todo caso, la monumental estatua de Bartholdi no ha prestado un servicio particularmente largo como destino turístico. Aunque desde el comienzo ha tenido su valor simbólico, hasta 1902 fue un faro activo, el mayor del país. En aquellos días la llama de la antorcha guiaba a los barcos hacia el puerto de Manhattan, y la misma luz, sobre todo cuando hacía mal tiempo, desorientaba a las aves. Por alguna razón las aves, muchas de las cuales son lo bastante inteligentes para esquivar la piña de rascacielos de la ciudad, perdían el rumbo al enfrentarse con una sola llama monumental.

Así perdieron la vida numerosos pájaros. Una mañana de 1888, por ejemplo, después de una noche especialmente tormentosa, se recogieron de la corona, el balcón de la antorcha y el pedestal de la estatua más de mil cuatrocientos pájaros muertos. Los funcionarios de la isla aprovecharon la oportunidad y, como era su costumbre, los vendieron a bajo precio a los sombrereros y las tiendas de moda de Nueva York. Pero nunca volverían a hacerlo, porque entonces intervino cierto coronel Tassin, que tenía el mando militar de la isla, y se resolvió que, en vez de deshacerse de los pájaros por vía comercial, se los destinase a servir a la ciencia. Los cadáveres, doscientos o más por tanda, serían enviados al Museo Nacional de Washington, el Instituto Smithsonian y otras instituciones científicas. Con un agudo instinto para la iniciativa pública, el coronel Tassin puso en marcha un sistema gubernamental de registros, asegurando que funcionara con regularidad castrense, y poco después pudo entregar informes detallados de todas las muertes, incluidas la especie de cada ave, la fecha y hora del golpe, la cantidad de muertes por choque y por otras causas, la dirección y la fuerza del viento, las condiciones meteorológicas y observaciones generales. El primero de octubre de aquel año, por ejemplo, el informe del coronel indicaba que habían muerto cincuenta rascones, once chochines, dos sinsontes y un chotacabras. Al día siguiente se registraron dos chochines muertos, y al día siguiente, ocho. El promedio, estimaba el coronel Tassin, era de unas veinte muertes por noche, aunque en el volumen de la cosecha influían mucho el tiempo que hacía y el viento que soplaba. Con todo persistía la impresión de que había una causa más inquietante. La mañana del 13 de octubre, por ejemplo, se recogieron 175 chochines, todos muertos por impacto, aunque la noche no había sido especialmente ventosa ni oscura.

## AGRADECIMIENTOS

Gracias a Elizabeth, Andru, Jean y Jeremy, que leyeron el texto e hicieron comentarios útiles. Agradezco a Chimamanda, Siddharta, Amitava, Femi, Patti, Nanda, Kwame, Hilary, Maria, Madhu y Carey, amigos que me ayudaron a escribir el libro. Me siento especialmente agradecido a Angelika, fuente de varias ideas y mucha benevolencia. Mi agente, Scott, defendió el manuscrito desde el comienzo con entusiasmo y perspicacia e hizo mucho para afilarlo. Mi editor, David, de paciencia y amabilidad infatigables, transformó un original lleno de caprichos en un libro menos caprichoso. Estoy agradecido a mis padres y hermanos por su amor y sus historias. Quiero expresar mi deuda con los muchos amigos que no he nombrado y los extraños que me inspiraron. Por encima de todo, gracias a Karen, amor de mi vida y protectora de mi soledad.



TEJU COLE (Kalamazoo, Michigan, 1975) creció en Nigeria y en 1992 se estableció en Estados Unidos. Es escritor, fotógrafo e historiador del arte. Debutó en 2007 con la nouvelle *Every Day is for the Thief*, a la que siguió *Ciudad abierta* (2011), su primera y aclamada novela, galardonada con el Premio PEN/Hemingway, el New York City Book Award for Fiction y el Premio Rosenthal de la American Academy of Arts and Letters. Vive en Nueva York.

# Notas

[1] El examen SAT (Scholastic Aptitude Test) es un test estándar para ser admitido en universidades de Estados Unidos. (*N. del T.*). <<

[2] *Nuts*, la palabra que ha usado el narrador para *chiflado*, también significa ‘nueces’, y ‘frutos secos’ en general. «Locos por las nueces» sería la traducción literal del nombre de la tienda. (*N. del T.*). <<